AVE MARIS STELLA

AVE MARIS STELLA

HISTORIA·MONTAÑESA·DEL SIGLO·XVII

COMPVESTA·POR·DON AMOS·DE·ESCALANTE

AHORA·NVEVAMENTE·IMPRESA CON·VN·PROLOGO·DE·DON

MARCELINO·MENENDEZ Y·PELAYO

MADRID·MCMXX

GIL BLAS

Imp. de Juan Pueyo, Luna, 29. Teléf. 14-30.—Madrid.

A MI HERMANA CONCHA

....

¿Adónde irás, pensamiento,
siempre inquieto, siempre errante,
nunca sacio, nunca ocioso,
de tus propias ansias mártir?

....

¡Oh! para ti cuántas veces
tuvo en aquellos parajes
la muerta naturaleza
alegrías inmortales!
¡y cuántas allí, aprendiendo
a ahogar tus soberbios ayes,
la cruz que arrojar querías
de nuevo animoso alzaste!

....

(Romance inédito.)



PRÓLOGO (1)

AVE Maris Stella, historia montañesa *publicada en 1877, es una de las mejores novelas históricas que se han compuesto en España; para mi gusto la más simpática, juntamente con* El señor de Bembibre, *de Enrique Gil, otro ingenio septentrional de la misma familia de espíritus que Amós de Escalante, pero cuya voz melodiosa tiene un timbre más apagado, así como los idílicos paisajes del Vierzo, descritos por él, difieren de la ceñuda y selvática majestad de nuestros montes.*

---

(1) Fragmento del magnífico **estudio que de las obras de Escalante hizo el** *maestro Menéndez y Pelayo.*

Desde su primera juventud, casi diríamos desde su infancia, fué Escalante gran devoto de Walter Scott, a quien leía con delicia, no sólo en sus novelas, sino en sus poemas, mucho menos conocidos en España. Entre las novelas, gustaba con preferencia de Waverley, *de* Old Mortality *y de* El Anticuario. *A ellas y a todas alcanza esta brillante síntesis, que trazó al correr de la pluma en un artículo crítico, de que guardo indeleble memoria por haber servido de cariñoso estímulo a mis primeros ensayos:*

«Reinaba por entonces en los dominios de la imaginación, teniendo a su merced el universo leyente, uno de los más hábiles y poderosos magos, a quienes enseñó naturaleza el arte de evocar y hacer vivir generaciones muertas, levantar ruinas, poblar soledades, dar voz a lo mudo, voluntad a lo inerte, interrogar a los despojos de remotos siglos y hacer que a su curiosidad respondieran; aprendiendo de la espada rota en cuál batalla ganó sus mellas; del borrado libro, a cuál cerebro dió luz y a cuál corazón inquietudes; de la herramienta desconocida, los usos e idustrias en que sirvió al hombre; del apolillado mueble, qué secretos encerró, qué vanidades lisonjeaba, qué necesidades entretenía; de la deslucida y harapienta tela, las desnudeces que disimuló y las maldades o las virtudes que vistiera; de la desbaratada joya, el lujo de que fué instrumento y cómplice; del cantar antiguo, los miedos que logró ahuyentar, las cóleras que supo encender, y de las leyes escritas, de las piedras labradas, del eco tenuísimo, sensible apenas, conservado en la memoria de la raza, los vicios y virtudes, las necesidades, las costumbres,

el culto, el arte, la lengua; adivinando el modo de vivir del espíritu en la obra del entendimiento y el modo de vivir del cuerpo en la obra de las manos. Era este mago Walter Scott.»

Cabalmente el primero en fecha de sus imitadores españoles, que fueron legión bizarra y animosa, aunque todos más literatos que novelistas de vocación, había sido un ingenio santanderino, D. Telesforo de Trueba y Cosío, que arrojado por las tempestades políticas a Inglaterra, donde se había educado, aprovechó su rara pericia en la lengua de aquella nación para escribir interesantes narraciones de asunto español, entre las cuales sobresale la titulada El Príncipe Negro en Castilla. *Era Trueba ardiente patriota, y por puro patriotismo escribía en inglés, para que se difundieran más rápidamente por el mundo los cuadros y tradiciones heroicas de nuestra historia, el tesoro poético de nuestras crónicas y romanceros. Era escritor culto y discreto, y si le faltaban dotes de primer orden, tuvo las suficientes para ser leído con agrado y obtener un éxito lisonjero, aunque efímero, siendo traducidas sus obras a las principales lenguas de Europa, incluso el ruso, y llevando a todas partes las primeras nuevas del despertar romántico de España.*

Juan García *(1), que estimaba en su justo precio a este modesto y olvidado precursor del romanticismo peninsular, encontraba entre el montañés de Escocia y el montañés de Cantabria afinidades de origen, por las cuales había sido*

---

(1) Pseudónimo que usó D. Amós de Escalante.

conducido naturalmente el segundo a la imitación del primero. "Parécense las cunas de ambos poetas, regiones una y otra de montes y aguas, ásperas y sombrías, de suelo pobre, desdeñoso el cielo, angostas hoces, hondos bosques, inexploradas cimas, terror misterioso, padre de la superstición y la conseja, razas suspicaces y belicosas, fuentes de tradiciones y leyendas."

Pero a ingenios de otra valentía y de temple más castizo que el anglohispano Trueba y Cosío estaba reservado el producir la genuina novela montañesa, descubriendo y aprovechando "la varia y generosa poesía esparcida, manifiesta u oculta, en las antiguas leyes, en las costumbres, en las memorias y el paisaje sublime de su nativa tierra." Bastóle a Pereda la observación de la siempre fiel naturaleza para hacer entrar en los dominios de la inmortalidad a la Cantabria agreste y marinera. Antes y después de este triunfo soberano de nuestra musa regional, buscaba Juan García *en el subsuelo histórico las hondas raíces de aquel árbol de ruda corteza y savia infatigable y rica, que tan buena sombra había prestado siempre a los moradores de la llanura. Hubo un momento en que ambas intuiciones poéticas se encontraron sin confundirse. Pereda, refractario por temperamento a la curiosidad erudita, sentía vigorosamente la tradición como si de ella formase parte; no la aprendía, sino que la veía, en sí mismo primeramente, y en todo el círculo de sus ideas y afectos. Era el fondo de su vida psicológica, y dondequiera la encontraba reflejada: en las fiestas y regocijos populares: en ferias, romerías,* hilas y deshojas; *en la viril y*

cristiana democracia del cabildo de mareantes, en la benéfica tutela del patriarcado rural. De cómo habían vivido los montañeses de otras edades, nunca pensó en informarse despacio; pero adivinaba lo pasado por los recuerdos de su niñez, y creía vagamente en una edad de oro, tras de la cual había venido la de plata, ya próxima a degenerar en la de hierro, pero que todavía conservaba intacto algún filón de la riqueza antigua.

Este filón era el que tenazmente explotaba Amós de Escalante, cuya imaginación retrospectiva, no de aquella que suele descaminar como fuego fatuo a los eruditos livianos y presuntuosos, sino imaginación de poeta encariñado con las ruinas, no por ser ruinas, sino por ser bellas, completaba la visión de Cantabria, transportándola de las lejanías del ensueño al firme terreno de una realidad histórica y poética a la vez: histórica por lo sólidamente documentada, poética por la verdad eterna de los sentimientos.

Motivo de larga indecisión fué para Amós, no el escoger argumento para su novela, puesto que el sencillísimo que tiene (una discordia y rivalidad amorosa entre hermanos) se le ocurrió casi de improviso y es una situación de las más elementales, sino el fijar la época de la acción y el grupo de acontecimientos históricos que habían de combinarse con los incidentes de la fábula. Otros ensayos de novela histórica había hecho antes de éste; pero ninguno llegó a término, aunque El Veredero, *donde se proponía perpetuar algunos rasgos de la vida provincial en las postrimerías del siglo XVIII, llegó a escribir bastantes capítulos. Menos avanzó*

en Giles y Negretes, crónica de los bandos de Trasmiera en tiempo de Enrique IV, tema de su especial predilección, y sin duda el más novelesco y pavoroso que ofrecen los anales de la provincia. Por fin recayó su elección en el siglo XVII, lo cual ocasionalmente puede atribuirse a la lectura, atenta y meditada, como todas las suyas, que por aquellos días hizo de los tomos, entonces recientes, del Memorial Histórico Español, que contienen las Memorias de D. Diego Duque de Estrada, las cartas de los jesuitas y otros documentos relativos a la historia anecdótica del reinado de Felipe IV. Le interesaba el contraste entre el hervir bullidor de la vida militar, aventurera y cortesana, que en aquellos relatos se presenta, y la existencia quieta, obscura, todavía de la Edad Media, pero de Edad Media pacificada y sumisa, que adivinaba su espíritu escudriñador en las crónicas monásticas, en los papeles de pleitos y linajes, en los cuadernos de hermandades, único archivo montañés de aquella centuria en que la Montaña no tuvo historia para los extraños.

Además, escribiendo de aquel período, en que el arte español recogió su más alta corona como en desquite de las que dejaban caer sus monarcas, llevaba vencida de antemano la mayor dificultad de la novela histórica: la de dar al diálogo su propio y genuino sabor, sin esfuerzos de arcaísmo, sin taracea de vocablos viejos y nuevos, escollo inevitable en argumentos de la Edad Media, donde la representación, si es nimiamente fiel, puede tornarse en incomprensible para el vulgo, y si se moderniza demasiado, corre riesgo de hacerse trivial y desagradar a los entendidos. En el siglo XVII en-

contraba Amós su verdadera patria espiritual. Si de algo pecan sus personajes es de hablar demasiado bien, con una pureza de gusto más propia de los contemporáneos de Fray Luis de Granada que de los de Gracián. Pero recuérdese que a provincias las modas solían llegar tarde, y es natural que en tierra tan fragosa como la que más de España y tan alejada del trato y comunicación forastera, no hubiesen penetrado mucho las quintas esencias del gusto palaciego y se hablase todavía llana y apaciblemente, aunque no de fijo con tanta sabiduría y discreción como la que muestran en sus pláticas los hidalgos y religiosos que Amós introduce en su libro. Él por su gusto participaba de ambos siglos, y era indulgente hasta con el abuso del ingenio; pero el sexcentismo, *sólo por sus partes mejores y más sanas, pudo tener acción sobre él. Nunca su pluma resbaló en el culteranismo; pero como hombre de ingenio tan sutil fué alta y noblemente conceptuoso en prosa y en verso, declarando las agudezas de su pensar, no con palabras forasteras y peregrinas, sino con suave y graciosa elegancia que rodea amorosamente el concepto y en él se recrea hasta agotarle. Quevedo, tan gran mina en lo serio como en lo jocoso, aunque menos trabajada por los imitadores, le cautivaba por la valentía de las sentencias, y a veces le imitó en esto, pero no en su concisión áspera y ceñuda, que es de muy peligrosa imitación para quien no tenga su propio genio colérico, impaciente y adusto, que procede siempre como por saltos.*

De las dos principales formas que la novela histórica tiene, ¿a cuál pertenece Ave Maris Stella? *Hay entre las*

obras de Walter Scott algunas de las más brillantes y famosas, no de las más espontáneas (Ivanhoe, Quentin Duward...), *en que la historia da, como dice muy bien nuestro Amós, «el esqueleto y trabazón del artificio literario, el color de los tiempos, el compás de la acción, la medida de los caracteres y aventuras». Tienen estas novelas el inconveniente de que la historia se desborda en el campo de la poesía, con tan impetuoso raudal, que anula la acción del protagonista inventado, y convierte sus personales aventuras en una especie de máquina teatral puesta al servicio del gran drama de las ambiciones y las catástrofes humanas. Sobre esta manera de narraciones histórico-anoveladas, recaen principalmente las observaciones de Manzoni, que después de haber compuesto su áureo libro de* I Promessi Sposi, *entró en escrúpulos literarios sobre el libro y el género, y escribió su opúsculo* De la novela histórica, *en que expone largamente y con su ingenio y sagacidad acostumbrados, los inconvenientes de aquella forma poética y de las que con ella tienen alguna semejanza. En lo cual es de notar que Manzoni tildaba y corregía opiniones suyas anteriores, puesto que en su admirable* Carta sobre las unidades dramáticas, *había hecho la más profunda apología del drama histórico, tanto mejor, cuanto más fiel a la historia; siendo doctrina de aquel egregio pensador y gran poeta que «las causas históricas de una acción son esencialmente las más dramáticas y las más interesantes, y que cuanto más conformes sean los hechos con la verdad material, tendrán en más alto grado la verdad poética que buscamos en la tragedia».*

Sí esta doctrina puede parecer extremada por lo mucho que restringe los derechos de la fantasía, todavía es más rígida la que luego sostuvo, condenando como género contradictorio en sí mismo toda mezcla de historia y ficción. La humanidad continúa recreándose con este género híbrido, y en la cúspide de él coloca precisamente un libro de Manzoni. Pero éste pertenece a la segunda categoría de novelas históricas, al grupo en que debemos colocar también las obras más amables y espontáneas de la primera manera de Walter Scott. En vano intentan hoy los críticos rebajar el mérito de este mago de la Historia, Homero de una nueva poesía heroica, acomodada al gusto de generaciones más prosaicas, y, en suma, uno de los grandes bienhechores de la humanidad, a quien dejó en la serie de sus libros una mina de honesto e inacabable deleite. La exactitud histórica completa es un sueño; y si por medio de procedimientos científicos no podemos llegar más que a una aproximación, ¿quién va a exigir más rigor en el arte? Walter Scott nunca tuvo la pretensión de que sus novelas sustituyesen a la Historia, y, sin embargo, grandes historiadores fueron los que, guiados por su método, comenzaron a resucitar la Edad Media con su genuino espíritu.

Para los grandes hechos históricos no hay como la historia; la fábula sirve sólo para obscurecer su grandeza. El único medio artístico de celebrarlos con dignidad es la efusión lírica. Pero ni la historia se compone tan sólo de peregrinos y encumbrados acaecimientos, ni sabe ni dice todo lo que puede decirse y saberse de ciertos períodos, hombres y

razas, que por no haber influído eficazmente en el mundo, o porque de sus hechos no queda bastante memoria en papeles y libros, permanecen olvidados y silenciosos aguardando el son de la trompeta que los levante del sepulcro. Y entonces llega el arte, que entre sus excelencias tiene la de suplir con intención potente las ignorancias de la ciencia, los olvidos y desdenes de la historia y resucitar hombres y épocas, nos hace penetrar hasta lo íntimo de la organización social, y nos da a conocer, no sólo la vida pública y ruidosa, sino la familiar y doméstica de nuestros progenitores. Que tal oficio está expuesto a quiebras en modo tal, que si esas generaciones despertasen, quizá no conocieran su propio retrato, puede ser cierto; pero cuando faltan modos de averiguarlo, importa poco, si el novelista lo es de veras, que haya sustituído la realidad histórica, mezquina y prosaica a veces, con otra realidad poética, dulce y halagadora, que en medio de todo es tan real como cualquiera otra de la vida. Pero ni aun ese cargo puede hacerse a los poetas eruditos que antes de escribir novelas se han internado en el laberinto de las pasadas edades con el hilo de la crítica, y han reconstruído, no simplemente adivinado, la historia, fundándola, antes que en vagas imaginaciones, en porfiada y diligente labor sobre antiguos documentos, sin desdeñar tradiciones y usanzas añejas, donde la historia vive tan persistente y tenaz como en los relatos de los cronistas. Tal hizo Walter Scott en aquellas novelas, para mí las mejores de su colección, en que describe costumbres escocesas que él y muchos de sus lectores habían alcanzado, odios de familia que aun duraban al

tiempo de su infancia: tal realizó con suma conciencia Manzoni para restaurar aquella Lombardía semiespañola del siglo XVII, y tal fué, en su Historia montañesa, *de la misma centuria, la empresa que acometió* Juan García, *discípulo de los más hábiles que en España han tenido ambos maestros.*

Discípulo de Manzoni más que de Walter Scott, si se atiende al espíritu, no sólo moral, sino austeramente religioso, de positivo y práctico cristianismo, que se difunde por todas las venas de la obra; arte severo e inmaculado que no admite, ni a título de contraste, ninguna emoción desordenada. Discípulo por la sencillez de la acción, que no sale de los términos de la vida ordinaria, ni ofrece complicación alguna de las que por excelencia se llaman novelescas, ni busca tampoco los aspectos más brillantes de la historia al injertarse en su tronco. Discípulo también, pero no imitador ni copista servil, en los dos principales caracteres, D. Diego Pérez de Ongayo y Fray Rodrigo. ¿Quién al contemplar el verdadero desenlace de nuestra novela en la cristiana y resignada muerte de aquel desalmado solariego, Caín de sus hermanos, amasado ya y traído a penitencia por la solemne, a par que cariñosa, voz de su hermano el fraile, no se acuerda involuntariamente del Innominato *y de* Fra Cristóforo?

Otros caracteres entran más en el género de Walter Scott. Casto y gentilísimo, con delicados toques de pasión, es el tipo de doña Mencía; grave y austeramente señoril el de su madre, doña Brianda; arrebatado y generoso el del Capitán que vuelve de Flandes; noble y fiel el del Rebezo; iracundo y pronto a la venganza el del catalán; como aquellos paisanos

suyos cuyos hechos nos refirió en estilo de Tácito D. Francisco Manuel de Melo. Ninguno de estos personajes es convencional: todos tienen rasgos de época finamente estudiados. Pero aunque entre ellos se teja principalmente la trama de la novela, todavía valen más otros personajes episódicos: el hidalgo de Binueva, tan sano y entero de alma como descompuesto, extraordinario y brusco en actos y modales; el ladino y cortesano abad de Santillana, que tan discretamente camina al logro de sus ambiciones; el taimado político de campanario Agustín Calderón; el licenciado de Ruiseñada, rico en argucias y pedanterías jurídicas; los dos hermanos Gómez de la Torre, deliciosamente cómicos en su galantería infantil y trasnochada, en la perpetua comunidad de sus pareceres y en la impertinencia de sus discursos. Y tras ellos todo el coro de montañeses, que bien muestran ser abuelos genuinos de los de Pereda y parientes próximos de los escoceses pintados por Walter Scott, sin que haya en esto imitación, sino absoluta y perfecta coincidencia: económicos, pacientes, cautelosos, astutos, obligados a serlo por la pobreza de la tierra y por el hábito de vivir en perpetua contienda forense.

El escenario histórico en que toda esta gente se mueve está admirablemente elegido. Quedaban las Asturias de Santillana, y persistió, por lo menos hasta el tiempo de Carlos III, un resto importante de las antiguas libertades comunales: las Juntas de los nueve valles, que se reunían en la Puente de San Miguel, lugar del valle de Reocín. "Desde allí (como dice Escalante), fué largos años gobernada y regida por sus procuradores, parte muy principal y considerable de aquella

antigua tierra de Castilla llamada de Peñas-al-Mar, tierra tan fatigada por el ánimo inquieto de sus naturales, los derechos encontrados, las jurisdiciones varias, las leyes, muchas y confusas, mal obedecidas las nuevas y olvidadas las antiguas.“

Hallábase aquel humilde Capitolio montañés, del cual no quedan ni ruinas, en la margen izquierda del Saja. El archivo de las Juntas se guardaba, y se guarda todavía, en la vecina ermita de San Miguel. Atentamente le había explorado Amós de Escalante, para quien eran tan conocidos aquellos parajes como los rincones de su nativa casa. Cuanto en el libro se escribe de aquella rústica congregación de los procuradores de los valles, es historia pura fundada en el texto de las ordenanzas confirmadas en 1645 por Felipe IV y en otros varios documentos que en los apéndices se mencionan. Histórico es el orden de presidencia y asiento; históricos los nombres de los justicias, procuradores y escribano que en la Junta figuran; histórico el mandamiento-convocatoria a los valles, y todos los demás papeles que en el mismo texto de la novela se ponen íntegros o en extracto, como Manzoni intercaló los bandos de los gobernadores de Milán. Este escrúpulo de nimia exactitud diplomática contribuye al prestigio de la ilusión poética, haciendo al lector verdaderamente contemporáneo de los sucesos que se narran. El cuadro de las Juntas es acaso el mejor de la novela, y la brava pendencia con que terminan recuerda, con desenlace menos sangriento, la lucha de los dos clanes rivales en The fair maid of Perth.

Reparos harto livianos han puesto a Ave Maris Stella

los pocos críticos que se han fijado en ella. Dicen que la acción, aunque dulce y simpática, es pobre y algo desleída. No puede llamarse pobre una acción que tiene todo lo necesario para su integridad, y además, en Ave Maris Setella, *como en todas las buenas novelas históricas, el interés es doble: uno, el personal de los protagonistas; otro, el interés colectivo: el interés de la historia en que ellos van envueltos y que los arrastra en sus tortuosos giros. Atender al primero y no al segundo, que en la intención del autor es casi siempre el capital, equivale a desconocer la verdadera índole de este género narrativo, cuya mayor eficacia y virtud poética consiste precisamente en mostrar la acción del destino histórico sobre el destino individual; empresa de mucha más consecuencia que las manifestaciones del puro realismo. Entendida de este modo la novela histórica, viene a ser una transformación moderna de la epopeya. Así, en la novela única e insuperable de Manzoni, una inocente pareja de sencillos* contadini, *Renzo y Lucía, pasea sus contrastados amores a través del hambre, del tumulto y de la peste, y viene a reflejarse en aquellas humildes existencias todo el movimiento de la sociedad lombarda del siglo XVII en todas sus clases y condiciones, desde los* bravos *asalariados y tiranuelos feudales, hasta el santo Arzobispo Federico Borromeo. Así, en el* Señor de Bembibre, *novela dignísima de ser citada en primera línea entre las nuestras, el gran drama de la caída de los Templarios y la visión imponente del castillo de Cornatel se sobreponen en mucho al interés que, sin duda, despiertan las cuitas amorosas de D. Alvaro y doña Beatriz,*

tan delicadamente interpretadas por el alma ardiente y soñadora del poeta.

No es pobre la acción de Ave Maris Stella, *si se atiende a los dos elementos que en ella fundió sin violencia* Juan García; *pero es cierto que pudo desenlazarla por medios menos rápidos y bruscos que aquella riada del Saja, por otra parte admirablemente descrita, y en que parece luchar con estos soberanos versos de Lucrecio (I, 286-290) que tan presentes tenía:*

> *Nec validei possunt pontes venientis aquae*
> *Vim subitam tolerare; ita magno turbidus imbri*
> *Molibus incurrit validis cum viribus amnis,*
> *Dat sonitu magno stragem; volvitque sub undis*
> *Grandia saxa; ruit qua quidquam fluctibus obstat.*

Pero ya he dicho que para mí el verdadero desenlace no está en el accidente fortuito y material que arrastra a don Alvaro, sino en la conversión moral de su hermano don Diego. Con ligereza se ha dicho también que el novelista se desentiende de las situaciones más culminantes para pintar un paisaje o una marina con verdadera delectación amorosa. Precisamente nuestro Amós conocía muy bien este punto flaco del arte de Walter Scott, «el cual con tanto amor y deleite se detiene a veces a detallar y pulir sus cuadros de la Naturaleza, en hacer correr sobre ellos, ya la luz, ya la sombra, que parece olvidarse de que le aguardan sus héroes para hablar o moverse, y con mayor impaciencia el lector, puesto en sus manos por la afición o el capricho». El capítulo titulado Puerto Calderón, *con que empieza la novela montañesa, es el único que adolece de este defecto, y hubiera ganado*

con ser más breve, aunque en ello se perdiesen algunos primores de forma; pero no puede decirse que en él se distraiga el autor de nada, puesto que todavía no ha comenzado su relato. Lo que sí puede y debe decirse es que tarda en entrar en materia, y que esta novela, al revés de otras muchas, va ganando interés conforme avanza.

No necesito encarecer de nuevo las dotes de paisajista que Escalante tuvo y que no podían menos de ser para él una tentación perpetua. Pero debo notar que, en este último libro, la Naturaleza visible está sentida y representada de un modo muy diverso que en sus relaciones de viajes y en sus impresiones de la playa. El paisaje de Ave Maris Stella *está empapado de emoción moral, si vale la frase. Guarda misteriosa consonancia con los estados de alma de los personajes y con las escenas en que intervienen. Es, por decirlo así, un lenguaje simbólico en que la tierra madre habla a sus hijos. Fácil sería puntualizar esto si los límites del presente estudio lo consintiesen. Tampoco responderé de nuevo a las acusaciones de afectada cultura en el lenguaje. Suponiendo, lo cual estoy muy lejos de conceder, que para los españoles sea arcaica la lengua que hablaron sus mayores prosistas y poetas, siempre estaría legitimado su empleo en un argumento del siglo XVII, y en la pluma de un escritor que podía decir de sí mismo, como Tito Livio, que escribiendo de cosas antiguas sentía que su alma se hacía antigua también:* Vetustas res scribenti nescio quo pacto antiquus fit animus...

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.



I

PUERTO-CALDERÓN

INCANSABLE y duro enemigo el mar, estremece, quebranta y encenta la tierra a pura embestida, zarpazo y dentellada. Rastro son de su cólera no saciada los desgarrones, quiebras y derrumbes que erizan las costas bravas, y en más de un paraje la gigantesca mella recortada y abierta en la mordida roca, huella que de sus corvos filos dejaron las voraces quijadas de la fiera, arrancado al continente el pedazo en que hicieron presa.

Por tal manera parece labrado Puerto-Calderón en la costa del mar de Castilla, en aquella parte ribereña de las

montañas de Santander, que se dice Alfoz de Lloredo, y fué marina de las Asturias apellidadas de Santillana.

Pocos lo conocen, nadie lo visita. Obra de una legua a su Levante tiene el puerto de Suances; casi dos a Poniente, el de Comillas; a uno y otro, y aun a la torrentada de Ubiarco, dos tiros de arcabuz distante, trae el verano copia de huéspedes, gente desocupada y curiosa El mar, novedad para unos, medicina para otros, para los demás pretexto y para algunos espejo de contemplación, ocasión de entusiastas éxtasis o inspiración acaso, los llama y convida; y corren a las altas peñas que en él se miran a sondear su insondable fondo, a buscar sus luces y colores, a oir de cerca la ronca voz de sus olas, a probar el miedo de su furia y la profunda impresión de su grandeza. Pocos pasos y ninguna fatiga los ponen en lugar donde sacien su deseo, contenten sus ojos y sientan crecer sus ansias de lo infinito, soberano placer del alma que no busca satisfacerse, porque satisfecho acaba; que se entretiene y goza alimentado de sí mismo, dilatándose y poniendo cada vez más alto y más distante su término y su recompensa.

¡Cómo buscar por áspero e intratable camino el solitario ancón, cuando con mayor comodidad hallan lo que al ancón pudiera llevarlos! Solemne paz de las sosegadas aguas o ruidosa batalla de sus iras, peñascos deformes, rígidos escollos, cavernas donde sonoro zumba el golpe de la marea, bandos de gaviotas mecidas en las olas, sábanas de espuma que la rompiente cuaja, y tiende luego, y envía mar adentro como testimonio y cartel de su esforzada lucha,

despojos siniestros de ignoto o dramático origen, tablas rotas, astillas de náufraga nave, plantas extrañas arrancadas al proceloso abismo, rico ambiente en que se aspiran y beben las esencias vivíficas del océano, fresca sombra de la tierra, ardientes destellos del piélago, revelaciones de color y sonido, confidencias misteriosas, allí claras y halagüeñas, y lejos confusas, borrosas y mudas, formas terribles de la piedra, donde la piedra insensible parece, sobre insensible muerta, materia agitada, convulsa, maltratada por el dolor, sin rostro donde el dolor se pinte, sin voz con que el dolor se queje, dolor engrandecido por su silencio, su olvido y su abandono, ofrécelo con largueza la costa cántabra en su extensión soberbia, al pie de sus cabos y promontorios, en los senos y entradas de sus calas, abrigos y rías, y hállanlo magníficamente prodigado en este breve trozo de su ribera, desde la embocadura del río Turbio a la del río Saja, entre las puntas de Oriambre y del Dichoso, que dan con sus nombres en qué cavilar al curioso y en qué discurrir y explayarse al poeta.

No vienen, pues, atraídos o engañados por este nombre de puerto a averiguar si es merecido, o si hay en el paraje señal que lo explique o lo disculpe, porque es lo cierto que no lo hallarán mencionado en libro de derrotas de navegantes de altura o cabotaje, aun cuando mapas de la costa lo pinten y titulen, ni guías cosmográficas o mercantiles se lo señalan como lugar de recalada, trasbordo, embarque o refugio. Nombre tal, sin embargo, no es hijo del acaso, ni corrupción etimológica; de alguna causa nació, y los ancianos

de la tierra cuentan haber oído a sus mayores cómo en su tiempo aun se descubrían, sumergidas bajo el cristal del agua, reliquias de robustos muelles que defendieron la tierra del agua, ofrecían pie firme al desembarco y justificaban aquel título que hoy suena a presuntuoso y vago.

Es el ancón una ancha herradura, abierta en el continente por el incesante embestir de las olas. Su callo oriental de redonda cima, tajado y escueto, se apellida el Poyo; al callo occidental llaman los rústicos las Barcas, acaso porque a alguno se lo parecieron las rocas que a flor de agua sacan su erizada frente, mal agarradas a la roca madre. La tabla de la herradura es un peñasco blanco que se alza dominador y excelso, a cuyo corazón no llega el tiempo, aun cuando le arranca gigantescas lajas que al resbalar despeñadas se quiebran, siembran de pedazos suyos el agrio resbaladero, y llegan al fondo en desmenuzados cantos. Estas rodadas piedras erizan el borde del agua; la tierra, titán hostigado, probó inútilmente a defenderse arrojándoselas a las olas, las cuales saltan por cima de ellas, y en son de juego y burla las escupen, envuelven y anegan. Esas piedras pudieran decirnos, a tener lengua y sentido, si cuando coronaban enhiestas, siglos hace, el erguido cantil, vieron alguna vez fondear naves en el cóncavo abrigo del ancón, y saltar mareantes y mercaderes en la fosca ribera, inabordable ahora.

Indaguemos si entre ellas hay rastro que supla a su silencio y lo remedie y corrija. Un muñón de roca, al cual la mar no alcanza, asoma allá abajo sus recios lomos vestidos

de maleza; los musgos que vigorosos medran y se extienden a sombra de espinosas zarzas y apretados helechos, envuelven en verde sudario la piedra, y ahogan sus formas y asperezas, no tanto que en la masa informe no se adviertan sobre la piedra gigante modelada por el tiempo las piedras menores talladas y puestas por mano de hombre. Y escudriñando cuidadosamente su disposición y el término que abrazan, descúbrense agarrados al muñón, como los pies de una estatua rota perdurablemente unidos al recio plinto cuando no vive memoria del cuerpo de la efigie derribada, sólidos cimientos de fábrica abiertos en cuadro, torre sin duda que atalayó el mar y guardó los arribajes, haciendo oficio de mercader y de soldado.

Más desinteresado y piadoso pudo haberle tenido, según imaginarán acaso espíritus misericordiosos y blandos, inclinados siempre al bien, y prontos a suponerlo allí donde no lo hallan palmario, evidente y demostrable, a saber: el de alumbrar en noche de tormenta al barco sin rumbo, mostrarle el peligro y aconsejarle la huida; mas ese generoso pensamiento de iluminar las costas, tanto para llamar a la derrotada nave al puerto, como para alejarla del hambriento escollo, si tuvo ser en los días en que fué erigida la fábrica de Puerto-Calderón, no se puso por obra con la prolijidad y abundancia que siglos adelante. Que no fué faro, lo dice su asiento en hondo y escondido; que no fué choza de pescadores, la robustez del muro y simetría de su planta; que no fué molino, su fundación en seco, lejos de manantial o marea que lo moviese, como mueve ahora y movía enton-

ces las piedras del de Serranera, que allí cerca suena con el ruido de sus tolvas; que no fué ermita, su desaparición y ruina sin dejar nombre al sitio, ni en la memoria y tradición de los comarcanos. Fué, pues, torre a imagen y semejanza de tantas otras que, a par de ella, guarnecieron y velaron la marina, no tan robusta ni puesta de almenas como la Mocejonera de San Martín de la Arena; no tan en hombros de la tierra que defendía, como la de Bispieres, o tan asomada y curiosa como la de Santa Justa sobre la ermita de Ubiarco, pero capaz de algunos soldados viejos que la guardasen y defendiesen, con más algún marinero arrepentido de la mar, algún costeño sabedor de los rincones y escondrijos de las cercanías, de los atajos y veredas, del camino más breve para llevar un aviso, del más largo para descaminar a un espía o mensajero enemigo, aburrirle, cansarle y prevenir sus efectos.

Ese edificio, vasto o angosto, grande o chico, pero fuerte; esa guarnición escasa o numerosa, pero necesaria, señales son de que a tales parajes abordaban o podían abordar barcos, de quienes convenía saber pronto la lengua, el poder y los intentos. Por eso, partiendo de lo que fué umbral de la torre, arrancaba un camino a serpear por el escarpe difícil de la costa, subiendo a dominar su filo y salir a la sierra, donde comienza desigual y onduloso el territorio de los nueve valles de Asturias de Santillana; sus vestigios asoman a trechos; las rotas hiladas de morrillos quebrados a mano y martillo, que calzaron y sostuvieron por ambas veras el camino, ayudan a seguir sobre la trabajada cuesta

sus pendientes tramos y rápidas vueltas, aun cuando las copiosas aguas llovedizas desgajadas de la cumbre del peñasco, desencajando guijarros, moviendo tierras, haciendo brotar hierbas, borraron el trillado paso, convirtiendo la subida en áspera, indócil y penosa breña.

Mucho habrá tenido que temer esta costa, y en grandes cuidados habrá estado puesta, cuando tan menudamente atendía a su propia vigilancia y defensa, porque no se le encuentra puerto, embocadura de arroyo, entrada de río, o morro prominente desamparado y desnudo; y cuando no halló capacidad o urgencia para castillo o batería, alzó torre o atalaya o garitón o almenara donde los humos de día, las lumbres de noche, repetidos de puesto en puesto ríos arriba, valles adelante, en brevísimo espacio, a modo de centella, propagasen por la comarca la prevenida señal y cada cual se dispusiera a su obligación.

Los enemigos mayores que España tuvo, cuando era poderosa bastante para merecerlos, fueron enemigos por mar; del Septentrión venían, y nuestras costas cántabras habían de ser las primeras que los avistaran y recibieran. Y no siendo la gente española, como no lo fué, de ánimo tan escaso, que pacientemente aguardara a sus contrarios, abrigada y cubierta de sus nativas defensas, fiando más que de su valor de su fortuna, sino al contrario, siempre con temeridad notable apuntó sus tiros al corazón de su enemigo, buscándole en su campo, en su tierra, dentro de sus reparos, más cuidadosa de encontrar con él que de asegurarse con espacio la ventaja de las armas, la ocasión, el lugar y la

victoria, que a la previsión obedece y sigue, a estas costas habían de llegar sus naves vencedoras o vencidas; aquí habían de traer sus nuevas y sus trofeos, y buscar su remedio; aquí habían de recogerse y repararse, hacer gente, tomar artillería, reponer el bastimento, restañar la sangre y vendar la herida para tornar a su guerrear infatigable. De aquí partían al cabo, más audaces que bien provistas, a encontrar en sus mudables y procelosos mares al holandés pirata, «gato de nuestra plata», según Lope de Vega, que muchas de ellas desbarató y echó a pique; al inglés, incontrastable marinero, el cual las convidaba a buscarle en las aguas americanas, adonde le siguieron con frecuencia, y con fortuna que no hallaban tan dócil en las del antiguo mundo.

Con aquellos terribles competidores solía andar aliado y muy su amigo el francés, por cuanto, aun cuando tuvieran en sus principios color de religión la tenaz rebeldía y odios sangrientos de las heréticas naciones, y aun cuando en el ánimo de los pueblos, pocas veces sabedores del término adonde son guiados sus esfuerzos y sacrificios por efecto de su natural cortedad de vista y el ardor de sus pasiones, que completan su ceguera, se perpetuase aún e hirviese la saña implacable de semejantes orígenes, los Gobiernos y príncipes que regían los Estados y capitaneaban sus armas obedecían puramente a ambiciones de poder y propósitos políticos.

Era cosa nueva para los holandeses la independencia, y mientras no la veían llegada a robustez y sazón de fiar en

su duración y resistencia, todo les parecía amenaza y peligro para el reciente Estado. Los ingleses, prósperos y soberbios, engolosinados los ignorantes con la memoria y cuentos de sacos y robos en hacienda de españoles por mar y tierra, herederos del odio antiguo de su reina doncella hacia la monarquía de Felipe II, proseguían su política, cifrada en hacerse señores de la mar para serlo de la tierra; y la política de los franceses en aquellos siglos consistía en oponerse a la Casa de Austria, minar su opinión y resistir su engrandecimiento, a cuyo fin servíanles igualmente causas y pretextos, discordias de vecinos, dudas de fronteras, hostilidades religiosas, agravios soñados o positivos, marchas de tropas, murmuraciones de corte, habilidades o torpezas de enviados y generales. Insignes cardenales de la Santa Iglesia romana, más insignes estadistas, Richelieu y Mazarino, acallaban los escrúpulos de su fe, no muy querellosa a la verdad, ni alborotada, juntando sus armas con las de luteranos y calvinistas, siempre opuestas y tenaces contra las austriacas y españolas, campeadoras heroicas del catolicismo. Y era tan reñido el empeño, y tales los hombres que por ambas partes le suscitaban y sostenían, que no bastándoles un campo de batalla peleaban a la vez en regiones distantes y opuestas, en Flandes y Lombardía, en Sicilia y Alemania, en el mar del Norte y en el de Levante, en Europa y en América; y cuando vino la hora de la decadencia española aprovecháronla encarnizadamente, y alzando con sus malas artes pendón de guerra entre hijos de un suelo, ciudadanos de una ley y súbditos de una coro-

na, trajéronnos a pelear con intestino estrago en Cataluña y Portugal, donde cuando no parecieran las banderas militares de aquellos tenaces enemigos, sentíase su ayuda, su dinero, su aguijón, su voluntad no desmentida, en contra nuestra.

Y tan prontos se hallaban siempre a nuestro mal los Gobiernos y gentes extranjeras, tan movedizas y volubles eran, tan frágiles en sus conciertos, tan poca su fe y tan dudosa su palabra, que aconteció hallarlos inesperadamente enemigos cuando los teníamos por amigos; no parándose en pactos ni treguas, cuando a su interés convenía adelantarse y romper la guerra con las ventajas naturales de coger al enemigo desprevenido y de sorpresa.

De manera que no eran excusada alarma nuestros aprestos y militares disposiciones. Cuando tan pronto podía asomar en las lejanías del horizonte el patrio bajel, trayendo nuevas de triunfos o derrotas de las armas católicas en los Estados bajos de Flandes, en demanda de necesarios y prontos auxilios, como el bajel enemigo, vanguardia de escuadras poderosas, o atrevido corsario enviado a descubrir o saltear los lugares y haciendas de los españoles, astuto en indagar sus prevenciones y diestro en aprovechar sus descuidos, importaba mostrarse activo, despierto, preparado a las mudanzas y vaivenes de la fortuna, y cuidadoso de asegurar el éxito y fin de las cosas en cuanto alcanzan y pueden la previsión y la constancia humanas.

No era, sin embargo, tan continuada y nimia la vigilancia

que no tuviera sus treguas y descansos. Traían las tenaces guerras sus intervalos pacíficos, aunque breves, y en ellos, retirada la gente de los puestos y vigías de la costa, recogíanse las armas a las villas y lugares donde residían los cabos y autoridades, dejándolos desiertos y abandonados, y guarnecidos únicamente, y no mucho, los castillos y fortalezas de mayor suposición. Lo cual se ponía en obra con tanta mayor facilidad, cuanto que siempre fué dolencia nuestra la de vivir de extremos, pasando de golpe y sin reflexión del excusado sobresalto a la excesiva confianza; y con mayor calor que se acudía a levantar gente ahora y repartirla convenientemente donde mayores fueran los efectos de sus armas y disciplina, se apresuraba después su recogida, dispersión y llamada a otros menesteres y servicios distintos de los de la guerra.

Puerto-Calderón debió ser uno de estos puestos de menor importancia, ocupados y defendidos únicamente en ocasiones de suma urgencia, pues no se advertía en él gente ni vigilancia de ninguna especie la tarde en que da comienzo este relato, mansa tarde de las primeras del otoño de 1656, año de gracia, no de los más infelices del largo reinado del señor rey Don Felipe IV de España.

Fué memorable el año, porque al mando del bastardo Don Juan de Austria y del marqués de Caracena, insigne soldado, las tropas españolas resucitaron en Flandes sus días gloriosos de inmortal renombre con la batalla de Valenciennes y la toma de Condé, sucesos bastantes para que el orgulloso rey de Francia Luis XIV se sintiera inclinado

a la paz y enviase mensajeros que en la Corte de Madrid a ese fin negociasen. Mas tenía España otro enemigo nunca dormido ni apaciguado: Cromwell, el famoso Protector inglés, testarudo como los de su raza, en la cual la constancia y frialdad en madurar un pensamiento y poner por obra una resolución, suplen ventajosamente la peligrosa viveza y rápida comprensión de otras razas; y que no podía ser seguro y de fiar en treguas ni en paces para las monarquías continentales, apartadas de él por la sangre y el cadalso del infortunado Carlos I de Inglaterra.

Por eso precisamente, y sin perjuicio de los tratos de paz con Francia, el rey Felipe IV había hecho venir a esta costa de la mar de Castilla a uno de sus buenos y acreditados capitanes, D. Sebastián Hurtado de Corcuera, hombre de valor y experiencia, viejo en las armas y en el gobierno, el cual, residiendo en Santander, proveía con buen conocimiento y diligencia al armamento y defensa de villas y puertos, previniendo armas, convocando milicias, levantando o reponiendo baterías; y si aun no se había acordado de Puerto-Calderón, sería porque el lugar no lo mereciese o las circunstancias no apretasen.

Era tibia la tarde en la costa, aun cuando acaso a la misma hora en los valles reinase abrasadora calma, porque la brisa de Nordeste que batía las aguas azules, haciéndolas hervir y espumar con soñoliento arrullo en la orilla, y estremecía y agitaba los luengos mechones de hierba que en las breñas crecen, templaba eficaz y poderosa los ardores del sol, el cual, cayendo a esconderse tras el cabo

Oriambre, vertía luces de oro sobre las cárdenas rocas teñidas por el hierro, y recortaba, sobre el limpio azul del cielo, la blanca mole del enhiesto peñón que domina y sombrea la recogida abra.

Ya el sol no veía la torre, escondida de su luz en el fondo del ancón y en la sombra que al ancón hacen sus ásperos escarpes; pero veía, y hacía visible, iluminándola a guisa de copo de nieve sobre el color sombrío de las aguas, una vela que del Este venía acercándose y creciendo hasta mostrar el casco y aparejo de una zabra. Viéronse luego las espumas que su tajamar alzaba, y veíanse tan inquietas y vivas que parecía oirse su hervor querelloso. Mas ¿quién desde la desierta ribera había de poner mientes en la marcha de un barco, en la hermosura y templanza del paisaje y de la hora? ¿Quién había de gozarse melancólicamente en el sosiego de la naturaleza y en aquella inesperada aparición del hombre, visible por las obras de su industria, de su espíritu, de su inteligencia? Algún pastor tendido en cerro lejano al cuidado de sus ovejas, o algún pescador escondido en los escollos a la vela de sus anzuelos; algún distraído, algún ocioso, algún triste; o el pensamiento de algún lastimado que diera su vida por irse con el barco y acompañarle, sin más condición que la de que el barco, en su rumbo sin término, no hubiese de tocar en puerto ni costa donde habitaran hombres.

Tales miradas y tales voluntades espiaban y seguían acaso a la zabra, diseminadas por la extensa costa, inquietas y vagas, o fijas y tenaces, según el calor y la hora del

alma que las encendía, mientras la zabra traía sus intentos puestos donde, al parecer, no tenían correspondencia; porque en Puerto-Calderón, la torre inmóvil y yerta, los rotos muelles, las desencajadas piedras, sumiéndose en la creciente sombra, aparejábanse a entrar en los letárgicos vapores y reposo de la noche, y para no distraerlos ni perturbarlos las aguas y el viento templaban su voz, que lentamente decaía, como la voz de la madre que, arrullado su niño, se lo entrega al sueño.





II

EN TIERRA

VENÍA, pues, la zabra, trayendo rumbo de barlovento, recogiendo en todo su trapo la veleidosa brisa que andaba; y llegada frente a Puerto-Calderón, braceando sus velas, echóse vuelta afuera, rumbo al Norte, soltando un esquife, el cual, a empuje de dos remos, ganó la tierra. En ella saltaron un soldado y un fraile. El fraile echóse atrás la capilla franciscana, y mostró al sol poniente su hermosa cabeza. Aun cuando pareciese envejecido por los años hasta mediar la vida, radiábanle los ojos

con destellos de entusiasmo, perenne juventud del alma, vivir tenaz de criaturas generosas, vencedor de días y de penas y escarmiento, que sobrenada en las crudas tormentas humanas como el reflejo de una estrella, nunca sumergido y claro siempre, en las bravas olas del mar alborotado. En la luz del alma se obscurecía olvidado el cuerpo; absortos en su contemplación y hechizo los sentidos, no cabía hacer cuenta del hombre, de su condición, porte y arreo, como no se hace cuenta del lugar, extensión y materia del astro cuyo resplandor benéfico con mayores ansias se apetece.

¡Quién no conoció alguno de tales escogidos! Hállaseles por ventura vistiendo la ropa talar del clérigo o ceñida la espada militar. Son de los que no tuvieron casa fuera del cuartel o del claustro, ni familia más que la comunidad o el regimiento; de los que han vivido viendo morir; de los que han peleado en defensa de su cuerpo o de su alma contra enemigas armas o tentaciones enemigas; los que despertaron del sueño a la voz del clarín, al clamor del asalto o al espolazo imprevisto de la carne, a la centella súbita del deseo, siéndoles la vigilia difícil batalla y penoso martirio; los que no hicieron posada en parte alguna, alzados súbitamente de allí donde comenzaron a gustar los halagos de la paz y el descanso por la obediencia a la cruz y la ley a la bandera. Los acariciados y solicitados en la hora del miedo y la flaqueza, vilipendiados y escarnecidos en la de la prosperidad y confianza. Entre tantos hermanos suyos a quienes impulsan la ambición o la soberbia, el ansia de ho-

nores o el temor de afanes, caminan ellos movidos por la invisible mano del deber; todo les contenta porque no buscan contentos, teniendo puesto el suyo en aquel algo impalpable y excelso que los lleva al sacrificio de la voluntad y de la vida; su palabra, a las veces dura; su doctrina inflexible y austera, disimulan compasión y ternura indefinibles; su gesto, grave y yerto, anímase y resucita en sus ojos a todas las sanas alegrías del corazón, y el ajeno bien les paga con creces el olvido desdeñoso en que los sepulta el mundo. Espíritus valientes, manos mansas, nunca les mueve el propio interés, siempre el provecho extraño; indomables en lo grande y superior, dóciles y flexibles en lo menudo y pequeño, para quienes lo diario y corriente de la vida parece pobre y falto de valor, puestos sus sentidos en una soberana y sola satisfacción del alma.

Todo cuanto en la humanidad teme, ignora y desconfía, por escarmentado o por inocente, locos y niños los adivinan y los buscan: arrímanse a ellos; sin hablar se entienden; sin obrar se estiman. Oscurécense entre la muchedumbre que viste su ropa, de donde la ocasión los saca, y adonde la necesidad los busca. No los descubre, ni pone de manifiesto obra ni palabra; denúncialos aquella voz viva de sus ojos que dice cuanto saben del mal por haber probado sus tristezas, por haber visto sus efectos; y el horror profundo que hacia el mal les dejaron en lo más secreto del alma las agonías y dolores del campo de batalla, las confesiones y lágrimas de la hora del remordimiento y la expiación, por el cual son del mal perpetuos enemigos, sin tregua ni con-

ciliación posible, y en su contra prevenidos, mantienen en arma y vela su espíritu y su brazo.

El sayal del desembarcado cubría un cuerpo escaso de carnes, duro de huesos, alto y recio; aguileño el rostro, noble en su expresión y sereno; plateado a trechos el cerquillo espeso que le rodeaba el cráneo; enjutas las mandíbulas, apretada la boca; sanos y grandes los dientes; tez de señor, tersa y suave; brioso el paso, señoril el ademán. Tal pudo parecer a los ojos de sus contemporáneos el fundador insigne de la Orden en que militaba, asombrando al regalado vicio y corrompidas costumbres con alzarse de caballero a mendigo; de tener a su merced tesoros cuantiosos con que ayudar y servir, con que socorrer y sobornar, a haber de necesitar y pedir el pan de cada día, señor no más y dueño de la tosca lana de su vestido, que era la de su mortaja.

Semejábanse militar y franciscano con semejanza de hermanos; y tales eran en efecto. Uno palidecido por la clausura y la penitencia, otro quemado por el sol y el viento de la campaña, ambos rostros mostraban el sello de una sangre común y una común estirpe; tanto, que cualquier observador de estos amigos de sutilizar y conceptista, dijera que el fraile cuando más mozo hubo de tener la propia figura del soldado, y que a éste, si no le malograban azares de su oficio, le aguardaba, años andando, renovar en su persona el puntual retrato y copia de su hermano.

No traía en su traje aquellas señales de las rudas caricias de la guerra que traía en el rostro, pues todo parecía

nuevo y sin uso: coleto y botas de estezado, calzones y mangas de lienzo, sombrero gris sin pluma ni presilla, y aun la capa que traía plegada y puesta sobre el hombro, y era de paño tan lustroso que bien mostraba haber sufrido pocas aguas y pocos acampamentos. Lo usado, aunque limpio, eran sus armas, la gola que le defendía el cuello, la espada, que con mellas en su taza y gavilanes decía haber cubierto en buen hora la mano y cuerpo de su señor, la daga que hablaba la propia lengua, y las espuelas que traía colgadas del cinto, que al cabo el soldado más curioso y diestro no acierta a devolver a los aceros aquel cristalino lucir que sacan de manos del alfageme.

Subieron los desembarcados rocas arriba al muñón de la torre, y antes de haber hablado entraron en ella, donde hallaron un hombre que sin duda les esperaba, pues ninguno de los tres manifestó sorpresa.

—He aquí el Rebezo—dijo el fraile a su compañero—. ¿Conócesle, don Alvaro?

—Apenas—contestó el soldado—. Dios te guarde, Rebezo—dijo, mirando al hombre de la torre—. Vas a ser guía, como lo fuiste de mis hermanos cuando servías en casa de mis padres.

—Seré lo que fray Rodrigo ordene—respondió el Rebezo con áspera voz, y ya para esto habíase llegado a besar el cordón del franciscano y la mano al militar.

Parecía el Rebezo hombre como cincuenteno, no sobrado de talla, seco de carnes, bien trabado y suelto de miembros, prieto el color, negra y cerrada la barba, en la cual se pare-

cían algunas canas a testimoniar no tanto los años como el vivir trabajoso y áspero; los ojos, pequeñuelos y ardientes, chispeaban en el curtido rostro, que parecía esculpido en roble, criado a no recibir en la encallecida piel más cariños que los del sol, el viento y el agua; las manos, secas, callosas y nervudas, tales que al plegar los dedos sobre un objeto no parecieran querer asirle, sino probar a romperle.

Traía metidos los anchos pies en medias de estambre azul, y calzadas sendas corizas con que pisaba a lo cazador, firme y calladamente; el jubón y calzones, de paño burdo y muy llevado, doblados de piel en los codos, horcajadura y asiento, y en la cabeza una montera cuyas orejas así se erguían para realzar la corta estatura de su dueño, como se abajaban en lluvias y celliscas para cubrir y guardar sus mejillas y cerviguillo.

Bien puesto de apodo, porque así los ojos inquietos y vivos, como la buena proporción del cenceño cuerpo, la soltura y libertad de sus movimientos, muestra del sólido y fino engarce de sus huesos, adonde no se advertía el entorpecimiento traído por la edad, daban buena idea de aquel animal del mismo nombre, codiciada y difícil presa de cazadores, solitario habitador allá en los pelados riscos de los montes de Europa, que bebe en su origen las heladas venas de agua, nacidas para fecundar los valles, y pace la primera grama que alegra las estériles cimas, pudiéndose afirmar que en presteza, seguridad y arrojo para trepar peñascos, salvar quiebras y hacer suyo lo más escabroso y duro de tan durísimas montañas, habían de correr parejas hombre

y bestia, de donde acaso vino apellidar como se apellidaba al primero (1).

—Por bueno y por leal te necesitamos y te queremos— dijo fray Rodrigo.

—No voy a decir lo que ya su paternidad me reprendió un día—contestó el Rebezo—: que mi alma y mi cuerpo son de los Pérez de Ongayo. Yo sé que el alma es de Dios, y a él espero se la encomienden las oraciones de fray Rodrigo; pero este cuerpo mío, antes de ser de la tierra y mientras pueda pisarla, es de los hijos de mi señor, que está en el ielo. Digo, de los hijos buenos, que son los suyos, que el malo viene de otro linaje y lo metió en la casa la industria maldita de algún retajado.

—El buen criado no se hace juez de su señor, Rebezo— nterrumpió el fraile.

—Nunca serví yo a quien su paternidad dice, ni le juzgo tampoco; que le juzgan las lenguas de los nueve valles, que todas cantan un cantar. En la torre de Cortiguera pensé yo morir y que las piedras de su barbacana fueran sepultura de mis huesos, si les daban esa licencia sus señores. Pero murió antes que yo don Diego, el viejo, y dejó en otro don Diego su nombre y su hacienda, no sus entrañas de cristiano ni su corazón liberal y compasivo. Dios sabe de qué sangre viene el que cierra a sus hermanos las puertas de la casa en que nacieron, y yo no sirvo a sangre que no conozco. Fuí criado de don Diego, el viejo, y criado soy

---

(1) V. nota A.

de sus hijos; sus hijos son los que para mí nunca tuvieron palabra dura, ni mala obra; los que muestran en su rostro el rostro noble de mi señor, y en sus personas lo mejor con que podía heredarlos: su valor y generosidad. Ni ellos ni yo tenemos techo que nos pertenezca; pero debajo del cielo, adonde ellos llamen y quieran al Rebezo, allí le tendrán a su menester, que hartos años comí el pan de su honrada casa. No hablo para su paternidad de fray Rodrigo; hablo para su merced del señor don Alvaro, que no me conoce. Hubiérale yo conocido a él en medio de los ejércitos de donde viene, así la Virgen de la Luz me salve; que es la propia pinta de mi difunto señor don Diego, no tan barbado, pero a su par bien puesto y gentil. ¡Bien haya el que no miente a su sangre!

—Espacio habrá para ese escrutinio y alabanzas de nuestro don Alvaro, Rebezo—interrumpió fray Rodrigo—, puesto que habéis de caminar y vivir juntos más de un día. Acudamos a lo más urgente, que ya el sol baja y la noche llega. ¿Tienes caballo?

—Téngole y en parte donde, como su paternidad me mandó, no oigan oídos humanos el huello de sus herraduras. Decíame que importaba el secreto de esta venida; y si no por las estrellas del cielo que anoche me vieron cruzar como acosada raposa el monte de los Santos y buscar los pasos por somos y coteras (1), escapado de gentes y case-

(1) *Cotero, cotera*, cerro bajo, de suelo manso y pendiente rápida. Usanse también el aumentativo *coterón* y los diminutivos *coteruco* y *coteruca*. Cotera y Coterón son buenos apellidos montañeses.

Hácense estas aclaraciones, y las que seguirán, a vocablos usuales de la

rías, que me hubiera por malhechor quien me pescudara y no me conociese alma nacida en todo el camino de Bárcena acá, ni en Mijares, ni en Santillana, puesto que oí bien claras las campanas de su abadía que, a mi ver, tocarían a maitines, ni en Quintana, donde vi la luz de la Virgen de Guía chispear entre los alisos del regato, ni en Oreña menos, ni en parte alguna, sabe la jornada que echó el Rebezo, y que a la hora de ahora aguardaba en Puerto-Calderón a sus señores. Pues llamar al molino de Serranera, y decirle a mi hermano Juan, el molinero, «aquí estoy», con no haberle visto en meses, ni pensarlo. Ahora, sus mercedes dirán: si hemos de caminar, adonde sea, y por donde fuere menester, camino de arriero o rastrera de jabalí, allá iremos con la merced de Dios.

Y llegándose al alféizar de la angosta saetía que daba luz a la estancia baja de la torre donde se encontraban, el Rebezo alcanzó una ballesta con su gafa y jaras que allí yacían; púsose las jaras y la gafa al cinto, y cargando el hombro con la ballesta, pareció en ademán de marchar.

—Aguarda un poco, Rebezo —dijo el fraile—; sobra tarde y conviene que sea de noche vuestro camino, ahorrando despertar curiosidades, y que llegue, como ha de llegar, al cabo a Cortiguera la noticia de la venida de don Alvaro. ¿Dónde te halló mi mensaje?

—Hallóme a la Puente de San Miguel, donde hay ahora

Montaña de Santander, no contenidos en el Diccionario de la Lengua castellana, en previsión de que pueda este libro hallar lectores extraños a aquella tierra y su dialecto.

no poco bullir de gentes. Dícese que vienen a Juntas los procuradores de los valles, y con esto y la gente que se hace para servicio del Rey en la villa de Santander, en la Vega y otras partes los caminos no sosiegan. Llegó la pareja mendicante, y el que traía la alforja, mientras su compañero hablaba con los del lugar, vino a mí, y mirándome con fijeza, me dijo:—Tú eres el Rebezo.—Así me nombran cuantos han menester de mí—le contesté.—¿Sabes leer?—Por gracia de los monjes de Piasca, y escribir por la del mejor caballero que tuvo la Montaña, y de un clérigo que a su mandato me dió esa enseñanza.—Pues aguárdame camino de Novales, en paraje secreto, donde pondré en tu mano un papel que te envía fray Rodrigo Pérez de Ongayo, conventual de San Francisco de Santander.—Así lo hice, y leí lo que me mandaba su paternidad. Fuí al hidalgo de Binueva, díjele que necesitaba su caballo para seguir el rastro a un corzo que han visto por el monte de San Cipriano al arroyo Rumiales; creyóme, aunque se extrañó de verme andar a caballo. No arrugue su paternidad el ceño, que yo rescataré la mentira confesándola cuando sea tiempo, y llevando en aguilando el primer jabato que baje con la luna nueva a hozar los boronales (1).

---

(1) *Boronal*, tierra sembrada de *borona*. Llaman los montañeses borona al maíz, planta y grano, a la harina hecha de este grano y al pan amasado con dicha harina. *Boronales* es voz anterior a la traída del maíz a estas regiones del Norte de España, puesto que la usa Lope García de Salazar, escritor del décimoquinto siglo, cuando aun no eran descubiertas las Américas, de donde el maíz vino.— El P. Carvallo pone su primer cultivo en las Asturias de Oviedo en los años primeros del siglo décimoséptimo, y no será absurdo su-

—No serás tú quien confiese la impostura, Rebezo— interrumpió don Alvaro ; seré yo a quien toca agradecer el servicio, ya que soy quien el servicio recibe. Y no anduviste bien en usar de tanta cautela. De hidalgo a hidalgo se confiesa la necesidad cuando se solicita ayuda, y no hay juramento que obligue al secreto como la confianza no demandada. Hubieras dicho: «Mi señor necesita el caballo para un caso que le importa», y si el hidalgo de Binueva merece este nombre, diérale sin más averiguación que saber quién se lo pedía.

—Buen remedio hallaste, don Alvaro—dijo fray Rodrigo—. ¡Ah, Rebezo! Nunca pusiera yo a prueba tu lealtad si había de costarte una mentira.

—Perdóneme si erré—dijo el Rebezo—; mi rudeza no alcanza más: sirvo a quien tengo ley, y dejo para después el conocer si lo hice por bueno o mal camino.

—Tu buena intención te salva—replicó el fraile—. Mas quédese aquí el razonar y a la obra. Don Alvaro, ¿preveniste el papel? ¿Traes a punto tus armas?

---

poner que hacia el mismo tiempo lo cosechasen sus hermanas y vecinas las Asturias de Santillana, sin que esta nota sepa establecer y fijar cuál sería la planta indígena que dió su nombre a la planta americana. El Diccionario de la Academia Española. en su edición décima, hace sinónimos *borona* y *mijo;* mas no era de igual opinión el Mtro. fray Gabriel Téllez, que separa ambos cereales en esta redondilla de su conocidísima comedia *La gallega Mari-Hernández:*

> "Cogeremos ya el centeno,
> ya la *boroa*, ya el *millo;*
> buen pan éste, aunque amarillo;
> sano el otro, aunque moreno."

—Todo está como es menester—dijo don Alvaro, tentando, como sin conciencia de lo que hacía, los tirantes de la espada, abriéndose el coleto, sacando del seno un papel que desdobló y tornó a plegar sin haberlo leído.

—Fué precaución forzosa—dijo con tierno acento el fraile—; tendrás precisión de escribir, y no hallarás comodidad para ello. Adiós, don Alvaro. Él te guiará si llevas tu pecho limpio de saña, y si al defender las dichas de tu corazón tienes en cuenta el ajeno bien y buscas el tuyo sin daño de nadie. Oye mis razones postreras, y que su recuerdo en la ocasión enfrene tu ira y pare tu brazo. Sabes en cuánto tengo la vida de tu cuerpo; pues tengo en tanto más la de tu alma. Vas a ponerte en el camino de quien no sabe cejar ni desviarse en sus propósitos; de quien sin causa hasta ahora nos desama y aborrece, y verá gozoso que les des a sus odios esa causa que no tenían. Si por un azar, que Dios aleje, llegáis a punto de corporal ofensa, piensa que es tu hermano, y en él dejó nuestro padre su autoridad y el respeto de su apellido, y que si a él se alzara tu mano sería mano parricida. Recuerda que al venir a esta empresa mis ruegos te despojaron de tus pistolas, dejándote la espada, sin la cual no hay soldado y menos caballero. Quité de tus manos la pólvora, que da pronta satisfacción a la ira y niega espacio a la razón, homicida súbito que no puede arrepentirse a tiempo; y les dejé el noble acero, cuyos filos por ellas se comunican con el corazón, y le escuchan y obedecen, y el corazón acaso los detiene al herir, o templa en su camino el rigor del tajo trocando en leve la mortal herida.

Quise quitar toda mala ocasión a tus pocos años y brío juvenil. En nuestra santa casa de la Barquera espero tus noticias o tu presencia. Que ellas me digan que recobraste la alegría y el sosiego de tu corazón. La paz de Dios contigo, y conmigo la esperanza de su bondad inagotable.

Abrazáronse ambos hermanos. Quedóse el soldado en la torre, y el franciscano bajó por las rocas al esquife. Bogaron los remeros y salieron de la concha a encontrar a la velera zabra, que rendía su bordada en vuelta de tierra. Embarcáronse todos, colgaron el esquife de sus pescantes sobre la amura de estribor, y puso la zabra su proa al Noroeste. Empujábala blandamente el terral arreciando, ayudándola a remontar el cabo Oriambre, que, sobre una faja de arenas, adelantaba al mar su escabrosa punta. El rojo color del ocaso palidecía, y en el alto azul del cielo centelleaba la estrella de la tarde. En la popa de la zabra el franciscano, sentado sobre un rollo de cable, puesta sobre su frente la cogulla y metidas las manos en sus mangas, rezaba: *Ave maris stella, Dei mater alma, atque semper virgo, felix cœli porta.*



III

A BORDO

ARRECIAN de suerte a veces las tormentas interiores del alma; y en tanta confusión y temor nos ponen, que al levantar el corazón al Señor pidiéndole su ayuda, imaginamos hallarle desviado y distraído, sordo a nuestra queja, esquivo a nuestra angustia; y para que nos atienda y mire, hemos de hablarle en altas voces, como si sus oídos fueran carnales oídos y no un amoroso deseo y solicitud del bien de los hombres, en que vive constantemente ocupada su misericordia.

Recógese a orar el bueno, y nada interrumpe su silen-

ciosa conversación con Dios. No ha menester voz ni palabras: su deseo habla, sus necesidades piden, sus ansias suspiran y la inteligencia infinita a quien acuden responde, satisface, acaricia y calma. Mas sobreviene la hora amarga de tribulación inesperada; mírase puesto en tanto dolor, que parece van a faltarle espacio y aliento para quejarse, o que no habrá lugar a la eficacia de la medicina por venir tarde y ser agudísimo el padecimiento; y entonces, imaginando poca y débil su oración mental, aquel su callado cuotidiano repetir de la sabida plegaria, rompe el silencio, y en altas voces y con ardientes miradas, cual si con ojos y voces quisiera animar y conmover la insensible materia si se postra ante una imagen, cual si con ojos y voces quisiera penetrar las nubes y llegar hasta el Dios remoto e invisible que habita en los cielos cuando ora bajo su ancha bóveda, al aire libre, en presencia y compañía de la vasta naturaleza, óyesele rezar descuidado de quien le observe y escuche, y de quien pueda por sus rezos ser en los propios rezos o quehaceres molestado o interrumpido. Y se le oye con claro, pausado y fervoroso acento repetir las familiares cláusulas de la oración dominical, de la salutación angélica, no de otra manera ni con menor afán que si por vez primera tomadas en boca tratase de encomendarlas a la ruda o fatigada memoria.

Así rezaba el franciscano. La gente de la zabra, recogida a los bancos de proa, aparejábase a cenar, y hallábase solo con sus pensamientos en la popa del barco. El ser viviente más cercano era otro fraile de su hábito, que, sentado al

pie del palo mayor, repasaba silenciosamente las hojas de un libro. Leía con la voluntad, puesto que no movía los labios, ni la escasa luz le consintiera otra cosa a no estar dotados de rara penetración sus ojos. Y, sin embargo, tenía su voluntad entera puesta en la lectura, porque nada le distraía de ella, ni el azote de la lona en el mástil al alternado calmar y crecer del intranquilo viento, ni el cabeceo del barco cogido de través por el acompasado y grave ondeo del agua. Y sola entre los murmullos del aire y del mar vibraba la voz entera de fray Rodrigo, en aquella hora en que más clara y transparente y quieta la atmósfera parece dejar más fácil camino al humano gemir para llegar al cielo.

Hora de los tristes, hora de los que lloran, hora de cuantos sienten en el corazón hervir y agitarse las mortales inquietudes de la vida: la pasión que clama por confidente; la pena que ha menester consolación; el remordimiento que busca lágrimas; el abandono que solicita amparo. Para esa hora en que, a par con la luz, siéntese palidecer la vida, encendió la divina voluntad creadora del mundo la estrella misteriosa de la tarde, sol en las tinieblas, testimonio de lo pasajero y breve de la venidera noche, esperanza clarísima, presagio de nueva luz y nuevo día. Esa hora propicia al consejo y al grito de la conciencia, plácida al afligido, risueña al venturoso, blanda al doliente, tregua del trabajo y de la pena, término del afán y principio del descanso, tomóla para ofrecérsela a la Virgen Madre, consagrándola con su nombre la Madre Iglesia.

Acaso era ya suya desde los albores del altísimo misterio de la redención humana; acaso en esa hora se inundó en divinos resplandores la apartada mansión de la Nazarena, y la esclava del Señor respondió al celeste mensajero: «Hágase en mí según tu palabra.» Acaso en esa hora el dulcísimo cantor de las excelencias de María, el santo monje Bernardo, inspirado por su devoción y la gracia celeste, halló y compuso el himno ternísimo con que hoy el cristiano la invoca como fray Rodrigo la invocaba. En aquella estrella purísima veía el gran cisterciense la guía mejor en los procelosos mares de la vida; a su luz pedía limpieza para sus pensamientos, seguridad para sus pasos, pureza y mansedumbre para sus palabras y sus acciones, día claro para el ciego de corazón, libertad para el cautivo de las tinieblas; y repitiendo sus entrañables cláusulas el franciscano montañés, pedía también remedio a mortales incertidumbres de su alma, luz y acierto para distinguir entre su obligación y su afecto, para no vacilar ni engañarse entre la voz halagüeña de la sangre que le atraía a la tierra y la voz austera de sus humildes votos que le llamaba al olvido absoluto del mundo.

La Iglesia, en los cantos de su liturgia sacra, tiene voz para cuantas ansias y penas agitan y adoloran el corazón humano, y que faltas de esa voz que las ayuda a desahogarse y esparcirse, le anegarían en sus propias amarguras. Himnos o querellas en que tanta vida puso el dolor o el agradecimiento o la devoción de un hombre, que persevera y late a través de los tiempos, diciendo y proclamando

el agradecimiento o la aflicción de generaciones sin cuento. Lágrimas que corren sin secarse, lamentos que los siglos no acallan, eco triste e imperecedero que acompaña a la humanidad en su dolorosa vía, y la encamina y levanta en las horas de tinieblas y desaliento.

El franciscano que leía cerró al cabo su libro y llegóse al franciscano que rezaba. Viéralo o no lo viera el alma de fray Rodrigo, sus ojos miraban al limpio lucero que chispeaba en el pálido azul de los asomos de la noche, y con amplio y desembarazado movimiento, santiguóse y calló como si diera su oración por terminada.

—Hermosa noche, padre Rodrigo—le dijo su compañero.

—Hermosa y tranquila, padre Antonio—contestó el franciscano—. ¡Oh! Y ¡quién acertara a copiar y repetir para su ánimo la paz y el sosiego de la naturaleza!

—Búsquelos en Dios, donde debe buscarlos, y los hallará—repuso el severo acento de fray Antonio.

—¿No es buscarlos en Dios buscarlos en sus hechuras? ¿No es admirar su poder y su gloria prestar oído a los cielos que la cuentan, al firmamento, que da testimonio de ella? ¿No anda el espíritu de Dios, como al nacer del mundo, llevado sobre las aguas? Mas, ¡ay!, esa paz y honrado sosiego de los elementos inocentes niéganse al corazón del hombre, manchado por la culpa.

—Ciego es, en verdad, quien no ve y adora en su obra al autor infinito de todo lo creado—continuó fray Antonio—; mas cuide el hombre de no olvidarse del Criador en la contemplación y estima de la criatura; son sus sentidos limitados

y flacos, y no tiene otro camino por donde entrar a penetrar y comprender los altos misterios que le rodean. Cuide de no partir su corazón en dos, porque escrito está, y es palabra de Cristo nuestro Salvador, que nadie puede servir a dos señores. No imagine el hombre alzarse a la soberana luz y tranquilidad de la bienaventuranza en tanto no haya arrancado la postrera raíz que le amarraba al mundo. No pretenda dones excelentes de Dios quien no se diere todo a Dios. Por la más angosta entrada que a mundano afecto deje nuestro corazón éntrase el mundo a enseñorearle y arrojar de él al mismo Dios que le ocupaba. Pienso que su paternidad no está desprendido del mundo, y que la voz de la sangre, tan engañosa y vitanda como la del interés, obra en su pecho y con color de halagarle le martiriza y punza, robándole el sosiego y gobierno de sí mismo. ¿A qué se mezcla en negocios mundanos ya que el Señor en hora temprana le marcó por suyo, llamándole a ser pobre, casto y obediente? ¿A qué arrodelarse con la jerga para luego abrir voluntariamente sus mallas al tiro enemigo? O del mundo o de Dios. No echara su paternidad de menos esa tranquilidad que envidia si en vez de saltar en tierra, movido de afanes perecederos y vanos, hubiera seguido la navegación. El espíritu de Dios camina sobre las aguas, es cierto, y por eso no debió desampararse de él cuando tanto necesitaba de su vista y compañía.

—Padre—replicó fray Rodrigo—, el Evangelista ha dicho: aquel que no ama permanece muerto; por haber amado a nuestros hermanos fuimos traídos de muerte a

vida, y debemos poner nuestras almas por nuestros hermanos.

—Cuide, padre, de la suya, que recelo no ande rodeándola el demonio de la soberbia—díjole con dureza su compañero—. Cuando su paternidad tuviera el ardiente espíritu del apóstol predilecto que tal escribió; cuando abrigase en su pecho aquel fuego divino que se encendió directamente en el amor soberano del divino Maestro; cuando hubiera merecido aquellas visiones de lo sobrenatural en que le habló el cielo manifestándole recónditos secretos de la celeste gloria y del futuro mortal y terrestre; cuando hubiera recibido en el Calvario la herencia de la redención del mundo y sintiera la inspiración y el alto don de profecía, entonces estaría bien que copiase aquellas palabras, copiando el espíritu que las dicta y las fuerzas de hacerlas eficaces y positivas. Cuando fuera águila podría volar con las águilas y atreverse adonde ellas se atreven, que no las ciega el sol y le miran e interrogan con ojos valientes y fijos y nunca turbados, mientras hiere los nuestros y los obliga a cerrarse, y no pocas veces los ciega el vago e impalpable reflejo de la luz soberana en el agua o en el vidrio.

—¿Dónde, padre mío—dijo con acento conmovido fray Rodrigo—, dónde tomaremos palabras y argumentos que nos conforten y animen, si no los buscamos en aquellos que oyeron de cerca la palabra sublime de nuestro Salvador, que sintieron en sus ojos el fuego de aquellos celestes ojos y recibieron en su alma el aliento sobrenatural de aquella alma que andando peregrina y triste sobre la tierra nos dejó

ejemplos y lecciones para cada uno de nuestros casos adversos y penosos, consuelo para cada uno de nuestros terrenos dolores y paciencia para nuestros martirios? Porque mi espíritu es débil busca el espíritu del que fué todo fortaleza; porque es ciego, quiere alumbrarse con los rayos del que es luz eterna e inextinguible; porque es ignorante, se ampara de la sabiduría infinita; porque titubea y yerra, ase del que es leal e infatigable guía. Y cuando siento la mano de Dios y miro los designios de su Providencia en cada paso y suceso de mi vida, ¿cómo habré de contrariarlos ni resistirlos, en vez de obedecerlos y prestarles las flacas fuerzas de mi voluntad? La Providencia de Dios, adelantándose a mis deseos, dióme la ocasión de este viaje. ¿Quién puso en voluntad a nuestro padre guardián de Santander de ordenarme acompañaros en vuestro encargo de consultar al padre guardián de San Vicente sobre la fundación de Santa Cruz de Monte Calvario, y rogarle presidiese con la autoridad de sus años y sus virtudes a la entrada de nuestras hermanas en su nueva casa y posesión de ella? ¿Y quién sino vos tuvisteis por mejor hacer la jornada por agua, en vez del largo y caluroso camino por tierra? No seáis rigoroso conmigo, que venero en vos tantos años hace la santidad y la experiencia; corregid en mí las malas inclinaciones, mas no pongáis en mi corazón receloso miedo de que oyéndole desatiendo la voz más alta e imperiosa del cielo.

Interrumpió fray Antonio con estas palabras:

—El cirujano experto dilata a veces sin duelo y hace ma-

yor la herida para mejor curarla; pero no por abreviar la cura se pone al peligro de errarla, ni por ahorrar un quejido al doliente la cierra a destiempo, exponiéndose a que bajo la falsa piel fermenten de nuevo y con más peligro de la vida los negros humores de la sangre viciada.

Mas con vehemencia creciente que parecía impulso secreto e invencible del alma, continuó fray Rodrigo:

—El Señor ve los corazones, padre, y juzgará en su justicia el mío. Si a esos afanes terrenos, que su paternidad condena, fuera yo llevado por vanagloria, o codicia, o materiales apetitos, ¡aleje el Señor de mí tan mal deseo!, hiciera bien en reprenderlos y castigarlos con su encendida palabra; pero si soy guiado por ansias vivísimas de paz; si acudo a mediar entre pasiones contrarias e impedir que estallen o choquen; si pretendo ser la prudencia de quien en sus pocos años trae la excusa de no tenerla, el consejo de quien mira el suyo oscurecido por los juveniles ímpetus del corazón; si puedo encaminar, refrenar y servir a quien es mi sangre y no tiene en pro suya mejor tutela, ¿habré de abandonarle o ponerle en término desesperado que huya de mí y acuda a buscar en otra parte, y no halle en ninguna el consejo y ayuda que le niega su hermano?

Las obligaciones del nacimiento son, padre, obligaciones que Dios impone, y El solo puede desatarlas y absolvernos de ellas. Si mi apellido dió ya tributo a la religión y a la iglesia, ¿por qué no he de procurar su perpetuación en la tierra de su origen, donde su aplauso y respeto no han sido granjería de malas artes, sino galardón y pago de sus me-

recimientos y sacrificios? Hace tres siglos que pisan los Pérez de Ongayo estas marinas de su solar, con huella duradera y honda. Aquí riñeron en bandos, ampararon menesterosos, castigaron delitos, aumentaron su linaje, abaxaron altiveces, fundaron ermitas, erigieron altares; de aquí salieron a remediar su pobreza en las armas o en los estudios. Del mal que estorbaron, del bien que propagaron, del valor que tuvieron, del respeto que mandaron, de sus actos, de sus dichos, del ejercicio de las calidades de su corazón, buenas y malas, que al cabo pecadores fueron, que no justos, pero siempre cristianos y caballeros, de las obras de su espíritu, dilatadas en el tiempo, engendróse esta memoria, esta estimación, este concepto, este valer más entre los suyos, que cimenta en la conciencia ajena y se nutre y vive de la conciencia propia. Mayorazgo, no sin censo, puesto que impone el de la mayor perfección. Herencia más de cuidados que de vanidades, pues quien la lleva obligado está a mantenerla y aumentarla sin mirar en sacrificios, y ha de transmitirla así como la recibiera, que al cabo, como esencia incorpórea y cosa de almas, del cielo vino y ha de volver al cielo, sin que sea lícito, a quien temporalmente la goza y conserva, disponer de ella. Y ¡ay de quien deja caer arruinado en tierra el alcázar de honra edificado por sus abuelos! ¡Ay de quien hace ocasión de escándalo o de mofa el buen apellido de sus mayores!

Si fué fecunda la estirpe mía, y pudo cortar algunas de sus frondosas ramas, dejando vivir y propagarse el tronco, a velar la vida y prosperidad de ese tronco están obligados

cuantos de él recibieron su savia, vivieren dentro o fuera del linaje.

La gracia que al Señor debí llamándome a su inmediato servicio, ¿no he de agradecerla y pagarla, siendo entre los míos mensajero de paz y de concordia? ¿No fué acaso mi vocación a tan santos fines encaminada? El arrojo y valor de su raza hicieron a los de Ongayo poderosos en su tierra; su entereza y su orgullo inflexible los vedaron llegar fuera de ella adonde otros llegaron, mereciendo acaso menos. No son alardes estos, padre Antonio, que el demonio inspira; esto es poneros en autos de lo que son mis hermanos, de lo que somos todos, y mostraros clara la razón de estos afanes en que me veis puesto.

No sabéis qué volcanes enciende en nuestra sangre la soberbia injuriada, ni a qué extremos nos lleva la cólera. Mejor sabréis, porque al cabo es achaque común de la raza montañesa, la viveza con que despierta y se agita el deseo propio aguijado por la vista del deseo ajeno, encaminado y propuesto a conseguir algo que vale y a que en cualquiera ocasión fuimos aficionados.

—Tiene nombre esa resurrección del deseo—dijo fray Antonio clavando sus ardientes y enojados ojos en los de su compañero—. No se le niegue ni disimule su paternidad, extraviado por el amor fraternal. La filosofía moral la llama envidia, y la doctrina cristiana la tiene por capital pecado, cuya virtud contraria es la caridad.

—De toda la suya he menester yo, padre, y que me oiga hasta al cabo, no tanto en defensa de mis actos, como dicho

tengo, cuanto en demanda de que su paternidad se halle en sazón de juzgarnos con acierto a todos. La noticia de que don Diego pretende a doña Mencía sacó de quicio a don Alvaro. La antigua afición que a la doncella tuvo despertóse, si acaso estaba dormida, avivando su furor, su odio, si es posible que la divina justicia consienta odios entre hermanos. Abandonarle a su pasión hubiera sido culpable descariño; resistirla o intentar apagarla, insensatez indisculpable: acudir a don Diego no cabía; hubiérame arrojado de sí, dando nuevo escándalo a las gentes y alimento a los mal pensados, cuando no pasase al sacrilegio, haciéndome yo ocasión de ofensas a Dios y mengua a la memoria y respeto de mis padres. ¿Qué hiciera su paternidad? Llamé a don Alvaro; halléle dócil a mi voz; propúsele pedir la mano de su amada; rehusó diciéndome que no quería su mano sin su cariño, y que entre su propio corazón y el de la doncella no consentía mediador ni mensajero; declaróse resuelto a verla; aconsejéle en ello la cautela y decoro que a entrambos convenía; ofrecióme hacerlo de manera que evitase todo encuentro con nuestro hermano, todo motivo de atizar curiosidades mal intencionadas; prestóse a aguardar; busquéle un servidor probado y fiel que hiciera con él oficios a mi ropa y estado vedados; avínose a mi compañía; oyó cuanto le dije; verá a doña Mencía; daráme noticia de su concierto con ella, y habido éste, yo, a quien los años y el religioso carácter convierten para don Alvaro en el padre que no conoció apenas, haré con él veces de padre.

Óigame con calma hasta el fin de mi oración, sepa a quién ayudo y a quién contrarresto.

La ira es omnipotente en el ánimo de don Diego. Cierto día, creyéndose desobedecido por un criado viejo, alzóle sin compasión la mano y le arrojó de casa, y como los otros servidores pretendieran mediar en favor del despedido, y con escaso tino probasen que en la querella habida no estaba el derecho con el señor, despidiólos a todos. Quedóse solo en la torre de Cortiguera, y porque vieran que de nadie había menester, aderezó su maleta, tomó sus armas, ensilló su caballo y partió, dejando la llave puesta en el portón del muro. Hallóla el pastor cuando recogió al caer la tarde su rebaño, y en lo que duró la ausencia de don Diego, que no fué corta, fué el único huésped de la torre. Volvió el señor, y lograron volver algunos de los antiguos criados, leales alanos que sirvieron a nuestros padres como los suyos sirvieron a nuestros abuelos, y no saben vivir sino allí donde nacieron y donde esperan morir, pero nunca el que había sido ocasión de la contienda.

¿Por qué vive solitario don Diego? Porque no sabe terciar en los negocios de la vida y defender su derecho con la razón y el discurso. Contradicho se aíra, airado se ciega y antes tiene el hierro en la mano que la razón en la boca.

Después de algunos estudios y su primer prueba de la vida militar, vino don Alvaro a vivir con él: no fué posible. Ardiente y pronto el mancebo, mal preparado a sufrir y condescender con su hermano, de quien harto sabía la condición altanera y el proceder desnaturalizado, alteróse en

breve la paz. Don Diego, liberal en extremo con las gentes de su devoción y en sus horas plácidas, era tacaño y mísero en ocasiones. Gustaba don Alvaro, como gustan mozos de sus años, de lucir en las fiestas de las cercanías, y quiso para una de ellas ciertas espuelas de oro ganadas por nuestro cuarto abuelo don Alvaro, de su mismo nombre, en aquellas famosas justas celebradas en Valladolid por el invicto emperador para festejar el nacimiento y bautismo de su primogénito, el príncipe don Felipe. Negóselas don Diego diciendo que eran hacienda del mayor de la casa, y nadie sino los primogénitos de Ongayo las calzaba. El ardoroso don Alvaro propuso comprarlas, y ofreció su legítima por ellas: tan puesto estaba en hacerlas suyas, o ¡quién sabe el precio que él pondría a mostrarlas en sus botas aquel día!; y don Diego, con arrogancia, le contestó que guardase sus dineros, que harto los habría menester, mientras que a él, hacendado rico, éranle de escasa suposición. Ofendióse don Alvaro; desmidióse en palabras; echáronse mano, y Dios sabe lo que la honrada casa de Cortiguera hubiera presenciado a no intervenir los presentes mediando con don Alvaro, que más robusto y joven, llevaba declarada ventaja en la lucha. En aquella ira suprema y despedido don Alvaro, juró don Diego por la memoria y sangre de sus abuelos no consentir la entrada de alguno de su apellido en la torre mientras pudiera tenerse en pie para cerrarla. ¿Os parecen sobrados con hombre tal mi celo y mis cautelas?

—Paréceme que no hay vicio que no tenga asiento en la

torre de Cortiguera y hospedaje en el pecho de sus moradores—replicó fray Antonio - . Todo es allí odio, confusión, nequicia y malos deseos; no hay entre ellos ni paz, ni amor, ni concordia; y cuando las razas y los pueblos se dividen y se apartan, cuando abren su seno a la discordia y a obras de sangre y exterminio, no anda lejos el día del Señor. Entonces está maduro el fruto para su providencia y su justicia; entonces el hombre que lleva su palabra alza la voz sobre el monte, y grita: ¡Ay de ti, Ninive, si no te arrepientes y haces penitencia: disolveráse todo poder, y el corazón del hombre aridecerá consumiéndose y será hecho polvo! Buscad al Señor mientras es hacedero hallarle, invocadle cuando le tenéis cercano, dice Isaías. El Señor, que de la sombra hace luz y de la noche día, que convierte la roca en agua, y en sazonada mies el páramo yerto, saca también de la confusión la claridad, como sacó del caos el orden maravilloso, la ordenada máquina del universo, y de la horrenda fealdad del pecado la espléndida hermosura de la gloria celeste.

Mas ¿a qué esa elección injusta entre dos menesterosos, que desatiende al más necesitado? Y ¿qué piedad es esta que se emplea en quien menos la ha menester? ¿No fuera de mayor eficacia, antes de oponerse a los efectos de la ira, buscar su raíz y arrancarla de las entrañas en que la ira se engendra? ¿Estáis cierto de que merece más vuestra compasión y vuestra asistencia don Alvaro que don Diego? ¿Por qué su paternidad no hace oir la voz de Dios allí donde no hay oídos sino para el halago de los tres enemigos

del alma? ¿Por qué no habla de su justicia a los que parecen olvidados de sus castigos? Antes que el pecado de aquel mal apóstol Judas, que aterrorizó al propio infierno, la desesperación, penetre dentro de aquellas paredes, ¿por qué no las ocupa su paternidad y se las defiende? ¿Qué temor le ataja, qué falsa vergüenza le detiene, qué mal entendido respeto humano le coarta? ¿Acaso el juramento inhumano de don Diego? ¿Qué hará un hombre solo, enferma el ánima, abiertas todas las puertas a la tentación, sino perecer y condenarse? Y ¿no será su condenación obra, tanto como del ángel de tinieblas, del sacerdote que pudo evitarlo y no probó a hacerlo? ¿No os parece esta, ocasión que la Providencia os pone delante para ejercitar esa caridad que a todos los bautizados obliga, y por encima de todos a los que se llaman hijos del seráfico Patriarca? Distinga la caridad como la moneda, sin tomar como si fuera de ley la falsa. Y es falsa caridad esa que retrocede ante la buena obra por no exponer a sacrílego al pecador en quien debió ejercitarse. Deje hablar a su corazón, padre Rodrigo. Si olvidado don Diego de quién sois y de quién es, alzara contra vos la descaminada mano, ¿a quién doliera más el golpe, al hidalgo o al fraile franciscano? ¿Pensaría antes en la mejilla de Cristo o en la suya? Y cuando así fuera, ¿qué piedad no hallaría en Dios quien habiendo sido ocasión fuera a la vez objeto y teatro del lastimoso pecado, y se alzase a solicitar con entera fe el perdón del sacrilegio?

También yo sé de la casa de Ongayo como sabe la Montaña entera. Ni el alma ni el cuerpo de don Diego tienen

bríos para larga resistencia, minados y destruídos por sus perversas costumbres e inclinaciones; ¿no haréis por él lo que estáis en obligación de hacer por el menor de nuestros prójimos? ¿Le abandonaréis a su negligencia y descuido? ¿Quién dice que la torre de Cortiguera, antro de reprobación y tristeza, no ha de ser para su paternidad mansión de santidad y alegría? ¿Quién le dice que no va a traer a los caminos del bien, a la casa de Dios, la descendencia una raza, en cuya cabeza y virtudes perdone Dios los desafueros y pecados de toda su ascendencia dilatada? ¿Quién sabe si los últimos Pérez de Ongayo no van a dar más lustre en virtudes y buenas obras a su apellido que le dieron en hazañas y méritos mundanos tantas generaciones de pecadores?

Sentía el franciscano labrado su corazón por las palabras de fray Antonio, y sentía su combatida voluntad vacilar en sus propósitos, no viendo claro, como hasta entonces había visto, limpio de dudas y recelos, el honrado término adonde caminaba. No sabía si era flaqueza censurable de su condición dar tamaño oído a la opinión ajena, o si debía tomar como aviso del cielo a su distraída conciencia, el severo razonar de su hermano en Cristo. Y sobre esta incertidumbre dolorosa rendíale y le acongojaba el ánimo la honda pesadumbre del vencimiento. Aquellas sus armas que más eficaces y poderosas le parecieran, y con alentado fuego en la contienda había usado, probábanse de quebradizas, débiles y no bastantes, y desengañado de ellas mirábase ya indefenso, derrotado, inútil para los venideros trances de

su vida. Quien braveó presumiendo de amparar y dirigir, ser tutela y maestro, mostrarse en valor y prudencia abonado para servir y salvar a otros o menos prudentes o menos valerosos, no había acertado a guardarse a sí propio ni a mantener contra opuestos embates las que le parecían gallardas resoluciones de su espíritu, indeclinables obligaciones de su calidad y de su estado. ¡Oh, miseria!

Continuaba la noche en el cielo la silenciosa paz que le había dejado el día, cuando desembarcaron los frailes en el muelle de San Vicente. Tomaron el camino del convento y le siguieron. Callado fray Rodrigo, murmurando fray Antonio los salmos del cuotidiano rezo. Y aunque el lucero centelleaba, como si despidiéndose de la tierra quisiera llamar a sí los ojos y los corazones de los hombres, no alzaba fray Rodrigo los suyos del suelo. Eran pocas las fuerzas enteras de su alma, su voluntad, su entendimiento y su memoria para defenderse en la pelea interior en que andaban trabadas y revueltas; no podía distraerlas a la contemplación ni a pedir auxilio, y cuando llegados al santo albergue, alzó, para llamar, el aldabón de la portalada, dejóle caer con duro y resuelto brazo, como si sañosamente hiriera en un poderoso enemigo invisible.



IV

LA TORRE DE CORTIGUERA

No ha amansado el gesto, ni mudado su fiera catadura, la torre de Cortiguera, desde el día en que el Rebezo decía haberla deseado para sepultura de sus huesos. Años le sobran y le faltan soldados; empero ni de los unos se querella ni clama por los otros, y caerá a las acometidas del tiempo, como pudiera caer a las de una hueste enemiga, sin pedir lástima ni esperar socorro. No solicitó para sí con magnificencias de arrogante arquitectura el pomposo nombre de Palacio que lleva. Diéronselo sus conterráneos en lisonja a su ceño y a su fuerza: que no hay cortesana elocuente como la elocuen-

cia del miedo; y consérvanselo las edades sucesivas por vanidad de solariegos campesinos y alarde de antiguo poder y grandeza.

El cárdeno matiz de los años mancha ahora sus piedras como la herrumbre de las armas el gambax vestido en cien batallas; mas ya bajo la sombría y quebrantada bóveda de su puerta, el sordo resonar de la yunta labradora deja dormir los ecos valientes que despertó el brioso pisar de los armados trotones.

Edificóse para mansión de guerra. El postizo almenaje, corona de sus tres pisos, fué obra de días pacíficos. Testimonio de los de su origen son los doblados matacanes que guarnecen sus cuatro caras; la escalera de piedra, arrimada al muro, descubierta a los tiros del defensor hasta dar entrada al primer alto de la fábrica, y la barbacana que decía el Rebezo en su mal aprendido lenguaje, robusta muralla que ciñe el solar y abre entre dos pesados cubos, descabezados y derruídos, el espeso arco de entrada.

Desde su alto repecho, en que la roca viva desgarra la tierra, domina la torre la curva ría de la Requejada, que, escondiéndose a su espalda, corre a salir al mar en Suances. A sus pies, y al Mediodía, tiene el pueblo de su propio nombre; más abajo los vastos y floridos henares, de donde se titula la vieja aldea Inojedo, y más abajo aún, y a la vera del agua, el sitio en que estuvo la ermita de Santo Domingo y su barquera, posesión antigua y causa de litigios de la insigne abadía de Santillana. Mirando al saliente, espía los pueblos de la otra banda, Cuchía, solar de buenos linajes,

Cudón y Polanco; divisa los humos de Valmoreda, escondida en los fragosos senos del monte Cado, el verde morro de Miengo, el lejano camino de Santander, que serpea de collado en collado hasta desaparecer entre las devastadas encinas del alto de Pedroa, y allá en vaga lejanía el pelado castro de Peña-Castillo, al cual la distancia tiñe de violados colores. Un monte de chata cima se alza a robarle la vista de la cuna de los Garcilasos, la Torre de la Vega, centinela de apiñado caserío al pie de su devoto cerro de las Tres-Cruces, mientras a ocaso, y sobre los ondeados cerros de Avios y Ongayo, descubre las cimas de la loma del Ibió, el cotón de Mazcuerras y el escudo de Cabuérniga, sobre las cuales alza su gigante mole el lejano y brumoso Peña-Sagra.

De cara al sol tiene su blasón sostenido por fantásticos grifos, y encima del escudo, con honda huella de resuelto escoplo, escrito: IN DOMINO CONFIDO.

Había entre las gentes comarcanas quien no se pagaba de la humildad y devota fe que estas letras confiesan, afirmando que el Señor de quien hablaban no era el de los cielos; y haciendo argumento de la notoria altivez de la raza que la vivía y de la opinión que sobre su edificación corría, opinión sentada en que ciertos maestros de cantería, trasmeranos, muy entendidos en las formas y estilos de arquitectura usados en España en épocas distintas, remotas o cercanas, dijeron alguna vez que si no erraban mucho su experiencia y saber en la materia, en la fábrica de la torre de Cortiguera habían puesto mano canteros u oficiales de

edificar, contemporáneos del invicto emperador Carlos V, los cuales, imitando otra fábrica de más antiguos tiempos, no se habían descuidado en poner a su obra ciertos tildes y aditamentos de importancia, hasta entonces no conocidos y usuales, con más el color de la piedra y la tersura de sus filos y planos apenas mellados por el agua, que acusaban menos años de los que a la traza y apariencias de la torre convenían.

Decíase, pues, que apartándose del parecer de las villas y no pocos lugares de los valles, en aquella contienda famosa que las comunidades de Castilla movían al emperador, habíase el caballero habitador y dueño de Cortiguera declarado por éste, y sufrido y hecho sufrir a sus contrarios golpes, heridas, talas y despojos de toda especie, en cuya intestina discordia no siempre había llevado la mejor parte y tenido de su lado la fortuna (1). Por lo cual, vencidos los comuneros y terminada la guerra, autorizó el César a su leal servidor a reedificar su maltratada vivienda, y aun le ayudó, según era voz, con dineros de sus propias rentas; hecho lo cual, con la propia regia antoridad, y aun sin contar con ella, en opinión de los menos aficionados de aquel apellido, encima del escudo, reliquia de la casa vieja, como lo dice harto claramente la rudeza de su labor y talla, plantó las no humildes, sí soberbias palabras, en reto vengativo a cuantos pudieren atrevérsele por uno u otro camino, ya que las pasiones levantadas y despiertas en civiles alborotos

(1) V. nota B.

tardan en apaciguarse y dormir, y en los lugares maltratados u ofendidos por hermanos permanece más largo tiempo en acecho o preparación de su hora sangrienta el genio desvelado de las venganzas. «*En mi señor confío*—les decía—, y contra su ayuda no han de valeros fuerza ni audacia; vuestras artes se estrellarán en su poder, y quebraránse vuestras armas en su escudo. Solo no os temía; con semejante amparo os temo menos, y, para confirmarlo, ha de estar perpetuamente mi cartel, convidándoos a probar si algo valéis contra mí.»

Será malicia de hombre, inclinado siempre a lo peor y no siempre dispuesto a resistir a esa inclinación y domarla; pero es de confesar que el ceño de la torre, sus cerradas ladroneras, su caliente matiz, su reposada fortaleza y el muro con adarves que cierra el paso a su entrada y puerta, se avienen y conforman mejor al sentido provocador que al letrero dieron un día ánimos recelosos y sondeadores que al pacífico que pudieran encontrarle mansos y sencillos corazones.

Ni desairaran el juicio, si se hallaran hoy como se hallaban en los días de que hablo a vista e inspección del malicioso, los retratos de predecesores que eran el ornato mejor del aposento principal de la torre; pocos en número, varones todos y todos gentilhombres, soldado alguno, única tiranía la de la disciplina militar a que por lo visto se plegaban los de aquella raza, pues no parecía en los trajes, atributos y accesorios de las pinturas, señal de que sus originales hubieran fatigado y aumentádose su crédito y lustre

en las sosegadas profesiones de letras y ciencias sagradas y profanas. Otro yugo tan placentero y suave que lo busca el hombre a precio de su vida, aun de la eterna a veces, habíanlo esquivado con igual tenacidad sin duda. Ni un retrato de mujer entre ellos. Las mujeres parecían no merecer allí lugar ni derecho, como si tan recios y ásperos varones las tuvieran en poco; y se hubieran bastado a sí mismos para su perpetuación y descendencia. Así tenían ellos varonil belleza, pero desabrida y dura: habíales faltado aquel toque inefable en el alma, semejante al que pone el pintor de genio en obra innominada de un discípulo obscuro, con que se la apropia y la trasfigura y levanta a obra de inmortal renombre y justificado asombro.

Aparte de que entre aquellos lienzos hubiese alguno que no tuviera con su original más punto de semejanza, que el que plugo suponer e inventar al pintor por no haberse conocido entrambos, cosa natural mediando siglos entre las vidas y tiempos de uno y otro, con más, haber sido los de los primeros Pérez de Ongayo, de aquellos austeros y rudos en que el arte entendía solamente en fingir infantiles imágenes de seres increados o beatíficos, y no en copiar mortales criaturas, teniendo acaso por irreverencia emplear en lisonja de los hombres aquella habilidad y medios que no alcanzaban a reproducir la faz verdadera de los celestes habitadores, si ya no tenían por sacrilegio la pretensión y audacia de perpetuar y conservar para los venideros la imagen del hombre destinado a destrucción y muerte.

No convidaban con mayor blandura los muebles escasos

de ceñudo color, pesada mole, durable materia y trabazón sólida, esparcidos por aposentos, estancias y corredores. Armarios de neoclásica arquitectura, con firme puño tallados en frías y monótonas molduras; anchas mesas, cuyos pies torneados se espaciaban y abrían por bajo como los del caballo enseñado a ello para comodidad del que haya de montarle, amarrados, trabados y sostenidos de través a través con retorcidos tirantes de hierro forjado; sillas que parecían armadas sobre tableros de ballesta, llanas de asiento, tiesas de respaldo, cuero estampado con labores delicadas de guadamacil, y chatones y perillas de latón, hermanas, en suma, de la que en San Lorenzo recuerda la austera vida y largos padecimientos de Felipe II, no delataban mucha molicie ni prometían exquisito regalo al cuerpo. Para el del alma, algunos infolios en pergamino y otros libros menores, caídos o de pie, se ofrecían a la mano, libres de todo cautiverio y clausura de llave, vidriera o enmallada puerta, sobre un estante, en los aposentos principales de la casa. El resto del mueblaje eran armas esparcidas sin gran concierto, coseletes, yelmos y morriones, partesanas y estoques, y en el cuarto donde el señor dormía, un Cristo, el Cristo de las familias españolas de aquella era, pobres o ricas, ilustres u obscuras, el Cristo, de autor desconocido, de tiempo inmemorial, de materia preciosa o miserable, de bronce o plata, o madera o barro, que veía nacer a los hijos, acompañaba a morir a los padres, oía tantas quejas, miraba tantas lágrimas, olvidado tal vez durante largas treguas allá en el árbol de su suplicio, recordado súbitamente

en los días de pasión y llanto, en los de la pasión y llanto divino, para regalarle con el ramo bendito en la Iglesia, símbolo de su muerte y su victoria, en los de la pasión y llanto humanos con presente más regalado para su ánima misericordiosa, con voces de arrepentimiento, con ayes de contrición, con sollozos profundos del alma que se ahoga entre las amargas ondas de la vida y busca fuera de ella lo que la ampare y conforte, lo que la sostenga y levante sobre las procelosas aguas, lo que la salve.

Era el Cristo de Cortiguera obra de marfil, curiosísima y perfecta, en cuyos primores y en la devota expresión de su rostro paraba poco su dueño, ni en que el polvo lento de días y días, posándose en planos y labores del hueso, parecía esculpir y poner de relieve las formas y contornos de la efigie, y luego, acumulándose, cegaba huecos, embotaba tallas, y concluyera por borrar su portentosa anatomía, convirtiéndola en bulto informe, a no acudir al remedio manos de mujer que entendían en los afanes domésticos de Cortiguera, cuando a hurtadas de su hosco y violento señor podían entretenerse más de lo usual en el aseo y orden de su más familiar estancia.

Porque a pesar de lo que va dicho, mujer había, y aun mujeres, en la torre de Cortiguera; mujer viva y efectiva, pero nada más que mujer, y no señora, cuya jurisdicción eran la cocina y menaje, cuya feminidad se ejercía solamente en los platos de la mesa y las ropas de las camas, cuya autoridad, saber e instintos no transcendían a la vida moral, teatro en que tiene su más probada y dicho-

sa eficacia el influjo femenino. De suerte que era la torre por dentro lo propio que por fuera, triste, fría, desnuda, verdadera mansión de peregrino, alzada para pasar en ella breve espacio, tras la fatiga de la jornada o la pelea, dormir o velar la noche postrera de la vida, y alzarse gozoso al ver llegar la anunciada mañana, para salir al encuentro del día espléndido que no tiene sombras, crepúsculo ni término.

Las mujeres en la torre de Cortiguera eran la de Damián, el mayordomo y tenedor general de los intereses y caudal de su señor, llamada Dorotea, y su hija Rosalía, moza de diez y ocho primaveras, requerida y cantada de lejos por todos los galanes de montera y garrote de la comarca, y no más que de lejos, a pesar de su buena voluntad a escuchar requiebros, porque no consentía otra cosa el cuidado y temor con que don Diego era mirado.

Y habiéndose de entender con cabal rigor las cosas, tampoco habitaban en la torre, sino en las casas menores que se apoyan al muro de la huerta y quedan dentro del solar, espalda al solano, cara a la torre, donde estaban asimismo las cuadras y pajares de la casa.

Aun de aquella alegría y claridad que pudiera ser la juvenil presencia de Rosalía en la sombría torre, privábase a menudo el señor de Cortiguera; y con pretextos ociosos la desterraba, o por haber cantado recio y mucho, o por haberla visto sobrado juguetona y alegre por las cercanías, ofendida su alma envidiosa de aquella juventud y alegría que no la era dado gozar. Acaso era Rosalía la única cria-

tura que no temía a su amo y señor; sana, risueña y consentida, rebosábale la vida en el alma, como rebosa y bulle el manantial en la montaña. ¡Qué mano poderosa habrá, que puesta sobre la vena, la ataje y detenga y obligue a torcer su curso! Así, al cabo de cada una de sus ausencias, larga o corta, volvía la zagala incorregida y pronta a incurrir en nueva sentencia, con igual frescura en la garganta, con el mismo timbre en la voz, con el propio compás presuroso y vivo en los movimientos de su corazón.

Era el lugar de los destierros de Rosalía otra casa solariega no muy lejana, que domina el paso y barca de Barreda, en el pueblo de Viveda, sobre los ríos Saja y Besaya, unidos ya y prontos a salar sus aguas con las del puerto interior de la Requejada; casa famosa en la tierra, por el valor y virtudes de sus dueños, porque en ella había posado San Francisco de Asís peregrinando en la Montaña, y que ahora estaba en manos de un caballero anciano, digno por sus nobles y cristianas prendas de la historia y recuerdos de sus ascendientes. Asistíale con oficios parecidos a los de Dorotea en Cortiguera una hermana de ésta, madrina de Rosalía, a cuya prudencia y cariño se encomendaba el cuidado de la gentil muchacha y la corrección de su jovialidad expansiva.

De cualquier modo la fama de coléricos y vengativos allá en días antiguos, no la tenían usurpada los Pérez de Ongayo, si son de creer ciertas historias que de ellos se contaban, y de que, en ocasiones, su sangre se envanecía. Contábase, entre otras, la de un aldeano, al cual, por haber

muerto escondidamente un halcón que se creyó haber sido uno de los favoritos del señor, recién desaparecido de las alcándaras de Cortiguera, descubierto el desaguisado, hízole el Pérez de Ongayo que a la sazón llevaba el apellido cortar la mano derecha y clavarla sobre la puerta de la casa que el aldeano vivía, sin que le tocase al alma el saber su error, cuando el halcón fugitivo, a pocos días, fué cobrado en el monte vecino. Y que viniendo de la guerra un hijo soldado del maltrecho aldeano, doliéndole de la suerte de su padre, la vengó, pareciendo una mañana el halcón verdadero favorito, crucificado sobre el umbral donde estuvo la ajusticiada mano, y que desapareciendo los habitadores de la casa, emigraron de la tierra, no habiendo más noticia de ellos, ni queda de la casa donde pasó tan desatentada justicia, porque fué quemada por mandato del rencoroso Pérez de Ongayo. Mas yo entiendo que esta tragedia no se ha de tomar como historia verdadera, sino como alegoría o ponderación de la extremada crueldad de un hombre. Quedó, sin embargo, en las costumbres rastro del suceso; y al seguir caminos y veredas de la montaña, de continuo hállanse en dinteles y balcones de las rústicas viviendas, afrentosamente puestas en cruz, algunas de aquellas nobles rapaces, gerifaltes, sacres o alfaneques, neblíes o tagarotes, regalados cautivos de otro tiempos que sirvieron al placer y nobles ejercicios de los señores, y tuvieron tanto lugar en la opinión y las costumbres, que el arte hubo de aceptarlos como argumento de calidad y símbolo de estirpe.

El sentir llano y paladino dice que esta sanguinaria cos-

tumbre, practicada a veces con notable fiesta, aplausos y algazara, tuvo origen en el natural derecho de represalia y defensa, siendo el público y ostentoso suplicio del ave cazadora, a fin de contener el apetito de sus iguales y ahuyentarlas del corral vecino. Mas la natural codicia del humano pensamiento no se satisfizo con tan trivial argumento, y su instinto, que le lleva a solicitar superiores esferas y ejercitarse en la investigación de recónditos y difíciles orígenes, buscósele más transcendental y hondo al bárbaro deleite, y lo calificó de protesta y amenaza contra la dominación señorial en el azor simbolizada.

Cierto es que tiene el hombre cruda enemiga con cuanto le recuerda la servidumbre en que le tuvieron su fortuna o su desidia, su ignorancia o su miseria; odia cuanto sirvió a los que valieron más que él, y si el azar de los tiempos lo pone en sus manos y a merced de su venganza, lo rompe y desbarata antes de averiguar si puede hacerlo suyo, antes de probar a usarlo en provecho propio. Así, en lastimosos desórdenes y alborotos, al invadir la muchedumbre lugares o edificios de cuenta donde antes no tuvo entrada, se ensaña y ceba contra lo que no entiende, las obras de arte, bultos y lienzos; contra lo que no le sirve, por desproporción y desigualdad con sus hábitos y modo de vivir, ricos muebles, gigantescas lunas: todo lo quiebra y rompe, nada aprovecha ni se apropia, y como en esa muchedumbre abundan y dominan los iliteratos, los que no saben leer y menos escribir, lo primero que de sus manos vuela a la calle por las rotas vidrieras es lo que más le irrita, los li-

bros, lo primero que da origen y pábulo a la hoguera, lo que más le ofende, papeles manuscritos.

Así, cuando mudados los tiempos, dejó el halcón de servir al placer y a la soberbia de los señores, cuando no tuvo entrada ni asiento en sus torres y palacios, cuando quedó abandonado a su suerte y natural instinto; cuando nadie acreció su valor y animó su coraje, educando sus alas y acicalando sus uñas, cayeron sobre él los rústicos, le acosaron y persiguieron, le pagaron crecidamente en escarnios e injurias y tormentos el cuidado y temor con que antes le miraran; y le arrastraron al patíbulo, gozándose en martirizarle, como si el clavo con que desgarraban sus vencidas alas desgarrase la regia carta y privilegiada ejecutoria del señor, como si con él dejasen clavadas y yertas en la pared de su pobre vivienda la mayor riqueza, la inteligencia superior, la más ejercitada y suelta volundad que los habían regido, gobernado y oprimido.

Interpretaciones y comentos de sutiles pensadores, aplicables en resolución a tierras que no fueron esta que pintamos, habitada por los Pérez de Ongayo; tierra libre donde la pobreza del caballero y la altivez del labrador, con la astucia igual en uno y otro, templando diferencias proporcionaban de ambas partes resolución, armas y bríos para sus contiendas y recíprocas venganzas. Había nacido su concierto allá en los orígenes de la patria y la sociedad española, de un peligro común, de la guerra, de una suprema angustia que a todos alcanzaba, de una necesidad que a todos oprimía; y por más que el paso de tantos siglos hu-

biera dado justa ocasión al más audaz, al más inteligente, al más afortunado para sobresalir y valer más, no habían acertado a desaparecer las tradiciones de común libertad y mutua independencia de tan altos principios nacidas, conservadas en el espíritu de la raza y en sus leyes y costumbres de gobierno, como verá, cuando no lo tuviere sabido, el lector a quien su paciencia o el amor al suelo nativo lleven hasta el término de estas trabajosas páginas.





V

DON DIEGO PÉREZ DE ONGAYO

EN aquella torre vivía, pues, ahora, como sabemos, don Diego Pérez de Ongayo, caballero ilustre, señor del Rutizal y otros lugares, buen mayorazgo y pariente mayor de la casa de Ongayo, derramada por varios lugares de la Montaña en solares y predios de igual nobleza, aunque de menor y varia cuantía. Era su vida apartada y obscura, su humor desigual, inconstante y amargo, esquiva su condición y dura, acosado por el deseo de saber cuanto en el mundo pasaba, para sabido gozarse en los triunfos y debates de las malas pasiones humanas,

pesándole del ajeno bien con violencia proporcionada a los lazos que le ligasen al dichoso.

Había estado, cuando mozo, en la Corte, de la cual habíanle los vicios y relajado vivir tomado su salud y entereza de carácter, trocándoselos en ira y enconó de su propia flaqueza, odiando en los demás todo cuanto voluntariamente se había enajenado o renunciado a ello por deleites insensatos; en los padres los hijos, en los mozos la alegría, en el soldado el animoso desprecio de la muerte, en letrados y religiosos la paz de su alma y el ejercicio constante y provechoso del ingenio y nobles facultades del espíritu. Y no carecía de entendimiento; teníalo perspicaz y vivo, el cual le mostraba clarísima la idea del deber, del partido más honrado, de la más generosa causa en los casos de la vida; mas no lo seguía como hubiera de exponerle a sacrificio y trabajos de la persona, de su quietud y conveniencia, o del caudal. Echaba de menos aquellos días de otro siglo en que el jefe de su casa y antecesor, con echar su apellido, convocaba en octavo día tres mil hombres armados bajo su bandera, y se olvidaba, o resistíale recordarlo, que aquel caballero, honra de su raza, ponía su pecho a los combates, su hacienda a los litigios, que había enseñado a desvalidos y ultrajados a ampararse de su nombre y de su brazo; que, mientras vivió, las puertas de su torre no se cerraron nunca, guardadas cuando había bandos por las recias gentes de su pendón, y cuando había paz, por la soberana confianza del que dormía dentro; olvidaba, en suma, que el prestigio del señor descansaba en su valer

más que en su nombre, y que éste por sí solo abrigaba poco y suplía menos las virtudes y merecimientos que no le acompañaban. Y esta ansia nunca satisfecha de ser considerado y querido, de mediar en las cosas de su tiempo y de su tierra, resolvíase en cólera y aborrecimiento hacia cuantos lograban en torno suyo merecido pago de la templanza en los deseos, de la resolución y el ardor generoso en las obras.

Decíase que de la Corte le alejó el despecho, viéndose competido en ella con ventaja por hombres de menos claro abolengo y limpia sangre, pero más diestros, más sagaces, mayores en merecimientos o mejor amparados. Todos los cargos, cuanto más altos y manifiestos, parecíanle más apropiados para él; soñábase dueño de ellos, sin moverse para alcanzarlos; consentía en el sueño, despertaba luego viéndolos en posesión de quien por bueno o mal camino había puesto empeño y resolución en alcanzarlos, y a estas heridas de su soberbia no encontró remedio, sino el de abandonar enojado e iracundo la porfía.

A nadie daba cuenta de sus pensamientos, porque al ajustárselos luego con sus obras, no hallándoles el encaje, no le acusaran de mudable y flaco de seso. Acaso pensaba, como piensan otros, que fiar los secretos del alma, sus deseos y sus propósitos es quitarla su libertad y hacerla esclava de quien teniendo la llave de ella, puede a su placer influirla, moverla y gobernarla. Olvidábase de que un movimiento espontáneo del corazón derriba súbitamente en el suelo las cautelas y precauciones de muchos años, y

que en el más impensado momento la pasión a que estaba sujeto, soltando el freno a su lengua, hacíale atropellar su prudencia y sus recelos, y declarar de plano cuanto su pecho cuidadosamente escondía.

En resolución, padecía de soledad. Es la soledad mal grave, como que trae al hombre a olvidar cuanto le rodea y atañe para mirarse interior y menudísimamente. El venerable maestro Juan de Avila escribe diciendo: «Los que mucho se ejercitan en el propio conocimiento, como tratan a la continua y muy de cerca sus propios defectos, suelen caer en grandes tristezas, desconfianzas y pusilanimidad de corazón.» Y para darles remedio que los alegre y esfuerce contra el mal, aconséjales otro conocimiento y estudio que no tiene igual para escondidos dolores y desmayos, el de Jesucristo nuestro Señor, «especialmente pensando», escribe el venerable, «cómo padeció y murió por nosotros». Mas los saludables avisos estánse bien en los libros de los santos, donde llega a buscarlos alguno para remediar su pobreza de inventiva o recrear sus gustos retóricos; pero nadie, o casi nadie, para ponerlos por obra.

Aquel Cristo de las agonías de sus mayores que blanqueaba sobre la cruz de ébano en el cuarto donde don Diego dormía, lo miraba o no lo miraba el caballero, acostumbrado a su presencia e indiferente a la costumbre, como miraba las espadas antiguas sin soñar en guerras, como miraba los empolvados tomos sin imaginar que tal vez entre sus amarillas hojas con los gérmenes de la fiebre del espíritu, se contienen y guardan los de su consolación y remedio.

Sus desvelos e iracundias en Madrid, sus desengaños, si se quiere, no habían tenido más alternativa y contraste que otros desengaños mayores; a saber: amores interesados y ruines que en tal de ensancharle el corazón y disponerlo a más desahogado uso de la vida, oficios naturales del amor digno, se lo habían achicado y empobrecido, cegando en él la vena, si la tuvo, del desinterés y olvido de sí mismo.

Sirvió en la casa del Rey en oficios militares; cansóse pronto y dexólo, no sacando de aquellos servicios más ventaja que amistades contraídas con gente cortesana, desgarrada y moza, y con ellas nuevas ocasiones y estímulo a sus locos apetitos.

Habíanle quedado, pues, amigos en Madrid, a los cuales acudió alguna vez, y le sirvieron en sus pretensiones, no tanto por afecto o buena memoria, cuanto por hacer ver y mostrar entre las gentes de valer que ellos a su vez valían y eran no tenidos en corta estima en remotas comarcas y provincias del Estado, sin que faltase entre los poderosos alguno de no muy limpia ascendencia a quien le importase dejar creer que tenía, no vínculos de amistad, sino de sangre, con caballeros de una tierra, siempre estimada por solariega de la mejor nobleza de Castilla.

Para enseñorearse el vicio de aquella alma abandonada, no había buscado vías recónditas: habíala invadido por las usadas y triviales. Su primer asalto, y asalto dichoso con cabal vencimiento, fué a la imaginación: el pecado de pensamiento, intención o deseo es siempre el primer pecado del hombre y el último.

Tentábale en los viciosos su gallarda insolencia en no parar respetos a las leyes divinas y humanas, afrontándolas descaradamente; tentábale el calor de sangre y el duro nervio y robustez suma que acusa aquel desbaratado usar de la vida sin tiento ni conciencia, poniéndola cada hora a mayores peligros y más mortales heridas que pudieran en el más reñido campo de batalla. Tentábale el buen humor y libre discurso y jocoso decir en la mesa, el arrogante retar a la fortuna y habérselas con ella, sin flaquear ni temer, la bizarría y desprendimiento, el señorío de sí mismo en el juego; la audacia y astucia y soberano imperio con las mujeres y aquel vivir nocturno admirablemente pintado por el elocuentísimo Granada, «de andar acechando la castidad de la inocente doncella para destruir su honra y su alma, cargado de hierro, de temores y sospechas, trayendo el ánimo en peligro y atesorando ira para el día de su perdición».

Tentábale el mostrarse, como tantos otros señores de su clase y de su trato, manirroto, deslenguado, galán de noche, jugador de rumbo y pendenciero, y soñó muchas noches con la fama y prepotencia a que por tales acciones se llega; mas de tales sueños le despertaba, desdorándolos y entenebreciéndolos, cierto instinto moral, cierta voz del alma que le decía cuán poquísima parte tenía ella en semejantes triunfos y afanes, y que aun esa parte, con ser tan corta, no era para su satisfacción y contento, puesto que en ella parecía servidora sumisa y mal empleada de la miserable carne; que esta carne era al cabo la satisfecha, la triunfa-

dora, la lisonjeada y favorecida, y que para tan cobardes y mezquinos fines no había el Criador apartado al hombre de entre las bestias, y héchole mejor y racional dotándole de un albeldrío con que rigiese y ordenase su vida, recobrándose de sus extravíos, alzándose de sus caídas, puesto el deseo y la esperanza en algo superior e invisible en nada parecido a los deleites en que buscan su embriaguez y contento los sentidos.

Y cuando así, prestando oído al sano consejo del espíritu, llegaba a persuadirse que rendirse al vicio no es en último término sino humillación y flaqueza y ser vencido, despertábase su natural soberbia a sacudir el cieno y abominar del vicio, resolviéndose a no parecer flaco y culpado a ojos ajenos, escondiendo cuidadosamente de todos sus obras torpes, como escondía sus torpes pensamientos. Una reliquia de respeto al buen nombre de su padre, conocido en la Corte y considerado; el pudor, más poderoso en los soberbios que la soberbia, si no es él la misma soberbia, y cierto egoísta deseo de no perder en el concepto de gentes que le tenían por aprovechado discípulo de tan buen maestro, le retraían de participar en la vida públicamente licenciosa de los mozos de su edad; pero él, a solas y recatadamente, los excedía a todos. Los mayores vicios en compañía tienen el desahogo de la palabra, las baladronadas, alardes y fieros en que la savia y petulancia juveniles se vierten y desfogan sin pasar a obras. La imaginación, en cambio, insaciable y sin freno, aguíjase y se inflama con la satisfacción de sus apetitos, y como no cabe engañarse a sí

propio, no le basta figurarse el deleite si no se ceba en él y postra y acalla sus tentadoras voces siquiera por brevísimo plazo, condescendiendo con su deseo y ejecutándolo.

Habíale, pues, secado el vicio la medula de sus huesos y las fuentes misteriosas de los nobles afectos: temblábale el pulso y la voluntad; como se guardaba de la intemperie, se guardaba de los hombres; su sangre era hiel; su valor, ira; su prudencia, miedo; su melancolía, desesperación profunda; su color, cetrino; su ademán, cansado; su mirar, vidrioso y esquivo.

Quedábale aquello que carece de nombre propio y definición clara, y consiste en cierto modo de ser, cierta forma en el decir, el pensar y presentarse y moverse, que aun en sujetos de limitado entendimiento, torpe y ruda palabra, y cuerpo disforme o ruin, manifiesta la descendencia de un tronco privilegiado y eminente. Los hombres nacidos para señalarse entre sus semejantes y fundar estirpe transmiten con la sangre a sus hijos la esencia de aquel espíritu superior que los aventajó e hizo famosos, la cual, caída la raza, desaparecido el caudal, impurificada la sangre, cumplida la ley fatal de caducidad y ruina que a todo lo humano obliga, todavía se evidencia y asoma tenaz y vividora en degenerados y míseros retoños. No alcanza su virtud a detener la muerte, no ataja al tiempo ni hace que la turbia y menguada corriente retroceda al rico y claro manantial de su origen: parece que su destino es dar testimonio de lo que fué y valió, ser castigo de los propios, ejemplo a los extraños, y decir a los que envidian o insultan la noble y

dolorosa herencia que a estar ello en mano de los que declinan agobiados por su peso, no pocos dejarían gustosos las escasas honras y satisfacciones que les trae, por quedar libres de las duras obligaciones e íntimos sacrificios a que les sujeta.

Las manos de don Diego eran blancas, estrechas y afiladas, más ejercitadas en los naipes que en las armas, en caricias sensuales que en viriles esfuerzos; la piel de su rostro, descolorida y tersa, poco usada al aire campesino y la luz del día. Dejábase crecer la barba, encanecida a trechos, y guardaba la costumbre del cabello rapado que veía en los retratos de su padre y de su abuelo, costumbre de tres reinados, desde que en 1522 y en Barcelona, el gran Carlos V, molestado de pertinaces dolores en la cabeza, por consejo de médicos, se cortó el pelo, y los cortesanos dóciles, imitando el regio desenfado, hicieron riza en sus abundantes y perfumadas cabelleras.

No era corta su estatura; mas la amenguaba con inclinar la cabeza hacia adelante y subir los hombros, singularmente cuando nadie le veía, que en presencia de testigos esforzábase y corregía cuanto era posible aquella debilidad y abandono de su cuerpo enfermo. Permanecía sentado largas horas; andaba a pie poco, despacio y con báculo; pero a caballo, todavía recordaba a los entendidos, que habría podido lucir bizarrías de jinete en el soto o el río de Manzanares, corriendo sortijas en la tela o jabalíes en los montes del Pardo, siguiendo al modelo de los jinetes diestros y valerosos cazadores de su tiempo, el rey don Felipe IV.

Trató poco a su madre, ausente de ella; y el saludable y necesario freno del respeto faltó a su condición movediza, sospechosa y frágil, con la temprana muerte de aquel don Diego, su padre, de quien tan buena memoria guardaba el Rebezo. Aquel ansiado poder y lisonjera autoridad que no había logrado ejercer en altas jerarquías del Estado, contentóse con intentarlos en el breve mundo de su casa y de su tierra, imaginando facilitada su empresa y servido su propósito por el natural conocimiento que allí había de su persona y condiciones: que hay hombres a quienes el hábito constante de repasar y decirse en su memoria lo que valen o lo que pueden, trae a creer ilusoriamente que a todos sus semejantes preocupa igual ejercicio y es igualmente familiar aquel conocimiento, cuando, por lo contrario, el mundo reconoce y recuerda únicamente aquellas excelencias humanas cuyos efectos siente de continuo.

Y como a todos los soberbios que en el predominio y alteza a que pueden llegar no ven más que su propia lisonja y la humillación ajena, el placer de sobresalir y tener a su merced y orden voluntades y brazos, no la pensión terrible del poder, la constante lucha, la perpetua vigilancia, la incesante fatiga, que pretenden entrar desde luego en el goce sin pasar por la pena, en su tierra y en su casa, don Diego, el mozo, como le llamaban para distinguirle de su padre, había comenzado por mostrarse violento, injusto, altivo, lo cual, en vez de favorecer su intento, habíaselo contradicho y llevádolo a punto de malograrse. Pruébase con decir que en vez de suceder a su padre en las voluntades como en las

haciendas, y muy al contrario de hacerle olvidar sobrepujándole en bondades y grandezas propias de señor, el mal término de don Diego conservaba viva la memoria del muerto y abierta la herida de su falta en el ánimo de los montañeses, hasta el punto de que aun no andando lejos de cincuenteno, todavía decían don Diego, el mozo, como si aun estuviera vivo el que le precediera en generación y él todavía fuese de la ilustre casa, no el positivo dueño, sino el titulado sucesor y heredero.

Las violencias e injusticias de don Diego habían comenzado por sus hermanos menores, en quienes no reconoció la libertad de resolver en su vocación respectiva y en los modos de darle vado; pretendiendo—pretensión muy usada—que no reparasen en sacrificarse al nombre y prestigio de la familia, y solicitando con trabajos y vigilias de otro el lustre del apellido que él usaba, como este señor de la misma tierra que en días más recientes y más cómica ocasión, apretado del miedo por levísima dolencia, hacía votos al cielo de que su mujer e hijos ayunasen y se abstuvieran de fiestas para que el cielo le sanase.

Así, vista la resolución de Rodrigo, de dejar el mundo por la religión, ofendióse don Diego de que la escogiese tan estrecha y miserable como la de San Francisco. Hubiérale querido ver vestida la sotana de San Ignacio o la cogulla de San Jerónimo, Órdenes poderosas y militantes que hacían ruido en el mundo y hallaban los caminos abiertos a disputados honores y grandezas cuyo brillo podía acrecer el brillo de un apellido viejo, viniendo a ser fácil lisonja y es-

plendor de quien hiciese cabeza y primero de una raza. No perdonó su mayor humildad al fraile, ni perdonó tampoco al mozo Alvaro que se alistase como aventurero en las tropas de Flandes, a riesgo de gastar obscurecido lo mejor de su vida, cuando en los oficios de la Corte, sujetándose a quiebras que el propio don Diego no había sabido tolerar, y a sinsabores y miserias de que pronto había sido harto, con paciencia y mañas que él no había usado y exigía en su hermano, pudiera asaltar, como siempre se asaltaron en corte, los suspirados puestos de la privanza y valimiento. De este origen, de la poco mansa condición de la sangre, domada en el religioso, indómita en el soldado; de constantes quejas, reconvenciones y disputas a cada nueva vista y encuentro, habíase engendrado y crecido la discordia y final rompimiento entre los Pérez de Ongayo. A todos pareció mal, aun a los partidarios del absoluto poder de la primogenitura, que don Diego cerrase a su hermano la casa de sus padres, y con ello andaba su concepto malparado. Atreviéronse a juzgarle aun los pequeños, y atreviéranse más a no atarles la lengua el miedo que inspiran siempre los poderosos. Y don Diego lo era. Por eso tenía amigos y servidores.

A la hora en que con marcial desenfado nos entramos a escudriñar su condición y su conciencia, era el señor de Cortiguera juguete de una de las frecuentes veleidades de su ánimo.

La inquietud traída a la montaña por los anuncios de guerra, el movimiento de aprestos militares, las juntas de

los valles, próximas a reunirse en su consistorio de la Puente de San Miguel, para proveer a que los fueros y privilegios de los naturales quedasen a salvo, sin dejar desatendida la causa de la común defensa y servicio del Estado; las noticias tardías, extrañas y contradictorias que corrían; el paso de verederos y soldados; la novedad de personajes desconocidos en traje, rostro y habla, que acudían y cruzaban de villa en villa, de aldea en aldea, como en todas las ocasiones de leva y armamento, habíanle despertado la vanidad y el deseo de hacer el papel y ejercitar el influjo que tales ocasiones destinaban en la comarca a caballeros de su alcurnia.

Hallábanle, en parte, prevenido los sucesos: era diputado-procurador por el valle de Reocín, donde tenía su vecindad, y en su padrón de moneda forera estaba inscripto por la hacienda que allí poseía, aun cuando su morada en él fuera casual y de paso; cargo por él buscado con ahinco a impulso de otra veleidad parecida, y del cual le pesó repetidas veces luego de conseguido, con la pesadumbre que en su desmayada voluntad ponía cuanto era ejercicio impuesto de la voluntad y tiranía de un deber.

No le satisfacía, sin embargo; era poco para los ambiciosos pensamientos que ahora le acosaban y distraían. Hallábase en punto de que únicamente viéndose señor absoluto de la comarca, puesto en lugar único y excelente donde fuera el mejor y otro no cupiese, podía contentar aquella su ansia de valer y mostrarse y ser asunto de la pública atención, que le fatigaba, sirviendo a un nuevo propósito nacido de

otro 'atropellado deseo, de los que a menudo cegaban su voluntad, descaminando sus actos. Mas el asunto de esta veleidad antojadiza del señor de la torre de Cortiguera, su origen y nacimiento tienen interés tal, que piden ser minuciosa y sosegadamente relatados. A cuyo propósito conviene retroceder poco tiempo en nuestra historia, y referir sucesos que llenaron sus días anteriores a aquel en que la dimos comienzo, deteniéndonos sobrado acaso en la pintura y retrato de algunos de sus personajes.





VI

TERTULIA AL FRESCO



CIERTA noche de Agosto, el calor estivo y los propios hábitos melancólicos y huraños, tenían a don Diego a obscuras en su aposento, arrimado su sillón al alféizar de la ventana, desde donde aspiraba el ambiente campesino, echando a volar su espíritu por las confusas lejanías del paisaje. Sus odios más vivos parecían dormir sosegados: nada le espoleaba el alma. De sus hermanos, alejados y reñidos con él, no le ponía en mayor cuidado Rodrigo, oculto en su claustro de Santander, y daba por olvidado a Alvaro, el cual, en el espacio de esta postrera ausencia, apenas ha-

bía avivado sus enojos desde la remota Flandes, señalándose en algunos encuentros gloriosos, si no afortunados, de las armas españolas.

Debajo de la ventana, después de cenar y antes de dormir, habíanse quedado a conversar el mayordomo Damián y los mozos de labor, y hacían corro en los escalones de piedra por donde se entra al primer alto de la torre. Era tiempo de siega y la tertulia numerosa, por entrar en ella algunos obreros, así segadores como carreteros, que la casa alquilaba para la faena de la yerba, interesantísima cuanto otra labor alguna en la campiña montañesa. Así tenía mayor ocasión el viejo Damián para lucir sus marrullerías y experiencia del mundo, puesto que, a fuero de doctor sabijondo y taimado, era particularmente consultado y oído por la gente inexperta y moza, a la cual, si no declaraba sus confusiones y resolvía sus dudas, tratábala al menos con llaneza suma, dejándola humillada y vencida con un adjetivo sonoro y recio cuando no sabía convencerla con una razón.

Oyéndolos don Diego, notó que traían conversación de cosas a medio tratar, pues la continuaba el mayordomo diciendo:

—En Dios y en mi ánima, que diera lo mejor que tengo por velle, y si hay modo de ir a Santander, no lo he de desaprovechar.

—Buenos medros tenía, mal año—dijo uno de los mozos, ya encanecido y mellado—; hombrón será si no los ha malogrado.

—Después que tú le vimos acá ya mozo—dijo otro—, y

pardiez que era de ver. Bien se acordará, tío Damián—continuó encarándose con el mayordomo—, cuando andaba el don Alvaro, como desesperado por esas vegas, corriendo a caballo por mor, a lo que decían, de la niña de la señora de Quijas y sus ojos negros.

—Mal hayan aquellas correrías, Esteban—dijo el mayordomo con acento de pena—; por ellas fueron los enojos del amo, as querellas de los hermanos y el embarcarse de soldado don Alvaro. Tal sangre tienen, que ni uno ni otro son para echar pie atrás, y sobre si andas en malos pasos, sobre si trasnochas fuera de la torre, y sobre si me encojaste la haca morcilla, sobre si el portón ha de abrirse o no ha de abrirse después de las ánimas, ármase la escarapela, maldice don Diego de su raza, parte don Alvaro, y quédase solo el amo, o con la mala compañía de sus pensamientos, que le pudren la sangre y le ponen amarilla la tez.

—Más causa habría que la que se dice, tío Damián—dijo el mozo que habia hablado primero—, para desapartarse de esa manera los señores, y con juramento de no verse ni hablarse en vida, a lo que cuentan. ¿Qué pasó con don Rodrigo años antes para que de pronto se alzara también de Cortiguera y entrase en los estudios de los Franciscos y luego en la regla? Pues el don Rodrigo, bien haya del Señor, no pecó de pendenciero ni orgulloso, que era un alma de cordero manso y bueno como el pan de flor, con igual paz para todos en los ojos y en la palabra. Cata que si el amo está solo, acaso no tienen los demás la culpa, y si de solo le nacen malos pensamientos, remediárase buscando compañía,

que a mí, aunque rudo, ya se me alcanza que con los pensamientos *tien* poco que ver la soledad o la compañía, y *tien* algo más el ser bien o mal inclinado el hombre.

—Calla, Esteban—repuso el mayordomo—, que hablas sin saber lo que dices. El amo tiene gentes que le quieren mal, y no nos está bien a nosotros oíllas y menos dar crédito a sus bachillerías. Poco vas a la iglesia si no has oído al señor cura decir que el enemigo de las almas se huelga a más y mejor con el hombre que vive entregado a sus propias inclinaciones. ¿No le oíste contar la historia de las tentaciones de San Pacomio, San Jerónimo y otros tantos solitarios? La soledad no es buena más que para penitentes que no están en el mundo y se castigan con ayunos y disciplinas y se defienden con rezos continuados. Tú mismo, Esteban, ¡cuántas cosas imaginas y te complaces en ellas cuando estás solo, que no te asoman siquiera a las mientes, verbigracia, ahora que estás con nosotros!, y si te asaltan peleas con ellas y ves de ahuyentallas y echallas fuera, porque tienes miedo o vergüenza de ellas, y casi casi recelas que te salgan a la cara. Ya lo dice el señor cura, que el hombre, cuando no le ven otros hombres, se olvida de que le mira Dios y piensa que nadie sabe lo que cavila o lo que pone por obra. Cuando a un hombre le espantan y hacen esconderse pesares o desgracias, en plata, que no anda sólo por antojo o por locura, sino porque tiene penas y torcedores en el alma que le amargan como *jinojo* (1), y le

---

(1) Es modismo de la pronunciación montañosa la aspiración de la *h*.

quitan el gusto de conversar y comunicarse, el que tiene buen corazón le compadece y no le abandona, y ve de espantalle los malos que le aojan y le atosigan el espíritu.

—¡Y qué mal año de pesares ni desgracia tiene el amo!—dijo Esteban—. Rico, caballero, sin hijos ni mujer que le pidan pan y haber de dáselo (1) no lo tuviendo; que diz que va a Santander, y el gobernador y todo lo bueno de la villa se ponen a quien primero le visita y le agasaja; que va a Santillana, y el abad no ve más que por sus ojos, que en las juntas manda y gobierna a sus anchas; que tien los prados de mejor yerba en leguas a la redonda y las vacas más lucidas y el toro más majo que suben a los puertos, y palacio en Mijares y palacio en Padruno, y tierras que no hay quien lleve cuenta, y una torre que no hay otra, y vamos, un caudal que mete miedo, ¿que le acucia ni le ahoga, si en este mundo, hubiendo metal, todo tien remedio si no es la muerte?

—También a ti te falta un sentido—respondió tío Damián—; si con tantas riquezas y honores como pintas no alcanza el amo a encontrar satisfacción y placer y vive como vive, ¡qué tal será lo que le punza y quema las entrañas! Aquellos años que vivió de mozo en la torre—mal hayan ellos—le pararon como le vemos. La corte, para quien nació en sus

(1) Los montañeses suprimen la *r* del infinitivo delante del pronombre *se* pospuesto al verbo y la suprimen o la mudan en *l* delante de los pronombres que comienzan con esta misma consonante. Así, en vez de *buscarle*, dicen *buscalle*, como se decía en el siglo XVII, y más comúnmente, y sin cuidarse de eufonías, *buscdle*.

enredos: por algó se la titula infierno abreviado, cátedra de vicios donde peligra el bueno y el malo se gradúa de pésimo. Esto leí yo en un libro, que así parecía zumbón y jovial como ejemplar y serio, el cual la apellidaba capa de desnudos, abrigo de toda manquedad y pobreza, remedio de necesitados, alquitara de sutiles transformaciones donde el que entró a la noche pordiosero, hambreando y huído de la Justicia, sale al sol de la mañana garifo y galán, repartiendo encomiendas y togas, hecho azote de sus perseguidores y providencia de sus amigos. De las artes para lograllo no ponía letra, con que entiendo que no serán muy limpias ni cristianas; ello pasa que aquellos, así encumbrados y subidos como por tramoya, y plagados de oro como por alquimia, tuvieron siempre estrepitosa caída, disipándose como aparición diabólica su poder y sus riquezas, por lo cual se publican para escarmiento y memoria en historias y tratados de filosofía moral. Pero éstos, aun siendo algunos, son pocos, y a cambio de su ventura buena, aunque embustera y breve, debíase traer a plaza la mala ventura de tantos otros que se anegaron y hundieron donde ellos se sostuvieron y flotaron; de los que en tal de medrar secaron y en vez de enriquecer empobrecieron; y a éstos me atengo para hacer juicio de la corte, porque de ellos he conocido más de dos, y de los otros, cuando mucho, supe el nombre o el título de la autoridad que tuvieron. Y también vosotros habréis oído de señores de la Montaña que habiendo hecho figura, la que se debía a su calidad y buenas partes, en los principios de su estada en la corte, siendo conocidos y

nombrados de cuantos de allá venían como sujetos de viso y atuendo en medio de tantas grandezas y boato, de la noche a la mañana, sin darles culpa ni razón, húboles de faltar lo que les daba ser, y cesó el ruido que hacían y hubieron de sumirse cuatro estados bajo tierra, porque ya nadie tornó a mentallos, y como si jamás hubieran sido. Y en punto a dineros dicho se está que no se multiplican ni siembran como la borona, y para que uno los granjee ha de haber otro que los pierda.

Pero eso no reza con el amo; si fué y vino, de lo suyo gastó. Las haciendas ahí están, y hasta ahora no hemos visto, bendito Dios, que vengan a decentarlas ni mermar sus rentas cédulas de prestamistas u providencias ejecutorias de alcaldes u oidores. Más adentro está el daño, y por estar más adentro, no está bueno de registrar y ponerse en cura, ni a sus criados nos toca ocuparnos en ello, sino callar, servír y estar cada cual a su menester y como mejor entienda.

—Podrá estar el mal tan hondo como dice, tío Damián— replicó Esteban—; mas no está la salud muy por de fuera. Él se arrebuña y encoge a lo mejor, y estáse sin bullir semanas enteras, que no hay cristiano que sepa dónde para ni lo que hace, y una vez es el médico de Cartes, otra el de Santillana, y hasta uno de allá de Polaciones, que diz que tien gran mano para esto de la sangre corruta, que entran y salen, y si entre todos no le sanan, costarle han buenos ducados. Milagro será que no ande en ello el maligno, y mejor le estuviera al amo y más provecho había de tener del ace-

tre y del hisopo que de cordiales, ungüentos y letuarios. Y vamos, no es formalidad de señor, cuando mucho y cuando nada, guardarse del agua hoy, del sol mañana, del sereno esotro día, y cuando menos se cata hombre de ello ponerse de a caballo y echar el viaje, quién diz que a Burgos, quién que a Valladolid o Palencia. El que está a guarecer de un mal, ha de usar otro tiento y otro aquel.

—Yo sí que tengo aquí—interrumpió otro mozo, dándose una palmada en la frente—la melecina pintada para señor don Diego. Casara con mujer moza, de buen parecer, y de su par igual en lo demás, y no tenga yo parte en el cielo si no limpiaba de roña y remozaba y echaba de sí lo que le encoge y acaba. ¿Pues no está en obligación de mirar por su casa y dejar hijos que la gocen y la aumenten? Mayorazgo soltero no está bien visto arriba ni abajo: a Dios no le parece bien, y los hombres le miran de mal ojo, como a quien no fué para ello, vamos al decir, y que dejó por hacer algo que le obligaba. ¿Y adónde va todo esto, y adónde vamos nosotros en faltando el amo? Don Rodrigo, fraile; don Alvaro, soldado, y los soldados no tienen asiento; hoy, aquí; mañana, allá, piérdense por esos mundos, se aficionan de lo que ven y no se acuerdan de lo que tienen, quito a que no venga una bala a sacalle el alma en la hora menos pensada, y acabóse la casa.

—Pues ya tienes—dijo ahora el mayordomo—que hablaste fuera de tino, Pedro, puesto que has oído que don Alvaro desembarcó este día en Santander; conque no anda perdido por esos mundos ni se olvidó de lo que tiene,

cuando sin obligalle ni llamalle nadie vuelve a la Montaña.

—Y fuera bueno—interrumpió Pedro—que le traéra acá aquella ley que le hacía rondar años atrás el palacio de Quijas y dar tan malos paseos al haca morcilla del amo. Mudada encontrará la casa y también la moza; bendito Dios, que está hecha un pino de oro; si de niña alegraba vella, de moza se lleva los ojos; y que le van mal los lutos a aquel color de rosa que tien en la cara. Y ¡qué portel con ser la señora tan señora, que parece reina; todavía lo ha de ser más la hija. Muy desamparadas las dejó la muerte de su marido y padre don García, que casa sin hombre, ni hacienda ni nombre, y con el hidalgo de Binueva a la puerta, que no las dejará vivir y ha de volver al pleito reñido de la Angustina.

—Lo que hará la señora—dijo el mayordomo—será casar luego a doña Mencía, que tiene años para ello, y traer consigo quien las dé sombra y las ampare. Mal enemigo está el hidalgo de Binueva, que es hábil e inquieto, y ese pleito que tuviera dormido el valor y prudencia del difunto don García, oíle yo decir a nuestro señor don Diego, que esté en gloria, que lastimaba la mejor porción del caudal de su casa.

—Héle ahí el papel de don Alvaro—dijo Pedro—;píntome yo que no ha de empecer lo de militar para tratar pleitos, antes lo favorece, porque enemistarse y reñir con hombre acreditado de valiente y hecho a la poca conciencia y rigor de asaltos y batallas, podrá parecer descomodidad a mu-

chos y apartallos del propósito de llevar adelante las cosas aunque la razón les asista. Acuérdome que un día hablaban en alta voz el amo y el abad de Santillana, y el amo decía al abad: «Desengáñese, abad: el miedo gobierna el mundo.» Quedóseme el dicho por lo extraño, y voy creyendo que no anda lejos de verdadero. Preséntese, pues, don Alvaro, solicite la novia y no se la han de negar, y luego el hidalgo de Binueva acaso se retire de la demanda, ni piense en ella, viendo delante quien le resista y haga bueno su mejor derecho.

—En lo de solicitar la novia tendrá un reparo don Alvaro—dijo tío Damián—. Que no le estaría bien hacerlo sin la venia de su hermano primogénito y pariente mayor de su apellido, y no sé cómo ha de pedirle esa venia si el amo no consiente a persona nacida hablar ni oir de sus hermanos.

—Lástima grande que ello se malogre—dijo Pedro—. ¡Guapa pareja harían ambos mozos!

Amén del buen qué (1); hechas una las dos casas, habría que andar antes de encontrar la que le quitare la mano.

—Todavía anda en pie quien tiene la casa de Ongayo y la gobierna—dijo, un tanto alterado, el mayordomo—. No hay para qué adelantarse a la voluntad de Dios, que sabe lo que conviene a cada uno. Ninguno de vosotros tiene la ley que yo a don Alvaro; pero está por cima de ella la que debemos al amo don Diego. Él dará de sí la cuenta que

---

(1) *Qué*, hacienda, caudal, bienes. *Tener buen qué*, ser rico.

importe, mirando por su nombre y por la memoria de su padre.

—Lo que tiene el amo—dijo, bajando la voz, Dorotea—es mal de corazón, y lo dijo el saludador de Cuchía, y que no sanará si no le traen la piedra que tiene en la cabeza un pez de enrevesado nombre que se me ha olvidado.

No hemos querido interrumpir la conversación, como estuvo más de una vez a punto de hacerlo don Diego, echando mano a la barra de castaño, arrimada al rincón del alféizar, la cual servía para atrancar la ventana, y arrojándosela encima a los descuidados y nocharniegos murmuradores. Saltóle iracundo el corazón dentro del pecho, singularmente al oir la nueva de la venida y estada en Santander de Alvaro, tomándolas por desafío, a que se hallaba en obligación de responder si no habían de quedar por tierra su autoridad de primogénito y su prestigio de señor, y resolviendo en consecuencia oponerse a sus averiguados propósitos resistiéndolos por todos los caminos imaginables. Pensó llamar al mayordomo y averiguar lo cierto en el viaje e intentos de su hermano; pero pensó también que sería declararse harto temprano a los ojos de Damián. Tuvo, pues, por mejor reprimirse y contenerse, dándose el amargo y despechado gusto de escuchar hasta el fin, el cual, llegado, confirmóle en sus pensamientos soberbios. Y preguntándose a sí propio por qué no había él de pretender una vez a lo que tan fácil y acomodado para otros a sus propias gentes parecía, resolvió vencer sus mortales desconfianzas y esquivez, y de los rencores que le menguaban y entorpe-

cian las potencias de su alma, hacer aguijón y látigo que se las animasen y recreciesen.

—No se ha de decir—pensaba—que un mancebo novel en las cosas de la vida pretende y logra dichas que niegan a hombres provectos su madurada razón y costosa experiencia. No hay camino de llevar a remate empresa a que no se da comienzo, y tantas cosas como yo envidio, y acaso no son bienes, más me lo parecen en otros, no las he conseguido y gozado por no haberlas pretendido y buscado con entereza y perseverancia. ¿He de ver ensancharse en mi redor la soledad, y llegar los días tristes de la vejez, odioso, odiado, sin tener cerca de mí a quien volver los ojos, o quien traiga a mi lado con su mansedumbre o su arte a los que de aquí ahuyenta mi áspero trato y lastimada condición? ¿Pasará la hacienda de mis padres a manos que no nacieron para usar de ella, y viviré yo con el torcedor de pensar a cada hora que hay quien desea mi muerte para heredarme sin contradicción y sin derecho? ¿No ha de lucirme día en que pueda decir: alcancé lo que perseguí, tuve lo que deseé, vencí resistencias, allané dificultades, y al gusto de mi victoria no le falta el soberano aliño de la confusión de los vencidos, el rencor de los desengañados, la vergüenza de los que me creyeron flojo enemigo y tornan a su nada dejándome el botín y la presa? ¿Han de ser para otros las lisonjas y blanduras de la opinión, y para mí sus durezas, sus rigores y sus burlas? ¡No, por la sangre de mi padre! Harto refrenaron mis deseos la incerdidumbre y el cobarde temor del porvenir. ¡Quién sabe lo que ha de suce-

der! ¡Quién sabe si el hábito de meditar en mi desdicha y apocamiento no los hizo mayores a mis ojos, entregándome vencido a esta maldita condición de no ser! ¡Quién sabe si aun hay bríos en mi espíritu, poder en mis nervios, calor en mi sangre para probar a quien lo ignore que todavía vivo y pienso, y puedo a voluntad mía participar en la vida de todos, y regir mi casa, y perpetuar mi estirpe, y burlar a quien me aceche, y escarmentar a quien me ofenda, y traer a humillarse, y a necesitar compasión a quien pretendió, ira de Cristo, humillarme y compadecerme! Y cuando así no fuera, ¿qué me importan la confusión y el desengaño que sobrevengan, si al cabo he sido un día envidia y castigo de los que me aborrecen y con malas artes me hostigan y enconan? Venza yo una vez, y derrúmbese luego el mundo. Existir más penoso y obscuro y oprobioso que el mío no cabe; probemos a mudar y ver si una lucha postrera con el aborrecido linaje humano, o mejora mi vida, o la acaba! Yo cortaré esas murmuraciones de mis criados, que son las de toda la comarca; yo atajaré esas lenguas, que para mí no tienen sino desprecios o temores, y halagos y bendiciones y cariños para mis hermanos, para los Caínes que traen la ruina al linaje de sus padres con su desobediencia y sus indómitas inquietudes. Yo daré señora a la torre de Cortiguera, y será la que no sé si con fortuna buena o mala solicitó don Alvaro antes del primer bozo, y si ahora que viene con su balumba y sus fueros de soldado renueva la pretensión antigua, hállese ganado por la mano y desahuciado de sus enamorados propósitos. Dijo bien Damián: en el palacio

de Quijas hace falta un hombre, y hombre habrá tan entero y arriscado como lo pida la necesidad de afrontar enemigos de dentro o de fuera. Y para cuando esos soñados afectos añejos enflaqueciesen en mis servidores la obligación que contra don Alvaro tienen conmigo, yo buscaré para servirme brazos resueltos que no atiendan sino a mis mandatos, cuando no se adelanten a mis deseos.

Tiene una hora el soberbio en que palpa y comprende las excelencias de la humildad; tiénela el glotón de admirar la superior perfección del parco y sobrio; como la tiene el lascivo de envidiar la noble paz del casto, y el iracundo de querer para sí la gloriosa mansedumbre del pacífico; como el envidioso siente envidia de la caridad del bueno, y gusta el avaro el deleite de dar, y el perezoso las ventajas de la actividad y movimiento: esa hora es la hora de la conciencia. La conciencia nos muestra y dice cómo debiéramos ser, y con mostrárnoslo nos castiga y reprende de lo que somos. De los advertidos por ella no son pocos los que se proponen y juran seguir y obedecer sus advertencias; pero son menos los que perseveran en su propósito y no lo olvidan al levantarse y entrar con la luz del nuevo día en el cuotidiano ejercicio de sus ambiciones, intereses y devaneos.

Hay también desdichados cuyo espíritu es tan esclavo de no combatidas y soberbias inclinaciones, que aquella voz interior que se levanta a amonestarles, principiando por ser voz de su conciencia, se malea y tuerce, viniendo a dar en voz de sus propios apetitos y concupiscencias: tan desviados del bien andan muchos hombres, y por tan

torcidas sendas son entrados, que teniendo clara vista y conocimiento del bien y deseo de llegarse a él, todavía no lo consiguen por ser su costumbre de vencerse ninguna, los tropiezos muchos, tibio el deseo, la voluntad quebradiza y estrellarse y acabar en ellos.

La voz de la conciencia se alzó a acusar a don Diego de soberbio y tibio; de nada cuidadoso en merecer y ganar el afecto de sus semejantes, de duro con el pobre y humilde, de esquivo con el rico y soberbio, de sordo a los dolores ajenos, de mal avenido con la propia suerte, de artífice y causa de sus penas y desabrimientos, que si en lo dimanado de los vicios y corrupciones de la juventud no podían ser ya remediados, pudieran de presente aminorarse y corregirse en buena parte por obra de aquella nobilísima potencia del alma, la voluntad, que parece dada al hombre para procurar en su ejercicio la mejor ocasión de reconocer y pagar sus altos beneficios al cielo.

La voluntad, ya que no le trocara de desdichado en venturoso, de viejo en mozo, podía ahorrarle de fatigas y pesares, tales como los que ahora le atormentaban y revolvían, escondiendo las llagas mortales de su alma a los aficionados a compadecer, compasión que no es a veces más que satisfacerse el amor propio en la desventaja ajena, desquitándose con ver mortificado y caído al que vale o puede más, de este su mayor poder y valor, que al cabo, quien compadece se pone por cima de quien necesita o merece ser compadecido. La voluntad podía vestir máscara tal y tan impenetrable y tan oportuna a sus hechos y palabras,

que nadie echase de menos en él aquellas aborrecidas calidades que tanto se encarecían en sus hermanos: la misericordia y el señorío de sí mismo en Rodrigo, la vivacidad ingenua y generosa hidalguía en Alvaro.

La voluntad, venciendo aquella irascible dejadez de su ánimo, podía despertar su actividad haciendo su vivir útil y fecundo, su trato ameno, su conversación solicitada; la voluntad, abriéndole el camino de los corazones, podía abrirle el de sus más ardorosos e inquietos deseos; la voluntad podía allanarle asperezas, ahorrarle enemigos; resolvió pues, hacer voluntad.

Aquel pensamiento de satisfacer una inclinación súbita robándole a don Alvaro sus amores, aquel pensamiento que lisonjeaba a la vez en el ánimo de don Diego sus habituales violencias y las pocas reliquias de ternura que aun le quedaban, ocupósele todo entero, y puesto ya en pretender la mano de aquella doña Mencía, que en breve retrato nos pintó arriba Pedro, quedábale aún por determinar el modo y camino mejores para dar vado a su pretensión.

No había en su archivo ni en su memoria rastro de que un primogénito de su casa tomara en negocio tan grave el franco y expedito atajo de tratarlo por sí, ahorrándose de procuraciones y mensajeros, y si lo hubiera, vedábaselo a don Diego su propia condición recelosa y altanera. Y para haber de buscar embajador a quien fiase su secreto y sus poderes, tropezaba con su apartamiento y retiro del trato común, y la poca voluntad que necesariamente le tenían a quien era sólo para sí y nunca fatigó su voluntad ni sus

miembros para agradar o servir a semejante suyo. Pero buscando ahincadamente entre las personas que necesariamente habían de ser de autoridad y viso, a quien pudiera estarle bien el congraciarse con él sirviéndole por interés, aunque no por afecto, acordóse del abad de Santillana, sujeto importante en la tierra, y por su carácter sagrado más acomodado que un seglar para tratar sigilosamente y con la debida seriedad el matrimonio.

Había pocos años que los abades de Santillana habían restablecido su residencia en la villa de su título abacial, y los que desde su restablecimiento habían ocupado la silla ponían especial anhelo en devolver a su iglesia el esplendor antiguo, deslindando y poniendo en claro derechos y posesiones que las turbulencias de los tiempos, las mañas y argucias de los pueblos favorecidos por la dilatada ausencia de los abades habían enredado, obscurecido y, en ocasiones, usurpado a la antigua iglesia.

Uno de estos derechos obscuros y disputados era la posesión de la ermita y barquera de Santo Domingo, en Sequas, sobre la ría de la Requejada, con privilegios de suma importancia para la abadía, los cuales, cedidos en tiempos remotos y casi inmemoriales, a cambio de una suma alzada por su poseedor entonces, ascendiente de la casa de la torre de Cortiguera, habían sido en ocasiones varias y con varia suerte reclamados y aun parcialmente recobrados por ella, trayendo a los abades gastos cuantiosos, notables querellas y menoscabo a la santidad y opinión de la Iglesia, que veía puesta en justicia y dudosa la legitimidad con que

había usado como propio y de su posesión de aquello que parecía tener más legítimo dueño.

Imaginando, pues, don Diego tener de su parte al abad con ofrecerle apurar la justicia del caso, poner en su punto la razón de cada uno y cortar para siempre la sucesión de los litigios y contiendas, mostrándose conciliador y pacífico, dispuso que el abad fuera su embajador y mensajero en Quijas.

Quien se resuelve, dice el filósofo, tiene lo más del camino andado; lo que falta ándalo con brevedad y soltura la imaginación, y así pudo don Diego creerse al cabo de sus ambiciones inquietas, aliviado de sus temores y dudas, y en posesión de la dicha y tranquilidad que tanto anhelaba.

Durmióse, pues, alto ya el sol sobre las cumbres de Mortera y el cueto de Miengo; descansó profundamente algunas horas, y hecho desayuno de su frugal y abreviada comida, pidió caballo, en el cual, prestamente subido, sin aguardar siesta, ni esquivar lo caluroso y molesto de la hora, tomó con aire las callejas que guían a la noble y eclesiástica villa de Santillana.



VII

DIÁLOGOS A LA SOMBRA



TAMPOCO dormía siesta el abad, a quien iban encaminados los pasos y los intentos de don Diego, y no porque esperase al caballero, sino porque a la hora de acostarse habíale interrumpido llamando a puertas de su casa abacial, no con aldabazos o descompuestas voces, sino con la cristiana salutación «¡Ave María purísima!», un aldeano.

Y debía importarle mucho la visita al abad, porque sin hacerle esperar, mandó a su criado que diese entrada al huésped.

Hizo éste ademán de hincarse en presencia del prelado,

el cual le levantó con un gesto de su mano, haciendo ligeramente en el aire la señal de la cruz.

—Caro te vendes, Agustín—dijo el abad—. Has olvidado el camino de Santillana, y hay que recordártelo.

—Señor—contestó con ademán y tono humildes el aldeano—, Novales está lejos, y bien sabe su señoría que es tiempo este de mucho cuidado y quehacer para labradores. Si no atiende uno a la poca hacienda que Dios le dió, ¡qué sería de ella!

—No vayas a dar en avaro, que es vicio capital y difícil de enmienda y de perdón. En Reocín nadie ignora que tu caudal no teme quiebras, y es sabido en Santillana que Agustín Calderón puede pagar buenos criados que le hagan la yerba y le atiendan al ganado, sin andar él como anduvieron sus padres, al sol y al agua.

—Harto se engaña, señor, quien a hablar se mete de linaje y haber ajeno; y las gentes tienen poco freno en esto: lo mismo tiran de arriba que de abajo, así quitan como ponen a la merced de su antojo, y si dan en que el pobre tiene dinero, le achacarán tesoros, y si en que el caballero es pobre, ponelle han a pedir limosna.

—Caballeros habrá en la Montaña que dieran con gusto la ejecutoria por los escudos limpios ahuchados en cierta casa de Novales a la sombra de sus naranjos—repuso sonriendo maliciosamente el abad.

—El caballero siempre es caballero, y con serlo puede pretender a oficios de provecho y cargos lucidos, donde sin mengua de su calidad ni peligro para su alma apañe su

aquel y aun titule si bien le viene. ¡Qué va a envidiar al pobre los maravedís que para un caso malo ahorró con sudores y fatigas, y si de algo le sirven es de cuidado y de que se aparten de ayudalle muchas buenas almas que atienden al que necesita, y no tienen que hacer con él puesto que a él le sobra! ¡Ah, señor!, el ahorro del pobre cuesta mucho y luce poco; échanselo en cara los iguales, y para nada se lo tienen en cuenta los mejores, y no sacándole de labrador, más le traen envidias y malas voluntades que otra cosa; el caballero con su calidad está defendido de muchos trabajos que, a quien no lo es, le ahogan y acaban; paréceles nada el Don a los que le tienen, y no saben qué de quebrantos les ahorra y cuántas portillas les abre.

—Y ¿de quién puede hacerse mejor un caballero que de un labrador acomodado y hombre de bien? Alcanzamos por dicha otros tiempos, Agustín, de aquellos en que no había más principios para los linajes buenos que la guerra con los moros. Los hombres de entendimiento que gobiernan los Estados saben ahora estimar al que labra los campos, que al cabo es padre y nutridor de los que habitan en las ciudades; nada existiría sin los labradores, que son la substancia y vida de los pueblos. Porque el labrador, cuando se afana y tiene prudencia y tino, no coge únicamente en espiga y grano el fruto de sus sudores: cógelo también en la estimación de sus convecinos, que se lo muestran cuando menos él se percataba de ello. ¿Por qué eres tú diputado del Alfoz? Porque al más rudo se le alcanza que quien sabe cuidar de lo suyo y aumentarlo, sabrá también atender

a la pro común con ventaja de todos; por eso, aunque llores pobrezas, vales en el valle más que otros a quienes sin causa envidias, que yo sé que en cualquiera dificultad y angustia llevas detrás de tu parecer y consejo más gentes que muchos señores de viso, y esto que sabemos pocos hoy puede saberlo mañana quien lo haga valer donde sea recompensado y tenido en lo que vale.

—Su señoría me hace merced que yo no merezco: ¡quién no tiene agradecidos y por ruin que sea no se vió en caso de favorecer a otro más ruin y más desdichado; y en tantos años—que ya, señor, entra uno en viejo—de vivir y remar, malo fuera que no hubiera tenido ocasión de adelantar a éste el maíz para la siembra, y al otro el doblón que le faltó para mercar la vaca; y para el caso de la diputación, mejor que yo sabe su señoría que no todos se avienen a tomar pàra sí cuidados nuevos sobre los que les trae su casa y su familia, y estar a lo que venga, que según la color de los tiempos, puede no ser bueno y haber de descuidar un día los propios por mor de este o el otro negocio de la provincia, y estar a responder con lo suyo de enredos y trabacuentas que consigo traen las comisiones y mandamientos que cargan cada punto sobre los procuradores y las juntas. En lo que hace a mi pobreza, ni la lloro, ni la ensalzo, ni crea que me excuso de ponella a su servir, tal cual sea, que en usar de ella y de mí y de los míos, como lo entienda, harános merced a todos el señor abad.

—No olvidaré el ofrecimiento, Agustín, y usaría de él con la misma franqueza con que está hecho a haber causa

para ello; mas ya que de juntas y procuradores hablamos, me importa saber, y tú podrás decírmelo, ¿qué hay que esperar o temer de las que no tardarán en reunirse? ¿Qué piensan los diputados? ¿Qué desean los valles? El Rey ha de acudir a los pueblos en demanda de servicios de dineros y de gente. Todos los anuncios son de guerra. El Estado hace levas, fortifica la costa, provee y municiona las escuadras, las necesidades son grandes, las escaseces muchas. Cartas de Madrid me dicen que de todas partes se piden auxilios y refuerzos, de Milán y Flandes, de la raya de Portugal y de Cataluña; el Rey no los tiene y ha de pedírselos a sus reinos. Yo entiendo que los momentos son graves, y que hoy más que nunca han de ser agradecidos y pagados los servicios hechos, y hoy más que nunca estamos todos en obligación de ser vasallos leales, celosos del mejor servicio de Su Majestad. No tardará en correr, si no ha corrido ya, la convocatoria, y no puede menos de hablarse en todas partes de ello, y yo supongo, y creo acertar, que más de cuatro montañeses aguardan a oirte para resolverse y arrimar su opinión a la tuya.

—Lo que piensan los diputados—dijo el aldeano dando vueltas a la montera que tenía en las manos y mirándola con ojos fijos—difícil está de averiguarse, porque en las cosas del común, como en las del particular, cada cual tiene su modo de ver y su interés y su codicia de acertar. Lo que los valles desean está más claro, y no se le esconde al señor abad, ni sé cómo lo pregunta: quieren paz y sosiego, y que les quiten de encima este paso de soldados que, amén

de echalles a perder los hijos y las hijas, los acaban con bagajes y alojamientos, sin que sirva clamar y traer a cuento los privilegios y ordenanzas que eximen de tales cargas, porque los cabos y los maestres de campo y capitanes a guerra y el más ruin sargento dicen venga lo necesario, y acudan luego en justicia a quien corresponda, que a todo se proveerá, y ahora lo más urgente es el servicio del Rey Nuestro Señor, y con esto si hay quien les cierra la puerta, derríbanla y éntranse a tomar por su mano lo que buscan, que es peor que dárselo voluntariamente. Y sobre todo, quieren los valles y queremos todos que no nos quiten el pan de la boca para dárselo a vagamundos y aventureros, que no pasen las cosechas desde el granero a las arcas reales, sin dejar rastro ni sustancia en casa de quien las trabajó y sudó y sacó a puño de la tierra dura; que todavía no han sanado los pueblos de un tributo que los desconcierta y manca, cuando otro viene encima a rematallos. Ello, yo no sé lo que darán de sí las juntas; pero temo que si Su Majestad les pide dineros, ha de salir desairado Su Majestad, porque al cabo los diputados quedan en su casa y en su tierra, y mal vivir y mal estar se le apareja al que de ellos mire antes por el Rey que por su conciencia y por los que le hicieron diputado, según están de levantadas y torcidas las voluntades. ¡Que si se habla de las juntas! ¡Pues no se ha de hablar! No se habla de otra cosa, y los más rudos están muy en ello de que han de ser solemnes y empeñadas, y como la mayor parte de las veces para este maldecido fin—perdóneme Dios y su señoría, dijo, bajando

la voz, el aldeano y besando la cruz hecha con el pulgar y el índice de su mano derecha—de sacarnos a todos la pelleja.

Como si nada le diera del calor y violencia usados por el aldeano, el abad, sin alterarse, con suave acento y tranquilo semblante, cobró su palabra y dijo:

—Justísimo deseo es ese de la paz, Agustín; deseo cristiano a que todos estamos obligados con más a procurar por todos los caminos rectos y loables que el deseo pase a obra y tenga eficacia y realidad cumplida. ¿Y en quién será más vivo ese deseo ni más ardoroso que en aquel a quien fió Dios el cuidado de la paz en numerosos pueblos y naciones? Así como tú estás en la obligación de conservar la paz en tu casa, yo en mi abadía, los diputados en los valles que se encomendaron a su buen celo y vigilancia, así lo está el Rey en la de cuidar, proteger y procurar la paz de sus Estados. ¿Quién osará decir que se le aventaja en ese amor y en ese cuidado? ¿Quién pretenderá asegurar que ve mejor lo que a esa paz conduce y conviene, que el Rey, puesto por Dios a la cabeza de los hombres, levantado sobre la común sabiduría por elección divina y por el consejo y experiencia de los que le rodean, hombres sapientísimos y graves, ayudándole a escudriñar y ver aquello que por menudo y de poco momento pudiera oscurecérsele para que entre sus vasallos no haya queja sin oído, amistad sin galardón, agravio sin enmienda, ni maldad sin castigo? ¿Cuál es el fin de reinar, sino el de ver prósperas y magníficas a las naciones cuyo engrandeci-

miento, si ha de ser duradero, ha de poner sus cimientos en la obediencia y tranquilidad de los propios y en el respeto de los extraños? Hase, pues, de pensar y tener por cierto que el Rey ansía la paz sobre todas las cosas humanas, y que a procurarla van encaminadas sus leyes y mandatos. Y que cuantos deseen entrañablemente esa paz han de ayudarle en su obra y contribuir a ella campos y ciudades, reinos y provincias, y ayudándole se sirven a sí propios, poniéndose en camino de lograr por mano y autoridad del Rey lo que por sí solos y divididos y encontrados nunca pudieran alcanzar. Ni es de entendimientos claros y perspicaces dar por bueno que Reyes o políticos, cuantos entienden en el gobierno y régimen de los hombres, obran por antojo, vejando y oprimiendo a los pueblos. Cuando a tanto extremo llegan lo hacen empujados por la necesidad incontrastable que a todos alcanza y sobre todos pesa con su grave pesadumbre. No hay que abrir el oído ni el pecho a murmuraciones de descontentos y mal avenidos, que siempre suscita en contra suya el ejercicio de la autoridad por moderado y discreto que sea. ¡Qué!, ¿no habrán de mirarse en causar lágrimas y sangre aquellos que de cuantas fueren por su causa vertidas han de dar estrechísima cuenta a Dios?

¿Y qué lograrán los valles con resistir y negarse a la obediencia y tributos que legítimamente deben a su Rey? Caso que éste, en su regia piedad, los absuelva y alce de mano en castigar su rebeldía, si los abandona, si sobreviene una invasión enemiga, si ingleses y holandeses traen

sus escuadras y echan sus soldados en esta costa, ¿podrán bastarse los valles a su defensa? ¿Osarán resistir? ¿Lograrán vencer? ¿Y con qué voz pedirán socorro y amparo a destiempo los que cuando era razón prevenirse se apartaron del esfuerzo común con que pudo ser la ayuda anticipada y el mal socorrido? No pensemos en la ruina y desolación que vendría sobre nosotros: ¿qué quedaría en pie en estas tierras holladas por el enemigo de su Rey y de su culto? Ni altares ni fortalezas; ni mieses ni bosques; ni hogares ni familias. Y este peligro que el buen concierto y la unión de voluntades y de brazos pueden, no ya resistir con ventaja, sino desvanecerle y hacer que no pase de cálculo, dichosamente errado, de la previsión humana, puede asimismo presentarse súbito, incontrastable, a deshora, acrecentado y hecho irremediable por la poca previsión y menos medios, a poco, a dos días de resuelta para desventura de todos negativamente la demanda del Rey. ¿Sabemos nosotros lo que los enemigos vigilan, lo que acechan, lo que saben, lo que pueden? ¿No los hemos visto de la noche a la mañana sacar de la nada escuadras y bastimentos, cubrir los mares, invadir los puertos, atemorizar y vencer con el terror sólo de su presteza, de su número, de su nombre? ¿Quién ignora su audacia, quién su valor, quién sus artes y su astucia, quién su poder en capitanes atrevidos y afortunados? Hase perdido la memoria de lo que pasó años ha en Puerto (1). ¿No se acuerda nadie del incendio y desola-

(1) V. nota C.

ción de la noble villa de Laredo? ¿Qué pudieron, qué valieron, qué hicieron entonces las sorprendidas villas contra el francés? Créeme, Agustín, de estar con el Rey, pueden los valles aguardar bienes, y entre ellos esa paz que anhelan; de estar en su contra, males ciertos, inmediatos e irremediables. Y en el camino de la obediencia, como en el de toda obra buena, conviene no rezagarse y ser el primero, ir delante con los mejores, servir de ejemplo y no de escándalo. Con ponerse esta provincia sin contradicción ni resistencia, llana y desahogadamente de parte del Rey, daràle fuerza mayor para atraer otras comarcas remisas y perezosas, la fuerza del ejemplo, soberana en los tibios y perezosos para arrancarlos a su indolencia. Y cuenta con que el Rey, que nada olvida en tiempos tranquilos, menos ha de olvidar a quien en los azarosos y atormentados, si tales sobrevienen, en tal de abandonarle y recogerse a sus breñas le asistiere y acompañare con ánimo resuelto de participar en su ventura o en su desventura, que son las de la patria.

El taimado montañés escuchó atento la larga plática del abad, manoseando su montera a intervalos, a intervalos rayando el piso, haciendo resbalar la punta de su garrote a lo largo de las juntas de las tablas del suelo. No era fácil adivinar sus escondidos pensamientos, cuáles fuesen, si muchos o pocos, si ordenados y claros, o atropellados o confusos, si conformes o encontrados con los que el discurso del clérigo desenvolvía y presentaba. Pero lo que sus ojos no podían callar era el íntimo gozo que sentía en ver cómo el abad, letrado, docto, versado en academias y capí-

tulos, no le parecían hartos el artificio y galas de su mejor elocuencia, para convencer y ganar para su bando a un rústico inerudito, nunca salido de las asperezas montañesas. Era con todo tan astuto y tan señor de sí mismo, que dejándose acariciar por la vanidad lisonjeada, sin consentirla que le cegase y entomeciese, aplicóse a no perder coma del razonamiento del abad, en el cual hallaba no poco que aprender, y de que entreveía en lo futuro para sí grandísimo provecho. Justamente a eso iba el abad, que no era lego; de modo que pocas veces semilla tan sazonada cayó en tierra mejor labrada y puesta a punto de cosecha.

—Lo que su señoría dice no tiene vuelta de hoja — contestó, mirando a la mesa del abad, en que yacían papeles diversos, sobrescritos abiertos y cartas desplegadas—: el Rey lo puede todo y puede sacar por fuerza lo que pida si se le niega, y no hay más sino discurrir sobre si conviene dárselo de buen aire y mejor cuanto más antes. No cabe en esto dubitación ni falla. Pero ¿sabe el señor abad (sí lo sabrá) cuánto son cerrados de mollera y puestos en su punto los montañeses que en diciendo ahora es de noche no les hará cejar ni desdecirse ese mismo sol de canícula que les hiciera caldo el seso? Ellos están en la negativa y, guardando el punto al mayor saber del señor abad, no van fuera de camino, según su ver y entender, vamos al decir. Habrá de ellos quien no tiene para borona, y vendránsela a pedir para el Estado; empeñará la cama y llevaránle preso por añadidura; ¿qué le da a éste que sea el holandés o el español quien así le maltrate y despoje? Luego al inglés o

al pirata le ven muy lejos, ni se les acuerda, temo yo, que hay enemigos de ese color, y al asentista o sacamantas que cobra los dineros del Rey le tienen a la puerta, y cada hora puede entrar por ella con la cédula y el apremio. Y los señores de la diputación, ¿dónde se quedan? Hay caballero allí que se hombrea de ascendencia con el mismo Rey, y por respondelle y no acatalle, le negaría el bautismo. Y por decir que sostuvo el fuero del valle contra el fuero real se pelará las barbas con su hermano, e iráse a su palacio o torre, reventando en el gregüesco más placentero y entonado que don Rodrigo en la horca; y no valga citar nombres, que las paredes oyen, y a la fe que su señoría del señor abad—perdóneme su gracia—ni es tardo de razón ni obscuro de entendimiento. Con más que ahora no tendrán las juntas sus diputados mondos y ordinarios: que bien sabe el señor abad que las ordenanzas permiten a cada uno traer consigo persona que confirme y esfuerce su voto en aquellos negocios de mayor dificultad y cuantía, y tengo yo para mí que este es el presente caso. ¡Ah, qué lástima que no pudieran oir todos, como ha sido mi buena suerte, el decir del señor abad! Sentenciada tenía en favor su causa Su Majestad sin apelación y con ejecutoria. Pero ahí está el mal, que no hay en la junta quien tenga su entendimiento, su buen decir y su persuasiva; y que ponerse los pobres contra los caballeros, no lo hace quien no tiene sombra segura a que arrimarse.

—Aguardar a la junta sería abandonar la causa del Rey y haberse con él como vasallos desleales y punibles—repuso

el abad—. Tú, como hombre honrado, no has de recatar tus pensamientos en negocio de tanta monta. Conviene, pues, que los montañeses entiendan cuál es tu sentir; entiéndanlo aquellos que te buscan y te necesitan, cuantos por camino derecho o torcidamente solicitan en otras materias tu opinión o tu consejo, que a veces será harta caridad abrir los ojos a cualquier ciego, y traer a buen pensar este o el otro extraviado y obscurecido por mengua de quien le guíe, que no por mengua de su voluntad. Quédese luego el obrar a la discreción y sentido de cada cual; mas no olvidemos que siempre es obligación advertir de su error al que hallamos apartado de la verdad más por ignorancia que por malicia. Luego en las juntas sostenga y ampare cada cual su derecho o el que mejor creyere: ¡quién sabe si por herir los derechos del Rey esos caballeros mal agradecidos y vanidosos, obligando a otro mejor vasallo a reñir en su defensa y a vencerlos, no ponen al Rey en obligación de ceñir la espuela a su defensor, como a los reyes antecesores suyos pusieron en obligación los moros de calzársela a aquellos caballeros, de quienes ellos ensalzan y tan mal reconocen su descendencia! Y ten por cierto, porque te lo digo yo y me lo dicen a mí más de una de estas cartas que ves abiertas sobre la mesa, que de lo que en estas juntas pasare ha de tener menuda noticia el Rey por boca de quien las escribió, y el consiguiente pago, según sus méritos, cuantos en ellas mediaren: a lo que me pregunten he de responder, y por hacerlo mejor quise oirte. Holgárame yo que las mercedes reales cayesen en quien supiera llevarlas, mas guárdeme

Dios de entrometerme en la conciencia de quien la tiene iluminada por su sano entendimiento.

—Yo, señor—dijo el aldeano casi atajando al abad como si quisiera no haber oído sus postreras frases—, no tengo más que una palabra. Si su señoría entiende que puedo servílle y a su Majestad, a su mandar estoy. Hele ofrecido mi pobreza, en ella va mi voluntad que es lo mejor, lo único que tengo; dígame su señoría cuáles han de ser mis obras.

—Dichas están, y pues vamos conformes y a un fin, harto sabes cómo se hayan de tomar las veredas. Entendido nos habemos y no son menester más menudas explicaciones. De tu buen tino y lealtad lo fío todo, y cuenta conmigo ahora y después para siempre.

El aldeano entendió que era la visita acabada, levantóse, y al inclinarse diciendo:

—Quédese en la paz de Dios su señoría—el abad le tendió la mano, y respondió sonriendo:

—Él sea en tu compañía, don Agustín.

Y llamando, dijo al criado que acudió:

—Den de beber al señor antes de que salga de casa.

Despidiéndose por último clérigo y aldeano, con otra sonrisa aquél, con otro saludo éste.

No tardó el criado en volver anunciando la visita de don Diego, cuando el abad se había sentado y comenzaba a revolver papeles.

Parecía el abad hombre de pocos años, y era de buena estatura, escasa enjundia, blanca tez, rostro aguileño, ojos vivos, palabra abundosa, ingenio claro, gustos discretos y

humor igual y pacífico. Asentábale de perlas la dignidad que tenía, hallándose tan holgadamente en ella que, más que pago de calidades y servicios, semejaba preparación y camino a mayores honras gozadas en más vasto teatro. Su dignidad, aunque ejercida con celo propio y común satisfacción de los que habían de obedecerle, bien parecía poca, si no a los deseos de su corazón, a los merecimientos y prendas del sujeto, y hallando en la apartada y áspera campiña montañesa su persona arrastrando airosamente los negros tafetanes, brillante sobre el seno la cruz de oro, gravemente empuñado el bastón, serena y espaciosa la frente bajo la revuelta falda del sombrero, cuidadosamente puestos bigote y perilla, nadie se excusara de imaginar cuán bien estaría a tan cabal prelado el pisar tapices con la autoridad de una mitra, o aquel realce que a los hábitos se pega de tener por suyos los oídos del Rey y ser de sus Consejos.

Besó el caballero la mano al abad, el cual, alzándose cortésmente de su asiento, adelantóse a hablar diciendo:

—Bien venido, señor don Diego.

—Bien hallado, abad—contestó con placentero rostro el caballero.

—Tomad silla—continuó el eclesiástico—, y dadme licencia de agradeceros la merced de la visita.

—No es de agradecer—replicó el hidalgo sentándose—; tráeme a visitaros algo que va a sorprenderos cuando os lo diga.

Fijóle en los ojos los suyos expresivos el abad, como si

quisiera verle por ellos el alma; y el caballero, sin cansarle la curiosidad, mostrósela de lleno con estas palabras:

—Vengo a casarme.

—¿Y deseáis que la iglesia de Santillana os dé la bendición nupcial por mano de su prelado? Deseo es de cristiano y caballero montañés - dijo sin mostrar extrañeza el abad.

—Quiero más, abad; quiero que seáis vos quien pida para mí la mano de la que pretendo para esposa.

—¿Y quién es ella?

—La que, sin agraviar a nadie, es orgullo del valle de Reocín y joya del palacio de Quijas.

—¡Doña Mencía!

—Doña Mencía.

—La elección es como vuestra—repuso el abad—, y entiendo que aguarda al mensaje favorable despacho sin que pueda el mensajero, sea quien fuere, lisonjearse de haber pesado en la resolución con sus artes o sus merecimientos. ¿Tienen las señoras de Quijas, hija o madre, noticia de tan sanos propósitos?

—Ninguna que de mí proceda—respondió don Diego.

—No se os esconde—dijo el abad—que a la instancia en vuestro nombre presentada, pueden hacerse observaciones antes de resolverla, y conviene que vuestro embajador esté en camino de contestar cumplidamente a ellas. ¿Qué habrá de decir a las preguntas que se ofrecieran por parte de la madre de la que ya considero esposa vuestra?

—Notorias son en la comarca—respondió el caballero—mi calidad y mi hacienda. Una y otra pongo rendidamente a

los pies de la mujer que pretendo. Mis deseos son alegrar la soledad de mi casa que pesa en mi ánimo y le acongoja y desespera, y dar sucesión al honrado apellido que traigo de mi padre. Mi esposa, puesto que así la titulasteis, y óigaos Dios y haga verdad lo que decís en profecía, será señora en la torre de Cortiguera y abrirá o cerrará sus puertas a quien le plazca; nadie pondrá coto a sus gustos ni reparo a sus deseos, cierto yo de que mi honra en sus manos está más segura y defendida que dentro de mi propio pecho. Compañera deseo y no esclava, como manda el Señor que la mujer sea para el hombre, bendición para mi casa, lustre para mi linaje, madre para mis hijos, empleo para la fortaleza que resta a mi ánimo, y los alientos que aun quedan en mi corazón, y que de mí no se diga que gasté en inútiles ocios mi vida sin acudir a mi obligación, haciendo de ella raíz y amparo de una familia; que fuí tronco estéril, bueno para nada más que para ser arrojado al fuego. Ni es preciso deciros qué lugar tendrá la madre de mi esposa en la casa de su hija; el que ella busque, el que ella elija, el que ella prefiera; yo sé cuán necesitados de ternura son los corazones tiernos, y no he de extrañar que sea avariento del cariño que yo anhelo para mí, quien ya le tiene probado y está a sus halagos hecho. Yo pienso que en el alma de doña Mencía hay riqueza sobrada para contentar a cuantos tengan derecho al inapreciado tesoro de su afecto.

Quien oyera tan breve y sazonado discurso sin tener mayor conocimiento del que lo decía, no imaginara que don Diego fuera tal como se pinta en esta historia. Subido

a las cimas de la resolución y de la esperanza, no había tenido espacio todavía de desalentarse y desmayar herido por sus desengañados recuerdos y habitual tristeza. Traía, a pesar de sus padecimientos, fresca el alma, y a pesar del recio calor del día, fresco el cerebro, ni había sentido el camino ocupado en preparar su peroración al abad, aliviándose y distrayéndose, gracias al gran consolador, el trabajo. Despierta su voluntad mientras duraba la novedad y frescura del reciente deseo, dormida su cólera en tanto no se la ponía delante contradicción o valla, en abreviar de razones, coloquios y diligencias estribaba que no hallase vereda su mala sangre para abrirse paso y malograrlo todo, echando a rodar planes, arbitrios y propósitos de buena ventura y enmienda. Conocíalo por instinto don Diego: sabíalo por su ciencia de la vida y la notoriedad del personaje el prelado de Santillana, y así abreviando términos y razones, ayudóle a salir del empeño, no usando de su natural facundia y huyendo de provocar los prontos arrojos del enojadizo caballero, midiendo sus observaciones y quedándose en aquellas precisas y de buen parecer que bastasen a dejar en salvo su sagrado carácter y la gravedad e importancia que reconocía en el suceso, sin olvidar el negocio de las juntas, del cual tocó discretamente lo preciso para entender que don Diego estaba con resolución entera a lo que el Rey y los regios mandatarios ordenasen.

Plácido y sereno escuchó, pues, al caballero, y apenas terminada su plática, ponderó elocuentemente la alteza de sus designios y su noble sentir en el delicado asunto del

casamiento. A lo cual don Diego respondió abriendo más por menor el arcano de su pecho al eclesiástico, y franqueándose con él en la materia espinosa del caudal, marcando sus hanegas de maíz, sus carros de yerba, sus viñas y pomares, sus molinos y sus montes, sus rebaños y sus puertos, en términos que, a juzgarlo conveniente o necesario en el desempeño de su negociación, pudiera el negociador poner patente a los ojos de la más prudente cautela el desahogo y bienestar que las rentas del pretendiente prometían a la desposada. Con lo cual dióse por terminada la visita, conviniendo en que no más tarde que el inmediato día, el abad pondría en ejercicio y movimiento su autoridad y su industria para dar cabo del encargo recibido, de cuyo resultado, por sí o por carta, daría inmediata cuenta al caballero.

Oíanse aún desde la casa abacial las herraduras de la valiente haca morcilla en las calles de Santillana cuando, puesto a su mesa el abad, escribía la siguiente carta:

«Al Excmo. Sr. Duque del Infantado y de Benavente, Conde del Real de Manzanares, Marqués de Santillana, etcétera, etc.

»Véome puesto por la Providencia en caso de que, siéndome posible ayudar en negocio que les importa a dos casas de las de mayor notoriedad y valer en estas montañas, vengo a hallar camino por donde atender a los deseos que vuestra Excelencia me manifiesta, no siendo otros los míos que los de servir a la Majestad del Rey y a vuestra Excelencia. No quiero anticipar esperanzas que pueden ser falli-

das; vuestra Excelencia, príncipe prudente, como usado y diestro en el manejo y trato de hombres y negocios, sabe que los de cada nación y reino requieren ser tratados con arreglo a las condiciones de sus naturales. Lisonjéome de acertar con las de estos montañeses, honrados en suma, aunque en su trato desabridos, y en los negocios comunes cautos y sospechosos en demasía. Y no faltando entre ellos algunos devotos de corazón a la regia corona, por mucho que no pocos, según recelo, traigan el augusto nombre de su Majestad más en los labios que dentro del pecho, poniendo de nuestra parte el interés de aquellos de quienes no pudiéramos la afición, hase de conseguir de las inmediatas juntas de los valles que convengan en los servicios que el deseo de su Majestad y las necesidades de sus reinos reclaman. A ello me entrego con el celo de que recomendaciones de vuestra Excelencia me ponen en reconocida obligación. No escasearé noticias. Entretanto ésta no tiene más propósito en su brevedad que la de aprovechar la inmediata ocasión del correo para reiterar a vuestra Excelencia la voluntad con que es a su mandar afectísimo capellán y servidor—El abad de Santillana.—P. D. He de prevenir a vuestra Excelencia que acaso será preciso corresponder a la buena disposición y diligencias de algunos de estos naturales con mercedes poporcionadas a sus servicios. No pasará todo de alguna ejecutoria de hidalguía que valen amigos y no cuestan dinero, que siempre será colocada a mi conocimiento en sujeto de limpia sangre y buenas partes, con más ciertas letras de valimiento a la Real Chanci-

llería de Valladolid, donde llevan sus pleitos, siendo señaladísimo en estas tierras el hombre de mediano pasar que no tiene alguno. Ni extrañará la prevención vuestra Excelencia que, como bien sabe, y en Castilla dicen, una mano lava la otra, y entrambas la cara.»

No cortó la siesta a pocos habitadores de la soñolienta villa aquel ruido en hora tan insólita, ni sacó menor número de curiosos a puertas y ventanas, ni fueron breves los comentos y suposiciones puestos a la desusada visita, atribuyéndola causas diversas.

—¡Habrále tocado Dios en el corazón al señor de Cortiguera, y traídole a hacer confesión general de sus pecados!... —decía una vieja que iba camino de la colegial a sus rezos, parándose con otra que espulgaba un nietecillo al umbral de su casa en la calle de Santo Domingo.

—Déjalo estar, María—contestaba la espulgadora, sin cesar en su obra—, que siempre es hora para lo bueno, y enmendarse hubiendo de qué.

—¿Y dónde no lo hay, Juliana, con esta miseria que semos? bendito Dios, lucido tienes el cachorro; así te se logre.

—Y a sus padres, que de ellos es.

—Y tuyo, que se le amañas y le cuidas, en par que ellos andan a la labor. Ea, que ya tocaron a la doctrina; con Dios, Juliana.

—Con Dios, María.

La opinión más corrida aquella tarde entre los santillanenses fué que don Diego visitaba al abad sobre antiguos pleitos de su casa con la abadía; algunos pensaron que

habían tratado puntos de negocios políticos con ocasión de las cercanas juntas de los valles, y ninguno dió con la causa cierta y positiva de la entrevista. Y fué tarde de conjeturas, comentos y misterios, porque a los que atajaron al aldeano de Novales en su salida de la villa, convidándole con la sombra de la ermita de San Roque en que ellos sesteaban, para ver de averiguar asimismo el porqué de su venida a Santillana, contestóles Agustín que a tratos con el abad de ciertas misas y sufragios, lo cual no satisfizo a los curiosos, puesto que al echar a andar de nuevo y apartarse de ellos, uno de los que quedaban murmuró entre dientes: «Mal año, ¡ya te lo dirán de misas!»



VIII

CELAJES

Al día siguiente salieron de Cortiguera cartas y mensajes, y dádivas y presentes por caminos varios y a lugares diversos de la montaña. Habíasele puesto en la voluntad a don Diego allanar la tierra, ganar amigos, y bien sabía que donde no alcanza una dádiva, allega y da en el blanco una palabra cortés y una razón bien compuesta. Extrañóse Damián de verse sin oficio, pues siendo el ordinario amanuense y secretario de su señor, de que hacía vanidad no corta, sucedió servirse por su mano esta vez don Diego, escribiéndose sus cartas, no quedándole al mayordo-

mo otra participación en aquella novedad, por la cual desasosegóse y andaba en el aire todo Cortiguera, que la de escoger, prevenir y acaldar (1) el cesto de frutas, el tonelejo de sidra, o el lechazo o el par de gallinas que, derramados por valles y montañas, iban a llevar y esparcir la noticia, o más bien la sospecha de nuevas y extraordinarias mudanzas en el señor de la torre de Cortiguera, dando en qué cavilar a unos, sobornando a otros, despertando a muchos recelosos, ablandando a no pocos esquivos, y poniendo, para doblados días, en boca de los montañeses, y con causa de ser celebrado y aplaudido el nombre, más ilustre que bien quisto, de don Diego Pérez de Ongayo.

Uno de los más crecidos y sustanciosos envíos que salieron de Cortiguera iba dirigido con carta aparte al ilustrísimo señor don Sebastián Hurtado de Corcuera, del orden de Alcántara, gobernador de las armas del Rey nuestro señor en las cuatro villas de la costa del mar de Castilla y principado de Asturias, del su Consejo supremo de guerra, etc., etc., en la muy noble y muy leal villa de Santander. Y entre las misivas habíalas de felicitación, de pésame, de recuerdo de antiguos tratos y parentescos, como si el que las escribió se propusiera en ellas recobrar el tiempo perdido, refrescar decaídas amistades, volver por los fueros de la olvidada cortesía, haciendo ver que no habían en él muerto ni extinguídose aquellos hábitos de buena corres-

(1) *Acaldar*, poner en orden esmeradamente una cosa. Úsase mucho irónicamente. *¡Acaldado vienes!* dice una madre al muchacho que se presenta destrozado y sucio.

pondencia, cordial afecto y suelta comunicación propios del vivir cortesano.

La naturaleza del asunto y la distancia del corresponsal graduaban el punto y hora de la contestación a cada una de ellas, de manera que tenía delante de sí don Diego una serie de días, ricos en promesas, durante los cuales sus varias esperanzas, grandes y chicas, alternada y sucesivamente habíanse de convertir en positivas realidades, asegurándole un espacio de vida en que la vida le importase, hasta desearla con ansia; en que hallase en ella calor, precio, dulces compensaciones, hallazgo extraordinario para quien en ella sólo tenía rencor, fatiga y tedio. Hallábase en suma con una dulce inquietud parecidísima a la alegría sin serlo, y corregido aquel su inexplicable hastío de tener que vivir no teniendo para qué vivir.

Aguardaba, pues, las contestaciones, que no se hicieron esperar, aun cuando tardasen más sus resultas. Llegó primero la de las señoras de Quijas, las cuales, según del respeto y calidad de su sangre era de presumir y había previsto el discreto abad, pedían término para madurar la petición y resolverse. Trájola el mismo abad, el cual supo de manera probar la necesidad del plazo, del cual no cabía hacer sino felicísimos agüeros, entendiéndose que acoger sin negarla desde luego pretensión tan delicada, es empeñarse a medias en su resolución favorable, tanto más, cuanto más acreditadas estén la mesura, delicadeza y cortesanía de quien aceptó el empeño, que don Diego, dócil como siempre a la natural veleidad de su enflaquecido

espíritu, comenzó a creerse en la cumbre de su fortuna, trasfigurado de alma y cuerpo, y vestidas nuevas vestiduras no menos luminosas y dignas de admiración y envidia que aquellas con que dan testimonio de su bienaventuranza en glorias pintadas y figurados triunfos los escogidos del Señor.

Y comenzó a pensar en lo desnudo y huraño de la torre de Cortiguera, en lo mal vestido y roto de sus aposentos, en lo intratable de sus sillas, en lo macizo de sus mesas, en lo oscuro y severo de la luz que sus estancias alumbraba, en lo frío y desapacible del ambiente que las envolvía, pareciéndole todo mal y peor que aquellos rostros de sus gloriosos antepasados, mal encarados y desabridos, turbio el mirar, áspero el gesto, áridos los párpados que nunca tuvieron lágrimas, duro el labio que nunca se abrió para la súplica y el agasajo, sino para el mandato imperioso o el grito de combate, mejor preparados y avenidos a espantar y despedir huéspedes que a recibirlos y lisonjearlos, no hallando dónde descansar los ojos hasta ponerlos en el olvidado Cristo, único objeto humano que pudiera acoger con amor, dulzura y misericordia, haciendo oir la voz de las almas a su ánima piadosa, a la tierna niña que trocaba el suave calor, las ternezas infinitas del materno regazo por el nuevo hogar y la compañía de hombre tan triste, taciturno, solitario y desconocido.

Tuvo, sin embargo, por cobardes estos blandos pensamientos, y sacudiólos luego, diciéndose que venían a enervarle amansando la natural braveza de su condición rigorosa, de la cual había de verse grandemente necesitado, si

por desventura tan suaves pensamientos se resolvían en humo sin pasar de pensamientos vanos.

Y «yendo días y viniendo días», como dice el poeta, vióse pagado de modo y en cantidad que no imaginaba de aquella su resolución y obra de acordarse de las gentes y presentarse gentilmente a su memoria. Hubo quien respondió a sus presentes con otros tanto o más cuantiosos, y el que menos le devolvió acrecidas y aun sahumadas sus buenas y atildadas razones. Con lo cual, sorprendido y quebrantado don Diego, estuvo a punto de creer y admitir que la humanidad no era tan desesperadamente mala y merecedora de aborrecimiento y pena como tenía él por probado e incontestable. Enmendóse, con todo, y libró de estas como de las otras tentaciones de blandear y mostrarse enternecido y llano, echándose a pensar cuál sería el gozo y ensorbebecimiento de sus enemigos cuando le vieran o le imaginaran caído de su fiereza antigua, el menosprecio de los propios criados, la audacia con que se le atreverían, creyéndole dócil y rendido, tantos como hasta entonces habíanle mirado con temor y desconfianza, y en fin, que era entregarse aturdidamente en manos de quien mal le quisiera, poner así a descubierto las timideces y perplejidades de su voluntad, abandonando su mejor defensa, la disimulación constante Y volvió, según la ocasión, una y otra vez a esperar y amansarse, a desesperar y encruelecerse.

Esta veleidosa marejada que le alcanzaba hasta la certidumbre de lo bueno y de lo justo, pareció calmarse luego, después de muchos embates y escarceos, después de arru-

llarle con su manso hervor y mecerle con su compás sonoro, dejándole caer de nuevo y más abajo quizás en la profunda sima donde le sumieran sus mal aprovechados escarmientos. Tornó a sus dudas y sus enconos; tornó a la quietud sombría de su soledad y de su encierro, resuelto a aguardar sin esperanza, a resistir los movimientos de su corazón, a callar, a esconder sus pensamientos, a ensanchar la honda cava con que se apartaba y defendía de sus semejantes, sin tener en cuenta que tal y tan inseparable puede ser el foso de una fortaleza que, después de atajar y contener al asaltador enemigo, se convierta en invencible obstáculo para el paso del socorro, para la fuga y salvación de la guarnición cercada.

¡Cuánto se engaña el que imagina que puede libertarse, en tanto vive, de las fatigas de resistir y luchar, y elige por camino para el cobarde sosiego el de condescender con las inclinaciones de su ánimo, sin examinarlas, acendrándolas en el crisol del deber!

Un día vió don Diego desde su ventana subir por el pelado castro en que la torre asienta, un jinete y un peón.

La traza del jinete era la de un soldado; extraña y nueva en el país la del peón, el cual traía vestida su cabeza con un bonete de estambre listado de colores, calzadas sandalias de cáñamo tejido, y plegada sobre el hombro una capa de jerga blanca. De una ancha faja de cuero cruzada al pecho pendíale un pedreñal, y el puño de un cuchillo asomaba por las dobladas vueltas de su cinto. En llegando a la puerta, el jinete se declaró mensajero y enviado del ilustre

señor don Sebastián Hurtado de Corcuera, gobernador de las armas reales en las cuatro villas de la costa del mar de Castilla, con lo cual entraron.

Apeóse, subieron ambos, y precedidos de un mozo llegaron a la estancia y presencia de don Diego. El cual, tomando un pliego que con mesura le alargó el soldado, rompió el hilo, abrióle, sacó de sus dobleces otro pliego, dejando caer un papel en el suelo. Cogióle, y leyendo, vió que decía:

«Amigo y señor don Diego: El Rey nuestro Señor, a quien Dios guarde, con noticia de los aprestos que de su real orden se hacen para el armamento y defensa de estas costas, y en previsión de que estas villas y los valles de mi gobierno y cargo acudirán a lo que en esta común obligación les toca con el celo y buen deseo que de otras ocasiones tienen acreditado, se ha servido autorizarme para proveer los nombramientos de Capitanes a guerra de la gente que en cumplimiento de sus antiguas ordenanzas habrán de hacer y alistar los referidos valles y villas en sujetos de notoria calidad y servicios. Y teniendo los vuestros en la estimación que se merecen, he resuelto declararos y nombraros como por la adjunta cédula y provisión os nombro y declaro Capitán a guerra por el Rey nuestro Señor, de las gentes que los nueve valles de Asturias de Santillana han de levantar en observancia de sus leyes y prevenciones para los casos de enemigos, persuadido como estoy de que las buenas partes que en vos concurren ayudarán a que con la mayor puntualidad y diligencia se atienda en todo al servicio de su Majestad y bien del Estado.

»Háseme proporcionado a la vez de modo de complaceros en lo que me decís que pudierais necesitar y ahora lo necesitareis, sin duda, en el ejercicio de vuestro cargo, de un hombre a prueba, fiel, callado y valiente. Como bien se os alcanza, entre los aventureros que aquí traen los negocios de la guerra, ha sido al cabo posible hallarle. Con ésta os le envío; llámase Serra y es montañés de la montaña de Cataluña.

»Hubiéraisle querido acaso más blando y tratable: no se halló, y éste se recomienda por su lealtad, silencio y firmeza que tengo experimentados. Ignoro qué buena o mala ventura lo ha traído a estas partes de Castilla: imagino que su designio será el de entrar en la recluta de soldados, o embarcarse en las galeras; lleva aquí el tiempo que yo; nos conocíamos de antiguo, sin que yo pueda decir de cuándo ni de dónde, como es común en los oficios de la guerra. Parecía tenerme afición, y quiso desde luego entrar a mi servicio; me acompañó en las visitas de Laredo, Castro y otros puestos; cuando le ofrecí pasar al vuestro enteróse de los lugares por donde habría de andar con vos y no puso dificultad, ofreciéndome no abandonaros en lo que duren los peligros presentes. Acúsanle de inquieto y extraño a veces, pero jamás en perjuicio de aquellos a quienes sirve. No es, por consecuencia, nuevo en esta tierra, aunque lo sea en su trato y costumbres, y podrá serviros en todo aquello en que no os pareciere conveniente emplear a vuestros criados naturales: holgaré de saber que fué a gusto vuestro. Guárdeos el cielo como se lo ruega, don Sebastián Hurtado de Corcuera.»

Pasó don Diego los satisfechos ojos por la cédula de su nombramiento que acompañaba a la carta, la cual, salvas cortas diferencias, estaba escrita en los propios términos que hemos leído arriba.

Despidió luego al soldado, que dijo haber de volverse sin tardanza a la villa de Santander, y quedóse con el catalán.

—Vas a quedarte a mi servicio—le dijo.

—A eso me envía el señor don Sebastián—contestó con tosco acento el catalán.

—¿Entiendes de armas?

—He vivido en la guerra, moriré en ella.

—Tu oficio será cuidar de las mías y tenerlas a punto; acompañarme cuando yo te lo ordene, y obedecer sin replicar.

—¿En cosas de guerra?

Paró los ojos don Diego en el montañés, suspenso con la pregunta.

—No habrá cosa en los días que van a venir que no sea de guerra—le dijo con aire severo.

—Es que para otro negocio no valgo nada.

—Pues avivarás los sentidos—contestó con arrogancia don Diego—. Aquí habrás de tener cosido el labio, despiertos los ojos, atento el oído. Habrás de espiar, descubrir, acechar, armar emboscadas, adivinar engaños, burlas, y en la ocasión esgrimir tu cuchillo; son cosas de guerra estas.

—Va bien; no tendrá queja su merced.

—¿Qué te ha traído a la Montaña?

Encogióse de hombros el catalán y respondió:

—Hambre de ver mundo. Hastío de mi tierra.—Y al decir esto miró al cielo, se le humedecieron los párpados, y echaron chispas sus negras pupilas.

—Hace muchos años—continuó - que sueño yo con las montañas de Burgos tan nombradas. Quería saber si se parecen a las mías; pero los pobres no hacen todos los días lo que quieren. Se lo pedía a mi madre de Monserrate y ya vine; puede que me quede aquí, puede que vuelva a darla las gracias, porque me cumplió mis deseos.

Don Diego no puso gran cuidado en las palabras de Serra, distraído en el examen de su persona y arreo. No era ya mozo el catalán, alto y fornido, pareciendo en lo robusto y firme de su complexión y miembros estatua esculpida en durísima roca; en lo sombrío, amenazador e intrépido del gesto, hombre de tristes y tenaces pensamientos; negado a la compasión y ternura; rigoroso en justicias, probado en venganzas, de más obras que palabras, y entre aquéllas ávido de las homicidas y sangrientas; implacable enemigo, áspero e indócil compañero; más de evitar por lo desacomodado y recio de su condición, que de poner a prueba por lo alentado y vigoroso.

Casi estuvo don Diego a punto de cobrarle miedo, cuando pensó despacio en el poder, resolución y nervio que mostraba la valiente figura de su nuevo criado. Mas cuando pensó cuál auxilio habría de hallar en él en los azares que la enemistad y presencia de don Alvaro le prevenían, cuando comparó en sus adentros a los montañeses pálidos y cenceños que pudieran oponérsele, o necesitase castigar

aquel titán levantisco, cuyo ánimo parecía tan gigante y feroz como su cuerpo, crecíale el corazón y agradecía de todas veras a don Sebastián el gran presente con que habíale pagado sus frutas y sus lechazos.

Llamó al viejo Esteban, y encomendóselo como criado recibido para la inmediata asistencia de su señor en las cosas militares que sobrevenir pudieran, encargándole fiar a su cuidado sus propias armas, así los arcabuces de montería que nunca se disparaban, como las espadas de guerra que jamás se desnudaban.

Esteban condujo al catalán a la cocina, y según la hospitalaria costumbre montañesa con todo recién llegado, ofrecióle de comer. Aceptó Serra, y el mayordomo llamó a Rosalía, ordenándola servir a su gusto al huésped. Pero puesto Esteban en los ápices de la cortesía, brindóle antes por su propia mano un vaso del verde chacolí que daban las viñas de su señor. Rehusóle Serra, y tomando un razonable jarro de agua que Rosalía le trajo, echóselo a pechos.

Parecióse la entrada del catalán en la cocina de Cortiguera a la de un gallo forastero en corral poblado: todos se desviaron de él, callaron, miráronle de reojo desde el bonete a las sandalias, y a pesar de la curiosidad nativa, todos vencieron el deseo de acercársele, refrenados por cierto temor dudoso que se lo presentaba peligroso y desabrido, siendo tan poderoso este temor en algunos, que fueron desalojando uno en pos de otro la estancia con raras excusas, y aun sin excusa alguna.

En tanto la inocencia, que no teme, porque a nadie hizo

mal, porque está pura de palabra, de obra y de pensamiento, servía a Serra y se le acercaba sin temor alguno, y el catalán, que no había reparado en los que huían de él, reparaba en Rosalía, alegría del cielo aparecida en aquellas tristezas y arideces de Cortiguera, rosa agarrada a las estériles piedras, como la clavellina silvestre a los calvos riscos de Liébana, luz de aquellas tinieblas, voz de aquel silencio, sonrisa de la vida allí donde la vida no tenía sino quejas, iras, desesperaciones y quebrantos. Viva, airosa, gallarda, complaciente y tierna, bien enseñada e impuesta en los domésticos deberes por su madre Dorotea, ella atendía en la torre y sus dependencias a todo cuanto necesita y pide para estar bien hecho los primores del instinto femenino, su delicadeza y aseo de mano, su limpieza y curiosidad de aficiones. Ella castigaba, no con palo, sino con razones de su voz delgada y suave, al mastín que ladraba al forastero; ella se llegaba al macizo portón con el mendrugo de pan para el pordiosero; ella, cuando las ausencias de don Diego ahuyentaban el temor y velaban el respeto, hacía, de la mañana a la noche, oir los melancólicos cantares montañeses, con tal encanto, que se paraban a escuchar los pasajeros; y para convidarla a repetir, muchas veces desde el otro lado de la pared o de los cercanos ejidos los mozos recogiendo el aire de su cantar, se lo devolvían con nueva y más acomodada letra.

¿Qué había de temer del catalán? Al contrario, el abandono en que todos le dejaban, la mal disimulada aversión con que le veían, lo extraño de su lengua y de su porte más

eran para llevarla hacia él, empujada por un dulce deseo de compensarle la soledad y el destierro. Tampoco temía al mastín temidísimo y nombrado en la comarca, centinela de la torre más seguro y de fiar que una manga de arcabuceros; ella le hacía callar, le reprendía, le encerraba en la cuadra, y el perro solicitaba constantemente sus halagos, y cuando sentía la mano fina de la montañesilla encima de su ancha frente, cerraba los ojos y movía la cola con señales de intensísimo gozo.

Si tuviese espacio esta historia para detenerse en mínimos acaecimientos, detuviérase gustosa en contar cómo tantas gracias y mimos no hallaron en el ánima fiera del huésped mayor resistencia que en los instintos crueles del perro, y Dios sabe a qué extremo de docilidad y mansedumbre la redujeran, si al cabo un día, advirtiendo el señor de Cortiguera que en su torre había quien sin su licencia y consentimiento se dejaba ir a soñar y prepararse dichas y gozos íntimos de su alma, y no se cuidaba de disimularlos, no pusiera coto a la felicidad que comenzaba, tomando por el usado camino y resolviendo el destierro de Rosalía a Viveda.

No fueron las cartas de don Sebastián y llegada de Serra las causas solas que agitaban el alma de don Diego al llegar el día del comienzo de esta puntual historia. En sus inmediatos finaba el término pedido por las señoras de Quijas para resolver en la petición del abad de Santillana. De manera que ya no pudo don Diego abandonarse de lleno a sus melancolías, las cuales habíanse tornado en él tan

tirana costumbre, que casi le dolía verlas combatidas y en ocasiones ahuyentadas por los nuevos cuidados, afanes y recelos en que un arranque impetuoso y mal contenido de su voluntad le había puesto. No es posible a compás de las desiguales veleidades del ánimo tomar la vida común y dejarla mediando en los movimentos y organismo que la rigen, haciéndose partícipe en los públicos cargos y responsabilidades, pretendiendo tomar de ellos lo que lisonjea y sirve, esquivando lo enojoso y difícil. La vida común, impalpable suma de anhelos, necesidades, obligaciones y derechos es más poderosa y vivaz que la voluntad de un hombre solo por vigoroso y decidido que fuere; apodérase de él apenas él se ofrece en cebo, mezclándose en su marea invencible, la cual le atropella, arrastra y envuelve, viéndose esclavo el que presumió dominarla y hacerla escabel o camino de codicias particulares. No acertará a quebrar su yugo, a desenredarse de sus mallas que lo ceñirán y oprimirán más estrechamente cuando pensara haberse escapado de ellas: entraránsele por casa cuando menos lo desee, hastiado o escarmentado de ellos, aquellos afanes que con distinto propósito, engañado o no engañado buscó solícito en otros días, viéndose traído alguna vez al doloroso caso de contradecir su propia palabra, lastimar sus gustos y herir sus mayores obligaciones.

Tal se vió a las claras en el caso de don Diego, el cual, con haber pretendido y héchose elegir diputado por su valle de Reocín, había llamado a sí más cuidados que satisfacciones, y por si no le bastaban los de sus pretensiones ma-

trimoniales, he aquí que a deshora se entra por las puertas de Cortiguera el veredero de los valles, preguntando por su merced del señor diputado del de Reocín, a quien le urge ver y entregar un papel que, enrollado en una cartera de cuero, saca del seno.

Don Diego salía de visitar su haca morcilla, de la cual había de usar en aquellos días, estando prevenido para mucho de lo que había de suceder. Así que no le sorprendió la vista del veredero; tomó el pliego, desnudóle de su cubierta, y sentándose en un poyo leyó el siguiente mandamiento, cuyo tostado matiz mostraba haber ya corrido la parte mayor de su destino:

«Por quanto hay materia grave, y para conferirla con toda priesa como ella lo pide, ordeno y mando a los alcaldes ordinarios y diputados de estos nueve valles desta Provincia, que para el domingo primero que viene, que se contarán veinte y cinco se hallen en el sitio y consistorio de la Puente de San Miguel a las ocho de la mañana, con advertencia que los alcaldes ordinarios que faltaren serán multados cada uno con seis mil maravedises, aplicados conforme a derecho, los cuales se asentarán en el libro de penas de cámara al que fuere omiso. Reservando el proceder a lo demas que hubiese lugar de derecho; porque a no acudir los alcaldes ordinarios no se obrará nada en la dicha Junta y ansí conviene, no se falte a esta ocasion. Ansí la merced de don Antonio de Velasco, alcalde mayor de dicha Provincia, mandó despachar el presente en el concejo de Ruiloba a veinte de Setiembre del año de mil y seiscientos

y cinquenta y seis años en este papel comun por no haber venido a este valle lo sellado.—Don Antonio de Velasco.—Por mandado de su merced, Juan de la Pasqua.—Corra este mandamiento, sin detenerle nadie, debajo de la misma pena.—El Alfoz.—Reocín.—Piélagos.—Camargo.—Villaescusa.—Penagos.— Cayon.— Cabezon.— Cabuérniga.—Que traiga esta cédula a poder del escribano de la provincia, para saber como se cumple.»

Y leído, tomó la pluma que le trajo Esteban sin pedírsela, como quien sabía lo que era menester; puso al margen del papel: «recibióse, Reocín», y se lo devolvió al veredero, el cual continuó su jornada.

Tenemos, pues, a don Diego capitán a guerra de la gente de los nueve valles por el Rey, puesto en asistir a su obligación de las juntas, llegado a punto en que su suerte futura se resolviese por boca de las señoras de Quijas, y prevenido a defender sus deseos contra los de su hermano Alvaro, cuando éste desembarca en Puerto-Calderón y guiado por el Rebezo se encamina a hacer valer los suyos.

Tornemos a acompañar al soldado y saber en qué caminos anda y lleva su amoroso empeño.



IX

ANDANDO, ANDANDO...

EN tanto la zabra navegaba la vuelta de San Vicente, don Alvaro y el Rebezo trepaban a pie por las asperezas de Puerto-Calderón. Apenas se hubieron quedado solos, don Alvaro preguntó a su compañero:

—¿Cuándo viste a las señoras de Quijas?

—No ha mucho, anteayer. Llegué yo al palacio con dos liebres acabadas de matar en Peña Mayor; salió doña Mencía y dióme con creces lo que valían. ¡Corazón de señora el de doña Mencía! Bien que tiene de quien heredarlo. Y a mi entender, se aventaja a la señora mayor en su condición

blanda. Si su merced se acuerda, se acordará de aquel porte señoril de doña Brianda, que parecía de reina, y había muchos que en su presencia se les trababa la lengua y no acertaban a decir: Dios guarde a vuesa merced. Pues ahora, desde que murió don García, su esposo, que esté en el cielo, la señora, con sus tocas de viuda y sus monjiles largos, y con no parecer fuera del palacio si no es a la caída del sol, hásele encrudecido la apariencia que siempre tuvo, y no sé yo si los que antes no osaban hablar con ella tendrán ánimo ahora para ponerse siquiera en su camino. Y no porque a la señora le falten entrañas, que las tiene de cristiana vieja, y lástima que ella no remedie, será porque no la vea, o porque la tenga bien merecida el que la llora.

—¿Y doña Mencía, Rebezo?—dijo con impaciente acento don Alvaro.

—¡Oh! guárdela Dios como están guardados los angelitos en su santa gloria. Voluntad como la suya hase de correr para encontrarla. Lloró a su señor padre con muchas lágrimas, y hase de poner tiento en mentársele, porque a seguida brotan sus ojos como la fuente de la Lumbrera; y viendo su devoción cuando le reza en su capilla donde está sepultado, asegúrase quienquiera de que el buen señor goza de gracia, o no hay misericordia en el cielo.

Dió un gran suspiro en oyendo esto don Alvaro, y brillándole los ojos y asomando el color a su curtida tez con ardores que vencían los pálidos asomos de la noche, detúvose, puso la mano en el hombro de su compañero, y dijo:

—Que sea siempre el mismo tu corazón para aquella casa,

Rebezo, si quieres ser bueno con la memoria de tu antiguo amo y pagar en sus hijos las mercedes que le debiste.

—Mi corazón, señor—contestó el Rebezo—, no tiene más que una voluntad, como mis labios una palabra y mi ballesta un tiro. Res que yerre el primero—pocas han sido—excusa la corrida, porque libre está del segundo; pienso que Dios la guarda a otra jara, y la dejo en paz. ¿Pero quiere su merced montar a caballo? A mano tenemos el del hidalgo de Binueva.

Habían llegado a un paraje hondo, desde el cual no se veía el mar, recortándose en las postrimerías del crepúsculo los cerrejones desnudos que quedaban a espaldas de los caminantes. Parecían cerrar el sendero que llevaban altas rocas calizas, horadadas y huecas en unas partes, vestidas en otras de plantas y yerbas enmarañadas y confusas. Torciendo el Rebezo a mano izquierda, perdióse en una de aquellas lóbregas hendiduras, y tornó en breve trayendo consigo el ruido de los clavos de un caballo, el cual pareció luego enfrenado, ensillado y a punto de servir.

—Ahí hubiera esperado hasta la resurrección de la carne, sin dar señal de su escondite—dijo el Rebezo a don Alvaro—; caballo de cazador que no sabe de corbetas y lindezas de paseo, pero que sabe callar y esperar, y estarse quedo como pintado, y en ocasiones recordar y servir el intento del jinete cuando éste le olvida o se distrae de él.

Don Alvaro con experimentada mano tentó el bocado y los alacranes de la barbada, por ver si todo estaba en punto militar y de no lastimar a la bestia; requirió las cinchas; pro-

bó, pesando con todo su cuerpo sobre la ación del estribo, la firmeza de la silla; ató en el borrén la capa, y satisfecho igualó las riendas, lióse la crin a la mano de la brida y con no vista presteza púsose a caballo. Costumbre ganada en la dura experiencia de la guerra, la de anteponer el cuidado de sus armas y caballo a los cuidados mayores que le embargasen el alma, los cuales eran tan grandes que, gastados pocos instantes en reconocer el animal y cabalgar sobre sus lomos sin soltar voz, con asombro de Rebezo, salieron luego a plaza, continuando don Alvaro la interrumpida plática.

—¿Sabes a lo que vengo, Rebezo?

—No, señor: el papel de fray Rodrigo decía: «Que nadie sepa en Reocín que aguardas en Puerto-Calderón con un caballo el desembarco de don Alvaro. A su lado estarás siendo sombra de su cuerpo mientras él no te despida. Defiéndele si hay ocasión, aunque peligren vidas, no siendo la de alguno de nuestra propia raza, que la sangre vertida por fraternales odios no hay penitencia que la borre ni perdón que la enjugue.» Y heme en Puerto-Calderón con caballo y a servicio de vuesa merced, y barruntando por las cautelas y escrito de fray Rodrigo, que entre los hijos de mi difunto señor no ha muerto la guerra ni nacido la concordia.

—Cautelas de clérigo, que no le están bien a un soldado—dijo don Alvaro—. ¡Yo vengo adonde mi corazón me trae, a hacer verdades mis esperanzas, o a despedirme de ellas para siempre y de la noble tierra en que nací. Juego es éste en que pongo mi vida y puedo ganar mi muerte; piensa tú ahora de qué momento serán para mí piadosas reflexiones,

propias del siervo de Dios que trae atadas sus pasiones y sujetas con el cíngulo penitente. Las mías rompen el hierro de mi coraza, y no me caben dentro del pecho. Tú habrás oído contar a los criados de mi casa la historia de estos amores. Ellos te habrán dicho cómo mis ojos de niño íbanse en pos de doña Mencía, aún más niña que yo todavía. Ellos te habrán dicho mis correrías día y noche, de que el valle entero hablaba, para verla de lejos, en las ventanas de su palacio, en la vega, en el río, o bajo los árboles espesos del monte vecino. Don Diego me arrojó de sí como había arrojado a mi hermano don Rodrigo. Llevóme éste consigo, y con la energía de su vocación y el hechizo de su mansedumbre me sujetó algún tiempo a los estudios. ¡Qué hombre fray Rodrigo! Desde que me nació la voluntad en el alma, resistióse vigorosamente a obedecer a don Diego, y a fray Rodrigo le obedecía tan sin ella misma, que me parecía no haber tenido jamás otros pensamientos ni otros deseos que los suyos. Con lágrimas y sanos consejos me embarcó en una de las galeras de Oquendo para Flandes. Y conmigo se embarcó la imagen de doña Mencía para no apartarse de mí. En combates y acampamentos, en los peligros y miserias de la guerra, en la embriaguez suprema de la victoria, en la confusión espantosa de las rotas, en vigilias nocturnas, en marchas, en asaltos, en las lástimas de los pueblos abrasados, en rebatos y espolonadas, en las inundaciones súbitas, en aquellos anegamientos y terribles encuentros de aguas con que los Estados bajos se defendían de nosotros y nos destruían; en cuantas cosas ve, padece, o ejecuta el soldado

en sus campañas, ni el peligro de la vida, ni la muerte de los camaradas, ni las heridas propias, ni el hambre, ni la desnudez, ni la soledad, ni la pobreza, ni el abandono, ni la incertidumbre, fueron poderosas a que yo la olvidase. Fuego tal me abrasaba, que al recibir la primera rociada de la mosquetería enemiga, no sentí el frío que los veteranos me pronosticaban; era mi devoción de manera que no pudo la licencia de las guarniciones y vida militar descaminar mis pocos años, y puso tanta piedad en mi corazón, que me libró de ser sanguinario en los alcances victoriosos, ocasión para el más humano de cebarse y complacerse en inútiles muertes y golpes del enemigo desbaratado.

Yo no sé de qué se alimentaba aquel fuego si no era de su misma violencia y secreto, porque durante tan largo plazo supe de doña Mencía poquísimas veces; algún soldado montañés que llegaba de estos valles, solía conocerla y a sus padres, y de todos me daba noticia. El alférez Bustamante, que pasó a Flandes a los comienzos del año, con los refuerzos que acompañaron al señor don Juan cuando vino a ser nuestro capitán general, me hizo tan puntual y halagüeño retrato de ella, que acrecentó mi ánimo haciéndole invencible. Yo no pensé en que lo pariente podía hacer condescendiente al pintor y sospechosa la pintura, y anduve acertado, puesto que otros con mayor desinterés, como tú, verbigracia, no la veis de otro modo. Pintábala el alférez hecha mujer y entrada en la plenitud de la vida, airosa y gentil de talle, agraciada y viva de facciones, mesurada en la palabra, pronta al rubor, hacendosa y recogida, piadosí-

sima con sus padres, compasiva hacia los pobres, buena, en suma, y más que buena, excelente, gloria del valle.

Vacó mi compañía, que mandaba el capitán Quevedo, valerosamente muerto en las trincheras del Escalda, en la última rota que dimos a franceses y walones a 16 de Julio, y el maestre de Campo Salazar, buen amigo mío, pidióla para mí a su Alteza. Con esta merced y tres años de ausencia, y los rumores de paz que se levantaban y dejan por ahora ociosas las armas en Henao, solicité y me dieron licencia de venir a tierra de España, donde hallo aquellos rumores pacíficos desmentidos por aprestos de guerra, lo cual si es reparo a hacer mi estancia larga en la Montaña, no lo será para que tenga término, bueno o malo, esta inquietud que me abrasa. Apenas desembarcado en Santander, y hallándome en compañía de fray Rodrigo, oigo decir como cuento que comenzaba a correrse en Reocín, que don Diego solicitaba a doña Mencía. Cuáles serían mi dolor y mi enojo quedará lo bastante encarecido con decirte que fray Rodrigo, puestos los ojos en mí, despidió la compañía, y ya solos, rompí yo a sollozar, y él procuraba consolarme. Agradecíle su cariñoso intento, por estéril que me parecía. Él tiene a Dios consigo, y con la paz de Dios mira los afanes terrenos, al paso que entonces tenía yo dentro del alma el infierno entero con su crujir de hogueras y rechinar de dientes. ¡Qué entrañas de hermano había de tener yo para quien no ha querido serlo de ninguno de los suyos, y sobre arrojarme de su casa y la mía, desnaturalizándose de su sangre, llega ahora a tomar para sí lo que yo viví deseando

tantos años, estorbando la ejecución de mi ventura. Pues él bien sabe de mi inclinación, y no la tuvo por ligereza de niño cuando aquellos mis infantiles amores le enconaron conmigo y extremaron sus odios. En vano era decirme fray Rodrigo que no podía don Diego ni hombre alguno imaginar ni recibir que inclinación como la mía resistiese a tan dilatada ausencia, a las aventuras, sucesos y cuidados de la vida de soldado, a la natural veleidad y condición mudable de los pocos años. Poníame delante, además, lo inconsiderado e injusto de mi arrebato, y decíame que nunca desordenados ímpetus conducen al logro de las cosas, al cual se ha de ir con prudencia y resolución, mas nunca con violencias que ciegan los ojos y desatinan el pulso. No quise yo esperar a lo que fray Rodrigo me proponía, y era aguardar a tener noticias ciertas de la pretensión de don Diego y pasos en que andaba, pues siendo cierta aquélla y formal, no podía un hermano menor, en ley de bien nacido, menos de respetar la intención del primogénito, ahogar su pasión y desistir de la demanda; mas él concedió con lo que yo quería; a saber: tratar de ver a doña Mencía, y saber de su boca si me tenía olvidado, si había dado oídos a palabras de don Diego, y si estaba dispuesta a darle su mano, o a compartir este cariño que yo la guardaba. Avenime a hacerlo con la reserva y discreción necesarias para que no llegase a noticia de don Diego mi venida y mi intento, evitando que su cólera y malevolencia le arrastrasen a desesperados extremos, concediendo yo con huir y esquivar todo encuentro con él u ocasión de irritarle sin provecho. Me

habló de ti como del servidor más necesario y útil para mis fines. Pidióme el plazo de días que necesitaba para avisarte, y me impuso la obligación de no traer arma de fuego, acompañándome como has visto, con ocasión, al decir suyo, de haber de ir al convento de San Vicente de la Barquera y ser más breve la jornada por agua; pero más ciertamente con designio de apartarse de mí lo más tarde posible, y no descuidar consejo ni advertencia que pudiera servirme, y alejar el riesgo, tan temido y condenado por él, de un encuentro entre don Diego y yo.

—El Señor que está en el cielo reparte el bien y el mal—respondió el Rebezo—. Donde pone un gran pecador pone un gran santo; para que el mundo vea su omnipotencia hizo nacer en la misma casa y de la propia sangre a fray Rodrigo y don Diego, como hizo de la nada el cielo y el infierno. Ahora dígame su merced adónde guío, porque estamos en punto de seguir un rastro u otro, según los vientos de su deseo.

—Excusada pregunta, Rebezo: ¿adónde hemos ir sino a Quijas?—respondió don Alvaro—. Quiero ver aquellas paredes, aquel río, aquellos árboles: tú no sabes ya, porque te hielan tu corazón los años—acaso lo supiste alguna vez—, la elocuencia que para el pecho enamorado tienen los muros donde se encierra la criatura amada. Tú no sabes cómo al cabo de una ausencia se la encuentra presente y visible en los lugares donde la vimos antes, donde acostumbraba estar y donde dejó un rastro vivo de su paso, invisible al indiferente, pero tan palpable y evidente para el amante,

que con él late el corazón tan atropelladamente como a su propia vista y presencia, y más que a su vista y presencia, porque con éstas contento y feliz no tiene adónde volar ni en qué distraerse el pensamiento, mientras la vista y presencia de aquellos objetos y lugares parece que aumentan sus ansias, le dan robustas alas y le abren espacios por donde la pasión le lleva enardecido, desatentado, loco. ¡Oh! ¿Crees tú que no siento yo en el aire la presencia y cercanía de doña Mencía? ¿Crees que mi corazón no alienta respirando el aire que ella respira, el aire embalsamado que respiraba cuando niño y dichoso la veía acaso todos los días? ¡Oh! sí, Rebezo; este es el ambiente de la patria, este es el aire embalsamado de la Montaña donde doña Mencía vive, y donde voy a encontrarla.

Y decía bien don Alvaro, y decía verdad, aun cuando pudiera, quien le oyese, suponer que la pasión, hablando por sus labios, se engañaba de propósito, vistiendo la realidad de colores y encantos en su sola imaginación nacidos. No pretendía la imaginación de don Alvaro embellecer la naturaleza; mas la naturaleza encendía con el misterioso fuego de su hermosura el herido corazón del soldado, inspiraba su cerebro y movía su lengua.

Tibia y serena la noche, con ardores de estío, parecía lento crepúsculo que unía los soles de dos días caniculares; sin nieblas en el cielo, sin sombras en la tierra, claras las estrellas infinitas; hablando al hombre las que cercanas centellean, pidiendo ser oídas las que nos envían su luz de tan remoto centro, que apenas llega al visible cielo en

apagada bruma. En la descolorida mancha derramada sobre el firmamento se adivina y siente su fúlgido y poderoso lucir, como en la palidez con que viste la noche la dormida tierra, se reconocen y descubren los vivos colores con que la borda y engalana la claridad del día. Los montes dibujaban los blandos contornos de sus negras cimas; los poderosos árboles se recogían y apretaban unos con otros y en los hondos y cañadas los limpios reflejos de las estrellas señalaban las rápidas caídas, los tranquilos remansos de las aguas.

Era el camino agrio, pintoresco, sombrío y rudo; camino de montaña. Después de las peladas sierras de la costa, las fantásticas rocas donde encontraron el caballo; luego las praderías de Quintana, el revoltoso cauce en que se mira Nuestra Señora de la Guía; el blasonado palacio sobre el castro entre naranjos y limoneros; la blanca ermita en lo bajo, entre alisos; la blanca ermita cerrada, cuya luz que vió el Rebezo la víspera, veíanla ahora por la estrecha saetera, misteriosa, elocuente, devota, como luz a la cual no puede llegarse, luz de la cual no se alcanza el centro en que posa ni el alimento de que arde. Y al cabo del angosto valle, pasado el verde Viallán, trepada una torcida y escabrosa cuesta, hallábanse en el frondoso monte de los Santos, en cuya espesura la tala y ruina de los años aun han respetado algunos de los robles que entonces le sombreaban y enriquecían.

De tantas plantas, de tantas flores y yerbas que, abrumadas al peso del calor y el día, aguardan sumisas y calladas

la hora y la frescura de la noche, para respirar y esponjarse, para reparar sus colores, ensanchar sus yemas, vivir y regocijarse, exhalábase copioso y vago el aroma campesino, inexplicable, delicioso ambiente de la patria que don Alvaro reconocía, y que con sus nuevas caricias le traía la memoria de sus venturas, de sus años risueños, memorias dulcísimas en la juventud, porque sirven de disfraz risueño a más risueñas esperanzas.

—La lámpara de Jerusalén se corre—dijo el Rebezo—; hágame su merced la gracia de parar el caballo, y abramos el pecho a este aire riquísimo y sano que nos trae la noche.

Paróse don Alvaro, y entrambos aspiraron con deleite el aroma vertido en los aires por las arrogantes y pomposas madreselvas que embarazaban el monte y el camino.

—¿Qué llamas correrse la lámpara de Jerusalén, Rebezo?—preguntó don Alvaro.

—Los monjes de Piasca, que me criaron niño, decíanlo siempre al florecer las madreselvas en las paredes y rocas vecinas de su monasterio. Entonces no puse cuidado en preguntarles lo que su dicho significaba. Oíle luego en diversas partes de la Montaña, mas fué a gentes de entendimiento tan rudo como el mío. ¡Qué sé yo, sino que muchas veces perdido en la soledad de los montes sin pan ni camino, ese olor que, como su merced habrá advertido, súbitamente llega y súbitamente pasa, y mengua o crece como el agua en la costa y la luz en el cielo, dióme aliento y pies para romper por la maleza y ponerme en tierra llana y conocida! Ello fortalece y consuela; y a mi ver, como de Jerusa-

lén vienen las gracias y las indulgencias para los pecadores, y es manantial de perdones que no se agota ni seca jamás, así nos manda Dios este olor bendito para que dé salud y ánimos a quien los haya menester, cada año y cada vez que salen las flores.

—¿No te dijeron los monjes de Piasca que la lámpara de Jerusalén arde delante del sepulcro de Cristo, y que arden en ella las esencias exquisitas del Oriente? ¿No te dijeron que el aceite que la alimenta es bálsamo prodigioso, al cual piden salud y curación los peregrinos? (1)—preguntó don Alvaro.

—Dejélos yo harto joven a los padres de Piasca, y en ánimo de mozo no escarabajean y bullen codicias de saber y preguntar como en entendimiento de hombre y más cuanto más maduro. De Piasca salí yo para servir a su padre de su merced mi señor don Diego, que esté en gloria.

—Caminemos, Rebezo—dijo don Alvaro poniendo piernas al caballo—; caminemos y cuéntame cómo fué entrar tú en mi casa. ¿Por qué te llaman Rebezo?

—¡Ah señor! ¿Por qué llaman Oreña a estas casas que acabamos de pasar? ¿Por qué llaman Saja al río adonde caminamos? ¿Por qué llaman Peña Sagra a aquel monte que está acá por el travesío entre ábrego y gallego, que su merced temo que no ve, y que yo veo claro, y lo viera aunque fuera la noche de Diciembre más tenebrosa y cerrada? Nadie podrá decirlo: los muchachos de mi tiempo dieron en

(1) V. nota D.

llamarme así, a la cuenta porque era el más ligero y los aventajaba en correr y saltar por aquellos montes de Liébana, donde nací. Parecióles bien a mis padres el nombre, porque también ellos dejaron de llamarme Toribio y me llamaban Rebezo, y Rebezo me llamaron los monjes de Piasca, cuando huérfano me pusieron a cuidar sus ovejas, y traerlas y llevarlas al pasto. El conocerme don Diego fué de esta manera. En el monasterio posaban a menudo cazadores que subían o bajaban a los puertos, con lo que me aficioné de lleno a su oficio, gustando sobremanera de sus historias, olvidándome de comer y de dormir, cuando puestos a una hoguera por la noche, contaban sus monterías, lances y peligros, las mañas y valor de las fieras, la cólera del jabalí, las fuerzas del oso, las astucias de la raposa, la presteza y resolución del rebezo; los modos de saltear las malezas y sorprender la caza, y tomarle los vientos, de seguir un rastro, de reconocer una huella; la hora y lugar de los puestos y aguardos. Aficionéme sobre todo a los perros, que solían traer heridos y ensangrentados de la refriega, rotos los huesos, rasgada la piel, abierta la cabeza, y que los medicinaban y curaban como a racionales. Y comoquiera que la mayor parte de las medicinas que usaban en ellos eran de hojas del monte que yo bien conocía, o de cosas que hubiese en casa o traían consigo, vino o aceite o estopas; luego se me quedó en la memoria la manera de aderezar y poner aquellas medicinas, y dígolo en buen hora, que con ellas curé después a más de un cristiano estropeado de la caza o de otra aventura. Con esto, y hallarme crecido y

parecerme buena la vida del cazador y más de hombre que la de pastear ovejas, con licencia de los monjes púseme a servir a los que en aquel oficio lograban un buen pasar, y aunque con fatigas y a todos los elementos, vivían en libertad, que me parecía más de gustar que todo el regalo y comodidad a que pudiera llegar entre monjes benitos. Fuíme, pues, haciendo con todos los usos y menesteres del cazador, y aprendí a usar la ballesta, en que fuí luego diestrísimo, y me acuerdo que por holgarse conmigo muchos caballeros, a quienes servía, negábanme la paga si no la tocaba con la ballesta, lo cual erraba pocas veces, porque, a decir verdad, no hay arma más segura y fiel.

Dirá su merced, como soldado, que donde está el arcabuz y la bala tiene poco que ver la ballesta; mas dígole yo con su respeto que el arcabuz no es arma de pobre, trae otro gasto que la ballesta, y si su merced hubiera de andar lo más del tiempo al agua y al sereno como anda el cazador montañés, aprendería lo poco que hay que fiar en la pólvora, que un rocío la moja y echa a perder, y guárdeos Dios, tanto os da del arcabuz como de un garrote que podéis desgajar del primer acebo a mano. Además, el arcabuz es arma escandalosa y ahuyenta más que mata, y monte hay en esta tierra que esa mala peste de los arcabuces le paró limpio de caza como un camino real, atemorizándola con su estrépito, que donde se dispara un arcabuzazo en lo que alcanza el ruido, que es mucho, no queda alimaña que no se entierre o huya, y habrá de caminar el cazador buena parte del día, antes de encontrar ocasión, si la encuentra, y la ballesta

es silenciosa y no tiene las villanías del arcabuz, que más de un lisiado he conocido yo del arma que le estalló en las manos, y de ballesta ninguno.

Y caballeros hallará su merced que la tienen en la opinión que yo. De la gente de mi pelo no hay que hablar, dicha queda la razón de más peso, y esta mía no la trocara yo al arcabuz más atilado salido de manos del mismo Julián del Rey.

Ésta—continuó el Rebezo levantándola de su hombro y tentando cada parte de ella que nombraba, como si don Alvaro entendiera en mirarla—la pulió y le ajustó las vergas y le puso las quijeras (bien se le conoce en lo sabrosa), el Sordo de Zamora, a cuya gracia y pulso no llegó vizcaíno, aunque éstos, en los lances de tirar, lo mismo en virotes que en sostrones o saetas, son maestros. Aunque nada le deben las mías, porque yo, con las jaras que crecen en Peña Sagra o Pico Tarbuey, los hierros que aguza el herrero de la Vega y ponerles las barbas como yo sé, las hago tales, que a doscientos pasos no yerran tiro.

El Rebezo, por suerte, era decidor y facundo, y ha tenido espacio el lector de notar cómo para el orden de sus discursos y elección de voces, había curiosamente aprovechado sus años y comunicación con gentes de mayor altura y nacimiento, y sabía pulir sus frases y no dar en la tosquedad del habla nativa, olvidando sus vocablos montaraces, lo cual no le habrá hecho novedad si tiene experiencia de lo que sean los sagaces y observadores hijos de la tierra del cazador, donde su entendimiento y habla levanta aína a los rús-

ticos por encima de la condición pintada en su traje y su pobreza.

Y hubiera podido extenderse a su sabor en predicar las excelencias y ventajas del arte antiguo de guerrear sobre el moderno; de las armas viejas a que estaba acostumbrado sobre las nuevas que conocía menos, sin temor de cansar a su compañero de camino ni menos de que, obligado por su profesión, don Alvaro volviese en defensa del malparado arcabuz; porque don Alvaro, dejándose arrullar por el discurso y la voz del Rebezo, tenía su pensamiento, no en los montes libanenses siguiendo las cacerías y aventuras del pastor de los monjes de Piasca, sino más cerca, en las solitarias orillas del río, donde se alzaba el palacio de Quijas, y en sus estancias, donde sus pies no penetraron nunca.

Bastábale, si embargo, al Rebezo tener consigo quien asistiera a su razonamiento, y no se mezclaba en que fuesen o no sus palabras atendidas o escuchadas, en lo cual seguía el montañés el hábito común a los aficionados a hablar, sean cortesanos o labradores.

Continuó, pues, diciendo:

—Por haberme apartado del servicio de los monjes de Piasca no me había despedido de su amistad y protección: veíalos frecuentemente, ellos se valían de mí y me amparaban siempre que lo había menester.

Muchas veces, y como fuese su camino por parajes que yo supiera, tomábanme consigo los cazadores a que les hiciera oficio de guía, y encontrábanse bien, porque lugar donde hubiera yo estado una vez no se me despintaba de

la memoria, y diciéndoles lo que había visto o cómo habían andado otros cazadores en esta o aquella jornada, servíales para ayudarse de este conocimiento y acertar mejor en seguir tal camino, tomar cuál vereda, esperar o mudar el sitio. Pues sucedió, como quiero decir, llegar a Piasca, el que Dios goce, mi señor don Diego, con otros caballeros, porque los más de los cazadores que en Piasca paraban, dígolo por si olvidé decirlo, éranlo por gusto y pasatiempo, y bajaban de Campos y aun de tierra de León, donde, como mejor su merced sabe, son muchas las casas buenas y ricas, y siendo el camino de don Diego al Monte Oria, que yo tenía más andado que la hospedería de Piasca, mandáronme con él los monjes.

Brava montería fué aquélla, porque era el señor don Diego gran cazador a pie y a caballo: y hubo la gracia de Dios, porque no faltó nada: que un caballero castellano, pariente del abad de Sahagún, por quien vino a Piasca con sus cartas y encomiendas de que fuese hospedado y tratado como quien era, trujo uno de estos perrillos que llaman zorreros, muy vedejudo y encrespado, enroscada la cola sobre el lomo, mordedor y colérico, el cual, en descubriendo cueva de turón, entrábase y se tomaba con la alimaña hasta sacarla muerta o viva; y era tan valiente, que en rastreando jabalí o res mayor, le perseguía con los lebreles, si bien quedábase luego atrás empecido por sus patas cortas, que no abreviaban como las del lebrel. Pues don Diego trujo asimismo en su montería, entre otros buenos canes, un sabueso que le decían Turpin, y era gran

montero, romo de nariz, colgado de cara, rapado de orejas y cola, como debe traerse el buen sabueso para que ande secreto por el monte, y en tiempo lluvioso no haga ruido al sacudirse el agua.

Topamos con un jabalí viejo; hízonos rodar de una parte a otra, que no teníamos aliento ni hombres ni perros: el condenado, Dios me perdone, sabía las entradas y salidas, que bien se veía que tenía el monte por suyo; partía pico a viento, y cuando la montería le iba desesperadamente encima, alastrábase en la primera mata baja y dejaba pasar los perros, que distraídos con el viento no se acordaban del rastro, y cuando acordaban, mientras andaban vuelta aquí vuelta allá a reconocerse, ya el jabalí había salido rabo a viento, y antes de dar con el rastro de nuevo, ya él había tenido lugar de buscar otro reparo y encamarse y descansar. ¡Bien se defendió! Pero no le valieron tretas, porque al cabo le atrailló Turpin en la canal de Lerones, y le alcanzaron dos alanos que le hicieron presa. ¡Qué golpes tiraba! Alcanzó con las navajas a cuatro perros y cuatro perros derribó, cuál con el espinazo roto, cuál cortadas las costillas o echadas las tripas fuera; y antes de morir a cuchillo, dió tal herida a Turpin que le rajó la cabeza entre ambas orejas. Y fué suceso muy contado y de que hubo grandísimo contento el señor don Diego, que Turpin, aun malherido y hecho un mar de sangre, no cesó de ladrar y morder en el jabalí mientras no le quitaron de él.

Pesóle mucho a don Diego de la herida, y más del pronóstico de los monteros y los caballeros que le acom-

pañaban, los cuales todos tuvieron al perro por muerto. Toméle yo de buena gana porque me había enamorado su ferocidad y valentía; catéle la herida, y no me pareció tan honda ni tan mala que no pudiera curarse. Díjelo así, oyólo don Diego, y ofrecióme lo que yo quisiera si le salvaba la vida del perro, y acuérdome bien, por haberlo hecho luego más veces, como lo había visto hacer en Piasca y en otras partes; saqué la aguja e hilo de que los cazadores vamos siempre provistos, y aunque no era cuadrada, ni el hilo torcido, como previenen los cirujanos de bestias, díle en la herida los puntos que hicieron falta; luego con hojas de llantén, y de encina y de nísperos que allí abundan, molidas entre dos piedras, y estopas que saqué del albardón de una bestia en que iban cargadas las reses muertas, y vino de las calabazas que aun no habían sido bebidas, acomodéle unas buenas estopadas, todo como ya he dicho como lo había visto hacer, y atéle con el propio cinto mío, y dije al criado de don Diego: esto cátese y tórnese a hacer lo mismo que han visto cada día si la atadura hiciese movimiento, y si no lo hiciese, mejor será no tocar e ello sino de tercero en tercero día. A lo que don Diego, con aquel buen natural y mansedumbre que Dios le dió, repuso:

—Tu buena gracia en curar a Turpin, Rebezo, me ha parecido tal, que no ha de haber entre los hombres de mi casa quien acierte a imitarla; y como tengo en estima que no puede ponderarse más este perro, quiero que te acomodes conmigo, y desde hoy me acompañes y

sigas cuidando de él hasta volver a Cortiguera, donde te quedes y tengas el alojamiento y soldada que tus servicios pidan.

Acomodarme con tan gran señor como don Diego, que tenía gustos de cazador, no era ir contra los míos; tampoco me sabía mal ver tierras; pero así mi señor esté en la gloria de los bienaventurados, que más me llevaron con él aquel su porte y buen hablar a todos los corazones, que otra cosa alguna. Era mozo entonces el señor, más que ahora lo es su merced, y sin faltar a nadie, tenía que ver. Conque ya está servida la curiosidad del señor don Alvaro, y si viene sediento como yo vengo hará bien en apearse y beber, que otra agua como esta de Revolgo no la vamos a hallar antes del Saja.

—Bebe tú, Rebezo, si quieres, y aplaca tu sed, que yo no la tengo—respondió don Alvaro, parando el caballo. El Rebezo obedeció; llegóse a la fuente, que manaba entre árboles, y puesto de bruces, bebió un buen golpe de agua.

Porque, en efecto, se hallaban a la entrada de la noble villa de Santillana, y en su campo de Revolgo, lugares que bien sabía, como todos los del camino, el práctico Rebezo. Tampoco eran nuevos para don Alvaro, el cual, oyendo las campanas del convento de Reginacœli que tañeron a maitines, sintióse conmovido, como lo había sido en el monte de los Santos por el olor de la madreselva. ¡Oh! al tornar a la patria el peregrino, qué paso dará sin que por sus sentidos no entre a hablar a su alma aquel amor misterioso que allí dejó y allí encuentra!

Latióle el corazón a don Alvaro viendo dormida a la venerable villa, tantas veces por él visitada sin duda en los días de la niñez y de la adolescencia. ¡Qué caballero montañés no tuvo con ella lazos de sangre, de devoción o de afecto! ¡Quién no entroncaba con alguno de sus cinco ilustres linajes! ¿Para cuál de los solariegos de los valles no fué punto de honra cartearse y llevar amistad con los abades de su inmemorial colegiata, de cuya sucesión no se alcanzan los principios perdidos en la lejanía de las edades?

¡Cuántos pensamientos, cuántas imágenes, cuántas ideas, cuántas sombras pasaron por su imaginación en el breve tiempo que tardó en beber el Rebezo!

—Ea, señor—continuó éste—, ya estamos, como quien dice, al cabo de la jornada. ¿Qué nos queda? Subir a Bispieres y bajar a la mies de Villapresente, y a las aguas del Saja.—Y siguieron su camino por la misma calleja dura y tortuosa por donde días antes había pasado Agustín Calderón, habida su interesante conversación con el abad.

—Acaba tu historia, Rebezo—dijo don Alvaro, que parecía gustar de la elocuencia de su guía, o que acaso echaba de menos el monótono son de las palabras del cazador, para acompañar a la dulce melodía qne cantaba en su alma, o contrastar con ella—. Sé lo bien que serviste a mi padre; mas yo apenas te recuerdo; ¿qué fué de ti luego que saliste de Cortiguera? Oí decir alguna vez que ya en tus años maduros fuiste soldado.

—Tentóme en verdad por ahí el demonio, y fuí para con él tan poco hombre, que me arrastró miserablemente don-

de quiso—dijo el Rebezo, que, refrescadas las secas fauces, sentía nueva comezón de hablar—. Dióme curiosidad de ver la guerra, y un sargento de bandera que había puesto la suya en la Vega para una compañía que se hacía en Santander, me adivinó el deseo, calentóme la sangre, y tal pintura me hizo de la alegre vida del soldado, de la novedad y riqueza de los países donde guerreaban españoles, que me llevó consigo. Tocóme ir con los demás a Cataluña no se me hicieron cosa extraña ni nueva las marchas penosas por tierras montaraces y despobladas, el hambre, la desnudez y el dormir al raso; pero satisfecho el deseo de ver a Barcelona y otras ciudades, vista digna, por Dios, de cualquiera fatiga y sudor, luego me cansó y la mala compañía en que vivía. Porque los soldados, con perdón sea dicho de su merced, que además de alentado y sufrido es generoso y bueno, por punto general son gente licenciosa, pendenciera, de ninguna policía, más dados a relajar y perder sus fuerzas en el vino y la vida airada, que a conservarlas para el trance en que las habrán menester, que es el fin de su oficio y profesión. Y en los que libremente la han escogido y aceptado, no se entiende esta contradicción y error; que yo he visto soldados que se miraban en su arcabuz o en su espada, mejor que en los ojos de su dama, teniendo siempre aquel arma acicolada y lista, y no habia regalo de palabra y ojos que no la hicieran, hablando con ella como si les entendiera, mirando siempre donde la ponían, guardándola del agua y del sol, del frío y de la escarcha, y de toda intemperie, que no parecía sino que en aquellos

aceros estaban su alma y su vida. Y del brazo que había de manejar aquella hoja y filos se curaban como yo del Preste Juan, y así enfermaban y desfallecían a destiempo y antes que el curso natural de los años trajese la peste de la vejez y decadencia a sus cuerpos.

Y así he visto morir mozos todavía—háyalos Dios en su gloria—hombres que pudieran haber sido honra de las armas y de su linaje y del Estado a que servían, lo cual fué más de una vez para mí gran pena; que al cabo cierto es que el soldádo hace profesión de morir, y a ello se pone cada vez que ejercita su oficio; mas ver caído un hombre, clavado en tierra por una lanza que le pasó el pecho, o partido en dos por un pelotazo de artillería, no aflige como mirarle tendido en un catre mísero de enfermería, extraviados los ojos, ansiosas las fauces, extenuándose y pereciendo como lámpara que agoniza, sin que esa muerte sea de provecho ni buen ejemplo para nadie. Otras cosas vi siendo soldado que me quitaron el gusto: la poca justicia de los hombres, la sinrazón de las recompensas y castigos, el ningún respeto de la gente a sus capitanes y cabos, y la dureza de éstos, el desenfreno de las lenguas, y los hurtos y violencias que llaman saqueo; el mentir continuo que al más sereno deja dudoso de si fué cierto lo que vió o acaso ejecutó por su mano, según lo mira de trocado y traspuesto en boca de cuantos lo narran y apostillan; el baladrear constante, que apenas cuenta uno la hazaña más reciente o de mayor ruido en la facción última, álzase otro a ponderar y referir otra más aventajada y dificultosa. Nada les

enseñan ni mejoran las experiencias que ven todos los días, y a pesar de escarmientos terribles y repetidos, aprenden a cuidar de su cuerpo, pero no de su alma. Y esto vi muchas veces en algunos reencuentros en que estuvimos: que los soldados mozos y bisoños iban dócilmente llevados por la voz y el ejemplo de sus valerosos capitanes, adonde cubrían en breve plazo la tierra con sus cuerpos sin dar muestra de pavor ni incertidumbre, al paso que muchos veteranos se desperdigaban por el campo diligentísimos en buscar un reparo que los cubriese, esquivando cuanto podían el avanzar a meterse en lo duro y cerrado de la refriega, y vi a más de un alférez y cabo emplear en corregir a sus soldados aquellas armas que esgrimía contra el enemigo, afrentándolos con palabras rigorosas, trayéndoles a la memoria su obligación, y hostigándoles con el ejemplo de los más honrados y valientes.

Y me asombraba luego oir ponderar lo bizarro e impetuoso de la acometida de un escuadrón, la cual no había sido sino antecoger el maestre de campo y oficiales su gente, y a puro golpe e insolencia como manada de ovejas llevarla adelante. En cambio he visto hechos valentísimos y muertes de que nadie se acordó después, ni aun para encomendar a Dios el alma del muerto; soldados que peleaban con diez o doce enemigos sin desmayar ni rendirse; otros que se adelantaban a sacar del riesgo a un amigo y perecían con él; otros que se arrimaban a la boca de un cañón cargado como si fueran a bodas, y el disparo de la artillería los despedazaba y molía como afrecho. A uno vi en cierta

ocasión saltar como gato montés encima de un jinete, arrancarle una bandera que empuñaba y derribarle con ella del caballo, que le pisó y dejó muerto, y sobreviniendo otros en ayuda del jinete, mataron de un pistoletazo al de la bandera, la cual cogió en seguida otro que pasaba por acaso, y ufanándose con ella, fué luego premiada su hazaña, y recomendando su ejemplo al tercio de que hacía parte por el propio general.

Cierto es que la confusión, el espanto, la ira, los golpes, el humo y sabor de la pólvora, el clamor de atambores y trompetas, las voces, alaridos y lamentos de unos y otros escandecen y perturban, y acaso, no se ve más claro en lo que a uno le rodea, que ahora en noche cerrada, y aun quizá no tanto, porque estas noches no lo son del todo, y vamos de modo que casi nos vemos las caras, y tiemblo yo que asome en la de su merced la impaciencia y mal talante de oirme tan por menor contar cosas de sobra sabidas suyas. Con más, que yo tengo por cierto que su merced no va a la par mía en esto de las cosas de la milicia, y las ve y siente de ellas por distinta manera, puesto que sigue su profesión con el lucimiento que todos sabemos, que plegue a Dios, continuándole en su favor y gracia, y hacernos oir pronto felices sucesos del general don Alvaro Pérez de Ongayo, como los oímos de don Martín de Aragón, o los marqueses de Leganés y de Mortara.

Acabaré, pues, diciendo con qué ocasión subió tan de punto mi disgusto de la vida militar, que renunciando ventajas y sueldo que me debían, dejé mi bandera y camara-

das, para tornar a la Montaña y a mi vida antigua de cazador.

Estábamos cierta noche en una aldea sobre un río que llaman Ter, y llegó aviso de que catalanes y franceses, migueletes y hugonotes, habían asaltado un convento cercano de monjas de Santa Clara, y lo robaban y estragaban; y el capitán, buen cristiano y caballero, de los Guerras de Ibio, queriendo llevar presto socorro no fió de nadie, y menos del estrépito de atambores y pífanos el cuidado de llamar su gente. Buscónos a todos en casas y alojamientos, y ordenando dejar los mosquetes y munición bien custodiados, nos mandó tomar espadas y dagas, algunas hachas y chuzos, y yo, cediendo al gusto y la costumbre, me proveí de una ballesta con sus jaras, que hallé acaso en la posada donde dormía. Salimos con la luna, y corto trecho andado, oímos una campana a intervalos, tañida con irregulares golpes, precipitados y menudos tan pronto, y tan pronto pausados y huecos. Era aquél un tañer desigual y extraño; dijérase que dos muchachos se disputaban la cuerda de la campana, y a compás de sus empellones y embestidas, a medida que uno la cogía y otro se la quitaba, tañía la campana sin orden ni concierto.

—Esa campana nos llama, amigos—dijo el capitán—; y es voz de mujeres afligidas; es que nos gritan las hijas del Señor pidiendo socorro; ánimo, hijos míos, y a llevársele, que esta es obra meritoria en que Dios nos ayuda y está con nosotros. Y comenzamos, no digo a marchar, a correr, que el caballo del capitán apenas nos seguía, ¡y qué camino!

barrancos, árboles, hoces y torrentadas. Pero estaba de nuestra parte el cielo con su luna clara, que nos alumbraba como si fuera de día y daba en los cristales del convento, que descubrimos al cabo.

El prudente capitán, que no sabía cuántos fuesen los enemigos, hízonos detener a pocos pasos de la cerca, y adelantóse conmigo: saltamos la cerca y vinimos a dar tras de la cabecera de la iglesia; veíanse por las vidrieras las luces que ardían dentro y se oían golpes, ayes y voces diferentes. Al capitán debió súbitamente ocurrírsele el modo de embestir, y que no había de ser por la puerta mayor, que tendrían cerrada y defendida, porque me mandó traer lo más calladamente a los soldados: vinieron conmigo, y llegados, el capitán, ocultándose en troncos y malezas y trozos de pared medio caída, me llevó de nuevo consigo, y mostrándome un hombre armado que velaba al pie del muro de la iglesia, me dijo: «Rebezo, asegura a ese hombre, que no hable.» Y cuando el hombre se volvía al oir el chasquido de las quijeras de mi ballesta, le entró por la garganta una jara de tres filos que le atajó la palabra. Cayó al suelo, y fueron sobre él los soldados; dióles orden el capitán, y dejando el herido, diéronse a trepar unos sobre los hombros de otros y por las labores de piedra de la pared, y una yedra soberbia que cubría el hastial, y llegando a una ventana redonda, que, según luego vimos, daba luz a la iglesia desde el centro del retablo mayor, penetraron en la iglesia. Oyéronse luego los gritos de sorpresa de los que dentro estaban, el choque de las armas y estruendo de la pelea. Quedéme yo

entretanto con el herido, al cual me había acercado, movido de natural instinto compasivo, y que, cogiéndome las manos, no me dejaba apartar de sí. Esforzábase por hablar; no podía, y sus movimientos empeoraban desgraciadamente su herida y aceleraban su muerte. Arriméle a unas bardas, de rostro a la luna, donde pudiera leer en su semblante lo que se negaba a pronunciar su lengua; parecióme que tenía sed, y en el morrión le traje agua de la fuente de la huerta; reanimóse, y más bien con el resuello que con la voz, preguntóme—o creí yo que me preguntaba—quién yo era. Díjeselo, y el lugar de mi naturaleza, y que me perdonase el tiro, pues no había hecho yo al dispararle más que cumplir mi oficio de soldado, y la orden de quien podía dármela.

Con lo cual, pareciéndome que no cumplía mi obligación estándome a la queda en tanto que mis compañeros peleaban, dejéle allí, y como ellos habían trepado por la yedra y las piedras, trepé siguiendo su camino, por donde llegué a la ventana redonda, y halléme detrás de un santo grande, que era San Francisco. El horror que desde allí se veía abajo en el piso de la iglesia, no es para dicho. ¡Virgen de la Luz! ¡Cuántos hombres muertos y aun monjas entre ellos, y sangre y la plata del convento derramada, y santos derribados! Años que viva el Rebezo verálo como si ahora oyera aquellos clamores, aquellas blasfemias y alaridos y el desesperado tañer de las campanas. Pero quiso Dios que, si no a tiempo para impedir el mal, llegamos al de que no fuera tan grande como de la ira y la avaricia de nuestros

enemigos pudiera temerse. Pero no es ahora del caso pintar aquella batalla, sino venir a mi asunto y propósito de enterar a su merced de mis sucesos. Si peleé bien o mal, hice lo que otros, y bien sabe su merced cuánto es dificultoso al soldado, si ha de ser verdadero, contar lo que obró por sí en este o el otro encuentro.

Terminada al cabo la refriega y ahuyentados los salteadores del convento, recordóseme del centinela herido, y fuí en su busca sin esperanza de hallarle vivo. Ni vivo ni muerto pareció, y en su lugar, en una piedra de la pared adonde le dejé arrimado, leí mi nombre, Rebezo, mal escrito con sangre. Por cierto que parándose en ello otros camaradas viejos en la campaña y en la tierra, y bien impuestos en la condición y usos de sus gentes, no pronosticaban nada bueno de semejante escritura, asegurando que con ella pedía venganza el muerto, y que no había de faltar entre sus deudos y amigos quien, leída la piedra, acertase con el sentido y se pusiera en demanda de satisfacer la petición. Por lo cual, determinóse lavar las letras y limpiar la piedra como mejor se pudiese; y aun cuando yo porfiaba en asegurar que tan graves recelos se pasaban de agudos y carecían de fundamento, y que había de ser sabueso de muchos vientos quien por tan corto indicio acertase a dar con la voluntad del muerto, y conmigo tras de ella, no cedieron en aconsejarme que solicitase mudar de compañía y aun de tercio, y salirme sin tardanza de Cataluña, ponderando la necesidad, en tanto esto llegaba a ejecución, de ser en tabernas y posadas y con todo catalán mesurado en

palabras y no bravear de la jornada del convento del Puig, que así le decían, como acaso su merced habrá oído.

No fui yo por entonces, ni lo soy ahora, hombre para asegurar si estas razones pesaban en mi ánimo más que la vista de la inhumana tragedia del Puig: ello fué que vivía inquieto y sin gusto, y apenas tuve rastro de que mi capitán, agraciado por el Rey con una coronelía, venía a la corte a besar las manos a su Majestad, solicité con él plaza de criado; diómela como a paisano de quien tenía noticia tan menuda y cabal; despedíle luego en Santander, donde se embarcó para Flandes, y volvíme libre y horro a las montañas y a mi oficio de cazador.

¿Pero no ve su merced dónde estamos? ¿No reconoce la vega donde habrá corrido cuando mozo tras de las liebres? Esta es la mies de Villapresente, ese ruido es el río, esos árboles son su cauce, eso que negrea encima es Peña Mayor, esas casas de enfrente el palacio de Quijas.

Bien sabía don Alvaro dónde estaba, aun cuando nada decía; bien lo veía todo, aunque callaba. El Saja va aquí hundido dentro de los anchos bordes, y no se le descubre de noche bajando de Bispieres hasta estar sobre su corriente. Don Alvaro arrimó el caballo hasta el filo de las rocas que moja el agua, y quedóse fijo como estatua erguida sobre su pedestal; a la otra banda del agua y a pique sobre ella como lo estaba el mismo, yacía el palacio de Quijas. Si dentro de él hablaran, oyera sin duda don Al-

varo las voces, y aun distinguiera las razones: tan corto trecho los apartaba y tan angosto es el río; pero era ya la hora del sueño, y el palacio aparentaba dormir. Veíase con todo iluminada una de sus ventanas por luces que ardían dentro del aposento.





X

PEÑA MAYOR

ENTRE los verdes lugares de Agüera y Lloredo, bajando del valle de Cabezón al de Reocín, rompe al Saja la dura sierra que a entrambos valles separaba, y la consuela de su herida y vencimiento fecundizando la brecha y vistiéndola de incomparable frescura, de robles y fresnos, de castaños y alisos, de apretada y vigorosa maleza, fecundo nido de aromas y cantares, mostrando que su guerra y embestidas victoriosas al cabo no fueron para obra de muerte, sino para obra de vida.

Nada tiene ya que vencer el río para llegar al mar, des-

tino que viene buscando desde las altísimas cumbres de su origen, y sosiega de sus violencias y furores, apresuramientos y cascadas, y amansa su voz, y ahonda su lecho, y recoge su caudal, y con serena majestad camina, gozándose en el risueño y espléndido paisaje, al cual, si da luz y colorido el sol, el río presta feraces jugos y amenísima sombra.

Todavía en las solitarias estrecheces a que el montañés con apropiado nombre titula la Angustina, acuérdase de sus escabrosos y selváticos principios, ensoberbécese con los cudones rodados por la vencida sierra a atajarle el paso, lucha y los golpea furioso, hierve en espumas, salva iracundo la barrera y acelera su correr, sin volverse a mirarlos. Mas luego, calmado, ensánchase y reposa, y ya, desde allí, sea mientras pasa bajo los pomposos robles que guarda en lo más alto la tostada atalaya de Binueva, sea cuando parece adormirse satisfecho en la paz de las cosechas que sazona para el labrador de aquella antigua Bárcena, que trocó su nombre por el de la Puente, de que se ufana, y el del glorioso arcángel, capitán de las celestes milicias, castigo de Luzbel, patrono y guía de los nueve valles de Asturias de Santillana, o cuando se detiene entre las rocas de Ganzo, coronadas de laureles, adonde suben a bañarse en sus aguas los pintados ánades marinos; o cuando plácidamente muere en Duales y Entrerríos, juntando sus aguas con las del Besaya, y entregándose ambos a la creciente marea que, desde la boca de Suances sube a recogerlos, camina tan sereno y manso que nadie adivinará sus pasadas

furias, trabajos y peleas. Ha guardado el secreto de sus penas y trabajos, y ofrece sólo a quien le mira la limpia transparencia de su claro seno: en él sume y ahoga las tristezas y miserias que sus aguas recibieron, pero acaso devuelve las generosidades y venturas, como devuelve al cielo su claro azul y la serena imagen de sus estrellas.

Al promedio de este su lento y breve curso por Reocín y sobre su margen derecha está una roca enhiesta y potente, Peña-Mayor. Desde que nuestros contemporáneos tendieron una ancha carretera sobre las altas lomas de Quijas, que tienen en Peña-Mayor su inmutable cimiento y robusto estribo, parece menos respetable la roca y suena a hipérbole su nombre. No hay grandeza que lo parezca a quien de alto a bajo la mira, y nuestra soberbia humana tanto se extrema en admirar poniendo nombres pomposos a las cosas que no alcanza, como en abatirlas hasta olvidarlas luego de mejor averiguadas o vencida su altura.

Pero los que la dieron nombre miráronla de abajo, cuando la excelsa cumbre de la roca era tierra inexplorada y era camino el angosto socavón, rasgado al pie de la roca, amagado por las aguas del río, que en cuanto llegan a dominar su cauce, invaden y cierran el paso. En buscar, sin embargo, la razón y origen de los nombres, yerra cuanto en ninguna otra de sus curiosidades y pesquisas el entendimiento humano. ¿Quién sabe si no dicen mayor a la Peña, no por su magnitud y alteza, que sería falso y mezquino elogio en esa tierra de montes gigantes y soberbio roquedo, mas por su mayor gala y su hermosura mayor entre las de sus cer-

canías, porque entre ellas la engrandece y encumbra su soberbia diadema de follaje, el manto de verdura que la emboza, la espesura de laureles, higueras, bortos, cajigas, yedras y zarzas con que se cubre y corona, como ofreciendo al cielo las primicias de la rica vegetación de la tierra?

Al pie de Peña-Mayor, y haciéndose con ella sombra del sol naciente, entre la roca y el río, se redondea un rellano de tupida hierba, en la que asoman los agudos muñones de la roca que allí sirve de madre al río. Sobre tan firme cimiento asentaba un palacio a usanza de la tierra, una casa de señor que a la sazón lucía el fresco matiz y las aristas vivas de su asperón recién labrado.

El viajero más impuesto en cosas de heráldica no pudiera decir quién la vivía, o más propiamente, a quién pertenecía, porque de su ancho blasón, esculpido en la parte más visible del edificio, veíanse únicamente los lambrequines, trofeos y figuras que le rodean, acompañan y sostienen; sobre el escudo colgaba un cumplido paño de estameña negra, cubriendo y disimulando sus cuarteles. Señal de luto: la muerte ha visitado la mansión solariega; todos en ella visten su fúnebre librea, y al terrible vasallaje no escapa la piedra labrada, voz de los siglos, espíritu inmovilizado de la raza, orgullo de la sangre, símbolo de los tiempos, idolatría muda, no más hondamente esculpida en la piedra que lo está en los corazones de sus blasonados la fe en el lustre y limpieza de su gloria.

Arrimábase el palacio a un torreón más viejo, encajado en los lastrones que lame el río, y amén de la constante

música de la corriente, dábansela desigual e interrumpida las cansadas piedras de un molino que vivía del salto de agua vecino del palacio. Era éste de un cuerpo, alzado sobre suntuosa arquería; corríale por toda su frente de esquina a esquina, mirando al sol, un ancho balcón cerrado en parte con espesas celosías, que escondían la entrada a la capilla, cuya espadaña alzábase sobre los tejados del palacio a competir con las almenas del torreón que en el opuesto lado descollaba. No había zaguán ni portalada, extraña falta en los usos de la tierra, pero hacían oficio de ambas cosas en el menudo césped del rellano un cerrado tejo plantado en su centro, y arrimadas al tronco, sirviendo de rústicos asientos, anchas y poderosas piedras.

Aficiónanse los hombres a averiguar la generación y vida de los edificios como pudieran las de un semejante suyo, y ¡quién sabe si aquella afición no sucede en alguien al escarmiento, escaso jugo y amargo saber que sacó en limpio de la otra! Pues uno de estos interrogadores de fábricas y mampuestos argumentaba sobre estos lugares que vamos describiendo, y decía: «Aquí fué lo primero la obra de Dios, el salto de agua que vino con el río y precedió a la obra de los hombres, los cuales se aprovecharon de él para establecer el molino. Mas luego el molino quedó entregado a los pleitos y guerras de los hombres que le codiciaban con los hombres que le poseían, y necesitó ser custodiado y defendido, y alzaron y pusiéronle un centinela y guardador, el torreón que se mira en las aguas, y a cuyo recio hastial vino por remate a arrimarse el palacio.»

No contentó a todos la historia, y otro interrogador de paredes sucedió al primero con esta segunda narrativa:

«Tuvo aquí el río lecho ancho y profundo, curso tranquilo; echáronle una barca, y el torreón vino después a custodiar la barca y el paso. El molino pudo establecerse a cualquiera hora y a cualquiera el palacio, antes éste que aquél para gentes de entendimiento llano y sosegada imaginación, porque pudo muy bien ponérsele en las mientes a su señor hacerse molinero; antes aquél que éste para cerebros alocados y dados a lo inverosímil y maravilloso, porque también pudo acaecer, aun siendo cosa pocas veces vista, antojársele al molinero subirse a señor.»

No quedaron en esto las opiniones, porque asomó luego la de un tercero no menos hábil y entendido, el cual dijo: «que nunca el torreón fué fortaleza ni a usos militares erigido, sino lo que otros muchos de su traza y arquitectura derramados en los valles, sierras y angosturas de la montaña, de los cuales se alcanzan de aquí algunos no tan enteros y poblados como éste, a saber, señal de solar de caballero noble hijodalgo.»

Y si dijo el anticuario verdad y cada solar de alcuña tuvo igual seña y padrón en su asiento, aun parecen pocos los que quedan, con ser algunos, cuando se recuerda que no más trescientos años ha, mediando el siglo XVI, pasaban de mil los solares de caballeros nobles hijosdalgo en estos nueve valles de Asturias de Santillana, según noticia de un papel escrito y aun impreso en aquella fecha, con mención prolija, si no cabal, de cuanto era entonces torre, castillo o

casa fuerte. Viniéndose a parar en que lo único cierto, averiguado y establecido por la conformidad de pareceres de sabios y doctores en arquitecturas viejas no pasa de haber sido antes el río que el torreón, el molino y el palacio, de lo cual es de creer estuviesen persuadidas las gentes, primero de abrirse la trabajada liza a las competencias del ingenio, la sagacidad, la ciencia y la literatura.

No llegaron más adentro en el despejo, examen y resolución de otra curiosidad, cuyo vivísimo aguijón atormenta a quien mira esta comarca con amantes ojos y pretende y ansía no hallar en ella cosa inanimada y muerta, sino que todo tenga para su corazón, voz, acento, ser, espíritu, algo que sea parte de esa alma sin límite y sin nombre que late y vive en el paisaje, y paga y devuelve ese amor que en el alma propia arde, escondido, inextinguible y profundo.

¿Por qué nuestros abuelos, al edificar una casa, plantaban a la par un árbol, y un árbol de esencia dura y fibra incorruptible, lento en venir, tardo en crecer, perdurable en hojas, constante en sombra, triste en color, solemne, grave, majestuoso en forma, pino, ciprés, encina o tejo, que tantas veces sobrevivió a la fábrica, y vive y vela melancólico y entero sobre la huella de los desencajados cimientos, y el menudo polvo de los deshechos sillares? ¿Qué dicen las encinas poderosas, compañeras de la sombría torre de Mogro, caricia de sus tostadas piedras, allá en la costa brava, sobre la triste desembocadura del Pas? ¿Qué hacía el gallardo pino, sonoro quitasol abierto sobre las rotas tejas de la torre de Pagazanes, donde con inspiración valiente, si con

inexpertas e infantiles manos, fueron pintadas las hazañas de sus poseedores contra incas y aztecas, suplidas las letras que hostigan a muchos por figuras que llaman a todos, tendida la épica narración sobre la limpia fachada al sol que la come, al agua que la borra, a los ojos del pasajero que la escarnece y la befa? ¿Qué significa el negro ciprés, última reliquia en pie del solar de la Fuente, en las praderías de Queveda, frente a las rajadas paredes de su gallarda capilla, tan mudo y tan indescifrable como aquella orla del escudo, INTER VITES IN FONTE LEO, donde ni en piedra ni en suelo hay vides ni león, ni fuente, porque las vides fueron descepadas, agotada la fuente, y al fiero león raídas las garras, limados los dientes, cansado el valor y enervado el brío? ¿Qué era el tejo plantado frente al palacio de Quijas, cuyo pálido verde parece siempre apagado por una niebla prendida en sus hojas, como apaga y obscurece el limpio color de unos claros ojos al pesar inconsolable, tenazmente agarrado al corazón?

Si estas interrogaciones y dudas tienen respuesta en añejos libros o en la calmada y fría experiencia de envejecidos sabios, hanla de tener más fácil y pronta, más fiel y clara, más puntual y decisiva en el corazón de cualquiera de aquellas montañesas, de quienes es su corazón certero guía y amaestrado consejero, tardo en apasionarse, más tardo en olvidar, adivino de obscuridades, revelador de misterios, buen pagador, pródigo de lo suyo y nada codicioso de lo ajeno, eco leal y sonoro de cuanto merece ser contestado y compadecido, más dado a tristezas que a alegrías,

en apariencia tímido, en verdad resuelto, blando para copiar las lágrimas que mira, firme para negar las que por acaso esconde. Asunto del alma halo de tratar el alma; problema de sentimiento que lo resuelva el sentimiento: el estudio y la ciencia averiguarán que fué costumbre, el día y hora de su origen, la forma y tiempo de su propagación y establecimiento, pero sola una alma apasionada y generosa, enseñada a olvidarse de sí, pudiera adivinar y decirnos cuáles eran y adónde tendían los pensamientos del antiguo caballero montañés cuando le movían a plantar un árbol del cual apenas había de gozar en vida la mansa voz de las hojas, el grato beneficio de la sombra, la alegría de la siempre-viva verdura.

El palacio de Quijas asentaba, como va dicho, al pie de Peña-Mayor, en la orilla misma del Saja. No tenía puertas al río, porque fuera abrírselas al enemigo, el cual, en sus crecidas, sube sobre las lastras y golpea los muros, y resistiéndole ellos, los rodea, buscando parte más flaca y accesible, y suele hallarla por las entradas de las de la parte de tierra hasta donde se encaraman bufando sus olas. El empeño del agua en invadir la casa era evidente, y ya que no podía hacerlo entrando a escala vista y en violentos resollones, tratábalo blanda, cautelosamente y en esencia, dando jugo y bríos a la raíz de una yedra que de su propio lecho surgía y, agarrándose a la mampostería, trepaba hasta meter sus hojas por las ventanas del más alto piso; y flotando en su savia por las henchidas venas de la vigorosa planta subía el espíritu de las aguas a penetrar en fresco vaho

de vegetación lozana dentro de los aposentos. La ventana más alta adonde la yedra llegaba era la que vimos abierta y alumbrada, de manera que esos espíritus vagos de las hojas y las aguas, cuya presencia advierte antes el alma que los sentidos, puesto que no sabe decir por cuál de ellos se le llegaron, hallaban franca y espaciosa entrada, y si son espíritus de bien y saben consolar, tenían asimismo ocasión de ejercitar sus facultades compasivas, puesto que dentro de la estancia estaba doña Mencía, y doña Mencía lloraba.

No mintieron Damián y Pedro, ni el Rebezo, ni el alférez Bustamante, en su elogio de la noble doncella. Pocos años, que no pasarían arriba de los diez y ocho, frente espaciosa, ojos negros y por bajo de los ojos esas doradas huellas del sol que no señala sus besos sino allí donde sangre generosa y ternura de corazón le ofrecen correspondencia; y sobre la frente, partido el negro cabello, que por ambos lados del cuello le caía, suelto ya para el descanso y abandono de la noche; blanca mano, breve pie, cabeza fina y gallardo talle, y las lágrimas que le corrían por las mejillas abajo, y los sollozos que le levantaban el pecho, y el ademán que mostraba sentada junto al lecho, extendidos los brazos y juntas las manos en su regazo con el blanco pañuelo en ellas, inclinada la cabeza, y clavados los ojos en una imagen pintada de la Madre Dolorosa, ponían en su punto la justicia de las honradas palabras que les hemos oído, cuando no las pidieran aún más fervorosas y lisonjeras.

Por bajo del cuadro de la Dolorosa, sobre una estrecha consola colgada del tabique, ardía en vaso de cristal una

lamparilla, pálida luz que velaba cada noche, a par de la Virgen, el casto sueño de doña Mencía, y encima de un escritorio se gastaba sin ser apagada todavía la vela de cera que solía acompañar sus postreros cuidados, sus postreros rezos antes de recogerse y dormirse. Entre ambas luces, sobre la cándida desnudez de las paredes, sobre la aseada blancura de las ropas y cortinas de la cama, dibujábase limpiamente el negro traje de doña Mencía, de largo talle y espaciosa falda, mangas ajustadas, brahones y negra lechuguilla rodeada al cuello.

Grande era su desconsuelo. Parecía desconsuelo de quien, señor de sus penas y encubriéndolas durante las horas largas y manifiestas del día a precio de rudas batallas y esfuerzo constante, se paga y descansa del martirio de tan difícil pelea apenas llegan las solitarias horas de la noche, soltando la voz a sus quejas, la mano a sus dolores y la prisión a sus suspiros; y quejas, dolores y suspiros, más vehementes, más vivos, más hondos que nunca, se atropellan por salir y explayarse, y casi ahogan y extenúan y ponen a punto de expirar la mísera criatura.

Oíanse entre los sollozos de doña Mencía sus palabras entrecortadas, las cuales decían:

—¡Oh, madre mía de los Siete Dolores, si tú me desamparas ahora, quién será conmigo! ¡Si tú no me das luz y resolución, dónde las encontraré! ¡Oh! ¡qué va a ser de mí! ¡Qué falta cometí yo contra Dios para que impensadamente venga sobre mí su castigo! ¡Cuál va a ser mi suerte! ¡Cuál va a ser mi vida! ¡El Señor sabe que en mi corazón no

hubo odio ni aborrecimiento para nadie! Mas ¿qué razón habrá para hacerme mujer de un hombre que me causa espanto? ¡Era yo aquí tan dichosa, sola con el cariño de mi madre! y con tu santa memoria, ¡oh, padre mío que me oirás desde el cielo! ¡Oh, en qué mala hora me dejaste! ¡En qué mala hora visitó la muerte esta casa, llevándose lo mejor de ella, su gloria, su fuerza, el ejemplo de todos y el amparo de los que vivían! ¡Si tú vivieras, no viera yo esta hora desdichada mía! ¡Oh, madre de mis entrañas! ¡qué necesidad terrible pide que yo te desóiga y desobedezca, o me resigne a la muerte! ¡Morir! ¡si fuese morir al menos! ¡morir no espanta a quien tiene puesta su confianza en la Virgen María, a quien sabe la misericordia de Dios y tiene a su padre amado aguardándola en el cielo! Pero antes de morir, tengo de vivir yo desventurada, y vivir largos días y meses y años encerrada en aquella torre pavorosa de Cortiguera, sometida a la voluntad de un hombre de quien todos recelan, a quien nadie ama, que acaso no es cristiano ni cree en Dios. ¿Por qué hace don Diego vida tan escondida y apartada del trato humano? ¿qué crimen ha cometido? ¿qué penitencia se ha impuesto? Si fuera afligido no huyera de las gentes como huye; ¡ah! las penas no endurecen el corazón: le hacen más blando y le disponen a compadecerse mejor de las penas extrañas. En estos días de tantas lágrimas siento yo mayor cariño hacia cuanto me rodea, mayor necesidad de saber cuanto a los otros aflige, y si no los puedo consolar, llorar con ellos. Soy como el sentenciado a muerte que en la hora de su suplicio halla mayores encantos a

la transparencia del aire, a la claridad del cielo, a la hermosura del campo, a las alegrías todas de la naturaleza que le van a ser robadas para siempre. ¡Oh, pobre corazón mío, tan codicioso de vivir y regalarte con las dichas que gozabas y veías, que vas ahora a entrar en prisiones más obscuras y estrechas que la cárcel del sepulcro! ¡Oh, pobre esperanza mía, tan callada y escondida que de ti no supe hasta que me mandaron desalojarte del pecho, y arrojarte fuera y lejos, tan lejos, que ni tu memoria pueda volver a mí, porque tu memoria sería delito! Y también como yo lo ignoraba, ignoras tú, don Alvaro, si es que aun estás sobre la tierra, donde se ignora y se sufre, y no en aquella región suprema toda luz y sabiduría, que yo, sin saberlo, pensaba en ti, que no te había olvidado, ni aquellas apariciones tuyas al galope de tu caballo negro en los caminos de Ganzo y Santillana, y tu rondar las cercanías de Quijas, y el día en que para coger una rosa caída de mis manos al río, aguardaste corriente abajo haciendo entrar en ella tu caballo, que braceaba indócil, temeroso del peligro. Yo no sabía que te amaba; pensaba en ti con alma serena como en el porvenir y en la vida; te imaginaba dichoso en tu oficio de soldado, superior a los peligros, victorioso en los combates, mimado de la fortuna, aplaudido por los hombres y celebrado por las mujeres, y tan llanas y naturales me parecían tus prosperidades como tu ausencia, como tu vuelta al cabo, como tu nueva aparición bajo los árboles, buscándome, siguiéndome, y tu arrojarte al río por coger una de mis rosas. Yo no conocí las impaciencias de la vida: parecíame el bien

natural pertenencia del bueno, y enseñada a no desear, contentábame con lo que Dios me daba cada día, y se lo agradecía. Dicen que a veces en los montes al golpe de un martillo sobre la roca estalla la piedra y salta una vena de agua, de la cual nadie sabía: lo mismo ha hecho el dolor con mi pobre corazón. Yo no sabía lo que él callaba, lo que él escondía. Y cuando en mí hiere el martillo del dolor, cuando hanme dicho que voy a pertenec.r con derecho de vida y de muerte a otro hombre, del cual serán mis actos, todas mis palabras y todos mis pensamientos, entonces he sabido que actos, palabras y pensamientos tenían ya dueño. En cuanto supe que no debía pensar en ti, te hiciste único objeto de mi memoria; cuando aprendí que debía darte al olvido, he comenzado a esperarte con impaciencia; cuando me digo que habré de huirte, estoy deseándote con toda el alma. ¡Por qué, Señor, tanto martirio! ¡por qué esta aguda espina en mi pecho! ¡por qué este dolor sin consuelo en mis entrañas! ¡Oh, madre mía dolorosísima y muy amada!, ¡por qué no me enseñas a sufrir, ya que no me hayas de consolar! ¡Ay, tampoco tú sabías de penas cuando el primer cuchillo de dolor laceró tu pecho; tampoco sabías, y aprendiste luego, Santa Señora, y fuiste para los hombres maestra y reina de dolores; pero tú eres madre de tu divino hijo, y él con su gracia te dió la fortaleza para padecer! ¡Quién me la dará a mí si tú me la niegas!

La Virgen Dolorosa no parecía atender a las querellas de la llorosa niña ni responderlas. Estábase en su rico marco de plata cincelada, vestida de blanco, velada de negro, cai-

dos los ojos, juntas las manos, silenciosa e inmóvil; la luz de la lamparilla destellaba en la plata de su rostriño y corona sobrepuestos al lienzo, y en la de las siete espadas que clavadas sobre el corazón tenía, y era lo único que en la insensible pintura hablaba, además de una inscripción que en su parte baja tenía, que en letras enlazadas a veces y no muy claras de descifrar decía:

ESTA IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA DE LOS SIETE DOLORES FUÉ BENDITA POR EL ILMO. SEÑOR D. JUAN MARROQUIN, ABAD DE LOS ANGELES EN MÉRIDA DE NUEVA ESPAÑA, EL CUAL CONCEDIÓ CUARENTA DÍAS DE INDULGENCIA A LOS QUE DEVOTAMENTE REZASEN ANTE ELLA EL SEPTENARIO DE LOS DOLORES DE MARÍA. 31 DE MAYO DE 1602.

Y doña Mencía, de cada vez más desolada y afligida, deshacíase en lágrimas, en suspiros, en lamentos y confidencias a media voz como los que copiado habemos, cuando entrando súbitamente por la ventana una jara de ballesta, dió en el techo y cayó a sus pies. Levantóse toda azorada la sorprendida doncella, apretóse el corazón con ambas manos, acercóse a la imagen como si se amparase de ella y miró al suelo temerosa e indecisa. La engorra de la jara traía un papel atado; dudó un punto doña Mencía, miró a la Virgen, resolvióse al cabo, baxóse, tomó la jara, desató el papel con cerdas vigorosamente sujeto, y vió escrito en él lo siguiente:

—«El que os amó niño, hombre os adora. Viene no más a saber su suerte. Un hombre poderoso solicita vuestra mano; yo os pidiera licencia para pretender de antemano

vuestro corazón. Si el mejor derecho es el de quien mejor quiere, ¡quién habrá que me dispute el mío! Estoy cerca de vos: si os acordáis de mí, si no sois mi enemiga, si me podéis amar y no me debéis aborrecer; si es vuestra la libertad que teníais el día que se os cayó una rosa al río, mostraos un momento siquiera en la claridad de vuestra ventana. Será darme licencia de que me diga vuestro. — Don Alvaro.»

No corrieron los ojos de doña Mencía sobre estas letras; leyólas todas a la vez su alma; ni se paró en lo que decían, ni supo qué era lo que suplicaban; mas sintió que su espíritu tomaba el camino por donde había entrado la saeta, como si quisiera llevar respuesta al mensaje que la saeta había traído.

La clara noche otoñal se aclaraba más aún al acercarse el crepúsculo matutino, y animaban las estrellas su centelleo, como si quisieran resistir los amagos del sol que se acercaba a apagarlas.

Nada vieron los ojos de doña Mencía, es decir, aquellos ojos de su rostro profundos y vivos en que los aldeanos se miraban; nada vieron que fuera extraño en la campiña a que vivían acostumbrados. Los robles de la Angustina se dibujaban y se borraban sucesivamente en las nieblas matutinas que comenzaba a despedir el río; los collados de Cerrazo, Villapresente, hasta el apartado Mijares, ondeaban manchados de pálidas y oscuras tintas, grupos de casas y grupos de árboles; humeaba en las praderas el cálido vapor del amanecer, y allá en la alta cumbre de Bispieres

ardía la lumbrada vigilante. Los ojos de su alma en cambio ¡qué no veían en la soledad y la sombra, si sombra y soledad habíanse súbitamente encendido y poblado con todos los fuegos y las imágenes de la felicidad, de la juventud y de la vida! ¡Qué músicas suaves no sonaban en sus oídos! Y en el aromoso ambiente nocturno aspiraba otro aliento misterioso que no era el suyo, y del cual el suyo tomaba aire y vigor para ensanchar y fortalecer su pecho. ¡Quién contaría los latidos de su corazón! ¿Quién mediría su alto compás, desigual y proceloso? ¿Quién le mediría?... Otra mujer, otra Mencía, otra enamorada, otra criatura a semejanza suya subida por la misteriosa mano de la Providencia de lo más hondo de la tribulación a lo más excelso de la dicha; de la noche profunda y amarga del más amargo duelo al día claro, fulgurante y vivo de la más viva esperanza.

No permaneciera doña Mencía en su ventana si acertara a descubrir a don Alvaro en las pálidas tinieblas. A haberle descubierto y visto como ella se lo imaginaba, galán, apasionado, impaciente, herido del aguijón del amorosísimo deseo, sintiera la doncella rubor en el rostro, pesárale de su arranque y movimiento primeros, y echárase atrás confusa, avergonzada, arrepentida, buscando mentido refugio, pues había de serlo el alma, contra las inclinaciones, movimientos y ternezas del alma misma. Pero no hallaba a don Alvaro sino el alma de don Alvaro, rendida y tierna, disfrazada con el manto misterioso de la noche, invisible y vaga para los sentidos, arrulladora y suave para el alma en pos

de la cual venía apareciéndose como visión del cielo en la hora de mayor necesidad y tristeza: el alma que había hablado a la suya en las benditas letras del disparado papel, y continuaba hablándola con la lengua escondida de las almas, que sólo las almas oyen, entienden y saben, y en aquel diálogo dulcísimo se embebecía y olvidaba.

La luz del alba que a más andar venía, las primeras voces del campo, los primeros aldeanos que comenzaron a parecer por prados y mieses, despertaron a doña Mencía de sus dulcísimos ensueños. Volvióse hacia la Virgen, y con presteza y resolución iguales a los que había mostrado corriendo a la ventana, retiróse de ella, corrió al pie de la imagen, postróse arrimada al lecho y comenzó a rezar; hízolo con fervorosa alegría; mas al cabo, vencida del sueño, dobláronse sus rodillas, rindióse sobre ellas el cuerpo, recostó el busto en su cama, y durmióse.

Despertóla la mano fría de su madre, doña Brianda, posándose sobre su frente abrasada, ya bien entrado el día. Estremecióse doña Mencía, puso los ojos en los de la señora, la cual la ayudó a levantar, y abrazáronse ambas estrechamente. Lloró luego la pobre niña caudalosamente, como si durante la noche no hubieran sido sus ojos dos poderosos ríos.

—¿Por qué has velado, hija mía?—dijo doña Brianda.

—Tardó en venir el sueño a mis párpados, y vino luego tan de golpe y con tal violencia, que me los cerró, y rindióme antes de que yo pudiera prevenir el acostarme. ¿Quiere su merced que la sirva?—contestó doña Mencía, mientras

se enjugaba los ojos y daba una mano a su tendido pelo, recogiéndoselo sobre su cabeza.

—No, hija mía, descansa, que harto lo has menester. Parece el descanso de condición que cuanta mayor necesidad de él tenemos, tanto más nos esquiva. ¿Qué ha sido de tu espíritu, hija mía, entregado durante la noche, desamparado y solo a merced de los cuidados y temores que le sobresaltan y combaten?

—No estuve sola, señora—dijo doña Mencía—: acompañóme la Madre Dolorosa, y fué compañía como del cielo, que me consoló y dió inesperada luz a mi acongojado espíritu. Pero vea su merced cuán entrado es el día; vamos a su aposento y la peinaré.

Obedeció la madre a la hija, salieron del aposento de doña Mencía y entraron en el de doña Brianda, el cual miraba a Mediodía sobre la ancha solana o balcón, parte del cual le pertenecía dentro de sus espesas celosías.

Sentóse en un banquillo frente a un espejo doña Brianda. Doña Mencía hizo la señal de la cruz, y quitó la cofia de dormir que sujetaba los ricos cabellos de su madre, los cuales se derramaron por hombros y espalda de la señora. La mal sufrida pena de su viudez que los comenzaba a platear a trechos, no los enrarecía ni marchitaba, y las manos hábiles pero menudas de doña Mencía andaban mal para abarcar y rendir sus sueltas guedejas, que serpeaban y se escurrían entre los dedos como sierpes vivas. Lo cual no era obstáculo para que doña Mencía adorase en aquella gala de su madre como, a decir verdad, adoraba en todo cuan-

to atañía a la persona de doña Brianda o la pertenecía. Así besó con efusión aquellos espléndidos cabellos antes de cebar en ellos los dientes del peine.

Doña Brianda parecía olvidar su costumbre de leer mientras duraba la obra de su peinado y tocado por las filiales manos. No había cogido libro alguno, y de cuando en cuando y como a hurtadillas, miraba en el espejo la figura y rostro de su hija, que a espaldas de ella parecía absorta en su faena. Una vez se encontraron en la limpia luna entrambas miradas, y cual si se hubieran hablado y dicho algo que sus almas callaban, la madre sonrió tristemente, la hija se ruborizó, y sus ojos se humedecieron.

—Hija mía—dijo doña Brianda—, ¿has determinado ya la respuesta que habremos de dar al abad de Santillana? ¿Pesaste en tu conciencia el bien y el mal de mis razones? ¿Hallaste ya la resolución que tan penosa y difícil te parecía? Tu madre soy, y no hay obligación para mí mayor que la de atender a darte estado cual tú le mereces, sin violentar las inclinaciones de tu corazón. Pretende tu mano un hombre igual a ti en calidad, poderoso en bienes. Si te dobla con creces los años, con ellos te traerá la experiencia y madurez de que carecen los pocos tuyos, y aquel respeto y seriedad que tan bien dicen en una casa y son tutela y decoro de la mujer joven. Si su modo de vivir apartado y obscuro te causa extrañeza, has de tener en cuenta que acaso viene de no haber tenido junto a sí quien se ofrezca a suavizar las penas que a todos nos alcanzan, y que son en muchas criaturas mayores que su resistencia y voluntad

para dominarlas y esconderlas. ¡Quién sabe a qué dolores ocultos debe don Diego su genio huraño, y más triste acaso que desabrido! ¡Quién dice que no seas tú, Mencía, la criatura destinada por Dios a devolver la paz a su alma y la alegría a la torre de Cortiguera! Considera además cuán frágil cosa sea nuestra viday el riesgo constante que a todos nos amenaza de súbita e inesperada muerte.

¿Qué fuera de ti en viniendo yo a faltar, si te hallares desamparada y sola en el mundo? Bien sabes que sin haber hecho daño a nadie, a sabiendas al menos, no deja de haber quien, sin tenernos mala voluntad, se la tenga bonísima a parte considerable de nuestra hacienda, y ya se prepara a movernos pleitos y demandas que, aun llevados a término dichoso, consumen y enflaquecen el caudal más pingüe. Y de su término hay que fiar poco, cuando quien lo haya de prevenir y procurar son mujeres, necesitadas siempre de consejo ajeno, débiles y mudables, y desprevenidas para ponerse a lomos de un caballo, si el caso urge, y caminar a Valladolid, y hasta la Corte misma tras de la justicia, de la cual decía tu difunto padre, que en gloria esté, que tenía pies de plomo, y no andaba sin avivarla el paso de cerca y con manos calientes, para todo lo cual servimos poco nosotras. De suerte, hija mía, que el casamiento que se te propone sería para mí certísimo descanso, y para ti satisfacción y ventura no dudosas. Has de imaginar que en negocio donde media tan respetable y cuerdo sujeto, como el abad de Santillana, no habrá cosa que sea en menoscabo nuestro, y que su palabra sola abona las prendas de quien

le fía en tan grave caso su representación y sus poderes. ¿No será para tu buen juicio de mayor peso la opinión del abad que la murmuración de ciertas lenguas más maldicientes que avisadas? Mas no quiero insistir ofendiendo tu clara razón y tus sentimientos afectuosos siempre y sumisos a la voluntad de tus padres. Te dije en breves razones, y por la vez postrera, puesto que hoy hemos de saber a lo que te resuelves, lo que uno y otro día me has oído repetirte despacio y con mayor abundancia de razones, movida siempre del deseo de acertar, ayudándote a encontrar el camino más seguro de tu ventura en esta vida y tu sosiego, y asegurarte por ella la salvación eterna.

Hízose un breve silencio, durante el cual los ojos de doña Mencía se mudaban del cabello de su madre y de su faena de atusarlos y bruñirlos a la luna del espejo, donde se encontraban con los de doña Brianda, inquisidores y fijos, y sin ser poderosos a sostener su mirada, bajábanse y caían de nuevo sobre el pelo y la faena del peinado. Habíanse encendido las mejillas de la doncella con el discurso de su madre, y ardían con el vivo color de las rojas amapolas que esmaltan en Mayo las ricas praderas del Saja.

Al cabo, doña Brianda, con acento suavísimo que oyóse apenas, continuó:—¿Qué diremos, en resolución, al abad? ¿No respondes?—Doña Mencía, callada, retorció con viveza mayor de la acostumbrada los cabellos de su madre, y sujetándolos con dos largas agujas de acero, alcanzó las negras tocas de la cabecera de la cama donde colgaban, y terminó su obra acomodándolas gentilmente en la cabeza de

doña Brianda. Luego se arrodilló a sus pies como lo hacía cuando niña para orar, y después de mirar tiernísimamente a su madre, entre risueña y azorada, escondiendo el rostro en el materno regazo, contestó:

—Yo no puedo, madre y señora, llamarme esposa de don Diego porque amo a otro hombre.

Apartó de su pecho doña Brianda el rostro de su hija; y manteniéndolo apartado con su mano, mientras de la otra se apoderaban trémulas las de su hija, mirábala como si la desconociera o intentase calar por sus ojos hasta lo más escondido y distante de su corazón, al mismo tiempo que decía:

—¿Tú amores, hija de mi alma, tú amores y tan desdichados que los celaste de tu madre, trayéndola al trance de oir palabras a que no podrá dar digna respuesta? ¿Por qué lo callaste, Mencía? ¿Por qué no hablaste como ahora, así que supiste que eras buscada y pedida en matrimonio? ¿Es tu proceder conforme a la cristiana crianza que recibiste, al linaje de donde vienes, a la ternura que tu madre puso en ti y que merecía harto diferente correspondencia? ¿Habré yo de arrepentirme de haberte amado como te amé, de haber puesto tal confianza en ti cuanta no la puso en hija madre alguna; de haber tratado contigo pecho a pecho sin secreto ni disimulación las cosas de la vida, porque no creía deber menos al sosiego y discreción que en ti advertía, de haberte dejado dueña de tu libertad, engañosamente persuadida de que tú misma eras tu mejor guardadora?

—Oigame, madre y señora—decía la acongojada Men-

cía—, óigame por la salvación de mi padre, y no adelante sospechas y reprensiones que yo no he merecido. Oígame y verá tan clara como yo la veo en los inesperados sucesos de mi cariño, la poderosa y compasiva mediación de la Virgen Nuestra Señora.

Por su ventura podía doña Mencía contar a su madre sin callar palabra la breve historia de sus dilatados amores, aquel su infantil recuerdo desconocido y latente, encendido o más bien despertado al súbito rayo de una contradicción y al amago de la violencia; el rápido incendio que abrasó su pecho, brotando del llanto de la noche precedente que pareciera deber apagarle; la entrada en su aposento del papel caído del cielo para responder a las voces de su corazón, para dar satisfacción a las desconsoladas inquietudes de su alma, para decirla que tanto no era sueño y mentida sombra su pasión, cuanto que tenía pago, y tan sincero y tan vehemente y tan cumplido y tan generoso como su inocencia y su ternura y su afán castísimo lo merecían.

Así, punto por punto, y complaciéndose en el relato como aquel que habla de lo que mejor sabe y más ama, refirió Mencía a doña Brianda sus cuidados y sucesos de la noche, y referidos, y como testimonio providencial y prueba infallida de su verdad, sacó el papel y lo puso en las manos de doña Brianda.

Leyólo ésta más de una vez sin duda, y levantándose dijo:

—¡Oh, inexpertos y mal aconsejados años! ¡Inocente y

descuidada hija mía! ¿Por dónde sabes tú ser este papel de don Alvaro y venir de su mano? ¿Conoces, por ventura, su letra? ¿Oíste que hubiera vuelto de Flandes? ¿Quién, durante su larga ausencia, medió entre vosotros para que tú hayas podido dar en tu corazón entrada a la idea de que él te amó, y aun cuando tal hubiera sido, quién pudo imaginar que no te haya olvidado? ¿Sabes tú, pobre niña, lo que son hombres mozos y soldados? ¿Qué prenda recibiste de de él, qué recado o mensajero que te lo pintara fiel a un loco sueño de su infancia?

—¿Quién otro puede escribir estas razones? — replicó doña Mencía con inocente asombro.

—No lo sabré decir, hija mía—dijo doña Brianda—; mas veo claramente que la paz y el sosiego no pueden ser de larga duración en casa donde hay hija doncella y casadera, de tales prendas cuales quiso la Providencia de Dios poner en ti. No está la tierra tranquila, pasan continuamente por los caminos soldados y aventureros, gente atrevida y desmandada. Cualquiera de ellos, camarada de don Alvaro, supo de nosotras por él, y recordando al paso, nos toma para ocasión de sus burlas e insolencias. Mira cuánto importa tener en casa sombra de varón, que ella sola aleja riesgos como este en que ahora nos vemos. Mas aunque mujer y sola, no han de hallarme desprevenida. No habrá esta noche, si lo intentan, nuevo papel y nuevo ballestazo, sin que al menos descubramos al atrevido y la razón de su atrevimiento. Yo defenderé contra quien sea preciso el respeto que se me debe. Acudiré a cuantos me deben obliga-

ciones. Si los criados no bastan, haré buscar al Rebezo y será centinela de nuestra casa.

Aquí llegaba el discurso de doña Brianda, cuando sonaron al pie del balcón pisadas de caballo y voces de gentes; de éstas, una parecía hablar con algún criado de la casa estas palabras:

—Dile a mi señora doña Brianda que los Gómez de la Torre del Casar de Periedo la besan las manos y vendrán, acabadas las juntas, a pedir cubierto en su mesa; y que puesto que ésta sepamos cuán ancha y holgada sea, no se asombre de que otros convidados nos acompañen.

Aquellas voces conocidas sacaron a doña Brianda a las celosías del balcón, como si quisiera ella misma responderlas; mas no fué a tiempo por no aguardarse los que habían hablado, y desde las celosías madre e hija vieron dos empolvados jinetes que, con sus mozos de espuela y sendos mastines, continuaban su camino por bajo de Peña-Mayor hacia la puente de San Miguel y lugar de las juntas.

Porque aquel día que de tan extraordinaria manera había amanecido en el palacio de Quijas, era el domingo citado en la convocatoria que leímos allá en la torre de Cortiguera para reunirse los procuradores de los nueve valles de Asturias de Santillana en su consistorio y tratar aquellos negocios en que estaban puestas las entonadas vanidades de don Diego, las discretas ambiciones del abad, las esperanzas disimuladas de Agustín y los deseos y curiosidades de infinitos caballeros y labradores montañeses.



XI

EMBAJADAS

A la par que las blandas tinieblas del sueño envolvían y abrigaban el gentilísimo cuerpo de doña Mencía, la luz inquieta y ardorosa del día se derramaba y metía por los claros y espesuras del paisaje que al palacio de Quijas rodeaba.

Acosados por su claridad indiscreta y delatora, y hurtándola cuanto podían sus cuerpos, habían salido don Alvaro y el Rebezo del amparo de los árboles que sombreaban la margen izquierda del Saja, y caminando río arriba, esguazándole por el vado de la Angustina, y trepando por las veredas del espeso monte, fa-

miliares al Rebezo, llegaban a Binueva, adonde los llevaba la impaciencia de don Alvaro por restituir el en su juicio mal tomado caballo, cuya restitución no había cesado de hurgarle la conciencia, sin que la calmase ni aun la hiciera dormir el gozo con que la aparición de doña Mencía en el iluminado espacio de su ventana habíale inundado el amartelado pecho.

Es Binueva un barrio del lugar de Quijas, puesto en alto, aún más arriba de la cumbre de Peña-Mayor; y en vez de la ancha carretera que hoy le cruza, no tenía para comunicarse con sus aledaños más que pindias (1) callejas, de las cuales aun se hallan trozos practicables y otros borrados por espesas malezas. Una de ellas guiaba desde la honda ribera del Saja hasta la casa del hidalgo a quien buscaban los caminantes. Era esta casa notada en la comarca por los vistosos colores de su fachada. Acaso soldados montañeses de los que militaran en Lombardía trajeron a su patria el recuerdo de los palacios vistos en aquellas ciudades famosas de Génova y Bolonia, Plasencia y Parma, en cuyos soberbios muros con diestro pincel e imaginación potente tan maravillosas decoraciones tendieron los insignes maestros italianos. Y para consagrar memorias o blasonar de mayor cultura e inteligencia, así como recuerda el niño con inhábil mano la obra de las manos experimentadas y diestras del hombre maduro, así, infantilmente, según lo consentía el arte rudo e inexperto de su pobre tierra, decoraron y vis-

(1) *Pindio*, pendiente, escabroso: dícese de asperezas y desigualdades del terreno, como de veredas y caminos.

tieron la pared solariega con arquitectónicas composiciones, fingiendo mármoles y bronces, pilastras y cornisas, columnas y arquitrabes, dovelajes y almohadillados, tiñendo en sus colores más crudos las enhiestas plumas del yelmo y esmaltando con saltones matices los cuarteles y piezas y figuras de sus armas. Fué de uso común esta galana ornamentación en la Montaña, y aun quedan ejemplares, aunque escasos, de ella, de los cuales, no muy lejos de Binueva, a la otra parte del Saja, en el lugar de Puente de San Miguel, frente a su capilla de San Pedro, puede ver el curioso uno que muestra pintada la propia fecha de los sucesos que aquí se cuentan.

El decorador de la casa del hidalgo habría sido hombre cuyos valientes ojos desafiaran al vivo rayo del propio sol, según se veían tratados los muros puestos a merced de su altisonante numen. Habíalos abigarrado fingiendo sombras y luces, juntas de piedra, vetas de jaspes, bollones y balaustres, con el auxilio de anchos trazos de pintura ocre, bermellón y verde manzana, de suerte que semejaban vestidos de aquel vario y prodigioso plumaje, porque eran entonces, y aun lo son ahora, estimados ciertos pájaros traídos de Indias, y que se vendían a buen precio en los puertos españoles a cada llegada de flota.

Había con esto, sin embargo, quien pretendía hallar concordancia y parecido entre el modo de ser del hidalgo y la iluminación de su casa, porque siendo llano y entero de alma, parecía en voces, actos y modales, descompuesto, extraordinario y brusco.

Era, por lo demás, el hidalgo, moreno y velludo, ancho de pechos, cargado de espaldas, de razonable estatura y talle, cabal salud y humor poco dado a penas, infatigable y duro a mesa puesta y jarro lleno. Entregábase la semana entera al arcabuz y al caballo, el sábado al barbero y el domingo a la siesta y los bolos, sin hacer ascos a una mano de naipes. Aficionadisimo a caballerías escritas o impresas, y más a oirlas leer que a cansar en leerlas sus propios ojos; gustaba de cuentos y consejas, y de contárselos u oírselos contar a las mozas garridas de la comarca, con quienes remedaba cuando podía las aventuras de princesas, aprendidas en Esplandianes y Belianises, imitándolas al cabo bien o mal, no en los desmesurados requiebros y sutilezas amorosas, pero sí en los embustes, rufianadas y malos pagos. Y como aprovechado discípulo de la doctrina andante, y observante de aquel breve y comodísimo código: «sus fueros, sus brios; sus premáticas, su voluntad», aborreciendo de muerte toda obligación y freno, nunca se había plegado y sometido a públicos oficios, pues su ambición y deseo de fama iban por cima o por fuera de lo legal, trillado y cómodamente ofrecido por leyes y costumbres de aquellos tiempos a los hombres de su calidad y estado. Lo cual no le embarazaba para mezclarse en todo: llevar la voz en los corros de aldeanos, pareciéndole mal cuanto veía, así las resoluciones del concejo, como las empresas y aventuras de los particulares; la roza del uno, la feria del otro; el matrimonio de éste, el testamento de aquél, y hasta las obras de la torre de la iglesia, que por entonces íbase poco a poco

edificando con grande aparato de ingenios y máquinas, maromas, piedras, tornos, aparejadores y alarifes, y en cuya inspección y crítica gastaba el hidalgo no pocas de sus ociosas horas (1).

Hallábase puesto a su balcón y entretenido en arrojar pedazos de borona a dos sabuesos que en el patio holgaban, cuando sonó el recio aldabón de su portalada, movido por el Rebezo. Ladraron los sabuesos, silbólos desde fuera el cazador, a cuya conocidísima señal mudaron de voz y se arrimaron a la puerta meciendo las colas y latiendo amorosamente; y esto le sucedía dondequiera, que no habiendo en la comarca perro de guarda o cazador que no conociese al lebaniego, con una voz, un silbo o una caricia, tenía franca la entrada que no se atrevieran a forzar hombres resueltos y armados. Salió un mozo que abrió y entraron los forasteros; a su vista los perros se repartieron, acariciando al caballo y al hombre alternadamente; y el hidalgo, sorprendido de la buena traza del jinete, quitóse de donde estaba y bajó a recibirle en los umbrales de su solar, como le parecía debido.

—¿Sois el hidalgo de Binueva?—le dijo don Alvaro, ya desmontado.

—Servidor vuestro—contestó el hidalgo—; servíos entrar y descansaréis, si habéis menester descanso.

Don Alvaro inclinó la cabeza, agradeciendo la cortesía, y continuó:

---

(1) V. nota E.

—Necesito solamente deciros dos palabras, que han de ser de mí a vos, si tenéis espacio y gusto de oirlas.

—Venid—dijo el hidalgo; y mostrando la escalera a su huéped, le condujo al aposento alto, donde ambos se sentaron.

—Sois también—continuó don Alvaro—dueño de un caballo, que os restituyo, y el cual, en una necesidad, me ha servido sin licencia vuestra, de lo cual os debo las gracias, la razón y la excusa. Vuestros ojos me dicen que no me habéis conocido: os diré quién soy, si me ofrecéis callarlo hasta que los sucesos me dejen quito y libre de tan penosa cautela.

—Vuestra es mi palabra de no mencionar a nacido nada de cuanto os plazca decirme—respondió el hidalgo, sorprendido.

—Soy—continuó el otro—Pérez de Ongayo. Tráeme a la tierra encubierto y desconocido un caso de honra, que por no ser mío exclusivamente, estoy en la obligación de callaros; fié a un antiguo criado de casa de mis padres, al que llaman los montañeses el Rebezo y vos conocéis, el cuidado de buscarme caballo que yo no podía traer conmigo; y lo hizo mintiendo sin necesidad y sin malicia, según él me ha confesado. Y porque nunca podáis imaginar que fuí cómplice de una impostura, vengo a delatarla, a restituiros el caballo y a ponerme a merced vuestra si puedo de algún modo pagaros lo que os debo.

Habíale parecido el caso muy bien y como de historia impresa al hidalgo, y pareciéronle mejor las razones breves

claras y discretas del soldado, al cual respondió, procurando aventajársele en atildamiento y cortesía:

—Bastárame oir quién sois para saber que la empresa en que venís empeñado no es en deservicio de nuestra santa fe católica ni del Estado. Y siendo así, me toca corresponder a vuestro hidalgo porte y noble franqueza con franqueza y porte parecidos. No mi caballo sólo, mi casa y hacienda son vuestras, y mi personal ayuda y la de mis criados si os son de valer. Si la causa que os trae no os obliga a andar errante y habéis menester posada, aquí la tenéis, y tan secreta, si tal es vuestro gusto, como podáis necesitarla. Os daré aposento en que viváis, armas cuando no os sirvan las que traéis, compañía si os conviene, dineros si os faltan, noticias si os importan y libertad de entrar y salir donde y cuando os acomode. Mis criados recibirán orden de ignorar que estáis con nosotros; alejaremos a los dudosos, y los que queden son tales, que aun tropezándoos en los ánditos, estancias o escaleras, no os verán ni sabrán el color de vuestro rostro. Decid lo que deseáis, y siendo cosa dentro de mis posibles, dadlo por conseguido.

Don Alvaro tendió sus manos al hidalgo, y apretáronselas uno y otro con la entereza y buen aire de sus pocos años. Habíase prendado don Alvaro de la buena presencia y abierta condición de su nuevo amigo, y a éste, en su tranquilo sentir aldeano, apenas podía acontecerle aventura de más gusto que la de hospedar a un soldado del talante de don Alvaro, venido de la guerra, buen caballero por su casa, con más su misteriosa aparecida y situación en la tierra

donde tanto valía su nombre y tal era el crédito de su casa. Mas ya de cierto no era el recíproco interés de una y otra parte el lazo que juntando aquellas almas comenzaba a ceñirlas y apretarlas: era una mutua afición engendrada súbitamente, pagada por el placer de sentirse crecer y desarrollar, sin otra ambición, mira ni deseo. ¡Años felices aquellos en que pocas palabras hacen amigos a dos que no se conocían, y aun antes de las palabras los ojos han adivinado lo que de excelente y valioso encierra la nunca antes vista criatura! ¡Oh, si la juventud tuviera para descubrir el mal y prevenirlo, perspicacia igual a aquella que le muestra el bien donde más disimulado se halla, ella fuera la edad de la experiencia, y no esta otra desengañada y triste, en que las más veces toman nombre de saber y experiencia el mal pensar y la desconfianza!

Mientras los señores hablaban, el Rebezo, arrimado a un poderoso banco de nogal puesto en el zaguán de la casa, con la brevedad y resolución de quien tiene a su merced el sueño, sin desperezarse, ni dar vueltas, ni buscar postura cómoda como suelen los que le solicitan en regalada cama y acostumbrada hora, durmióse como un bendito. Mas apenas había cuajado sueño, despertóle la voz de don Alvaro llamándole. Con igual paz y sosiego que se había recogido a dormir, abrió los ojos y puso de punta sus huesos el cazador. Y con igual paz y resignación, hablado que le hubo don Alvaro, echóse al hombro la ballesta y salió por la portalada.

Tornó don Alvaro a encontrarse con el hidalgo; tornó la

conversación de cosas de guerra, y únicamente después de reiteradas instancias del hidalgo y recobrado con un frugal desayuno, consintió don Alvaro en recogerse a descansar, rogando al hidalgo que apenas el cazador estuviese de vuelta le hiciese entrar, pues le urgían sobremanera sus noticias. Previnolo todo el hidalgo a la reserva que prometió a don Alvaro, resuelto a no abandonarle y servirle, hasta el extremo de que ya en sus adentros se obligó a un sacrificio de que harto le pesaba, a quedarse en guarda de su casa y huésped, sin asistir a la Puente de San Miguel, al ruido y concurrencia que allí habían de traer las juntas, y aprender desde luego las resoluciones y acuerdos de ellas, que tanto a todos importaban.

Y para consolarse de su propia ausencia, determinó salirse al umbral y apostarse sentado en las raíces de un castaño al paso de los transeuntes en la puerta misma de su casa, donde satisfacer su curiosidad y engañar su ayuno con preguntas y respuestas. Ni llegarse quiso a la iglesia, donde aun siendo día de descanso, no faltarían a tertuliar, según su uso, que los de su arte tienen, los maestros y operarios que en su edificación entendían.

Entretanto, se alejaba el Rebezo con las órdenes recibidas de don Alvaro y algunos dineros de su bolsa; pero en tal de tomar por los atajos para bajar al río, entróse monte arriba por lo más cerrado de él, con la seguridad y resolución de quien camina por sendero trillado y por menor conocido. Pocos pasos andados por la espesura, encontróse con un mozo de rústica apariencia, que traía colgando del

hombro una sarta de perdices; detúvole con estas palabras:

—Esos pájaros son míos, Rojo.

Y tomándoselos, púsole en las manos una moneda o las que le pareció, a lo que contestó el Rojo mirando la moneda:

—A su mandar, Rebezo.

Y apartáronse entrambos, retrocediendo el Rojo al monte y el Rebezo a buscar los caminos del palacio de Quijas: tanta mano tenía el cazador viejo con los de su oficio. Desgalgóse por la cuesta del Cincho que baja de Peña-Mayor, y apenas los Gómez de la Torre habían continuado su jornada, ya él llegaba a sombra del tejo, que engalanaba el campizo delante del palacio de Quijas. Sentóse en las piedras arrimadas al tronco y esperó. No le contentaba el mensaje que traía: parecíale mal guardada la lealtad que a doña Brianda debía, con traer a su hija papeles o recados de amores, ignorando si la madre tenía en ello gusto o noticia; pero las deudas más antiguas en que estaba con los de Ongayo, y la afición súbita y profunda que había tomado a don Alvaro, le obligaban más todavía, ayudándole a vencerse y obedecer. Hubiérase, con todo, puesto de mejor gana a cualquiera riesgo de herida o muerte por su señor, que al de lastimar el corazón de la señora de Quijas, perdiendo el buen afecto y acogida que en la casa encontraba. Angosturas de que se ven libres solamente los solitarios del yermo, que desaniman las voluntades flojas, curten las valerosas, y en el Rebezo, que tenía la suya de luengos años acomodada y hecha a todos los varios compases de la vida,

no ejercían poder fuera de obligarle al mal sabor de un amargo trago.

Sobresaltóse con todo, y no pudo esconder su sobresalto, cuando doña Brianda desde el balcón le dijo:

—Sube, Rebezo.

Subió en efecto, saliéronle al encuentro las señoras, movidas cada una de afecto harto diferente, y doña Brianda le dijo:

—¿Nos traes algo?

—Esta pobreza -dijo el Rebezo, mostrando las perdices—. Acordéme que en tal día pudieran las señoras haber necesidad de alguna cosa, y no traje más porque a la fe he andado en otros negocios que no me llevaban camino del monte. Y sin poderse contener, miró a doña Mencía, la cual, mirándole también, como si le hubiera comprendido, ruborizóse y bajó los ojos. Bajólos a su vez el Rebezo, y hubiérale asomado igualmente el femenino rubor a sus mejillas si no las tuviera curtidas y quemadas como las tenía.

—Tómalas, Mencía—dijo doña Brianda—; trae dinero y págale al Rebezo.

Tomó las perdices la doncella, examinólas obedeciendo a sus caseros hábitos, y entróse con ellas, mientras doña Brianda decía al Rebezo:

—Estoy con cuidado, Rebezo, de las gentes que andan por esos caminos, y pareciéndome poca toda cautela, quiero que pases la noche en el palacio y me hagas la guarda con mis criados.

—Señora, quedarme en el palacio no podrá ser—contestó

el Rebezo—;¿qué teme su merced? ¿Quién puede querer mal a las señoras de Quijas? Y si hubiera hombre tan malhechor que a ofenderlas se atreviese, las piedras del río, los troncos de Peña-Mayor se tornarían armas y brazos para defenderlas. ¿Y no tiene su merced hartos hombres en casa? ¿No puede traer al molinero y los caseros de arriba y gente de todas partes? Quedarme yo en el palacio, como digo, no podrá ser, y deme su merced licencia de no decir más; lo que sí podrá hacerse es que a esta o la otra hora de la noche ronde yo y venga de paso y atisbe si por estas cercanías hay, que no habrá, cosa que de sospechar sea. Créame su merced: estas noches claras son buenas para aguardar los jabalíes en las boronas o las viñas, pero no para maldades de hombres.

—¿Y por qué no puedes quedarte esta noche aquí?—replicó con levantada voz doña Brianda—. ¿Qué nuevos quehaceres son los de un hombre como tú, que vive de su ballesta y de su industria de cazador? ¿Tienes que subir al monte? ¿Vas a hacer guía a algunos cazadores forasteros? No hemos oído estos días que nadie viniese a cazar en la sierra. ¿O hay en Reocín señores cuyo servicio prefieres al de las señoras de Quijas? ¡Tendría que ver eso, mal agradecido! ¿Dónde eres mejor recibido que en esta casa? ¿Dónde hallas las puertas más francas a tu antojo y a toda hora? ¿Dónde encuentra tu caza más segura venta ni mejor paga? ¿Qué trabajo tuyo hemos sabido que no haya sido remediado? ¿Cuándo te quejaste que no hayas sido oído? ¿No te tuvimos siempre Mencía y yo por el mejor de nues-

tros criados, sin quitarte la holgura de vivir a tu libertad, ni obligarte al encierro y puntual asistencia a que los demás están obligados? ¿No fué esta casa la tuya, tu albergue y tu mesa siempre y cuando hubiste de ella menester?

En esto volvió doña Mencía, y encarándose con ella su madre continuó:

—Aquí está el Rebezo, hija mía, que se niega a servirnos. Dale, dale lo que es suyo; váyase con la paz de Dios donde su gusto le lleve, y no parezca por aquí mientras no le traiga tal necesidad que ningún corazón cristiano pueda excusar su remedio.

Alejóse con visibles muestras de enojo doña Brianda, en quien, como es costumbre, la bondad de entrañas no excusaba el natural orgullo de su sangre, herido de hallar contradicción desusada en hombre de bajo linaje, y de quien continuamente disponía sin consultarle la conciencia ni el gusto.

Quedó el Rebezo, cual es de imaginar, atribulado y confuso entre los varios sentimientos que dentro de su pecho combatían. ¿Cómo ofrecerse a lo que doña Brianda pedía sin saber la necesidad que de su presencia y su persona podía tener don Alvaro? ¿Cómo resistir las razones justas, razones en que la señora le recordaba sus estrechas obligaciones para con ella, y más cuando su conciencia le decía que andaba expuesto a pagarlas de mala manera, por lo cual era mayor la estrechez y urgencia de aquellas obligaciones? ¿Cuándo había estado en más precisa contingencia de servir a quienes en tanto derecho estaban de reclamar sus servicios?

Doña Mencía, adivinando su pena, miróle compadecida.

—¿Qué pasa, Rebezo? ¿Qué dice la señora?

El Rebezo, mirando alrededor como quien teme, acercóse más a doña Mencía, y en voz muy queda, dijo:

—Don Alvaro está en Binueva; quiere hablar a su merced y verla en su solana esta noche, o donde mejor su merced dispusiere.

Palideció la doncella, llevóse la mano al corazón, a tiempo que de nuevo parecía doña Brianda en la estancia, con lo cual toda su sangre juvenil y ardorosa pareció agolparse a las encendidas mejillas de doña Mencía.

Doña Brianda traía en la mano la saeta entrada en el palacio por tan inesperado modo en la noche precedente; mostrósela al Rebezo, diciendo:

—Tú eres práctico en armas; ¿pudieras decir, con vista de esta jara, cuya es, quién la disparó?

—Señora—contestó vacilando el Rebezo—las jaras se asemejan todas. Esta, bien examinada, parece de cazador; las de soldado suelen traer otro hierro; vea su merced el degüello del casquillo donde se ata el lino para enarbolallas; pero decir a cuál cazador pertenece, fuera averiguar de cuál castaño es caída la hoja que se lleva el Saja; no hay quien dispare a res o alimaña en los nueve valles que no las gaste iguales. Vea su merced las mías: iguales de todo en todo; y está la saeta razonablemente hecha; bien pesado el casquillo y las barbas puestas de manera que volará con el aire y presteza de un neblí.

—¿Será tuya la jara, y habrás sido tú quien la disparó?—

dijo doña Brianda al escuchar al cazador, recordando súbitamente, como antes lo había recordado doña Mencía al oir su nombre, su antigua estancia en la casa de Cortiguera y la fama de su devoción absoluta y completa a los Pérez de Ongayo y comprendiendo que no erraba su hija en atribuir la carta a quien su firma decía—. ¿En servicio de quién y para qué fin la disparaste?—repitió doña Brianda, clavando sus ojos en los del Rebezo con resolución y enojo tales, que le forzó a poner calladamente los suyos en el suelo, vencido y falto de voz y de palabras.

No hubo menester con esto la señora de Quijas más menuda razón del cazador; a tenerlas de buena casta y legítimas para defenderse, hubiéralas declarado con su llaneza acostumbrada. De lo que no tenía costumbre era de verse puesto entre dos obligaciones, y no pudiendo satisfacer a entrambas, escudarse y cubrirse de las querellas y acusaciones de la obligación agraviada con sutiles y peregrinas invenciones del ingenio. Hallóse cogido, y allá en sus adentros hubo de recordar penosamente y compadecer aquellas salvajes alimañas del monte, a las cuales tantas veces trajo a la muerte, cogiéndolas las salidas de sus camas y guaridas, obligándolas a inútil y desesperada defensa. Nunca él tuvo vulpeja acosada y envuelta como le tenían a él las palabras y las miradas de doña Brianda.

—Ve adentro, hija mía—continuó la enojada señora—, que me duele que sepas cuán engañadas hemos vivido en la fe de tan mal hombre. Ve a entender en lo que importa para el mejor servicio de nuestros huéspedes de hoy. Mira qué

día escoge el cielo para traerme nuevos cuidados y graves sospechas. Mas yo las averiguaré, y pondré orden en que no entre más de esas puertas adentro quien así paga la buena acogida, sirviendo a manejos y artes que, sabidos y publicados, pusieran la honra de mi casa cual Dios nos libre.

Ya desde sus primeras palabras había obedecido la sumisa doncella, no sin pesarle en el alma de la mala suerte del Rebezo, ni sin lágrimas en los ojos por la propia escasa ventura. Y solos la señora y el cazador, sin dejar a éste espacio de prevenirse, ni vado para escaparse, fingiendo adivinar su secreto, martirizando su lealtad, acosándole sin duelo la conciencia, obligóle doña Brianda a confesar la llegada y cercanía de don Alvaro, su asistencia con él y las aventuras de la noche precedente. No lloró el Rebezo, porque había tiempo que los años y la experiencia le habían secado las lágrimas; pero, si pudiera pintarse en forma material y visible una alma, viérase la suya en aquellas torturas bárbaras, en aquellos estremecimientos, desmayos, convulsiones y agonías en que pone sus desollados mártires el asombroso pintor Ribera. Condenaba su flaqueza, su poca lealtad con don Rodrigo y don Alvaro; sentíase crudamente martirizado con la idea de la mala cuenta que iba a darles a uno y otro de la confianza en él puesta; arrepentíase de sus confesiones; diera su alma por recogerlas y borrarlas; diérala, sobre todo, por haberse hallado en aquellos días fuera y lejos del valle de Reocín, en los desamparados ventisqueros de Andara o en las frías cana-

les de Peña-Vieja, o a esta hora con un recio cudon al cuello en lo más hondo del cauce del Saja.

Cuando informado su enojo, despidióle doña Brianda con sentencia fulminada de su cólera de no presentarse más en el palacio ni en buena ni en mala suerte, dolíale al honrado Rebezo el alma con inusitado dolor, y por lo inusitado más agudo e incurable; cogíale desprevenido y nuevo en resistirle o remediarle. Había tenido penas, había sufrido con sufrimientos diversos, sabía lo que fuese hambrear, padecer, errar y enmendarse, caer y arrepentirse; ignoraba lo que fuese obrar mal, habiendo sido traído al doloroso paso de su mala obra por la fortuna, contra la cual no tenía armas ni defensa. ¿Qué le servían su agilidad y su nervio? ¿Qué su fuerza y su destreza, su impavidez y su audacia? ¿De qué provecho le era el estar endurecido contra la intemperie, no conocer la fatiga, ser dueño de su cuerpo y no rendirle sino cuando la voluntad no había menester de él? ¿Qué valía aquella ballesta famosa, aquella obra única del Sordo de Zamora, tan ponderada y puesta por las nubes horas ha, y ahora tan inútil, cuando no fuera más justo apellidarla alevosa y traidora con su dueño, pues de su ejercicio venían las angustias y aprietos presentes? Así, al bajar los anchos pasos de la escalera, llevábala en sus manos el Rebezo y la miraba atenazándola entre sus duros dedos, dudoso entre echársela al hombro o arrojarla y romperla en la primera roca que hallase a su salida.

Distrájole el rumor de una puerta; miró y vió salir de la despensa, sita al fresco dentro del portal, en el piso bajo

del palacio, a doña Mencía seguida de una criada, que traía vasija y viandas deštinadas a la cocina y mesa del palacio. Doña Mencía dirigióse a encontrar con el Rebezo; la criada, acostumbrada a la amistad y confianza de sus señoras con el cazador, dejólos, pasó adelante y tomó la escalera.

—¿Qué te ha dicho la señora, Rebezo?— preguntó con ansia la doncella.

— Hame despedido y dicho que para mí se cerraron las puertas de esta casa.

—¿Y qué vas a decir a don Alvaro?

—Decirle he el mal cumplimiento de su mensaje, y cómo fuí cobarde con la señora, no sabiendo celarla, como era mi deber, la venida de don Alvaro y lo que sabía de sus propósitos; y hecha esta confesión de mis pecados, diréle lo que su merced me mande decirle, si algo me manda.

—¡Cuánta desventura, Dios mío! ¡Pobre Rebezo!—contestó doña Mencía con azorada voz y movimientos, porque realmente estaban en paraje donde no cabía hacer muy larga la conversación sin verla interrumpida, siendo el paso y entrada de la casa, abierto además sobre el camino, a la vista y curiosidad de los pasajeros.

—No le digas nada—continuó la afligida doncella: — dile que se guarde de todo lo que fuere en ofensa y disgusto de la señora, que nada pretenda contra su voluntad.

—¿Y estará su merced en la solana a hablarle esta noche o en dónde?

—No, Rebezo. ¡Ay de mí! Díle que soy la mujer más des-

dichada de toda la Montaña. Adiós, Rebezo, no te olvides de mí, no te olvides de nosotras.

Habíale siempre tenido infantil afición la niña al cazador, el cual se la pagaba; más ahora, que lo imprevisto, y en su ánimo inocente invencible de los obstáculos a su bien nacidos, venía a ser pábulo e incentivo de su pasión, poderoso viento que de la tranquila llama engendraba pavoroso incendio; el Rebezo, único involuntario confidente de sus amores, compañero fiel y constante de su amado, internábase en el afecto de doña Mencía, cobrando en su corazón el lugar que los corazones apasionados y tiernos dan a cuanto pertenece al ser que aman, o le sirve, o hace morada con él, o puede mirarse en sus ojos y hablarle, y dejarse arrullar por el deseado sonido de su palabra.

Tornó el Rebezo a subir la encaramada cuesta del Cincho con harto distintos pensamientos y menos ágil pie que la bajara poco antes, y sintió, a pesar de las preocupaciones dolorosas de su espíritu, agobiado el cuerpo y cansado el aliento por la extraña atmósfera y denso calor del día. Y apenas llegado a las cumbres de Peña-Mayor, miró al solano, en son de interrogar a las lejanas cimas de los montes que de muy antiguo respondían con las mudanzas de sus celajes y sus ocultaciones y sus despejos a su curiosidad aconsejándole y siempre con acierto, unas veces parar el paso camino de despoblado, recogerse a su albergue y dejar para otro día sus monterías, otras empeñarse sin recelo en largas jornadas cuya fatiga menor era dormir al raso. Y vió ligeros vapores agarrados al árido Pico-Giniro,

centinela de los valles de Cayon y Carriedo, que mira con envidioso ceño las fértiles lomas que suben a la famosa vega de Pas; y que más cerca, no ya en sutiles y dispersos vellones, sino en denso y oscuro tropel, caían nubes a cubrir la enhiesta capucha de monte Dobra, hito que marca el postrero derrumbe al mar de los montes cántabros por la rota cuenca del Besaya. Y trepando todavía a los cerros de Binueva, mirando al ábrego, buscó en vano la gigantesca cordillera en que Peña-Sagra dibuja sus agrestes y desiguales picos, Boquerones, el Potro, el Cuerno y las Asegadas, Picoparadis, Sierra Loboría, Tarbuey y Cordangas. Nada se veía, disimuladas y cubiertas las peñascosas cimas por otras postizas cimas de blanquecina y espesa niebla, sobre la cual, en implacable calma, lucía el profundo azul del cielo.

Cuando llegó a Binueva, halló al hidalgo a sombra del castaño, despojado de su jubón, y tan molestado del calor como él venía.

—Hoy se asan los pájaros, Rebezo—dijo el hidalgo.

—Ya se mojarán antes de que llegue la noche, señor—contestó el cazador; y entrose adonde don Alvaro dormía.

Más poderosas la juventud y la fatiga que las amantes inquietudes, habían rendido a don Alvaro. Era su sueño, sin embargo, sueño de soldado, que, con parecer profundísimo, deja siempre despierta alguna facultad secreta del espíritu, y pronta a responder al más tenue rumor cuando no al golpe del atambor o a la voz del clarín. Así despertó apenas ovó sonar la puerta cerrada por el Rebezo.

Algo le calló el Rebezo de su conversación con doña Brianda, y fué la escasa voluntad hacia don Alvaro y sus pretensiones, manifiesta en no pocas palabras de la señora de Quijas; mas no dejó razón por decir de cuantas oyera a doña Mencía, ni pormenor de su porte, acciones y semblante mientras estuvo presente a su vista, de que no diese noticia puntual al enamorado caballero.

Parecióle a éste no haber entendido bien lo de la negativa y resistencia de doña Mencía a la cita solicitada; encendiósele el rostro, inquietáronsele los ojos, suspiró profundamente e hízole al Rebezo repetir aquella parte de su cuento. La cual, después de oída de nuevo, no acertaba a explicársela ni conformarla con la asomada de la doncella la noche antes en su ventana a la llamada del volador papel. Y turbándosele la razón, herida su fe, y aparecido el desengaño, a punto estuvo de dejar caer y arruinarse los alcázares que sobre el viento de su esperanza tenía edificados su imaginación, si no acudiera a sostenerlos y afirmarlos aquel instinto o revelación natural en los buenos y leales amantes, que trocando su valor a las palabras, dásele no pocas veces opuesto y encontrado al que para oídos yertos y vulgares tienen, con lo cual pueden ellos, y no se recatan mucho de ejecutarlo, hablarse y entretenerse de sus más recónditos pensamientos en presencia y audiencia de quien menos se percata de ello. Y este entender y tomar del revés los vocablos y acertar con ello, repítenlo en pensamientos y en obras con igual felicísimo resultado, dando ocasión a que las gentes de pacífica y gla-

cial condición los acusen de estrafalarios, desacordes e inconsecuentes, cuando siguen y obedecen a la ley más rigorosa, estrecha y tirana a que obedecen nacidos: la ley del sentimiento.

—No faltaré yo esta noche al pie de las celosías de doña Mencía—dijo soltando la voz a su más escondido pensamiento don Alvaro, luego que hubo terminado su relación el Rebezo.

—Mala será la noche para requiebros y amores, señor—contestó asombrado el Rebezo—, porque será noche de agua.

—Las del diluvio no me harían cejar en mi propósito de ver y hablar a doña Mencía, dejándole tan mala idea de un soldado español que, temeroso de mojarse, faltara al pie de sus balcones.

—No parecerá ella en ellos que, amén de haberlo dicho, entrará el aguacero en la solana, como suele, sin dejar parar a nadie en ella.

—Esas son cosas mías: ve y descansa si lo has en voluntad, que yo no he menester más de ti.

—No está para mí el descanso ahora—dijo moviendo tristemente su cabeza el Rebezo—. Recogerme y saltárseme los sesos a puro cavilar, sería todo uno. Quebrárame yo antes andando las piernas para ver con ello de llamar el sueño que me adormiera esta comezón que traigo en el alma. Y pues su merced me da licencia para ello, a la puente voy, donde alcance remedio por ventura. Allá querrá Dios que tanto ir y venir y el tumulto de gentes y lo

que de impensado se oiga o acaezca, hágame pasar este tósigo, o aprender cosa que pueda sernos de provecho.

—No quería yo mandártelo teniendo en cuenta tu cansancio—dijo don Alvaro—; ve, averigua, escucha, trata de saber si anda ya en lenguas de las gentes el estado de las pretensiones de don Diego. Recelo yo que algo tiene que ver mi hermano en la mala acogida y rigores que de doña Brianda experimentaste. Si la voluntad de doña Mencía está conmigo, tengo obligación de servirla, ayudarla y defenderla contra sus propios mandatos. Su bien ha de ser mi norte, la paz de su alma enamorada, el fin y término de mis hechos y palabras, de mi vida entera. ¡Ay de quien use mal con ella! ¡Ay de quien la persiga y tiranice! Anda, Rebezo, y cuenta que esta noche se decide mi suerte.

Realmente, ¿qué otra compañía necesitaba don Alvaro, teniendo consigo la de su propia felicidad? Hubiérale gustado departir con el Rebezo, ocuparse con él en las cualidades y prendas de doña Mencía, renovar el diálogo de la noche precedente, contarle de nuevo su ausencia y pensamientos, sus cuidados y temores, sus propósitos y esperanzas, seguro de hallar a todo su cuento por dilatado y minucioso que lo hiciera, atentos el oído y el corazón del honrado cazador. Pero tenía ahora más interesante asunto, otras alegrías, otra causa y objeto de conversación e íntimo coloquio. Tenía que hablar consigo mismo de las realidades de sus sueños, soltar las alas al corazón y volar con ellas a los más altos y escondidos cielos, abrir las puertas a la fantasía y dejar entrada al risueño tropel de las visio-

nes halagüeñas y luminosas. Sucede al hombre con las dichas grandes e impensadas lo que al niño goloso, a cuya merced se pone un plato de golosinas, mayor acaso de lo que su apetito consiente, que es quedarse embargado del gozo, no saber por dónde encentalle, y darle vueltas largo tiempo sin atreverse con él hasta que con brusca embestida lo desbarata y principia, si ya no es que, arregostándose con fruncido labio, pulida lengua y escrupuloso gesto, lo ataca, pellizca, lame y paladea, proponiéndose hacerlo durar más allá de los alcances de su apetito.

No acertaba don Alvaro a pararse en uno de los puntos de su fortuna para ir desde allí poco a poco y ordenadamente saboreándolos todos. Quería detenerse en el de la dulce correspondencia de su amada, imaginándosela en su soledad única y profundamente ocupada en él, en adivinar y seguir sus pasos, en penetrar sus pensamientos, tiernamente arrullada por su cariño, descansando gozosa en él de zozobras y temores, pidiendo consejo a su propia ternura para amarle con mayor desinterés y mayor vehemencia cada día; y súbitamente atropellábasele el pensamiento, y saltando tiempos y confundiendo imágenes, se representaba a sí propio dueño ya de la amada doña Mencía, señor de su vida y de sus horas como lo había sido antes de sus pensamientos, y gustaba con ella la paz de su hogar risueño y tranquilo, la calma y alegría de sus días, el sosiego y el amor de sus noches, los domésticos afanes, las íntimas palabras, las dulces confidencias, su tranquilo señorío sobre aquella alma suavísima, los hechizos de su memoria,

las interrogaciones de su entendimiento, el sumiso apego de su voluntad y el incomparable deleite de convertir aquel señorío en mansa esclavitud y abatimiento, empleando la propia experiencia y ánimo en prevenir las quejas de la esposa, afirmar su confianza y ahuyentar sus temores, en hacer su vida fácil, dichosa, serena, espantando toda ocasión de pesar y haciéndolas nacer continuas y numerosas de enternecimiento y gratitud, de bendiciones para Dios y para la hora en que dió nacimiento a aquella inclinación y la santificó haciéndola dichosa.

¡Oh, y cómo se pintaba su imaginación aquellos lugares que habían de verlos a entrambos unidos, amantes y dichosísimos, siendo envidia y cuento y admiración de la comarca! ¡Qué luces derramaba en los entristecidos y obscuros aposentos del palacio de Quijas! ¡Con qué colores vestía las frescas orillas del Saja, sus árboles pomposos, sus claras aguas, el limpio espumar de sus rabiones, la paz profunda y quieta de sus remansos! ¡Qué armonías hallaba en la voz plañidera o provocadora de la corriente, en el paso del viento por la mies y la pradera, en las mudanzas y cantos de las hojas! Y retrocediendo de la visión de lo futuro a los usos y necesidades de lo presente, poníase a pensar que, como al Rebezo le dijera, aquella noche iban a decidirse su suerte y su vida. Doña Mencía había de resolver en ello. Doña Mencía le diría llanamente su afición y los propósitos de doña Brianda. De ella sabría qué esperanzas podía tener don Diego, si era su pretensión amparada por la madre contra la inclinación de su hija; y propuesto, como

había dicho antes al Rebezo, en proseguir aun contra la voluntad de ella el bien de doña Mencía, que, enamorada de él, no podía ser otro que el logro y término de sus honestos amores, resolvía proponerla los medios de persuadir la voluntad a doña Brianda con ruegos y lágrimas, si era preciso, y cuando nada con ella se alcanzase, o por no ver con buenos ojos a don Alvaro, o porque pusiese empeño en el triunfo de don Diego, tratar de vencer la resistencia de doña Mencía a dejarse sacar de su casa, cautelándose con la aprobación y ayuda de Fray Rodrigo, para hacerla su legítima mujer, consagrando su matrimonio. Y cuando nada bastase y todo fuese inútil, arrojarse resueltamente entre su hermano y su amada, asaltar el palacio, en cuya empresa se prometía la buena asistencia del Rebezo y la del hidalgo de Binueva y sus criados, y robarla con escándalo de toda la tierra, pero con satisfacción de su pasión intensa, contrariada y viva.

Mientras que así a sus solas se exaltaba y entretenía don Alvaro, pareciendo a intervalos que su cuerpo se dormía, cuando más vigilante y despierta estaba su alma, comenzaba a aburrirse fuera el hidalgo; y se aburría porque no pasaba alma viva por frente su puerta, entre ella y el castaño a cuya sombra estaba, que no se extrañase de verle así tan pacífico y quieto, habiendo abajo en el puente arma tan poderosa sobre la curiosidad y el ocio de todo buen hidalgo montañés, como la que a todos llevaba por aquel camino, aun desde los altos de Helguera y caseríos desparramados por la sierra de este apellido.

Curiosidad tenía y no floja, y crecíale la curiosidad con ver pasar el tiempo y las gentes y dificultarse más su satisfacción, como le crecía la impaciencia con las preguntas, no siempre atinadas, aunque no siempre maliciosas, de los transeuntes. ¿Qué les iba ni venía a los aldeanos en que el hidalgo acudiese o no a Puente San Miguel?

Llegó un viejecito, paróse, y quitándose la montera pasó un paño por la mojada frente.

—Milagro que su merced se está por acá sin bajar a la Puente San Miguel—dijo—. Verdad que está guapamente aquí a la sombra. Majo castaño es éste—añadió, mirando a la copa del árbol.

—¿Y tú vas al Puente, Antonio?—contestó el hidalgo.

—¿Y quién no? ¿Quién queda en casa, no habiendo, gracias a Dios, qué hacer? Diz que la junta va a ser sonada. Vamos, que habrá sus más y sus menos, porque no todos los procuradores van a un son. Ello mejor lo sabrá su merced. Estos días el mayordomo del señor Duque subió de la Vega para San Benito, y diz si iba aquí, si iba allá, por mor de hablar con éste o con el otro, al aquel de que digan amén a lo que se propusiera en nombre del señor Corcuera, que está de general en las Cuatro Villas. Allá estuvo, bebió un vaso de agua, preguntó cómo andaba la yerba ogaño, y no dijo más. Y si el señor Duque ha puesto su punto en ello, cátamelo a su querer, que tiene el brazo muy largo, y acá no hay señor que se le ponga enfrente.

—Dios sabe si le hay, Antonio,—contestó el hidalgo—; en pecho y en puños, señores tiene la Montaña que se ponen

con el más pintado de la Corte. Y en punto a entendimiento, si ellos quisieran, como de muchos se sabe que no quieren mezclarse en usos de gobierno y política del Estado, ya veríamos quién ponía más alta la raya.

—Bueno está, señor—dijo el viejo—; pero de aquí a que se mezclen, el que anda en ello es quien se lo lleva. Allá el licenciado de Ruseñada diz que hará, que acontecerá; él tiene buen decir, y una retentativa que estaráse un hora hablando sin faltalle qué; y ¡qué montón de libros hay en aquella casa! y es mozo para mucho, y que no le espantan juntas, ni procuradores, temo yo, ni duques. El es de parecer que alguna vez se ha de decir que nó a tanto pedir de los señores de la corte, del Rey y de su Consejo, cuando gente, cuando dineros, sin que ello sea rebeldía, que ahí están las ordenanzas, que él las deletrea y explica que da gloria, y o son ley o no son ley, y si son ley, cúmplanse, sí, señor, y si no lo son, echallas en la lumbre. Pero como ello a la postre ha de ser contar pareceres tantos de aquí, tantos de allá, verá su merced cómo son más los que se van con el señor Duque. Yo, rudo soy y no sé de letra; mas tengo acá para mí que los señores y pudientes de los valles, puestos a una y de concierto, habían de poderlo todo sin que vinieran de Madrid a gobernallos; pero así andan ellos entre sí, como vamos a ver ahora. Aunque muchos acudirán sin tener entrada ni voto en la junta, y se verá lo que valen con presentarse. Líbreme Dios de ofendellos; pero diputado habrá a quien con hallar a este o al otro sujeto a la puerta del Consistorio y escuchalle un besamanos y reci-

bille los buenos días, se le truequen y muden de todo en todo el parecer y la voluntad que traía apañaducos y puestos en el seno. Y así me guarde el Señor San Benito que el que de lo suyo se aparta y lo halla luego menoscabado o no lo halla, no tien que querellase; y hacerse el agachadizo por mor de un turbión, no es ley de cristianos ni de señores. Conque, ea, que es tarde, y yo he de volver a casa para la mediodía. ¿Manda algo su merced? Con Dios y hasta otra vista.

El razonamiento del aldeano había sido claramente entendido por el hidalgo, el cual, no teniendo en la propia elocuencia aquella confianza que tenía en sus puños y en sus pies, no se había atrevido a interrumpir al viejo Antonio, por temor de venderse y declarar, acaso involuntariamente, la causa poderosa que le ataba a las puertas de su casa.

Pero le hurgaba y escocía ser tenido en poco entre aldeanos, a cuya consideración y respeto pretendía, con el indiscutible derecho de su apellido, diciéndose o pensándose de él que huía temeroso, de un desaire, las ocasiones de probar su importancia y su valía. Esto de que su presencia en la Puente San Miguel, sin otra obligación ni empeño, pudiese y pesase en los ánimos y acaso en las resoluciones de los procuradores, parecíale comodísimo, lisonjeándole además en extremo, porque era triunfar improvisadamente y en virtud de sus títulos y merecimientos personales, no por efecto de haber preparado lenta y penosamente los caminos y granjeádose con dilatados y continuos trabajos de una u otra especie, como pudiera quien valiese menos, las

voluntades. Comenzó, pues, a pesarle el voto mental de abstinencia y reclusión que había hecho, y al mismo tiempo, como siempre acontece, a discurrir en los medios de aliviarse de él sin descrédito de su hidalguía ni cargo de su conciencia. No era fácil empresa para su espíritu tardo y poco ducho en sutilezas y rodeos. Tales pretextos le ocurrían, que aun a él mismo parecíanle groserísimos y de tosca urdimbre; y de suerte se impacientó con su poca maña, que se alzó de donde estaba y entróse la portalada adentro, huyendo de que el paso de nuevas gentes y nuevas interrogaciones y nuevas extrañezas de verlo lejos de la nombrada puente y junta, acabaran de encenderle la sangre, sacar de quicio su deseo y desesperarle. Y entrado y ya vencido, imaginó que lo mejor que hacer le estaba para salir de su cuita era buscar remedio en quien la ocasionaba; y llegándose a su huésped, pedirle licencia de apartarse de él y descuidarle por algunos momentos.

Y dicho y hecho: entróse al cuarto de don Alvaro, el cual, de pronto, le agradeció poquísimo su sorpresa y visita; mas luego que estuvo enterado del objeto de ellas, con grandísimo gozo de su alma y las mejores razones que halló, no solamente dió licencia de ausentarse al hidalgo, sino que se lo rogó encarecidamente y como el más grande favor suyo en aquella hora.



XII

PUENTE SAN MIGUEL



CON llamarse historia este libro, es tan desdichado en punto a aclarar obscuridades históricas y desvanecer confusiones de antiguas cosas de la Montaña, que no sabe responder a quien viniere a preguntárselo, cuándo y cómo aquel lugar del valle de Reocín, que hoy se dice Puente San Miguel, trocó por este nombre el suyo anterior de Bárcena de la Puente, con que era conocido allá por los siglos décimoquinto y décimosexto, cuando el valle y sus aledaños disputaban su dominio a la poderosa casa del Infantazgo, queriendo mejor ser del Rey que del magnate.

No muchos años anteriores a los acontecimientos aquí referidos hubieron de ser el trueque y mutación de apellido, porque en los de 1648, si las actas de las juntas generales de los valles rezan ya ser celebradas en el lugar de la Puente de San Miguel, el padrón de moneda forera de igual año en que los valles informaban al Rev del haber de sus moradores noblcs, hijosdalgo y hombres buenos, pecheros simples y cuantiosos, suena todavía ajustado al lugar de Bárcena de la Puente. Papel hay en que largamente se pone Bárcena de la Puente de San Miguel; mas hubo de parecer a los amanuenses y escribanos públicos—y con razón—sobrado extenso para muy repetido, y llevados de espíritu de comodidad y ahorro, y también en alguna manera de gusto por lo nuevo, poderoso siempre en la humanidad, cortaron el dilatado nombre, omitieron la parte usada y trivial, común a tantos otros lugares de la Montaña, y quedáronse con lo novísimo y lisonjero, con lo que titulaba al lugar como titulaban al caballero su condado o baronía, apellidándose el conde o barón del paraje de su hazaña o de su hacienda, y la aldea de las fábricas que la ennoblecían y afamaban, ya erigidas para el bien común y mecánico servicio del hombre, ya para su devoción y asistencia en dolores y trabajos (1).

A la entrada de su término, como pudiera un caballero a la entrada de su solar, tiene el pueblo los cuarteles de su escudo, no figurados y supuestos como los pintados en eje-

(1) V. nota F.

cutoria o grabados en anillo, sino reales y verdaderos en su propia natural y expresiva apariencia, con su color de siglos, con el artificio de sus labores y perfiles, tales que hoy palpa el aldeano allí donde palpó las piedras el cantero que ochocientos años ha las tallaba y reunía, y dispuso su ajuste y encaje. Allí está la ermita de San Miguel, flordelisada la cruz de su espadaña, para que cavilen e indaguen arqueólogos si tuvo que ver su fundación y pertenencia con religiones o caballerías de las que igual símbolo tomaron por insignia y bandera; allí el hospital, del cual, los libros de cuentas hasta nosotros llegados no dicen el origen e importancia, si abrigaba peregrinos o enfermos, aun cuando la cortedad del edificio pone en claro haber sido en cortísimo número a la vez; allí el puente, que salta en tres trancos el Saja y con la soberbia altura de sus cimbras, desafía las desaforadas crecidas y estupendas cóleras del río (1).

Y bien valía el lugar las fatigas y estudios de un historiador montañés, pues desde allí fué largos años gobernada y regida por sus procuradores parte muy principal y considerable de aquella antigua tierra en Castilla llamada de Peñas-al-Mar, tierra tan fatigada por el ánimo inquieto de sus naturales, los derechos encontrados, las jurisdicciones varias, las leyes muchas y confusas, mal obedecidas las nuevas y olvidadas las antiguas, como fatigado fué su suelo, y en ello halló gala y en ello tiene su hermosura, por las

(1) V. nota G.

hondas convulsiones de su nacer. La casa comunal donde aquellos procuradores asistían a su obligación, derribáronla o la dejaron caer los pueblos luego que no les hizo uso, porque los modos de gobierno se cambian y se cambian con frecuencia, por más que no mude y sea perpetua y duradera la ley de necesidad en que los gobiernos estriban y de donde toman vigor y substancia.

No cayó la ermita, ni cayó el hospicio, aun cuando hayan mudado de destino, como si quisieran decirnos que entre lo transitorio y mudable de los hombres, siempre quedan en pie dos cosas, su dolor y su miseria, la necesidad de orar y la obligación de sufrir, y acabándose entre nosotros estilos y opiniones, el gusto por la libertad y el amor al gobierno, no se acaban los necesitados ni los afligidos.

El consistorio o casa de juntas de los nueve valles de Asturias de Santillana, era un edificio rectangular de mampostería, sin más pisos que el piso llano alzado dos tramos o escalones sobre el suelo, y cubierto por un tejado de cuatro caídas, sobre cuyo vértice coronaba la obra del arquitecto y las deliberaciones de los allí ayuntados una cruz floreada de hierro forjado. Entraba la luz por dos rejas cuadradas a Oriente y Poniente, y por la puerta que miraba al cierzo abrigada bajo de un voladizo apoyado en dos recios postes de piedra. A mano tiene el curioso, si gusta, medir el breve espacio que el Capitolio montañés ocupaba, puesto que en la margen izquierda del Saja se notan y yacen señalados todavía su planta y cimiento. Pobre y ruda fábrica, en cuyo recinto con más amor se defendieron acaso

las libertades montañesas que en otros palacios espléndidamente artesonados y de bronces y mármoles vestidos; donde durante siglos se agitaron las pasiones de nuestros mayores, teatro de su vida política, campo de su astucia y sus rencores, de sus envidias y dolos, como de su grandeza de alma, de su cívico valor, de su asombrosa inteligencia y maña para las orales y políticas contiendas.

En los solares talados por justicia solíase alzar una cruz de piedra en señal de cubrir y santificar memorias, ya que no reliquias humanas: aquí pasó la inexorable justicia de los siglos, dejando vasta ruina de cosas invisibles, mas no padrón que las recordase: ¡cómo cuidarse de conservar memorias nuestra edad, que se despoja de cuantas puede, como si temiera su peso para luchar con el porvenir que la incita y llama, y al cual ella teme a la vez que le provoca y desafía!

Dentro del consistorio no había tabique ni estancia; ocupaba la nave una larga mesa de castaño, o más bien dos o tres mesas de castaño, con sus bancos de lo mismo; detrás del lugar presidencial señalado por un sillón de la propia materia que mesas y bancos, colgaba un Cristo de madera pintada, y ese era todo el atavío y pompa de la sala consistorial. Ni baquetas, ni molduras, ni brocados, ni un cofre, ni un arca, ni un bufete; el archivo guardábase en la vecina ermita de San Miguel, costumbre de tiempos en que el lugar menos ocasionado a rapiñas y desmanes era el lugar sagrado, por más que no lo fuera siempre.

Más allá del consistorio, río abajo, extendíase un roble-

dal espeso que se derramaba por la sierra Gallina, escueta y pelada ahora. A sus troncos amarraban sus caballos los montañeses que no querían pagar en el mesón estaca y pienso.

Mesón lo tenía rotulado su dueño, lo cual era más retórica que verdad, porque con llamarlo venta y no de las mejores, pusiérase y estuviera en lo cierto. Ello servía a su fin, fin laudable y santo, el de «dar posada al peregrino», aunque en la ejecución de la obra su santidad fallase, puesto que el mesonero hacíala pagar a buen precio y aun tenía nombre en la tierra de desollar vivos a sus huéspedes. En esto han cambiado poco los tiempos y las costumbres: siempre que la industria humana echa un puente sobre un río en camino pasajero, lo primero que a inmediación del puente nace es una casa, llámese parador, posada o taberna, donde los caminantes posen, coman y beban. Como si fuera el agua su natural enemigo, el hombre al encontrársela se detiene, antes de llegarse a ella descansa y cobra fuerza, y no embiste a salvarla, aun cuando le aseguren recias pilas y firmísimos arcos de piedra, sin lastrarse primero pidiendo ánimo y resolución al vino.

Domingos y fiestas de guardar tenían allí su corro los aldeanos de las cercanías, y en días de juntas y juntas extraordinarias como las presentes, la actividad y ruido del mesón eran notables. Vez hubo de no quedar hueso de pernil ni espina de abadejo de los que colgaban en sendas escarpias al humo de la chimenea y al apetito de los pasajeros; mas no había memoria de haberse jamás secado los

henchidos pellejos de donde escanciaba el posadero su tinto añejo a los comensales. Sabíase el secreto de tal abundancia, y acaso de entonces viene esta copla, que todavía suele oirse en los caminos de la Montaña:

> Tiene la tabernera
> sortija de oro:
> el agua de la fuente
> lo paga todo;

y en opinión de muchos era calumniar a sabiendas al vino, achacarle las camorras y palizas que no pocas veces traían, aunque por punto general ya tarde, a la puerta del mesón turba de porquerones, escribanos y alguaciles.

Lo sediento y caloroso del día prometía escaso vagar a las laboriosas entrañas de los pellejos de donde había de salir el refrigerante y confortativo de tantas fauces secas y tantas gargantas abrasadas, y no mayor a la sartén única donde entraban a purificarse por el fuego y celebrar su íntimo consorcio con una sola invariable y rojiza pebre las viandas y comestibles varios que surtían la provista despensa. Porque no todos los caballeros tenían dónde llamar en las cercanías o entrarse a mesa puesta como los Gómez de la Torre en Quijas, por más que esto fuera usual y recibido en las costumbres de la tierra. Pocos tenían holgura y espacio de tornarse a sus propias casas, y en su número mayor, siendo la estación propicia y el día sereno, acampaban en grupos y a la sombra de un roble, donde satisfacían a la inexorable necesidad de su buen apetito.

En pos, y aun delante de los que venían, traídos por la

obligación de sus públicos oficios, venían muchos espoleados por la curiosidad y el deseo de saber lo que pasa, común a los hombres, y de arrimarse dondequiera que hombres se juntan fuera de lo casual, y gastan conversación, manos o dineros.

A boca de la puente habíanse arrimado porción de truhanes, mendigos y gente baldía que pordioseaban, maldecían, jacareaban e hincaban el diente con apetito desesperado, ya en la honra, ya en el porte, o en la ropa, o en el gesto, o en la cabalgadura y acompañamiento de cada uno de cuantos pasaban. Y pasaban tales, en conciencia, que al más hipocondríaco arrancaran risas, y al más podrido y triste pusieran de gayo humor. Venían muchos de éstos, de quienes dijo un escritor de aquella era que el caballo no los hacía caballeros, sino caballerizas; otros a quienes la ejecutoria no abonaba ni aun la mísera ración de yerba con que se sustenta un potro en la Montaña, venían a pie tan hidalgos como el que más, y puestos en su punto de hidalguía por más que no trajeran cogidos todos los de las medias calzas.

Señalábase entre los que miraban un hombre entrecano de vinoso mirar, arrugado y cetrino, vestido a lo soldado, si cabe decir vestido de quien lo estaba menos que a medias, con sombrero lacio y desvaído, arambeles de calzones, cuera toda jirones, en un pie un zapato y en el otro una bota, que parecía chapín según lo mermada, encogida y de poco calzar. Era sujeto de historia larga y fama no corta en ferias y romerías; llamábanle Pedrucho, su nación

se ignoraba y sus profesiones no tenían cuenta, pues antes de ser tahur honrado y vagamundo de oficio, habíanle conocido militar por mar y tierra, envaneciéndose él siempre que la ocasión venía de ser reputadísimo marinero. Este disparaba sus gracias entre un cantar con que halagaba a los alegres y una jaculatoria con que enternecía a los devotos; y no había gracia suya ni donaire que se perdiese, porque al punto era recogida por los oyentes, celebrada y reída, y los muchachos la propagaban y repetían en breve por todas partes.

Acertaron a pasar dos jinetes con sendos paraguas enarbolados a la espalda, y sin espuelas, porque el oficio de los acicates lo llenaba un mozo que traían consigo a favor de una vara de avellano, con que alternativamente saludaba las enjutas ancas de una y otra bestia, y el soldado gritaba:

—¿Quién dijo que se acabaron los arcabuceros a caballo del señor don Martín de Aragón? Ahí están para respondelle que mintió por medio de la barba. Echenles franceses y luteranos, que ellos dirán quién son. ¡Gran caballería!

Y los increpados arcabuceros, sin pararse en responder, continuaban al pasitrote de sus caballerías.

Perdonaba el truhán, sin embargo, a muchos de los que pasaban, y aun usaba con ellos la cortesía de alzarse el raído sombrero con mesura y cuidado por que no se divorciasen y partiesen sin remedio en dos el ala y la copa. Porque entre los que venían a las juntas, amén de haberlos malsufridos y abonados para castigar una burla con una

cuchillada, venían también los mejores caballeros de la Montaña, hombres temidos, como lo era el señor de la Torre de Cortiguera, o considerados y tenidos en punto de universal estimación, como el de Viveda que le acompañaba.

De Villaescusa llegaban los Obregones, arrogantes siempre con la Iglesia, conmemorando aquella mano sangrienta que esmalta su escudo, cortada por uno de sus ascendientes a cierto abad de Rueda, en Castilla, usurpador de sus señoríos. Venía de Piélagos Juan de la Colina, morador en Zurita, lugar de rosas y laureles, y de niñas, a quienes las rosas dieron su frescura y su alegría, y los laureles su firmeza y su prosapia, el cual, más preciado de las obras propias que de las heredadas, había guerreado en Flandes y en Italia, y ganado en la guerra un hábito, con más el desenfado militar y gallardía de jinete con que se hacía notar en la tierra. De Cabezón los Cos, orgullosos con haber hospedado en su noble casa de Carrejo al glorioso emperador Carlos V. Cabuérniga enviaba sus Teranes de casa infanzona, sin olvidar esotros hidalgos empujados por su divisa: *Adelante, por más valer, los de Mier.* Penagos y Cayón sus Liaños, descendientes de Juan de Liaño, camarero y favorito del rey Don Juan el II, de mucha historia para los montañeses. Venía de Ganzo el Godo, así llamado porque en el escudo de su mansión blasonaba de tal descendencia con este mote: DE UN SIDERIS GODO VINO POR LINEA RECTA Y CAMINO; de Lloredo, el segundón de Tagle, reñido con los parientes mayores de su apellido por renegar la descen-

dencia del solar y envanecerse de tomar nombre de aquellos tagres, halcones montañeses, preferidos por el rey Don Pedro (1); y de Carranceja el capitán de corazas, Barreda Yebra, de quien no se olvidaba la historia de sus ejecutorias y títulos de propiedad, perdidos en el derrumbamiento de la torre de aquel nombre en días de su abuelo, el cual hubo de ocuparse en restablecer su raza y su alcurnia, y buscó sus nuevos títulos peleando valerosamente en el mar del Sur y en el de Holanda, y por aquello le decían los murmuradores, que a nadie perdonan, señor de la Torre caída.

Así pasaban caballeros y labradores, fieles y sobrefieles, hidalgos y hombres buenos, y pasaban sujetos a las banquetas de la mordacidad de la turba, en la cual, alta o recatada, enconosa o encomiasta, se alzaba a cada paso una voz que ponía a quien escuchase, y sin necesidad de hacer preguntas, en autos y conocimiento de personas, linajes, haciendas, méritos, flaquezas, valer y calidad de los habitadores de los nueve valles, pintando ahora timbres, ahora desglosando pleitos, trazando retratos, describiendo casas y familias, narrando proezas, achicando o acreciendo las cosas y los sujetos, con ruda y desaliñada frase, pero con vivísimo color y sabor calificado. De suerte que, con trasladar al papel lo que oía, hallárase sin más trabajo el curioso hecho, uno de aquellos leidísimos nobiliarios en que por muchos años, en muchas tierras y en ésta cuanto en otras, cifraron su erudición y su literatura nota-

(1) V. nota H.

bles gentes. Y ¿quién sabe si de aquellos libros, entonces tan en boga, no se compuso más de uno por esta sencillísima y fácil manera que aquí se propone, y que, siglos adelante, atendida y aplicada a negocio de otra substancia y precio, ha venido a ser manera de recoger, ofrecer y servir su cuotidiano pasto espiritual a la ávida y glotona humanidad?

Las juntas de los valles no darían ocasión cada vez que eran convocadas a tal rebullicio y moverse y viajar de gentes. Aparte de los nueve procuradores de los valles, del oficial curial que servía de secretario al que de ellos hacia de alcalde mayor por Su Majestad, la media docena o una de interesados en las cuestiones particulares que los procuradores trataban y resolvían, y tal cual desocupado curioso de las aldeas vecinas que hallaba en ello modo nuevo de amenizar sus ocios, los montañeses no entendían apartarse de su trabajo, y buena porción de ellos ignoraban que las juntas se hacían.

Mas ahora el empeño era extraordinario, y cuando no fuese por atender a la conservación y defensa de sus propios fueros y derechos, la curiosidad poderosísima entre campesinos de saber lo que trataba la política general del Estado, si había paz o guerra, si les esperaban días de quietud e indiferencia o de alarma y militar servicio; si les pedirían hombres y escudos; si ellos mismos habían de descolgar la ociosa espada, y prevenir a más peligrosos usos el arcabuz cazador; si podrían contar con la inmediata cosecha de yerba, o quedaría en pie a marchitarse y podrirse

por estar los labradores haciendo de soldados en la costa; si la duración del armamento amagaba al maíz más tardío con igual menoscabo y perdición; y, en fin, ya recibido que se hubiese de entrar en campaña, tratar de hacerlo con el menor quebranto propio y descomodidad, logrando puesto de cabo de gente de guerra y la custodia de puestos escogidos, o ya para guardar la hacienda propia, o al contrario, para alejar de ella dañosas contingencias de encuentros, muertes y rapiñas, traía y agitaba esta no usada e inquieta muchedumbre.

La convocación de los estados noble y llano para ponerse en armas y militar por cuenta del Rey, según antiguos usos y ordenanzas recientes, no a todos parecía de la misma manera. Odiábanla y la resistían las mujeres; mirábanla con mejores ojos los padres de ciertos hijos, a los cuales, por indómitos y biltroteros, no estaría del todo mal probar las estrecheces y rigores, necesidades y durezas de la disciplina, única esperanza paterna de su enmienda y mejoría; y, finalmente, la recibían con palmas los mozos, a cuya inexperiencia y fantasía, no pasaba de ser una huelga y favorable mudanza en la vida penosa de las labores campesinas o en la cansada y ociosa de la casa solariega.

Tomar el mosquete y alistarse en las filas no significaba para ellos más que salir de la aldea y su obscuridad, presentarse en el teatro más vasto y populoso de una de las cuatro villas marítimas, hacer amistad con gente extraña de mar y guerra, jovial y rumbosa, atronada y gastadora, siendo el servicio militar escaso y llevadero, los peligros

remotísimos, e incomparable la ilusión que en gente moza causan las armas, y el hallarse a su merced y albedrío en tierras fuera de la tierra propia.

Importábales a todos pesar por medio de sus parciales en las resoluciones de la junta, puesto que los procuradores habían de atender a los intereses comunes que representaban y defendían. Muchos hidalgos amigos de recompensas y mercedes cortesanas; otros, que poseían o ejercitaban oficios reales, los mayordomos de las casas grandes del Infantado y Aguilar, y los descontentos y vidriosos, nunca escasos, se arrimaban a la opinión de que el servicio del Rey y las necesidades comunes del Estado estaban por encima de los privilegios y usos de la provincia, y merecían atención preferente. Éstos, por su parte, y por la suya los que realmente amaban y tenían en mucho las exenciones y fueros de los valles, juntos con otros que lo aparentaban y fingían, cabildeaban y muñían, a fin y objeto de tener en la extraordinaria asamblea quien participase de su opinión y allí la defendiera y amparara procurando sacarla vencedora.

Y como ya se hubiese corrido y comentado por los cuatro fines del territorio la naturaleza e importancia del negocio, no yendo unánime la opinión, ni siendo conforme al parecer de todos, preveníase cada cual a ganar amigos y voluntades al suyo, y había quien, torciendo camino al venir, había tomado por el más largo, a hacerse el encontradizo con otro, al cual imaginaba seducir y convencer; otros apuraban los comedimientos, salutaciones y besamanos,

para hacerse gratos a quien les convenía. Ya llegados, pie a tierra los jinetes y enjugándose el sudor los peones, apartados y divididos en grupos, menudeaban las súplicas, halagos y tentadores ofrecimientos, los sobornos de las voluntades, las llamadas a los apetitos e inclinaciones de cada uno, sin dejar de emplearse la solapada amenaza, y la pomposa declaración de imaginarios peligros y soñadas violencias.

Además de que no era todo y únicamente política curiosidad e interés de la pró común, lo que juntaba y promovía estos concursos, porque en tales encuentros, como en los de ferias y romerías, el aldeano montañés, siempre al atisbo de logros y mejoras, y de suyo negociador y marchante, hallabá ocasión de mover tratos, cerrar ventas y amañar trueques, aparcerías y arrendamientos. Con lo cual, dicho se está que allí acudían mayordomos y apoderados, cuantos mediaban en la administración y cuentas de las casas buenas de la Montaña; unos, acompañando a sus señores; otros, haciendo sus veces y representándolos, con más autoridad algunas veces, y no pocas con mayor ventaja de la propia hacienda.

Y traídos por la ocasión, y al cebo de la posible ganancia, venían vendedoras de frutas y buhoneros tratantes en baratijas, que se acomodaban en los soportales del hospital, y aun hacían escaparate de las mismas tapias de la ermita; sin faltar algún lisiado tañedor de dulzaina, y tal cual volteador acompañado de su perro docto o del jumento adivino.

A sombra, pues, de las juntas había romería y merienda, correr de dinero, escanciar de vino, juego y conversaciones ociosas, y por ende voces, quimeras, palos, acometidas, traiciones, salteos, espeluznos, gaterías, descalabrados y heridos.

Tañó en esto a misa la campana de San Miguel; oyéronla devotamente los alcaldes y procuradores, para quienes se decía, y con ellos cuantos cupieron en la nave de la ermita, que no fueron muchos. Y oída, dirigiéronse todos al consistorio para cumplir su obligación con los hombres satisfecha su obligación con Dios.

Pedrucho, entretanto, había tendido sobre el suelo un jirón de capa, y sacando del seno un juego de naipes ochavados y mugrientos, convidaba a los circunstantes a tentar fortuna. Hízose luego corro de curiosos alrededor, sentándose los muchachos, arrodillándose los mozos y quedando en pie y más afuera los hombres, de suerte que no se empecieran los unos a los otros en el deleite de ver y gozar los lances, los envites y volteos a que los naipes se preparaban, tejiendo y destejiendo su montón entre los ágiles y sabios cuanto callosos dedos del tahur. No eran poca parte de la concurrencia los espolistas y criados que habían acompañado a señores e hidalgos; y entre ellos llegóse hacia el corro Serra, acercándose como los demás a mirar, sin soltar las riendas del caballo de don Diego. Habíanse arriesgado algunos incautos a soltar su escasa moneda sobre la capa, y los naipes comenzaban sus misteriosos pases y contrapases con tal acierto en provecho del que los cernía y barajaba,

que nadie diría sino que tenían ojos y sentido para escudriñarle su voluntad y obedecerle. Luego se apartaron del corro algunos mozuelos, limpios de los pocos cuartos que habían juntado para festejar el domingo, bajos los ojos, coloradas las mejillas, asomadas en alguno las lágrimas a los párpados.

Pasaba en esto el honrado Rebezo, y lastimado de lo que veía, sin ser dueño de sus palabras y sin parar el paso, gritó al pícaro:

—¡Ah, Pedrucho! ¡Cuántos años hace que te aguarda un remo en las galeras del Rey nuestro señor! Cuando haya justicia en el mundo, las alimañas ayunarán en el monte sin bajar a regalarse con los pollos pandos que pían en los corrales.

—Cuando haya justicia—repuso Pedrucho sin soltar sus naipes—habrá palos para los perros sarnosos que viven de lamer las calzas a los señores. Agradece a la honrada compañía que no me alce a rajarte el alma, condenado Rebezo. Bien te está el nombre, que siempre vas escapado; pero algún día no te valdrán los pies y nos veremos donde el quehacer sea para las manos, Rebezo maldecido.

No le oyó el Rebezo, que continuó su camino; pero el catalán soltó una carcajada que asombró a los que la oyeron, y repitió con la voz dura, propia de los de su país:

—¡Rebezo! ¡Buen nombre! ¡Voto a Dios! ¡Buen nombre! ¡Rebezo!...— Y echando mano al cinto pareció querer seguir al cazador; mas hallóse embarazado con el caballo y la mucha gente que entre ambos mediaba, y luego perdió de

vista al velocísimo Rebezo, desaparecido entre los aldeanos que rodeaban a Damián el de Cortiguera, en cuya busca el Rebezo iba. El catalán frunció el entrecejo, resolló fuerte, y desliando el cinto sacó dos reales y los puso a una de las cartas tendidas sobre la capa.

Pedrucho miró al punto y dijo:

—¡Qué nombre! No han dado agua las fuentes para cristianar a ese perro; llámanle con nombre de bestia, Rebezo, y nunca tuvo nombre de cristiano; y como el Rebezo vive en el monte, y será cuerdo en no correrse a lo llano, donde se encuentre quien le cace y de su piel se haga un tambor con que se hagan el son para bailar las montañesas. Ea, señores, bastos triunfan. ¡Quién para más! Al Rey, que tiene cara de dadivoso.

Y, efectivamente, cayeron algunas monedas sobre el naipe que el truhán había vuelto, mojado que hubo el pulgar en el labio; mas no sería por virtud del rostro abierto de la figura pintada en el cartón, la cual desaparecía nublada por el grasiento hollín de los años y el ejercicio.

De esta y otras industrias parecidas vivía Pedrucho, no excusándose de pordiosear cuando al caso hacía. Andadas algunas horas de la mañana, regocijábase ya con la ganancia y paladeaba el rico festín que en el mesón le prevenía su buen apetito, cuando su juego y sus esperanzas fueron interrumpidas, como vamos a ver pocas hojas adelante.



XIII

LAS JUNTAS DE LOS VALLES

LUEGO que todos, procuradores, alcaldes y diputados, oída misa, con más devoción – perdónenos Dios el mal pensamiento – de la venidera asamblea que del santo sacrificio, hubieron entrado en la casa consistorial, ocuparon sus lugares conforme a lo prevenido en los usos y leyes de la tierra.

Sentóse en sitio principal, y presidiendo el alcalde mayor, que lo era el caballero don Antonio de Velasco, de gran apellido, puesto que disputaba su alcuña a los duques de Frías y de Haro, de quienes se decía pariente, y haber litigado los ascendientes de entrambos sobre pertenencia y

mejor derecho de tierras y señoríos. Acercósele a su lado derecho el diputado general de provincia don Alonso Gómez del Corro, de no menor linaje, a quien aguardaba la Iglesia con una canonjía en la colegial de Santillana, y siendo tesorero de ella catorce años más tarde, en el de 1670, la fundación del convento de monjas dominicas, titulado de San Ildefonso, según puede leerse en impresos y manuscritos que dan razón de las cosas de aquella villa. A la mano izquierda del presidente púsose don Diego Pérez de Ongayo, por ser ley en las de provincia que ocupase dicho lugar el diputado del valle donde era habida la junta, lo cual significa que ésta podia celebrarse en otra parte dentro del término adonde su jurisdicción alcanzaba, previsión de tiempos inquietos sin duda, o de tierra inclemente y fragosa, donde no podía asegurarse la puntual asistencia en señalado día a señalado paraje, y aun yo recuerdo haber visto actas de juntas tenidas en Puente-Solía, a boca del valle de Villaescusa y faldas de Monte Cabarga, si bien su centro y lugar de oficio era este de Puente San Miguel, como en el contenido de las propias ordenanzas provinciales se prueba.

Situóse a una parte, desde la cual pudiera atender a todo y ver con su vista y oir con sus oídos, así las prevenciones de su señoría del señor presidente, como los pareceres y observaciones de los voceros y poderhabientes Juan de la Pasqua, escribano del Rey nuestro señor y del número de este valle de Reocín, y extendiéronse por los restantes sitios como bien les pareció, y buscando sin duda la com-

pañía y vecindad de su mayor placer los demás apoderados de los valles y representantes de su derecho y su justicia; don Fernando de Herrera, del valle real de Piélagos, grande apellido en la Montaña, y de los viejos que en la villa de Santander tienen aún solar con escudo enhiesto de fecha probada en escrituras añejas que cuentan cómo se lo dió la iglesia de San Medel y San Celedón a cambio de casas que el apellido tuvo en Arcillero; don Fernando de Velarde, de Camargo, a quien motejaban su origen francés, y en cuya descendencia había de venir quien remozase y mejorara su escudo, bañándole en sangre suya y francesa como si quisiera limpiarle de aquella tacha o mudarle el bautismo, y los Brachos, hidalgos asimismo de extranjera estirpe que usaron su apellido en toscano y lo tradujeron en aquel BRAZO FUERTE de la empresa de sus armas, y muchos de los caballeros de que hizo cuenta el antecedente capítulo, y el licenciado de Ruseñada, poco hombre, pero mucho diputado, pálido, seco, vivo de ojos, apretado de boca, estirado de cuello, ahorrado de palabras, no por pobre, mas por avariento, como quien las recoge y guarda, y asegura su empleo y evita su desperdicio, con otros que, por no traer Don en su firma de las actas y papeles que dan sustancia a esta historia, téngolos por del estado llano, y, aunque merecedores de estima, sin duda, y de mención por cierto, suspéndola por no saber de ellos cosa que los acompañare y pusiere remedio al ningún interés que halla el lector en un nombre llano, descolorido y escueto, sin exceptuar sujeto más que un nuestro conocido y amigo del abad de Santillana, Agus-

tín Calderón, el cual se sacude y exime del olvido y del silencio, dando de sí la muestra que verán adelante los lectores (1).

Sentados ya todos y en silencio y orden la sala, dió su venia el señor presidente, y levantándose Pasqua el escribano, desplegó ciertos papeles y leyó como sigue:

«El Rey:»—levantáronse todos, tornáronse a sentar, y continuó Pasqua—. «Don Sebastián Hurtado de Corcuera, »mi gobernador de las armas en las quatro villas de la costa »del mar de Castilla y Principado de Asturias: por las car»tas de mis embajadores y enviados de diversas partes de »Europa, se ha entendido que las naciones enemigas, asi »ingleses como franceses y los Estados bajos, van conti»nuando algunas demostraciones que parece miran a inva»sión de nuestros reinos y Estados, conviniendo que en to»das partes se esté con la prevención necesaria: He resuelto »que en tanto que con mayor particularidad se os dan las ór»denes que hubieseis de ejecutar para la fortificación y de»fensa de las plazas comprendidas en vuestro distrito, or»denaros como lo hago, cuidéis de que las plazas que pu»diesen ser invadidas con las fuerzas de mar que previenen »ingleses, se hallen en toda buena forma, de manera que, »con facilidad, se pueda acudir a su mayor seguridad y de»fensa y reparo de los disinios de los enemigos, y supuesto »que lo que se trabaxase en las prevenciones, que es bien »se estén haciendo, desde luego influye en beneficio común

(1) V. nota I.

»y en lo más interior de mis reinos, espero de vuestro celo »y atención a mi servicio obraréis en esto con sumo des»velo y prevención, y como si se supiera que el enemigo »había de entrar por esa parte, y de lo que executásedes y »se os ofreciese me daréis quenta.—Madrid, a treinta y uno »de Agosto de mil seyscientos cinquenta y seis.— Yo el »Rey.—Por mandado del Rey Nuestro Señor, Alonso Pérez »Cantarero.—Concuerda con el original que queda en poder »del Sr. Gobernador de las armas de que doy fe, y de su »mandado lo firmo y signo en Laredo a diez y seis de Sep»tiembre de seiscientos y cincuenta y seis.—Licenciado »Vigil Anero.—En testimonio de verdad, Francisco de Ca»rranza.»

Hízose una breve pausa, tosieron unos, suspiraron otros, otros mudaron de postura, arrastrando los pies sobre el piso. Volvió una hoja el escribano, y continuó:

«Su Magestad, que Dios guarde, por avisos que ha te»nido de sus enviados de que por las naciones enemigas »se obran ciertos movimientos que miran a la invasión de »sus Estados, conviniendo que en todas partes se esté con »la prevención necesaria, ha resuelto, que en el ínterin que »con mayor particularidad se me dan las órdenes que he de »ejecutar para la fortificación y defensa de las plazas de mi »cargo, cuide con mucha atención de las que pudiesen ser »invadidas con las fuerzas de mar que aprestan ingleses, »para que se hallen en tal disposición, que con facilidad se »pueda acudir a su mayor defensa y al reparo de los desig»nios de los enemigos, y puesto que se lo trabajare en es-

»tas prevenciones que se han de comenzar, desde luego re-
»sulta en beneficio común, conviene que con toda atención
»al real servicio se obre en ejecutarlo como si el enemigo
»se hallara a la vista, remitiéndome para ello la orden, cuya
»copia va con esta, en cuya execución me ha parecido decir
»a vuesa merced lo mucho que importa el no perder tiempo
»en darle principio, pues además de ser voluntad de Su
»Magestad y servicio universal, nos hallamos con tan pre-
»cisa ocasión de esperar a que el enemigo madrugue, de
»suerte que no reparándonos en tiempo logre lo que inten-
»tare y quedemos con el pesar de haber omitido lo que po-
»dria rechazarle, y pues para esto es necesario todo aliento
»y ánimo, y que esos nueve valles de Asturias se muestren
»tan pródigos en el celo y la fidelidad con que siempre han
»sabido servir a Su Magestad, pues reconoce que no es ex-
»cusable el que nos ayudemos, he resuelto hacer llama-
»miento general de toda la gente de los valles, desde ca-
»torce años hasta sesenta que concurran según alistamien-
»to y costumbre a quienes tocare a los lugares señalados
»cabezas de partido, donde hecho alarde por los capitanes
»a guerra de nombramiento y título de Su Magestad, sean
»provistos de armas y pertrechos, y conviniendo asimismo
»al propio fin del bien común y real servicio reparar las for-
»tificaciones hechas en la villa de Santander y hacer las
»demás de que necesita, y en particular el castillo de la
»Cerda que conviene acabarle, y que para esto se preven-
»gan los materiales de piedra y cal, suplico a vuesa merced
»se sirva de representarlo a sus vecinos persuadiéndoles a

»tan justo intento, de suerte que por cuerpo de provincia
»remita a aquella villa cien hombres con sus armas y de-
»más instrumentos necesarios para obrar lo que allí les or-
»denare el sargento mayor don Pedro de Setien, o la perso-
»na que estuviere en su lugar, disponiéndoles y mudándo-
»les como le pareciere más conveniente, y teniendo consi-
»deración a los que en la ocasión pasada asistieron en ella;
»y aunque pudiera valerme de otros medios he querido pro-
»ceda éste y dárselo a entender a vuesa merced para que
»me diga su resolución respondiéndome con el propio que
»lleva ésta para que yo pueda dar cuenta a Su Magestad de
»la que tomare, que me prometo será el que siempre han
»tenido sus intenciones, y yo de mi parte quedaré tan re-
»conocido como obligado a representárselo y a servir a esos
»nueve valles a que dé Nuestro Señor muchas felicidades
»y guarde como deseo. Laredo y Septiembre diez y seis de
»mil seiscientos cincuenta y seis.—Don Sebastián Hurtado
»de Corcuera.—A los nueve valles de Asturias de Santilla-
»na» (1).

Nótese cómo a un compás andaban decaídas en aquellos tiempos la política y las armas de España, así su autoridad como la lengua y estilo de sus secretarios y gobiernos de Estado, mostrando la flaqueza de brazos y corazones, el desmayo y tibio querer de voluntades y entendimientos. Y no se entienda esto del don Sebastián que gobernaba las armas de Castilla en su costa de la mar de Cantabria, gran

(1) V. nota J.

soldado y tan devoto de su oficio, que veinte años antes, preso en la fortaleza de Cavite de Manila, como presenciase la entrada y erradas maniobras y fuegos de la enemiga escuadra holandesa en bahía, olvidado de su cárcel, asomábase a una ventana a tomar parte en el combate con sus voces, ya que no podía con sus manos, denostando al contrario de los españoles y gritando: «¡Ah mal soldado, hoy has perdido la victoria!» (1).

Pero aquella palabra difusa, floja y descolorida del rey Felipe IV hablando a sus vasallos en el documento leído por el escribano Pasqua a los procuradores de los valles, ¡cuánto se aparta y diferencia de la valiente y concisa del invicto emperador su bisabuelo, antes obedecida que escuchada! ¡cuánto de la reposada, austera y sustanciosa de su abuelo el gran Felipe II, temerosamente aguardada, codiciosamente oída, recelosa y nimiamente escudriñada en los consejos y alcázares de todos los poderosos del mundo!

Convidó el alcalde mayor a los procuradores a que dijesen su sentir acerca de la regia petición y súplica del gobernador Corcuera; y tras breves instantes de silencio, movióse un murmullo confuso en la asamblea, poniendo de manifiesto la diversidad de pareceres y la escasa resolución de las gentes de hacer valer el suyo sobre los ajenos, hasta que en voz más alta y con claro acento, el licenciado de Ruseñada, poniéndose en pie, pidió ser oído.

Callaron todos, y el licenciado, posado su rollo de papeles

---

(1) V. nota K.

sobre la mesa para ayudarse la memoria y autorizar sus proposiciones, según al caso conviniese, acompañó con buen gesto y mesurado aire de manos el discurso siguiente:

—Extráñome sobremanera de ser yo, señores, quien se alce a responder a la interrogación contenida en los papeles que acaban de ser leídos. Tocaba, en mi corto entender, la respuesta a cualquiera de los procuradores diputados por los valles, en quienes está la confianza de los vecinos, y que son sabedores del común entender y voto de los pueblos, aunque en el negocio presente claro de sobra está lo que piensan, digo, lo que pensamos todos los montañeses, y sin mayores luces ni experiencia que la conciencia de cada uno es llano atinar con la respuesta. Pero los señores procuradores quisieron usar de esta cortesía con nosotros los que somos llamados aquí, no por el voto separadamente oído y juntado de los concejos, sino por lo duro y penoso de la ocasión, como en tormentas y apuros de mar, entre navegantes, sin estarse a la inteligencia del capitán y a la práctica de los marineros, sin perdonar sujeto, al más menguado y para poco se acude y se le obliga a poner de lo suyo trabajando en la salvación de todos.

Digo, pues, que los señores procuradores que a la mano tienen uno y más días para decretar y resolver en bien y provecho de la provincia, dejáronnos gallardamente a nosotros llevar en el presente la voz de la justicia y del buen derecho, y mal nos estuviera no responder como merece quien la merced nos hace, y no aceptarla, que es lo menos con que puede un favor agradecerse. Por esto, y aun cuan-

do con la extrañeza que he dicho, encuéntrome yo en este lugar, siendo orador de una causa ganada, y sin mayores merecimientos que mi buen deseo, en el cual, si no se halla en el auditorio quien me aventaje, tampoco hay quien me vaya en pos, y reconózcolo y confiésolo de plano y honradamente.

Pídense en esa petición dos cosas, de las cuales conviene establecer ordenadamente y por separado la importancia, la justicia y la conveniencia; viéndose lo que en ellas hubiere de conforme o desconforme con nuestras exenciones y privilegios, y resolviendo si la junta puede apartarse de las leyes escritas y renovarlas o torcerlas, sea para negar, sea para conceder; o si, por el contrario, tiene cerrados todos los caminos que no son el de ajustarse estrechamente a lo preceptuado y establecido en ellas sin habilidades ni sotilezas de interpretaciones o evasivas.

Pídese u ordénase, que es más cierto, primeramente el llamamiento general de la gente de edad de catorce años a la de sesenta, lo cual es derecho claro del Rey, prevenido y acatado en nuestras ordenanzas. Pero ¿ha de recibirse igualmente y tenerse por bueno que el Rey ejercite su derecho y use de él cada qué y cuando se le antojare y a bien tuviere? ¿No está en el estatuto dispuesto que cuando por los capitanes a guerra, generales y otras personas a cuyo cargo estuviere el gobierno y defensa de estas costas, hubiese llamamientos generales de toda la gente de los valles, desde catorce años hasta sesenta, se pueda llamar a junta general para que se confiera el que los valles y sus tierras y ju-

risdicciones queden guarnecidos con número bastante de gente, y en esta consideración hacer que los llamamientos precisos sean con ajustamiento y moderación? Pues esto, bien a las claras, se endereza a mermar y contener el uso en nombre del Rey de aquel derecho que no se niega. A la junta se previene hacer que los llamamientos precisos sean con ajustamiento y moderación; ¿y a quién más que a la junta, a cuyo cargo está la observancia y cumplimiento de la ley, atañe el saber y mandar cómo han de ajustarse y moderarse dichos llamamientos, así como la oportunidad de su precisión? Y si la junta está obligada a entender en que sus valles y lugares no sean desguarnecidos, y a este fin primero y eminente hanse de dedicar y traer las gentes alistadas en virtud del llamamiento real, ¿no cabe suceder que el número de ellas apenas baste a aquellos objetos, sin quedar hombre a la libre disposición del Rey y de sus capitanes? ¿No resulta de ahí un derecho positivo preferente superior al del Rey, puesto que se le cercena y limita, y que ha de tenerse en cuenta antes de otorgar con el mandato regio? Atienda, pues, la junta en esto a su obligación, y vea si le está bien convenir con lo pedido y concederlo. Vea cuánto tiempo ha que se hizo el último llamamiento general, y si en sus ordenanzas no está señalado el espacio que ha de mediar entre dos servicios reales, si estos servicios, en vez de serlo al Rey y al Estado, no se han de trocar y convertir en desolación, ruina y acabamiento de los pueblos, enmiéndese la falta, súplase el vacío.

Pero entiéndase que nunca legislador en pueblo alguno

de la tierra, así de la antigüedad remota y de las naciones bíblicas como de los tiempos que alcanzamos, así de gentes bárbaras como de las que siguen la fe de Jesucristo legisló para mal sino para bien, trazando en sus instituciones y decretos la conservación de la paz y de la justicia entre los que hubieren de obedecerlos, procurando en ellos el amparo del pobre, la tutela del huérfano y desvalido, escudo para el bueno, azote para el malo. Hiciéronse las leyes para que a su sombra tuviese tranquilidad y holgura el trabajo, provechos el estudio, honor la sabiduría, aumentos la riqueza, y con la seguridad de la vida y el sosiego del ánimo crecieran y se dilataran los pueblos en la felicidad y en la abundancia, no para fatigarlos y empobrecerlos, no para extenuarlos y herirlos, no para desconsolarlos de la labor en campos ni ciudades, ni para retraerlos de aquellos empleos útiles y generosos de su entendimiento y de sus manos, que se hacen excusados y odiosos cuando no han de tener logro y pago merecido. Este carácter sagrado de las leyes evidencióse con la revelación de Dios a Moisés, y los gentiles romanos lo reconocieron dando a entender que su código más antiguo, promulgado por Numa Pompilio, habíale sido dictado por una de sus falsas divinidades. Y los hombres, que sin participar de sobrenaturales influjos, se ocuparon y entendieron en dictar principios y reglas para el íntimo concierto de los hombres y mejor régimen y estado de sus repúblicas y asambleas, fueron tenidos siempre en estimación superior y concepto de semidioses, y miróseles como dechado de virtudes y favor especial del cielo a los

pueblos de que nacieron y ellos civilizaron, mejorando sus costumbres y modos de vida, testigos Solón, ateniense, y Licurgo, espartano.

Y quien otra cosa piense, alza un testimonio que pesará sobre su conciencia; y quien de otro modo obrare en aplicar y entender las leyes, va contra el espíritu y propósito de los que las imaginaron y establecieron. ¿Cuándo las ordenanzas de los valles dejaron sin resolver la dificultad presente, si fuera dado imaginar a entendimiento de hombres que los llamamientos a las armas habían de venir menudos y rodoblados como cargo concejil, que cada año se renueva y cumple, y cada año se descarga y suelta? ¿Hay camino más breve y seguro de empobrecer la tierra, yermar los campos, matar fuegos, encarecer, despoblar y destruir? ¿Quién labra las mieses, quién las recoge, quién siega, quién vendimia, quién cuida de los hijos pequeñuelos, quién asiste y ampara al padre anciano? ¿Qué brazos le quedan a la paz si todos se los emplea la guerra? Ninguno de estos argumentos se esconde al buen ingenio de los procuradores, y ellos proveerán como quien sabe acudir a las obligaciones de su estado y calidad; y de su resolución no habrá quejosos, acreditado como parece su buen deseo, el amor a la tierra y a los estatutos por que se gobierna.

Más clara y fácil hallarán luego su resolución al segundo propuesto del mensaje real. En el cual, aunque bien deja entender el señor gobernador que pudiera acudir a otros medios, elige y pone por obra el de la súplica y ruego, confesándose en esto horro de derecho, puesto que nunca

quien le tiene, y con él la autoridad, fía su custodia y ejercicio a palabras corteses, las cuales bien caben en mandato como en ruego. Mas ¿cómo no rogar lo que se desea, cuando el deseo va contra toda razón y derecho? Y la junta cumplirá con negar lo que allí se pide, sin excusar aquella manera cortés en la negativa que no hay para qué recomendarla. Aquí las ordenanzas no fallan ni tienen hueco, ni harán sudar a nadie en penetrar y entender su sentido. Hablan paladinamente la lengua de Castilla y dicen: «Que ofreciéndose el que se llamasen los capitanes a guerra a la villa de Santander, para que asistan con armas y munición a la defensa de la costa, no siendo en los casos que lleva dicha costumbre y lo dispuesto por leyes, se convoque para consultar en junta general lo que fuere más conveniente, y que no deje ni sobre cosa que no sea concerniente a dicha costumbre, que es llegar los valles a puestos acostumbrados, sin entrar en la villa, salvo negocio de urgente necesidad, y cuando el enemigo quisiera hacer invasión.» ¿Dónde está la necesidad? ¿Dónde la urgencia? ¿Cuál enemigo amenaza invadirnos y conquistarnos? Háblase de avisos que dan al Rey sus embajadores, por donde son de inferir peligros para la seguridad de las fronteras del Estado; ¿pero de qué preparativos de armas saben? ¿De qué levas y reclutas? ¿Qué escuadras hay en el mar? ¿Qué ejércitos en campaña? Y aun ahora, como en el otro caso, ha de entenderse, si con fidelidad se estudia lo que la ley contiene, que el juzgar de la urgencia y necesidad de los casos, queda a la junta y no a los gobernadores generales o capitanes

a guerra. Si el de la villa de Santander necesita, como dice, hombres para su fortificación, búsquelos a su costa, y no nos los quite, hurtándolos a superiores y sagradas necesidades. ¿Qué es sacar a la necesidad inexperta de los cuidados y vigilancia de los padres sino entregarla a la carcoma del vicio que roe y emponzoña la población de villas y ciudades? ¿Qué sino exponerla a que vencida por la pena de la ausencia y el despego a la nueva vida se aparte de sus banderas para andar vagabunda por campos y despoblados, enseñándose al mal con la perniciosa doctrina y consejo del hambre y del miedo, inútil para volver a su valle y casa, inútil para el oficio de las armas a que sin voluntad la forzaron?

Hase de mirar detenidamente en esto que es gravísima materia, donde una resolución temeraria o viciosa puede ser madre de calamidades y daños próximos y remotos. Abrir las puertas a la relajación y quebrantamiento de las leyes, es enseñar su desobediencia y consentir en su menosprecio. No caigamos en tal pecado nosotros a quienes fué cometida acción de vigilar por su observancia y cumplimiento. ¿Con cuál razón o qué palabras obligaremos a guardarlas, no habiéndolas guardado nosotros mismos?

Si el caso urgiere, los valles acudirán por sí a la propia defensa con el calor y la resolución de que hay constante memoria entre nosotros. ¿Cuándo faltaron ellos a su obligación y al cuidado de su propia honra? Déjense a cada cual sus deberes; pídasele su cumplimiento, mas no se le cargue y abrume con otros nuevos no necesarios, no contin-

gentes, no traídos por apretadas ocasiones, y ya desde su origen viciados y enflaquecidos por la escasa voluntad de aquel en cuyos hombros se arrojan por estar su atención y su gusto distraídos al mantenimiento de otros más cercanos, más premiosos, y bastantes para entretener y gastar todas sus potencias y sus sentidos.

Y tengan en cuenta los señores diputados y procuradores que aquí, como en los palacios municipales de la gran Toledo, debieran estar escritos aquellos versos memorables que ordenan a los regidores y oficiales de la ciudad dejar a sus puertas codicias, amor y miedo, olvidando sus particulares provechos por los provechos comunes (1). Y cuando no lo estén, los adivina en el aire y los lee en su conciencia quienquiera que al tomar su público oficio y representación de los que en él fiaron, pesó la importancia y delicadeza del cargo y lo grave de su empeño. Si quedasen aquí maltratados y heridos el interés y los explícitos deseos de los valles, ¿qué responderemos a los que aquí nos enviaron, qué cuenta les daremos de nuestras personas? Por esto fué decir yo que oraba, como el gran Romano, en causa ganada, porque el fallo de ella, más que en el texto y fuerza de las leyes, está en la honra y valor de cada uno de los jueces que han de sentenciarla. Y ¿quién recelará nunca del valor y la honra de los mejores caballeros de la Montaña, que en su fama se miraron siempre como en el más limpio y trasparente espejo? ¿Quién de ellos se

(1) V. nota L.

apartaría de las obligaciones en que le hayan puesto su nacimiento y su apellido? Y si, lo que Dios no consienta y cae fuera de toda previsión humana, se hallase entre ellos prevaricador infiel a su sangre y a su historia, no ha de merecer indulgencia, ni encontrar perdón, puesto que a advertirle del peligro y amonestarle lo justo y bueno alzóse en tiempo la voz de quien, por estudios y profesión, hállase en potencia y deber de aclamar toda verdad, sostener toda justicia y combatir todo desafuero.

No dejó de encender y dividir los ánimos el discurso del licenciado; pareció bien a algunos el calor con que abogaba por las exenciones provinciales, a otros el cuidado que ponía en dejar a salvo el respeto de la junta, encareciendo a los procuradores lo que su autoridad valía y merecía; esto lisonjeó a algunos que, tibios antes, se pusieron desde ahora de parte de los valles declaradamente. Los de este color lo juzgaron elocuente sobre toda ponderación, y mortal y decisivo en la materia tratada, y nunca estuvo más sazonado y alto el concepto de hombre de muchas letras y claro ingenio de que gozaba el licenciado de Ruseñada, el cual, teniendo harto en más las letras que las armas, y en menos que unas y otras las ejecutorias que no fuesen aquella a que se creía justamente, por su limpia sangre, en derecho de pretender, no malograba ocasión de habérselas con hidalgos y caballeros, avasallándolos y maltrayéndolos con argumentaciones y silogismos, y mejor cuanto más cargado tuviesen de hazañas el apellido y de figuras el escudo.

A los partidarios de la autoridad regia sentóles muy mal la peroración del licenciado, y de ella, más que otra cosa, aquella resolución y calma con que había sido dicha, como si el orador dejase entender no dársele un ardite de pareceres que no fueran el suyo, único ajustado a razón y derecho.

No supo callar el colérico don Diego, y levantóse mostrando en el semblante que su voz hallaría más gritos que palabras.

—Siempre el que es nuevo en alguna cosa—dijo—se esfuerza en parecer diligente, a riesgo de que su diligencia le extravíe y lleve fuera de todo buen camino, hasta hacerle dar las espaldas al término que se proponía; guarda con el sobrado celo que a muchos precipita y a no pocos pierde. Quien oyera al señor licenciado y no supiera las gentes que aquí estamos, imaginara que la ley y la justicia habían andado en estas tierras errantes y desamparadas, mientras su merced no vino a curarse de ellas y albergarlas con la buena sombra de su entendimiento. ¡Por el nombre de mi padre! ¿quiénes son los procuradores de los valles para que así llegue quienquiera y los endoctrine y señale sus pasos, y les dé lección como a muchachos cerriles y para poco? ¿Qué hicieron hasta ahora con traer en sus manos los negocios de los valles y su honrada procuración, no ya por el año de esta su elección postrera, sino en otros años y otros tiempos, y ocasiones de harto mayor empeño y dificultad que las presentes? ¿Qué asperezas vencieron? ¿Qué bien procuraron, qué fuero mantuvieron? ¿Qué se sabe de su

vida y hechos? ¿Qué de su fortaleza y austeridad, de su templanza y entereza? Todos fueron y son ánimas apocadas y cautivas, remisas y cobardes, a quienes menester es que venga a despertar y recordarlas su obligación, con el látigo de su elocuencia, el señor licenciado. ¿Quién sino él sabe aquí de derecho? ¿quién sino él de conveniencia pública, de ejercicio de la ley y la autoridad? Pues ¡por Jesucristo vivo! sufrirle ha quienquiera, no yo, a quien no amedrentan ni amedrentaron nunca perfidias del razonar ni asechanzas de sagaces entendimientos, como a ninguno de mi raza amedrentaron amagos de armas ni riesgos de guerra: al mejor seso y más discreto y sutil le persuade y domestica el hierro. Los procuradores mirarán por sí y por su honra, si les importa; de la de don Diego Pérez de Ongayo sabe cuidar él solo, y no valen para ofenderla escolares novicios que traen en sus bayetas el polvo de las aulas.

Trató el alcalde mayor de cortar las destempladas razones de don Diego, y consiguiólo al cabo, ayudado de la ira que empecía el hablar al caballero, diciéndole no haber por qué se alterase y descompusiese, estando siempre la junta atenta a la conservación de su autoridad y prestigio, los cuales en manera alguna padecían porque uno de los procuradores, nueva y adventiciamente convocados, usase de lo que era su cumplido derecho.

Quiso replicar el licenciado; aconsejáronle que no lo hiciera. Hablaron otros asistentes en defensa de una y otra de ambas opiniones y banderas, no sin aprovechar el momento para desahogar personales rencores y diferencias,

disparándose enconadas saetillas que más de una vez estuvieron a punto de llevar a las manos la contienda que se reñía entre aficiones, intereses y obligaciones opuestas.

El calor, que se dejaba sentir abajo con el rigor que al Rebezo había extrañado en los altos de Binueva, irritaba la sangre, y el discurso del licenciado había despertado afectos que dormían, como las palabras de don Diego habían dado lengua a envidias que callaban.

E iba creciendo el calor de la asamblea, embravecíanse las voces, menudeaban las oraciones breves y apasionadas, cobrando fuego la palabra de los oradores. Decíanse vocablos que no se ponen aquí aun cuando padezca la fidelidad de la historia y quede empañado y amortecido aquel color valiente que ilumina y realza las asambleas deliberantes. En lo cual se obedecen y siguen el uso y costumbres de tales cuerpos, cuyas deliberaciones no llegan a los ojos y meditación de los pueblos sin haber sido nimiamente tamizadas y expurgadas cuidadosamente. No faltando quien piense que estos expurgos y limpiezas favorecen y alientan aquello que pretenden corregir, y que el mejor freno de las lenguas sería la certidumbre de que todas sus palabras sobrevivían y quedaban, así las que les son gloria y contento como las que les fueren vergüenza y castigo.

Llevaban la parte peor los defensores del servicio real: el interés más general de los fueros provinciales, el amor de los montañeses a lo suyo, sea terrón, escudo o privilegio, su altivez nativa, el popular instinto inclinado siempre a disputar su autoridad al poderoso, a resistir a la ley y

burlar sus mandatos, eran temibles fuerzas que, a poca industria y habilidad que los voceros del bando tuvieran, podían ser incontrastables para el bando contrario.

Don Diego Pérez de Ongayo palidecía, agitándose y sacudiéndose en su asiento; temblábale la barba y no hallaba lugar de su persona, arreo y objetos cercanos donde poner y parar sus desatinadas manos. Ora cogía con ellas el filo de la mesa, como si pretendiera quebrar la tabla y arrancarle astillas, o se acariciaba el rostro, o las pasaba sobre su jubón llevándolas hasta el cinto, y golpeaba con la siniestra la taza de su espada, mirando al techo, como quien entendía que en el hierro estaba el breve y decisivo término de tantas controversias y disputaciones. Saltábale la ira por los ojos, sin dejar de apretarle la garganta, ahogándole la voz, de suerte que había rato, no sólo no llevaba la palabra, pero ni aun por lo bajo se le veía razonar con sus vecinos, como es costumbre en los momentos ardientes de las asambleas públicas, donde son imposibles la cautela, el silencio y el señorío de sí mismo.

Pidió en esto licencia de hablar uno de los procuradores del estado llano, que hasta entonces había permanecido callado. La novedad misma y la sorpresa favorecieron su demanda, haciendo que todos se dispusieran a escucharle.

Agitáronse los corazones de los parciales de ambas opiniones con opuestos sentimientos, esperando o temiendo que la nueva oración fuera en apoyo u ofensa de lo que cada uno pretendía. Don Diego, inclinado siempre a sospechar, dió por bueno desde luego que el orador venía a po-

nerse del lado de los montañeses, y con nueva cólera púsose a imaginar cuáles medios podría tener a su alcance de devolver a su imaginado contrario lo que le parecía ofensa grave y grave demasía. No atinó al pronto con ello, o porque le cegase su misma cólera o porque realmente el montañés estuviera lejos y fuera de la jurisdicción y alcance de su poder y de su encono.

Era aquel Agustín Calderón, a cuya visita y audiencia con el abad de Santillana asistimos hojas atrás, labrador, como sabemos, natural de Novales, aldea de limpias aguas y caliente suelo, donde toman sus hijos, sin duda, la buena sustancia de su meollo y la claridad de su juicio y entendimiento.

El cebo puesto por el discreto prelado a la vanidad del montañés parecía haber asegurado la opinión y proceder de Agustín en la junta de los valles, y no sin causa complacíase el abad en su feliz habilidad para ganar tan buen auxilio a la causa y opinión cuya victoria le importaba. Mas si no hay humano juicio que no esté sujeto a error, los que se hacen y establecen sobre la realidad del objeto e interés que mueven a rústicos de la calidad de Agustín, no ya en estas rudas montañas teatro de nuestra historia, sino en tierras llanas y de pan llevar, corren segura suerte de engañarse y fallir.

Queríanle pocos a Agustín; gozaba fama de adinerado y logrero. Los escudos que ahorraba prestábalos a usura a hidalgos de más terrones barbechos que reales acuñados, cuya restitución era tan dificultosa que al cabo venían las

tierras a ser de Agustín más baratas que habidas por he
rencia, y de tal manera se iba redondeando y poniendo e
situación de hidalguear un día como el más pintado, viend
a su hijo único que tenía, con una toga de oidor sobre lo
hombros, o una bengala de coronel en la mano. Pero est
hijo le amargaba la vida, malográndole sus ahorros y su
planes, porque era tahur, malrotador, pendenciero, y ha
bía puesto a su padre en tanto apuro, que anhelaba verl
lejos de sí y a cargo de autoridad más eficaz y respe
tada que la suya, de la cual le importaba al mozo com
de la bajada del turco. Y he aquí por qué el sutil y ma
ñoso Calderón abogaba y hacía oraciones por la caus
del rey, aprovechando la lección y argumentos del abac
copiándole las razones y el estilo y ayudando a sus deseo
con que llamaba en lo posible así la embozadamente ofre
cida ejecutoria.

—Temo, señores – comenzó diciendo –, que aquí hemo
soltado la rienda a las tentaciones y las lenguas antes d
tiempo y cuando más convenía tenellas enfrenadas y n
dejarse gobernar sino por la razón y la madurez, propias d
hombres que tratan y tienen en sus manos intereses del co
mún y de no escasa importancia y cuantía. No soy yo quié
para participar en estas deliberaciones. ¿Qué autorida
tengo? Ninguna; ni la de la calidad, ni la del saber, ni la de
caudal o la de la experiencia. Pero quiere Dios que lo qu
no va por el calce va por el ladrón; y ¿quién dice que no su
ple acaso en alguna parte la ausencia de tales requisito
el haberme preservado el azar o la fortuna del general co

tagio y calor que aquí ha llegado hasta a los más reposados y cuerdos? Así deja, a mi corto entendimiento, ver la necesidad y contingencia de la ocasión con claridad y acierto que su voluntaria ceguera nególes a cabezas harto mejores que la mía, ruda a la postre como de rústico, cuya mayor comunicación fué con las bestias de los campos, y su mejor lectura la de las mudanzas que traen las estaciones, por donde aprende a esperar en la cosecha próxima, o a acongojarse con las desconfianzas de su logro o temores de su ruina. Y ello, aquí, cuando no en el qué y en el linaje, somos todos iguales en una obligación más estrecha y más puntual que los miramientos de la sangre y de la renta; y vale Dios arreo, no somos enviados aquí para callar, mas para dar nuestro parecer o arrimarnos al de los que le tuvieren, a nuestro entender, más acertado, y para esa hacienda y menester fuimos elegidos y nombrados por los que nos nombraron y eligieron, de suerte y de manera que entendiera yo gravar mi conciencia y desconocer el mandato que traigo, si por mor de mi rudeza y falta de expresión u otros respetos mal entendidos, dejara de decir lo que pienso.

Han dicho bien los que han dicho que conviene defender por todos los caminos los privilegios de los valles. ¿Qué montañés habrá que otra cosa piense? Para eso tenemos, según se entiende, y mejor saben todos cuantos me escuchan, cédulas y ordenanzas firmadas de reyes, que rezan claro, como la luz del sol, el dónde y cuándo y cómo se han de reunir y pertrechar nuestras gentes para el servicio de

las armas. Y esas cédulas y esas ordenanzas reales bien sé yo, y conmigo saben todos, que no fueron dadas por gracia y merced limpia, como de rico a pobre, sino que hubieron su porqué, y eran pago justo y no corrido de muchos y buenos servicios hechos por los valles, con lo cual dicho queda que nos pertenecen y son propia y legítimamente nuestras y no de otro alguno; y el mismo Rey, Dios le guarde, está en obligación de observallas, guardallas y hacer que se observen y guarden por todos sus vasallos, ministros y oficiales de su justicia y generales de sus armas.

Pues esto que nosotros tan a punto tenemos y sabemos, ¿habrán de ignorallo y desconocello el señor Rey, que es la misma sabiduría, y los señores a quienes oye y de quienes se sirve para la administración y gobierno de sus Estados? Pues cuando su Real Majestad pide o desea o busca algo que parezca ir y pecar contra aquellos privilegios otorgados de su regia mano o de las de sus antecesores, causa grande habrá para ello; será que vienen necesidades como suelen tenellas los príncipes y los gobiernos, sin espera ni huída, necesidades que están sobre toda ley y sobre todo trato y compromiso de rey o de vasallo. ¿No sucede eso en nuestra pobreza de cada día? ¿No sufrimos que el vecino atropellado y puesto fuera de razón o tino por causa mayor nos atropelle a su vez, y todo porque de la concordia y buena paz podemos esperar la conservación y respeto de nuestro derecho en tiempos tranquilos? Y aparte de eso, la misma conveniencia nos manda ir de concierto y no desavenirse con lo que el Rey pide. Parece que ahora amenaza

guerra por la marina o invasión de enemigos; ¿tenemos nosotros, tienen los valles fuerza bastante para resistilla y contrarrestalla? ¿Están nuestras milicias armadas, municionadas y dirigidas como para oponerse con ventaja a un ejército numeroso, experimentado y bien provisto, como, pongo por caso, el que hizo su entrada en Puerto va para veinte años? ¿Qué pudieron entonces los armamentos de los pueblos y naturales contra la artillería y asaltos del francés? ¿Qué Majoma (1) les sirvieron sus ordenanzas? ¿Libróles su fuero a los de Laredo de la perdición y ruina que sobre ellos vino? ¿Cómo quedaron sus privilegios después del saqueo e incendio de sus casas y homicidio de los vecinos, donde no se perdonaron inermes ni armados? Pues si la villa, con tiempo, hubiese encomendado su guarda al valor y la previsión real, siendo guarnecida de tropas y capitanes de la experiencia y valor necesarios, ¿no hubieran podido valerse y echar de sí a los enemigos? Ni a tener ellos noticia de su buena disposición y pertrecho, del número de sus soldados y cañones, hubieran tentado siquiera la acometida, que a buen recaudo, eso pasó en Santander, donde, apercibido todo a buena defensa, libráronse de la suerte de Laredo. Dese, pues, al servicio del Rey lo que su real servicio pide, y ruéguesele que por su parte y la de sus tenientes y gobernadores, asista y provea en lo que fuere necesario para guarda de la costa y de los valles. Y pues tan evidente es la necesidad que a él mismo le preci-

---

(1) *¡Majoma!* ¡Mahoma!, exclamación frecuentísima entre montañeses.

sa a pedir a vasallos suyos más de aquello en que le son obligados y deudores, ayúdenos en lo que sea regular, y no pueda más la necesidad que nosotros. Fáltanle hombres al Rey; démoselos nosotros, y él, en trueque, denos arcabuces, munición y algún dinero, si puede; envíenos sujetos hábiles y entendidos que instruyan y gobiernen las milicias. O yo soy un topo, u obrando de concierto, todos ganaremos, los males han de ser menores, y ¡quién dice que con la gracia de Dios, de contado, no se espanten y se remedien antes de llegar, que sería lo más conveniente!



XIV

DESAFUERO

ISGUSTÓLES el discurso de Calderón a los mantenedores de los fueros montañeses, causando gozo indecible a sus contrarios, los cuales, habiéndose visto a punto de ser vencidos, cobraron desusados bríos para renovar la pelea. Arreciaron los clamores, cruzáronse invectivas y provocaciones y denuestos, creciendo el estrépito de suerte que oído fuera, atraía y congregaba a la puerta del consistorio la muchedumbre curiosa y anhelante. Mezclábanse en ella no pocas mujeres, las cuales no ignoraban la causa que se controvertía y ventilaba, y como en

ella tenían juicio por instinto formado y opinión unánime, con alguna excepción acaso que no merece contarse, comprendían que dentro del consistorio había quien tenía, a su vez, juicio y opinión, desconformes y diferentes de los suyos. Y comenzando por inquietarse y murmurar en voz baja y en corrillos, no tardaron en acalorarse también y declarar a grito claro su oposición y encono contra los que dentro mantuviesen la pretensión regia y no estuvieran a lo acostumbrado y cómodo del servicio militar limitado al anterior de los valles, y la quedada de los mozos en su casa a la faena de labradores, y a sus obligaciones de hijos o maridos pacíficos.

No se veía, en tanto, término a la querella que dentro del consistorio sonaba, cuando sin menguar sus voces y algazara, viéronse parecer en la puerta y bajar las escaleras de salida revueltos y confusos, primero los apoderados provisionales y supletorios, luego los procuradores de los valles, tan cerrados en su reñir y disputarse con que parecían dar claro testimonio de haber gastado en balde sus bríos y sus argumentos, la voz y el discurso, pulmón y cerebro, sin que ninguna de las partes llegase a persuadir o derrotar a su adversaria, y menos conciliádose ambas en bien de todos, conviniendo en la final resolución y acuerdo con que habían de ser contestadas las reales cartas de Su Majestad el rey Don Felipe IV.

Así había sido, sin embargo. En medio de la confusión y de la continuada porfía de razones y derechos, el alcalde mayor había tomado los pareceres de los junteros, vinien-

do en resolver el mayor número que en lo relativo al general llamamiento se acatase y obedeciese la orden soberana pasando a la villa de Santander o de Laredo donde el gobernador se encontrase, el diputado general y alcalde mayor, a conferir con él sobre la manera de cumplirse todo, atendiendo al servicio común del Estado, sin descuidar ni deservir el particular de los valles. Terminándose todo, como terminarse suelen asambleas políticas, en pedir dinero, es decir, en el repartimiento de medio real por vecino para estas ocasiones y las que en su consecuencia ofrecerse pudieran. Decir a quién hubiese contentado resolución semejante, aun entre aquellos que con su voz y su voto habían participado en ella, sería imposible. No es costumbre de cuerpos deliberantes que cesen con la causa que las dió suelta y movimiento las lenguas de los contendientes; no se apaciguan de pronto los cerebros, excitados por la contradicción y el discurso; y en los posos y sobras de la discusión pertinente y necesaria, surgen fermentos de que se engendra nueva discusión, y nuevo batallar ocioso e inútil, aunque más reñido, empeñado y crudo que el primero, sin olvidar que hay oradores a quienes corta el habla el aparato y solemnidad de una pública asamblea, de cuya cortedad se desquitan soltando luego a hurtadillas y como si dijéramos entre bastidores, la vena que no se atrevieron antes. Y como son apasionadísimos de la elocuencia y amigos de disimular con recias voces y largo palabreo la flojedad y escasez de las razones, no perdonarán ocasión si les cuesta la vida de jugar al orador; que hay jugar al orador

y el estadista, como hay jugar al soldado, lucir sus plumas, atavíos y colores sin mostrar su valor y padecer su disciplina, dando a tal precio a la patria los caros frutos de la paz y de la gloria.

Mezcláronse los que salían con el gentío que aguardaba, en el cual se entrometieron y penetraron las más atrevidas de las mujeres, y a pocas palabras oídas o dichas, ya habíanse enterado de los hidalgos y labradores que llevaron la voz en pro de los valles y de los que la llevaron en contra, aprendiendo además cómo el Calderón, de quien menos se recelaba que se torciese y ladease, había sido acaso quien había decidido las diferencias en favor del Rey, y en contra de lo que los valles deseaban y sostenían.

¡Oh, cuán desahogada y a su placer se sintió la ira femenina cortada y encogida cara a cara con los hidalgos y señores, cuando vió que podía darse suelta y explayarse afrontándose con uno de sus iguales! No bien acertó una de las mujeres a hallarse cerca de Calderón, echó atrás el pañuelo con que se cubría el mal peinado cabello, y desvergonzóse diciendo:

—Si en la cara lo lleva, alma de retajado, que había de salir tornadizo y falso; mal pecado para el que ahucha y logra; hechos ascua haránle contar uno a uno en el infierno y pesarlos en su mano, los doblones que guarda.

No pudo el hijo que las oía llevar con paciencia tales injurias a su padre, y encarándose con la mujer, hizo muestra de alzarla la mano; mas no fué tan pronto que no se le ade-

lantase, cayendo sobre su pestorejo, el recio puño del hidalgo de Binueva, quien decía estas palabras:

—¡Ah, villano! ¡a las mujeres! Si el verdugo no te corta esa mano malvada, hasla de dejar en el remo de una galera.

Y don Diego, que no podía ya con su cólera, viendo así maltratado al hijo de quien había sido su aliado en la junta y sostenedor de su causa, denostó al de Binueva con estas palabras:

—¿De qué mala sangre vienen hidalgos con espada al cinto, que prueban su coraje en un villano indefenso?

—La mala sangre será la de quien habló, y esta espada está siempre a punto de castigar deslenguados, como estos puños al de traer a razón a desmandados e insolentes—repuso el hidalgo desnudando su hoja.

No fué él solo: repitieron su acción los que le acompañaban; repitióla don Diego y otros que con él iban, y pareció llegado el punto de una batalla. El Rebezo se acercó al hidalgo como para defenderle; vióle el catalán que seguía a don Diego, y alzando su pedreñal, con una recia voz en su dialecto montañés, dijo:

—Llegó la mía.

Apuntó al Rebezo y disparó, no tan a tiempo que no le tuviera un aldeano vecino, creído que apuntaban al hidalgo o gustoso de probarse con tan gallardo enemigo, de alzar su garrote, y dióle tan tremendo garrotazo, que desvió la puntería, dando el tirador en el suelo. Al suelo cayó también el hidalgo de Binueva, herido en la cabeza por la bala del catalán.

El disparo del pedreñal atemorizó a algunos, singularmente a las mujeres, y encolerizó a otros, pareciéndoles villanía acudir a la pólvora en lances que se ventilaban y llevaban a cabo con armas de más segura ejecución, pero de menos peligrosas heridas.

Mas no estaban los ánimos para sobrecogerse por un tiro de pólvora, y la fiebre que a todos animaba, estallando, avivada por el ardoroso ambiente, rompió en reñida pelea. Sobraban armas a la ira. Amén del terrible garrote que acompaña a todo montañés en ocio o viaje, vinieron a encruelecer la batalla cuantas herramientas labran la tierra y previenen o recogen las cosechas. Y fué que como la tierra montañesa pide labores que no se excusan ni aplazan, parecieron por allí aldeanos que de ellas venían, con lo que muchos desarmados se armaron arrancándoles sus aperos, quién la azada, quién el rastrillo, quién el podón y quién la escarda. Y ya desmandado el furor, teniendo uno y otro bando sangre vertida que vengar, acometiéronse, llevando la delantera hidalgos y caballeros, usados a las armas unos, y los que no, movidos de aquellos antiguos y encarnizados odios que durante siglos dividieron a los linajes y mantuvieron en guerra la Montaña. Y siguiéronles los aldeanos, arrastrados, o por obligación a sus amos y señores naturales, o por gusto de dar palos, grande afición de su raza, aun cuando expuesta a las quiebras de no darlos de balde.

«¡Banderizos!», clamaban unos; «¡Fulleros!», gritaban otros; «¡Villanos, traidores y rebeldes!», sonaba por una

parte; «¡Hijos de mala sangre, Iscariotes!», oíase por otra.

Asistido de algunos pacíficos, el Rebezo, entretanto, había cuidado de sacar de la confusión al malherido hidalgo, retrayéndole al puente y al hospital de San Miguel, desde donde a poco se extendió por el valle la noticia de que el hidalgo había sido muerto.

En el mismo tiempo un buen jarro de agua fresca, suministrado por una piadosa mujer, que subía del río, bebido parte por el catalán, parte vaciado de golpe sobre su rostro, tornóle su sentido, el cual recobrado, hacíase el vengativo Serra todo ojos, buscando en el tumulto a su enemigo; y no viéndole y juzgándole acaso muerto, respiraba contento y sañuda alegría.

Don Diego no peleaba. Apenas puesta mano a la espada, embarazósela y tullóle la ira; dióse a temblar de manera que ni esgrimirla podía, ni menos herir con ella ni defenderse, lo cual, visto por Juan de la Colina y el señor de Viveda, tomáronlo consigo, retirándose al robledal.

El ruido de la batalla, las voces y llegada de los que huían medrosos y las mujeres despavoridas fueron a poner inoportuno término al juego y las ganancias de Pedrucho, el cual, abandonado, corrió con los demás aldeanos, soldados trashumantes, marchantes y trajineros, unos a tomar parte en la refriega, otros a esperar sus despojos.

Viéronse de nuevo y con mayor coraje y crueldad tantas armas diversas, vibradas y esgrimidas en alto entre las espadas de los caballeros sobre las cabezas del gentío, pareciendo aquello escuadrón desordenado que en vano intenta

palatear sus picas para oponerse al enemigo. Habíanse trocado los discursos en obras, las razones en golpes, la disputa en choque, la asamblea en batalla. Crecieron las voces y amenazas, y el fragor de la viviente marejada, y no tardaron en oirse los ayes de los primeros descalabrados, cayendo unos a los pies de los que reñian, apartándose otros desengañados y corregidos por tan buen molimiento de sus huesos, o desahogada su ira con la sangre que salía de su maltratado cuerpo. Abrióse con esto un espacio entre ambos bandos enemigos, recogiéndose los más novicios escarmentados en propia o ajena cabeza, en tanto que desconsoladas las mujeres, que no entendían llevar a tal extremo las cosas, siendo, según acontece de ordinario, involuntaria ocasión de tragedias y homicidios, se esparcían por el campo y la aldea clamando socorro al cielo, llorando unas y cubriéndose el rostro con las manos, sentándose otras a gemir y rezar al pie de un árbol, y algunas más arriscadas que tenían en la mohina hijo, marido o hermano, procuraban entrarse en la confusión y retirarle de ella asido por cualquiera lugar o prenda de su traje o de su persona.

Tárdase en relatar una de estas desordenadas refriegas populares lo que no se tarda en referir una campal batalla, y harto más tiempo que tardan sus lances y golpes en escarmentar a bastante número de combatientes para que la refriega cese por enflaquecimiento y merma de las huestes que la emprendieron y sostienen. No hay en ellas estudiada topografía ni aplicada estrategia, preparados movimientos, formación de haces, ataque o abandono de posiciones, fal-

sas o verdaderas retiradas, gruesos escuadrones, encuentros parciales, líneas, reservas, avanzadas y flanqueos cuya menuda cuenta consiente al lector dársela del propósito y fines de los caudillos, y juzgar de su bueno o mal acierto, de la derrota merecida, del triunfo por legítimas artes conseguido y asegurado, del robado y sorprendido a la casualidad o la fortuna. No hay aquí lugar para la previsión; haila apenas para la inteligencia: todo lo hacen corazón y manos; y no son de tener en poco, pues ya dijo el valiente Rojas por boca de uno de sus galanes, y era voto de preferencia el suyo:

Corazón y manos loco,
son los que dan opinión.

Pelean así muchos sin cabal noticia de la razón o sinrazón que defienden o atacan. Agárrase cada hombre con el que halló delante, y se apalean y maltratan sin más cálculo ni plan bélico que quedar cada cual por mejor y encima de su contrario, y vencido este encuentro parcial acontece retirarse apaciguado y satisfecho el vencedor sin buscar nuevo enemigo. Tampoco faltan criaturas feroces y sanguinarias a quienes causa fiebre el gusto de derramar sangre, y lo satisfacen hiriendo cobardemente en el tumulto y a mano salva; de éstos son los mortales golpes, las estocadas seguras, las heridas sin remedio; de éstos luego el asombrarse hipócritamente de lo sucedido, lamentar las desgracias y compadecer a los muertos. Otros aprovechan la ocasión de probarse con hombre del cual recelan el mayor co-

raje y las aventajadas fuerzas, porque en estos ruidos hay modos averiguados y seguros de esquivarse y huir sin infamia ni vergüenza, cual no sucede en singulares empeños o desafíos. Otros, aguijados por la honra, luchan, antes que con el enemigo, con el propio miedo, temerosos de que les salga al rostro, sintiéndose necesitados de nombre y crédito de valientes. Y de esta manera, siendo cada cual en sí y todo junto, general y tropas, capitán y soldados, alas y centro, vanguardia, batalla y retaguardia, cada choque parcial, cada lid, cada grupo, cada par de hojas que se cruzan, baten y chispean; cada pareja de hombres que se insultan y provocan, pide por sí relación, historia y pintura especial, precisa y detallada, sin haber modo de declarar y exponer, como en la guerra de estados y ejércitos acontece, los intentos de cada cual con decir la bandera que tremolan, el lugar donde se encuentran y el apellido que los mueve y guía.

Y es mala suerte del historiador tropezar en su camino con una escena de estas, cuya relación no puede excusarse por ser principal y pertinente al asunto de su libro, y que tan arisca se muestra a las habilidades retóricas, no consintiendo aquellas concisiones, brevedades, rapideces y modos sentenciosos que dan a la narración clásico tinte, dilatada resonancia y perdurable relieve.

Los Gómez de la Torre y otros hidalgos de años maduros y condición sosegada y fría, aplicábanse entretanto a calmar los ánimos de aquellos que más cercanos tenían y que más tibiamente empeñados en el combate parecían. Y

no dejaban de lograr algún fruto de sus exhortaciones, haciendo que muchos aceros volviesen a las vainas y no pocos garrotes al reposo de que nunca debieron haber salido. Y menguado el número de los combatientes, y no cesando en su obra buena los apaciguadores, llegó a callar aquel estruendo de armas.

Pero ¿no había en Reocín fuerza, justicia o autoridad que mediase entre los que se mataban, amparase la mejor razón y castigase al desaforado e insolente? Justicia había, y había autoridad; faltaba la fuerza, o era tan poca, que podía más que ella la de los mal avenidos con la autoridad y la justicia.

El alcalde mayor quiso mediar y hacer escarmiento del desacato y violencia, ordenando la pesquisa y prisión de los agresores. Derramó sus alguaciles y ministros, pidió ayuda a los del valle y concejo de Reocín; acudiéronle todos, al parecer de buena voluntad, pero voluntad ineficaz y estéril; los sospechosos y detenidos por tales alzábanse del mandato de prisión, reclamando para ante su juez natural: uno por vasallo de la abadía de Santillana, otro por serlo de la casa del Infantazgo, cuál recusando el tribunal civil por soldado, quién esquivando la justicia ordinaria por hijodalgo, viniendo a resolverse los afanes en que entrasen a podrir en la cárcel de los valles cuatro desdichados faltos de valedor o calidad notoria, o sombra de fuero alguno abadengo, militar, de señorío o de hijosdalgo.

Corría un rumor que acusaba al catalán de haber encen-

dido la pelea, y de homicida del hidalgo de Binueva. El alcalde mayor, usando de cortesía de que la justicia pudiera excusarse, pidió a don Diego su venia para prender aquel su criado, por todos acusado, por nadie defendido, testimonio grave y prueba a medias de su culpa. Don Diego, ya serenado, hízole capa, extrañándose de qué tan mal entendiese su obligación el señor alcalde mayor, puesto que Serra, soldado al servicio del señor capitán a guerra de la gente de los valles, estaba amparado de todo procedimiento que no viniese de parte de sus jueces naturales y superiores. El letrado de Ruseñada que asistía en sus diligencias al alcalde mayor, dijo entonces:

—Muestre el soldado un papel, cédula de enganche, patente o despacho que de soldado le acredite, y daráse cuenta al señor gobernador de las armas que lo reclame y juzgue, siendo así su derecho.

—Cédula pedís donde está mi palabra, señor mal criado—dijo enfurecido don Diego—. Háseos entrado en las mientes el probar por todos los caminos adonde llega mi paciencia, que es poca, y venís os a encontrar adonde llega mi enojo, que es mucho. Andad enhoramala sin mezclaros en cosas de que no entendéis, y sin aguardar a que se os expliquen de suerte que os duela. Nadie dé un paso a tocar a Serra o a otro de mis criados. ¡A mí los de Pérez de Ongayo! ¡A mí los soldados! ¡A mí los que hacen lengua del hierro contra comadrejas y raposas!

—¡Al Rey y a su justicia!—gritaron el licenciado y el alcalde mayor, y luego tuvieron en torno de sí una buena

tropa dispuesta a ampararlos y defenderlos, y que crecía a las voces que daban muchos apellidando deudos y vasallos, como crecía la tropa de don Diego por igual manera.

—¡Con Barreda los de Cabezón!—gritaba el capitán de corazas, para quien no había fuero superior al del soldado, y que a la voz de don Diego habíase arrimado a ayudarle—. ¡Villaescusa con los Obregones!—gritaba uno de éstos –. ¡Piélagos con el Rey! Y gritaban los aldeanos llamándose para reconocerse en la confusión y tener quien les guardase o hiciese espaldas, con los nombres de sus valles y concejos: ¡Cabuérniga! ¡Lloredo! ¡Cayón! ¡Helguera! ¡Reocín! ¡Periedo! Desvistiéronse las hojas, aprestáronse los palos, animáronse los ojos, previniéronse las manos y encolerizáronse las voces. Nueva batalla y nueva sangre prometían las cosas, cuando por cima de todas las voces, apellidos, denuestos y clamores, sonó una voz más alta, juvenil y valiente que decía:

—¡Quién apellida Ongayo! ¡Quién le quiere! ¡Quién le necesita!—Y pareció, rompiendo por la turba que le abría paso, don Alvaro, encendido el rostro, caído atrás el sombrero, ardientes y enojados los ojos, agitado el aliento y espada en mano. Hiciéronle lugar los que cerraban el paso a la parcialidad de don Diego, entre ella y la puente por donde don Alvaro había venido; llegó a estar delante de todos, y hallóse frente a frente del opuesto bando, delante del cual parecía pronto a provocar y dirigir el choque don Diego. Viéronse ambos hermanos, adelantados a los suyos, en poder de la ira, armadas las manos, y dispuestos, al parecer,

a trabar fratricida combate. La sorpresa, la ira, las pasiones escondidas y poderosas que hervían dentro del pecho de don Diego y le abrasaban las entrañas, pudieron más que sus menguadas fuerzas; sintió dolor intenso en el corazón, puso sobre él la mano como para aplacarle, buscó dónde apoyarse, y cayó desplomado en brazos de los que llegaron a socorrerle. No andaba sin duda engañado en el pronóstico de su mal el saludador de Cuchía.

—Ved de qué parte os ponéis—gritó el capitán de corazas a don Alvaro ocupando el puesto de don Diego—; esta parece la vuestra, que es la de cuantos profesan las armas y sostienen su buen derecho; y ahí estáis con los que le desconocen y atropellan.

—Nunca se llamó por boca de caballeros buen derecho al acto de los que hieren a traición de un mosquetazo, como lo hacen los herejes del Escalda. Dadme aquí al que mató al hidalgo de Binueva, o defendedle con buen pecho, porque os le he de arrancar de las manos—dijo don Alvaro; y volviéndose a los que le seguían y acompañaban, continuó:—Afuera los villanos y sus armas; atrás quien no tenga espada; esta va a ser lid de caballeros donde sólo las espadas hablen, lid franca a muerte o a vida. Buscad lo que os está mejor—dijo encarándose con el capitán—; y sed breve en resolveros, que en mí no tiene la palabra vuelta ni el enojo espera.

Los aldeanos obedecieron a la resolución y alterada voz de don Alvaro, y se apartaron buen trecho, bajando y recogiendo sus rústicas armas.

Quedaban rostro a rostro los armados de espada, en proporción de ejecutar con destreza sus reveses, puntas y tajos, harto más peligrosos y mortales que los ciegos garrotazos de un aldeano, cuando sobre su mula apareció, y se puso entre uno y otro ejército, un fraile francisco, y mostrando en la mano la cruz que solía traer puesta en el cinto, decía:

—En nombre de Cristo crucificado, suspendan su rigor los aceros, y óiganme los que inhumanamente se hieren y se matan. ¿Sois vosotros cristianos, y vosotros sois caballeros? ¿No estáis congregados por la autoridad del Rey o por la voz de nuestros compatriotas para concertar el mayor bien de todos, para ser mensajeros de concordia y artífices del sosiego común? ¿No han fiado de vosotros los valles sus derechos, las aldeas sus necesidades, el Estado su defensa y conservación? ¿Y no merecen todos ellos mejor correspondencia? Os creyeron de los mejores en prudencia, valor, justicia y templanza, y respondéis vosotros con ira, discordias, temeridades y violencias. Dióseos a vosotros, amigos míos, levantar aquí la voz, no para contiendas y satisfacciones de particulares agravios, mas para que fuese voz de nuestros convecinos y connaturales en la demanda y querella común de sus pretensiones y tributos. Y en vosotros, señores, la espada que os ciñe el derecho de cuna trocóse por virtud del mandato que aquí os trae en arma destinada a custodiar y mantener lo que es de todos, que no podéis sin mengua propia distraerla a la satisfacción de singulares atrevimientos.

¿Qué se hizo la piedad de la gente montañesa? ¿Dónde está aquel su santo temor de Dios, al cual está prometida la posesión del cielo en cambio de su humildad y mansedumbre sobre la tierra? Momentos ha estuvisteis a los pies del altar, a los pies de Jesucristo crucificado. ¿Con qué ánimo estuvisteis allí si ya lo tenéis olvidado? Pues él no os olvida. Vedle en mi mano que viene a vosotros a hablaros con la santa voz de su sangre y sus lágrimas, con la voz de sus llagas, de sus dolores infinitos, de su agonía y de su muerte afrentosa. Oídle que clama y os dice: «Yo padecí por vosotros; por vosotros vestí esta flaca carne mortal, con sus tristezas, sus amarguras, sus quebrantos y sus desfallecimientos; por vosotros híceme escarnecer, herir y ajusticiar para traeros la paz, para enseñaros a amar, para que fueseis todos hermanos, y os ayudaseis y sirvieseis y no hubiese entre vosotros rencor ni odio, ni palabra de ofensa, ni menos sangre vertida. Dí mi vida para que la vuestra fuera quieta, consagrada a mi amor y al de vuestros semejantes. ¿Y vosotros, ingratos, con durísimas entrañas, más duras que las rocas donde tuvisteis nacimiento, lo olvidáis y desatendéis, y con vuestros furores y vuestras armas y vuestros bandos parecéis decirme que fué inútil mi sacrificio, que aquel Calvario mío donde desfalleció mi santa Madre, donde lloraron los ángeles y se enlutó el cielo y gimió la tierra despavorida, ni os mueve, ni os ablanda, ni os enternece?»

No desoigáis esta voz, hermanos míos, no apartéis los oídos ni el corazón de este Señor que vino a enseñarnos, y

del cual necesitamos todos la compasión y la misericordia. Él es quien perdona y salva, él quien asiste y consuela, él quien edifica y conserva.

¿Y no sois unos y otros hijos de una misma tierra, que os sostiene y os alimenta? ¿No os congrega aquí y junta el amor a esa tierra, y el deseo de asistirla y guardarla contra sus enemigos? ¿No os conocéis todos unos a otros, no sois amigos, no sois parientes, no sois hermanos, no necesitáis todos recíprocamente de cada uno, y cada uno de todos? Y en vez de juntar las voluntades para apresurar y robustecer la resolución común y concorde; en vez de juntar los pechos para hacer fortísimo e invulnerable escudo a los que pusieron en vosotros su confianza, os dividís, os separáis, reñís, y os veo dispuestos y prontos a devolver sacrílegamente a la tierra la sangre que se engendró en la substancia de sus abiertos surcos. No esperéis perdón del desafuero de la justicia de la tierra ni de la del cielo. En tan malvada lucha no alcanza la misericordia de Dios al que mata ni al que muere. Cometen ambos pecado tan enorme, que no tiene castigo menor que la eternidad del suplicio. Son fratricidas y réprobos, señalados para siervos de Luzbel y pasto de las llamas eternas. ¡No os hagáis reos voluntarios de tan bárbaro delito! ¡No manchéis la noble tierra con sangre de sus hijos; guardadla para ocasión más alta, y si ha de correr al cabo, corra en glorificación de esta misma tierra y de la santa ley que profesamos!

Era el fraile don Rodrigo: a su vista y razones, sintió don Alvaro obrar en su pecho el entrañable afecto, el respeto

profundo que a su hermano tenía; envainó su acero, no sin vacilar algunos momentos, y visto su ejemplo, los contrarios le siguieron e imitaron. Ni fueran poderosos a otro proceder y más tenaz resistencia. Por boca de fray Rodrigo les hablaba, tanto como el varón apostólico, el caballero de antigua progenie y solar esclarecido, que si ante Dios habíase desnudado de estas vanidades mundanas, conservábalas, y encarecidas acaso y realzadas por su vocación religiosa, a los ojos de los que no imitaban su sacrificio.

Los ya templados ánimos de los aldeanos apaciguáronse del todo con las palabras del fraile, y las mujeres, recobradas de su pavor y enternecidas, arremetieron a ellos, y les arrancaron de las manos las homicidas herramientas de labrar. Dejáronse mansamente despojar los antes enfurecidos combatientes, y desviáronse y repartiéronse en grupos, confusos unos, arrepentidos otros, contentos los ilesos de su feliz suceso, o pesarosos no pocos de que los palos no hubieran alcanzado a aquellos a quienes tenían voluntad escasa, apartándose los lisiados a catar sus averías y magulladuras.

Envainaron, pues, los hidalgos sus aceros; mas no envainaron las feroces miradas con que se asaeteaban y proseguían tácita y disimuladamente su pelea, mientras no se ofrecía momento de tornar a las injurias y las cuchilladas. Y sosegados los brazos, que no los corazones, íbanse poco a poco apartando los bandos, espiándose recíprocamente, midiendo las estaciones y paradas como si ninguno quisiera ser primero en abandonar el campo de sus disputas y

teatro de sus batallas, viniendo a parar en que los de don Diego se recogiesen a la cercana robleda, y los del hidalgo de Binueva, a la puente y sus edificios, el mesón, el hospital y la ermita.

Algunas gotas de lluvia que comenzaron a caer del ya nublado y entristecido cielo ayudaban acaso a la dispersión; mas ya antes de la llegada y discurso de fray Rodrigo, el señor de Viveda tomó el camino de su casa, acompañando al don Diego mal recobrado de su parasismo, y al catalán no mejor parado, pues parecíale oir zumbar las moscas en sus oídos y daba manotazos a espantarlas, sin saber que aquel zumbar era el de su sangre agolpada y recogida en el sitio de su cabeza donde hirió el furibundo garrote del aldeano, y pugnando por buscarse respiro y salida.

Entretanto, fray Rodrigo, guiado por don Alvaro, acudía al hidalgo, el cual respiraba, sin parecer reconocerlos. Antes de que le acaeciese la mala ventura de su herida, había llegado a Binueva la falsa nueva de su muerte. ¡Caso inexplicable, y que de cuando en cuando se ofrece a la contemplación de los meditabundos y supersticiosos, singularmente en guerras y alborotos populares, el correrse noticias de sucesos cuando aun no han sobrevenido, y el realizarse hechos de los cuales tiempo antes anduvo el cuento de boca en boca! Mas era la noticia bastante para que, oída, sin pararse a averiguar su certeza don Alvaro, olvidada la prudencia y guarda de su persona, a que se había obligado con su hermano, olvidado el dulce pensamiento

de doña Mencía, pensase únicamente en correr con los criados al socorro y asistencia de su generoso huésped, y cuando para ello fuese desdichadamente tarde, como aseguraban, a su venganza y castigo de sus matadores. Y llegado al puente y visto el estado de su amigo, no tal y tan a los últimos como se temía, encargando al Rebezo no apartarse de él ni abandonarle un momento, había corrido al lugar y al hecho donde atajó sus vengativos propósitos la llegada de fray Rodrigo.

—La Providencia de Dios—dijo éste—, evidente a todas horas, hermano mío, para el cristiano, aparece en ocasiones tan grande y misericordiosa, que obliga al hombre, sin más examen, a postrarse y rendirle humildísimas acciones de gracias. ¡Oh, y qué santo manantial de celestes favores es la santísima obediencia! Ella ha sido el camino por donde me trajo a estorbar e impedir aquellos agravios a la majestad de Dios y aquella rebelión contra sus preceptos divinos que, cometidos, hubiera yo querido rescatar con mi pobre vida, si algo mi pobre vida vale. La santa obediencia que me sacó del convento de San Vicente anoche, sin descanso, que a muchos pareciera tiranía, me puso a esta hora de ahora en la Puente de San Miguel, donde, ayudado por Dios, loado sea él, estorbase sacrílegos atrevimientos. ¿Qué es de don Diego?

—Don Diego cayó derribado por su soberbia, por aquel envenenado odio que le roe el alma, y que sin duda a mi vista hízole perder el sentido; recogiéronle los que con él estaban, y perdíle luego de vista en el tumulto, atento úni-

camente al fin que allí me había llevado—contestó don Alvaro.

El franciscano alzó los ojos al cielo, y dijo:—Señor, ¿hasta cuándo consentirás entre los hombres la división y la ira? ¿Hasta cuándo serán enemigos los hijos de un mismo padre? Hágase, Señor, tu divina voluntad—y conmovido como estaba por los sucesos recientes, dejó caer de sus ojos algunas lágrimas.

—Hemos de saber de nuestro hermano—dijo en seguida—; hay que saber de él sin hacer revivir ni enconar ese doloroso mal que le envenena, ese rencor con los de su propia sangre. Tú, Rebezo, nos servirás con tu voluntad y tu astucia. Vas a acercarte a los que acompañan a don Diego, a seguirlos si van ya de camino, a mezclarte con ellos y averiguar lo que nos importa, si el mal de don Diego fué pasajero o si todavía le apena y mortifica; y no vuelvas sin noticias, pues aquí nos ata esta agonía en que una alma puede de improviso ser llamada por Dios.

Y partió el Rebezo, sumiso y alegre como siempre, en demanda de la comitiva en que iban los dos lisiados, el catalán y don Diego, patente a los ojos la mala herida del uno, y más honda y más grave acaso la más escondida del otro, mientras quedaban en inquietud dolorosa asistiendo al maltrecho hidalgo, y dudosos entre los temores de su muerte y las esperanzas de su vida ambos hermanos, el fraile y el capitán.



XV

A MESA PUESTA

La mesa en el palacio de Quijas era tal como los hospitalarios usos montañeses lo pedían: desahogada de espacio, copiosa y suculenta en platos, rica en frutas, franca y liberal en fueros y privilegios para los convidados. Quiérese decir que no daba lugar a la tiranía cortesana, ni allí tenía que hacer ni pretender señorío ninguno de aquellos respetos tan fuera de razón que vienen a martirizar, secar, contener y adietar al hombre en la hora y acto de su vida en que su mísera naturaleza pecadora y frágil pide mayor holgura, comodidad y licen-

cia. Comíase, pues, allí a dos carrillos; se bebía sin más tasa que la razonable impuesta por la usual templanza de los naturales; la elocuencia y murmuración andaban en su punto, y a los angostos de fauces, sobrados de enjundia y angustiosos de resuello, érales consentido deshacer la gola, desahogar las hebillas y dar al aire el pecho, abriendo el abotonado jubón. Y tan generoso espíritu reinó en este particular en la Montaña, que vivió dilatándose hasta nuestros días, y no se miraba de buen ojo a quien se desdeñase de participar en tan grata libertad, como si pretendiera motejarla o corregirla, dando a entender que fuera de ella había usos considerables y merecedores de adopción y observancia.

No faltaban, pues, amén de otros manjares usuales y comunes en todos los valles montañeses, otros que hacían justamente famosos y celebrados entre glotones, éstos en que andamos; la encendida cecina de Potes, curada al humo; las sonrosadas truchas del Saja, amagadas de futuro y no lejano exterminio por la incansable caña, los paradejos y otras armanzas de capellanes y clérigos de campo, pescadores muy dados a este que parece incruento y pacífico deleite; la pepitoria surtida por los pollancos del corral criados a la mano por doña Mencía; el lechazo de Barcenaciones, cabrito añojo que en este pueblo crían a oscuras para los regalones del país, cobijado bajo un cesto donde no salte ni se mueva y gaste en ejercicios y actividades su naciente sustancia, la cual le suministran cada día dos galanas cabras de repletas ubres. Pero el plato de crédito y

fama, la corona del festín, reclamada siempre por los convidados favoritos, y cuya ausencia o presencia graduaban y establecían la importancia y consideración del día y de los comensales, eran ciertos peloncillos, criados, prevenidos y aderezados por la molinera, cuyas manos en esto dejaban atrás las de Dulcinea para salar puercos, con ser éstas las mejores que para tal menester tuvo la Mancha. Solían venir y presentarse los pelones (que en puridad son los hijuelos tiernecitos de aquel grosero animal, que no se nombra entre montañeses sin pedir perdón), tostaditos de piel, enhiestos de orejas, rizados de rabo, acostados en sus fuentes o cazuelas de barro, muy vestidos de perejil y hierbabuena, embocado un limón en la jeta, cuyo zumo templase los grasientos dejos del saín, y había entre los fortísimos montañeses de aquellos días (como aun queda ejemplar) quien después de haber razonablemente entrado a los platos que precedieron, sin perdonar uno, daba cabo sosegadamente de un pelón, cual pudiera de un buñuelo, sin dejar de él más que ciertos huesos principales de su esqueleto, que resisten al moler de las quijadas más bien puestas.

Y nunca la molinera había pasado tales amarguras ni temido deslucirse como en este día, porque la hora de comer habíase entorpecido y retrasado con el ruido y pelea de las juntas, y siendo la gala del pelón presentarse en la mesa caliente y humeando, corriéndole el derretido jugo por todo su cuerpo y cantando la alegre música del fuego, dando menudos estallidos que le rasgan las pieles, abren nuevas

corrientes a su sustancia, incitan el diente y hacen la boca una pura agua, como decía la molinera, habíanlos arrimado a las ascuas y hecho tostar con la puntualidad necesaria, resultando ésta falseada por la alteración de tiempo y tardanza de los comensales; que ya los pelones estaban diciendo al son del freir y del ruido insólito de la cocina: «Comedme, que no espero», cuando aun no eran llegados los que habían de oirles y obedecer a su mandato o convite, quedando éste ineficaz y desairado.

Había sido el día de graves cuidados para las señoras, los cuales habíanles de suerte embargado el alma, que no tuvieron cabida en ella estos disgustos menores y de escasa monta; que a no ser así, tanto sintieran ellas como la molinera el deslucimiento, a que el tardarse la mesa exponía el buen crédito de la casa. Pero tanto doña Brianda como doña Mencía, y más ésta, en quien de ordinario descansaba confiadamente y con buen tino su madre los domésticos quehaceres, en los cuales ella sobresalía por su puntualidad y esmero, tenían cosas más hondas y de mayor cuantía en que entretener el pensamiento, que el punto de sazón y temple de un guisado.

Poco antes de mediodía habíase presentado el abad de Santillana en busca de la decisiva respuesta a su mensaje. Y doña Brianda, viva todavía su irritación con el Rebezo, y doña Mencía, mal enjutas las muchas lágrimas lloradas, y no bien claros en su entendimiento los derechos de su madre y los fueros de su propio corazón, habíanse presentado confusas, discordes, mal avenidas, dejando ver al experto y

sutil eclesiástico lo que por ellas pasaba, y previniéndole al mal término de su embajada.

Dolíale a doña Mencía resistir a la señora; pero dolíale más todavía negarse a la voz elocuente que le hablaba dentro del alma; y sin embargo, con haber vencido, con haber sido fuerte contra la obediencia de la sangre, dócil a la obediencia del cariño, estaba pesarosa. Faltábale aquel contento que había esperado, aquel dulce sosiego con que soñó poder entregarse al mansísimo halago de sus amores, libre de la amenaza sombría de la pretensión de don Diego. Apenas osaba poner los ojos en su madre; y si no se arrepentía de lo hecho, acusábase de haber preferido su propio bien a la satisfacción de doña Brianda, diciéndose que el deber filial no está en hacer el propio gusto por lícito y plausible que este gusto sea, sino en acomodarle y ceñirle al gusto de los padres, y viniendo en sustancia y consecuencia a reconocer y confesar que no había cumplido con su deber. ¡Duro martirio para las almas altivas que en la rígida observancia de sus obligaciones pusieron los cimientos de toda honrada satisfacción y contento, hallarse en falta y con justicia quejosas de sí mismas! Pero cuando así pensaba la dulce Mencía, no tenía en cuenta que si obrara de otra manera y diera paso a sus obligaciones filiales sobre sus inclinaciones amorosas, igual descontento, la misma ausencia de paz, el propio desasosiego doloroso que ahora sentía, y la propia vergüenza delante de su madre, hubiéralos sentido, no ya en presencia de don Alvaro, sino a solas con su imagen, en aquel perpetuo diálogo de

alma a alma que sostenía la suya apasionada y pura con la que ella se fingía ser menos apasionada y más viril y más intrépida y resuelta, animadora del gentil talle y actos y movimientos del soldado.

Las doncellas que por parecidas situaciones pasan tienen notable auxiliar y defensa en el silencio y recato a que su propia condición las obliga. Gracias a ello, no eran cuales hubieran podido ser el malestar y tortura de doña Mencía, a quien las horas parecieron siglos, y diera por abreviarlos la mejor de las más felices que pudieran aguardarla. Porque los sucesos de las juntas, el estado de los ánimos, los tiempos y las circunstancias, habían de traer a plaza dondequiera que se encontrasen y departiesen gentes, el nombre de los Ongayos; y ¡qué firmeza había de mantener en su voz, ni qué serenidad en sus palabras, nuestra doña Mencía, cuando de improviso en la conversación sobreviniera el fatal apellido, ya solicitando dulcísima acogida con memorias de don Alvaro, ya moviendo dolorosa pesadumbre con recuerdos de don Diego! ¡Qué indiscretos colores no le hubiera traído al rostro! ¡Qué traidores ahogos a la garganta, qué desdichados tropiezos a la voz!

Con ser doña Brianda matrona de más años y experiencia, costábale sumo trabajo moderarse, contenerse, y no romper a veces en duras palabras, dando soltura y huelga a lo que la oprimía el pecho. Porque en doña Brianda no despertaba el malaventurado nombre ecos algunos apetecidos y gratos como en doña Mencía. Para doña Brianda el nombre en don Diego suponía la ocasión del desacuerdo

entre ella y su hija, la mansa rebeldía de doña Mencía, el vencimiento y mengua de la materna autoridad, y el nombre de don Alvaro era la causa de haberse encendido y cobrado bríos para moverse y luchar y vencer aquel espíritu de resistencia y división, nuevo hasta ahora y desconocido en el pacífico hogar, en la vida suavè, armoniosa y acompasada del palacio de Quijas.

No había doña Brianda traído la ocasión ni suscitado la causa; no las había llamado con presumidas cautelas, con excusadas tiranías; no había pretendido adelantarse a la voluntad de su hija, prevenirla ni hostigarla; dejábase llevar al manso correr de las horas, sin desafiar a lo futuro ni provocar los castigos de lo inesperado e imprevisto que el futuro guarda contra los que, con más impaciencia y soberbia de seso, pretenden escudriñarle los senos y ajustar a su conveniencia y gusto aquello que no tiene todavía ser ni forma. Y, a pesar de todo, sin haberlo ella buscado, ni en su entender merecido, entrábansela en casa de asalto y sorpresa aquella ocasión y aquella causa, y con poder y violencia mayores cuanto más hondamente asidos a lo vivo de la voluntad y de las entrañas y en su mejor sustancia alimentados, y sin darla tregua ni dejarla espacio para prepararse y defenderse, adelantando siempre, no cejando jamás, acosándola de cerca cuando ella creía mejor desembarazarse de la embestida, habíanla envuelto, vencido, deshecho, derribado y roto sus armas, obligándola a esas llamadas paces entre vencedor y vencido, que lo son en cuanto no le crecen las fuerzas al malparado para vol-

ver a la guerra y la porfía, entreteniendo en el intervalo su saña con torvos deseos y enconados pensamientos.

Obligar a su madre a desairar el mensaje del abad había sido para doña Mencía vencer a medias, puesto que su corazón no se satisfacía con menos que con ver coronada por la materna condescendencia su declarada afición a don Alvaro. Mas doña Brianda, declarándose vencida, entendía, sin embargo, defender su autoridad y el derecho que se atribuía de mediar y conocer en las amorosas inclinaciones de su hija antes que ésta a sí propia se las confesase y consintiese en ella. Negábase, pues, a don Diego, no sin violencia, ni sin aprensión de los resultados, ya por su calidad misma, ya por la de su mensajero, porque no había en sus amorosas entrañas entereza o crueldad bastante para martirizar el albedrío de doña Mencía, mas no condescendía con don Alvaro, hallando en su espíritu la resolución y altivez que bastaban para no plegarse tan súbita e inmediatamente y aceptar aquella libre elección con que doña Mencía entendía disponer de su libertad y de su mano, sin atender ni consultar el gusto y el consejo de su madre. Y con estos cuidados en el corazón y con estas congojas en el ánimo, madre e hija veíanse, como en la vida acontece, obligadas a la compañía y conversación de gentes que sin quererlo podían enconarles las llagas, herirles la discreción y acabarles la paciencia.

Iba ya calmado el apetito de los convidados, excelente como de gente sana, y que sobre sus buenas disposiciones naturales, tenía el aditamento e incentivo de la madrugada

y paseo, de las agitaciones de la junta, de la hora atrasada y fuera de costumbre. Y tanto iban dados a su faena y deleite, que no reparaban en cómo el cielo se había oscurecido y las gotas de lluvia menudeaban e iban cayendo de cada vez más espesas. El rojo vino lebaniego, muy en privanza a los comienzos del festín, comenzaba a ser desdeñado; de la sidra nadie hacía caso; andaban a la rueda trasparentes frascos llenos de licor más sutil y claro, jugo de más meridionales viñas, y nervudas y vellosas manos se atrevían y vendimiaban vastos azafates de frutas puestos sobre el mantel. No se tome a locución impropia y fuera de asunto lo del vendimiar, porque en los frescos montones de higos, ciruelas y piescos (1), peras y pavías, avellanas verdes y nísperos sin madurar rodaban y se desgranaban racimos, blancos y negros, mal sazonados por el sol en los rincones y quiebras que enfrente del palacio tenía Peña-Mayor.

El calor del día, el de la estancia, el de la suculenta comida y frecuente beber, pedían frescor para las fauces y el paladar enardecidos. Así desaparecían los rimeros de fruta, devorada sin estos atildamientos de lavatorios y mondaduras ahora acostumbrados. No es decir que fueran entonces desconocidos, y no faltaba entre los convidados quien se mostrase ducho y maestro en practicarlos.

La cabecera de la mesa era de doña Brianda; a su mano

---

(1) *Piesco*, prisco, melocotón no injerto, blanco y abridero. *Piescal*, el árbol que lo produce.

izquierda sentábase doña Mencía, y el otro lado se reservaba al más antiguo y estimado amigo de la casa; esto es, del difunto amo y señor de ella, uno de los Gómez de la Torre, que se anunciaron al llegar como del Casar de Periedo, donde tenían su solar, convidándose marcialmente para el día. Eran estos hermanos Gómez de la Torre dos en lo material y visible, uno en cuanto al espíritu, al alma, la cual habíase dividido, o más cierto, repetídose y desdoblándose para animar dos cuerpos con idénticas potencias, igual memoria, idéntico entendimiento y una propia voluntad. Nunca sintieron diferentemente de una cosa, nunca entre ellos hubo pan partido, jamás tuvieron encontrados ni aun distintos pareceres, ni gustos diversos los dividieron y separaron; tan concertados y conformes andaban el discurso y la lengua de entrambos, que oir a cualquiera de ellos era oir al otro, y no fuera posible distinguir y conocer quién hablaba, a no decirlo el diferente sonido de sus voces. El mayorazgo de los Gómez de la Tòrre era el vecino a doña Mencía; respetábale su hermano, aun siendo corta la diferencia de años, extremadamente, y en cambio miraba aquél a su segundón con ojos de padre, tratándole como quien le había conocido muchacho, y tal le viera todavía sin haber dado paso en la vida, ni crecido en años, ni menguado en gracias y en necesitar cuidados e indulgencia solícita de sus mayores. Uno y otro habían hecho vida fuera de la Montaña, el mayor en los tercios de Portugal, el menor en las aulas de Valladolid, y escasos de ambición y ávidos de sosiego, retirádose a la tranquila paz de su casa,

donde no olvidaban nada de cuanto aprendieran en otra parte, cuentos y refranes, sales del discurso, y primores y ribetes de cortesía y trato de gentes tituladas y en candelero. Así que el mayorazgo, tomando la que le pareció más sazonada y jugosa de las pavías que cercanas tuvo, mondóla curiosamente y presentóla en un plato a doña Brianda, su vecina, al propio tiempo que su hermano, desde más lejano lugar, hacía igual fineza a doña Mencía, enviándosela por una doncella de las que servían la mesa.

No faltaba entre los convidados quien mirase con envidia la resolución y oportunidad de los Gómez de la Torre, ni tampoco quien lo motejase de uso añejo y trasnochada cortesía; riéronlo socapa algunos, rememorando juveniles galanteos que, con visos de leyenda, se atribuían al mayorazgo, porque lo cierto era que nunca se supo ni recordaban los hombres maduros haberles visto aficiones amorosas, y pasaba por admitida y probada entre cuantos los trataban y bien querían su genial y saludable indiferencia hacia las mujeres. Y quizá por eso—tal es la condición humana—no les desagradaba que siquiera en chanza y por pasatiempo, hubiera quien no de presente, pues esto lo huía su gravedad y buen sexo, mas en lo pasado les supusiera y atribuyese mocedades y devaneos que no conocieron. Gustaban además, singularmente el mayorazgo, de que se notara y puntualizase su cuidado en guardar la consideración y respeto debidos a la condición y estado de cada persona. Alguno que conociéndole el humor gustaba de lisonjearle, dijo:

—¡Oh, que bien se ve en mi señor don Francisco—así era el nombre del mayorazgo de los Gómez de la Torre—el antiguo soldado y el andante en corte! No faltará él por un tesoro a lo que el trato de las damas pide y su buen nacimiento.

—Así es la verdad—respondió don Francisco—; los años no excusan la buena crianza, y lo que se aprendió temprano dicen que tarde se olvida.

—Como el rezar—interrumpió don Vicente, que era el otro hermano—, que se lo enseñaron a uno sus padres, y habido por costumbre no se suelta sino con la piel.

—Eso, poco a poco—dijo don Francisco—; ni tú mientras anduviste las escuelas, ni yo en las marchas y acampamentos, gastamos muchas horas en rezos. Y no ha de andar perezoso quien quiera mostrar su afecto a doña Mencía acá en su casa, pues parece que tardará poco en salir de ella. Digo, si salen verdad ciertos rumores que andan por ahí y a todas partes llegan.

—Hola, hola; pues que sea para servicio de Dios, y muchos años de vida—dijeron alborozadamente varios convidados, vaciando en señal de júbilo sus copas.

—Ya Francisco puso colorada a la muchacha—dijo a su vecino el menor de los Gómez de la Torre, no tan bajo, sin embargo, que no lo oyera su hermano, el cual luego tomó la palabra, diciendo:

—Quien quiso a los padres quiere a los hijos; y si yo hablé en cosa que pudo molestar a doña Mencía, sabe Dios, y debe saber ella, y su madre, mi señora doña Brianda, que

no lo hice por mal, sino llevado del buen afecto que siempre tuve y tengo a la casa. ¡Pequeña minuta!—añadió luego con énfasis, porque el buen hidalgo, que en su niñez no saludó ni de lejos la gramática latina, sentía el gran vacío de tamaña falta, y para remediarlo, surtíase de aforismos, sentencias y locuciones adverbiales acá y allá cogidas y tomadas al oído, el cual, no siendo mayormente delicado y fino, le jugaba pasadas como la presente, haciéndole desfigurar y corromper los textos más vulgares y usados.

No se rió ninguno de los comensales, puesto que dos de ellos únicamente hubiesen cogido el gazapo. Vicente, que, como dicho queda, era latino y legista, y el cura del pueblo, hombre serio y poco amigo de zumbas y chanzas, y para el cual, errores gramaticales de gente lega eran de cierto «pecata minuta».

Don Francisco, el cual, para no perder el hilo de sus razonamientos, no siempre desembrollado y terso, acostumbraba seguirle sin mirar al rostro de aquellos con quienes hablaba, enseñado a huir de ajenos ojos que muchas veces, o fijos o curiosos, o burlones o taimados, embarazan y oscurecen el pensamiento y el discurso y echan a perder la más rodomada elocuencia, había hablado, puestos los suyos en el plato. Pero alzándolos y poniéndolos sin querer luego en doña Mencía, y después en doña Brianda, notó el mal disimulado disgusto de ambas, y no dejó de imaginarse reo y culpado de semejante novedad, con lo cual, creyéndose obligado a repararlo, torció la conversación de esta sutil manera:

—Pues, señor, vuelvo a decir, que no lo entiendo; esto de que un hombre que no es lerdo se ponga mal con sus convecinos sin qué ni para qué en negocios públicos donde el que más pone pierde más, y a quien más hace menos se le agradece, vamos, no me cabe a mí en el meollo. Será pobreza de espíritu, cortedad de alcances, lo que ustedes quieran, pero vuelvo a decir que no lo entiendo.

Todos callaron a este proemio, porque nadie presumió adónde iba a parar, ni a cuál se refería de los asuntos varios tratados, ampliamente discutidos o solamente anunciados durante la comida.

—Allí hemos visto esta mañana—continuó don Francisco—que se levantó a hablar quien menos derecho tenía para ello, y estúvose callado quien hablar debiera. No, señor; en esto de las ordenaezas entiendo yo ser oportuno hacerse alguna novedad; porque ¿habrá cosa que no se mude con el tiempo?; y aquello que fué útil y aun necesario un día, ¿no puede venir a ser ocioso, y si se quiere perjudicial en otro? Pues bórrese y suprímase y póngase en su lugar lo conveniente y bueno; así debe hacerse con las leyes por antiguas y respetables que sean. Y no lo digo a humo de paja, como oirán todos, puesto que prevenir a tiempo los males es no pocas veces remediarlos, y en negocio en que han de entender muchos, si no se marca a cada cual su obligación y muy clara y muy precisa, no hay que aguardar buenas resultas. Que hay que tratar de tal o cual materia, que el señor don Fulano las entiende, pues oblíguese a hablar a don Fulano quiera o no quiera; y no lo que siempre vemos, oraciones

sin principio ni fin, un discurso que no acaba jamás, donde luce su sabiduría el que lo hace, teniendo buen cuidado de repetir todo lo que ha aprendido aquí y allá, y ninguno de si lo entienden los que le escuchan, buena retórica, buena gramática, porción de palabras altisonantes y allá del tiempo de Maricastaña, y si va vuestra merced luego a poner en limpio lo que ha dicho, nada entre dos platos. ¿Quién me probará a mí que lo que nos dijo el licenciado de Ruseñada, con ser muy discreto y muy bueno y no tener nadie que reparar en ello, no lo pudo decir en la cuarta parte de tiempo que nos tuvo a todos, sin ser necesario, suspensos y escuchando? Pues se metió en honduras fuera de cuento, que no dieron de sí nada mejor que calentarle la sangre a don Diego, que ya sabe todo el mundo que está loco, y hacerle dispararse como se disparó, que si no nos tiene Dios de su mano, acaba aquello como el rosario de la aurora.

—No acabó de más sosegada manera—dijo meneando la cabeza don Vicente.

—Cierto—continuó don Francisco—, dices bien, y que tomó mal color el negocio, y no creí yo que acabase tan luego y con tan poca sangre.

—¡Pobre hidalgo de Binueva!—dijo uno de los convidados a quien la hartura ponía siempre compasivo y lagrimoso.

—No, señor—dijo don Francisco—; verán ustedes como sale. No es cosa mayor lo del hidalgo. Sabémoslo de siempre los que habemos militado: herida en la cabeza, o muerte al canto, o friolera. Pero si le digo a usted que nadie sabe

hoy dónde tiene la mano derecha, y estamos todos más para encerrados en los orates que para andar sueltos como andamos. ¡A qué traer el catalán que traen consigo, que será un bandido, porque los catalanes si no es por fuerza, no salen así al acaso de su tierra, y si el hábito no miente no le ofendo, porque me acuerdo de habérsele visto a los montañeses allá en la guerra de cuarenta y cuatro. Pero ya dije que aquella cabeza de don Diego está ida. Y no sé si decir además que es dolencia de familia. Porque ¿qué me dicen vuestras mercedes de aquella aparición y voces del mozo don Alvaro, tan sin tino ni consejo, que llega y toma y sin averiguar lo que pasaba, como pudo de los que allí estábamos, ni encomendarse a Dios ni a Santa María, tira de la espada, métese entre las gentes, y ahí tienen ustedes a don Reinaldos en la puente de Mantible? ¡Qué desatino! Vamos, y el menos loco es el fraile, y llegó a tiempo; no sé yo si había para qué recitar el sermón, que lo traería sabido de memoria y preparado para cualquiera fiesta, y dijo: «Aquí encaja bien, y oiga quien oiga, y aprovéchelo quien más lo necesite.» Y no estuvo mal, y sobre todo dió resultado, porque ya no hubo más voces ni más palos. Es verdad que ya los ánimos se habían serenado; las gentes entraban en cuentas consigo mismas, y visto que el alcalde mayor entendía cumplir con su obligación y comenzaba a ajustárselas a quien convenía, se templaban y recogían y no hubiera pasado aquello adelante. Pero ¿qué trae aquí don Alvaro? ¿No estaba reñido con don Diego; no servía en Flandes? ¿Qué viene a hacer en Reocín sin casa, ni padre, ni madre, ni perro

que le ladre? Esto se preguntaba todo el mundo en la puente esta mañana, y a mi entender no tiene más respuesta que la dicha: que ese mozo no está en su seso y lleva el camino de su mayorazgo y de toda la raza. Y ésta, no andemos en cuentos, se acaba en ellos, porque don Diego no está para casorios y don Alvaro, si casara, no tendría hijos, que probado está no haberlos tenido jamás hombre que tiene el cerebro enfermo o perturbado.

Con su discreción descaminada y su propósito de distraer los ánimos de asuntos poco gratos, mudando la atención a otros diversos de aquellos en que el honrado caballero suponía estribar y consistir el desagrado de las señoras de Quijas, había venido a hallarse en el punto mismo del cual pretendía huir, aventura no nueva en él y en la buena fe con que se imaginaba en posesión de aquella experiencia y habilidad que algunos privilegiados adquieren en la vida, y les sirve para verse en ella sin tropiezo ni naufragio y aun para evitárselos a otros más ciegos y menos afortunados.

El discurso de don Francisco, en vez de distraer las pesarosas sombras de los ánimos de las señoras, habíalas espesado y ennegrecido, y en vez de endulzar sus amarguras ponía nueva y más cruda hiel en ellas.

Madre e hija padecían como padece aquel que en su corazón esconde pensamientos que quisiera ocultar a los ojos de Dios, y los mira abiertos y declarados a los ojos de los hombres, donde no hay que esperar la misericordia, la compasión y la justicia que en el Señor del cielo y de la tierra.

Doña Mencía pensaba en solicitar licencia de su madre y de los señores convidados, levantarse de la mesa e irse a esconder en compañía de su otra Madre dolorosa, y confiarla sus penas; pero pensaba también que este nuevo martirio era merecida expiación de su desobediencia, y ya no se atrevía a huir y echarlo de sí buscando alivio y consuelo. Doña Brianda veía su consideración quebrantada, su concepto, alto hasta ahora y envidiable en la tierra que vivía, amenguado y puesto a murmuraciones y comentos sin posible excusa. Ya no se diría de ella que era la ejemplar matrona, espejo de damas, cuidadosa de la honra y prestigio de su casa en su viudez, cuanto pudiera serlo el varón más entero; ejemplo de madres a la par tiernas y celosas, en quien no se sabía qué enaltecer más, si su entendimiento y buen pulso en la conservación y mejora del caudal, o sus aprovechados desvelos y constancia en la crianza de doña Mencía, ya en sus tempranos días nombrada en el valle como dechado de virtudes y perfecciones. Diríase, en cambio, que, movida de vanidad, de codicia o de más bajo sentimiento acaso, había dado oídos y prestádose a conciertos y planes de establecer a su hija con quien merecía tal opinión como la brevísima, pero sazonada y cabal acerca de don Diego, dicha por don Francisco en los últimos fines de su discurso.

¡Quién sabe que no se pensara que con la esclavitud de su hija compraba su libertad propia! No eran tantos sus años que con su buena fama y gallarda presencia no pudiera ser aún requerida y solicitada; o dirían que sin mirar

a la juventud y belleza de doña Mencía, a aquella casta limpieza de alma y cuerpo que todos admiraban en el candor de sus ojos, en la frescura de su tez, en su inocente hablar y serena frente, entregábala a quien no la merecía por viejo, por insensato, por achacoso, por apartado de aquellos caminos del bien, a cuyo áspero o suave piso está obligado sin desviarse ni desfallecer, y tanto más obligado cuanto más entrado en días, el caballero cristiano. Porque a doña Brianda no le ocurrió dudar de que lo dicho por don Francisco acerca del próximo establecimiento de doña Mencía había de entenderse de don Diego, así como a doña Mencía no le pasó por las mientes que pudiera decir relación a otro que don Alvaro, y sin embargo, don Francisco no entendía ocuparse del uno ni del otro Pérez de Ongayo, sino del hidalgo de Binueva, de quien corrieron voces alguna vez, como hemos oído nosotros mismos, de haber pensado en ello. Porque con ser curiosísimo de toda novedad y amigo de saber, quedábase a menudo a la zaga de todos los noticieros murmuradores, sin contar las ocasiones en que gentes maleantes se divertían en engañar su credulidad con portentosas nuevas. ¡Cuántas veces acontece en el mundo como aconteció ahora al Gómez de la Torre, y cuánto yerra el hombre por imaginarse señor de los secretos pensamientos y propósitos de sus semejantes cuando más apartado u opuesto lleva el rumbo de los suyos!

La altiva doña Brianda padecía suplicio mayor que el de doña Mencía, y suplicio sin consuelo, donde no había es-

peranza, ilusión ni sueño que endulzasen o engañasen el dolor activo y presente. Vino al cabo en socorro de los mártires quien viene siempre y es el único, en semejantes casos, el cielo.

Un criado viejo entró, y llegándose a don Francisco, que ya en el desahogo de la sobremesa, y habiendo renunciado a la siesta por ser pasada la hora de costumbre, se prometía continuar sus discursos y la obra de su diplomacia y sutil política, le dijo a media voz:

—Dice Juan, el criado de sus mercedes, que el agua aprieta mucho y no es de cesar, y siendo el camino tan malo como su merced sabe, y habiendo de pasar la barca de Barcenaciones o la de Carranceja, pregunta si ha de preparar los caballos, como su merced no quiera mejor pasar aquí la noche.

—Es verdad—contestó en voz alta don Francisco—, la buena compañía y sazonada conversación nos han traído a este punto sin reparar en el aguacero que cae.

Todos miraron a las ventanas, y como si hubieran aguardado en las palabras del caballero señal para ello, se levantaron algunos. Don Vicente, uno de ellos, llegóse al balcón y dijo:

—¡Buen llover! Francisco, soy de parecer que, sin más cumplimientos y contando con el permiso de mi señora doña Brianda, mandemos aparejar los caballos y marchemos.

—Eso envía a preguntarme Juan—dijo don Francisco—; y volviéndose al criado que vino a consultarle, dióle trocado en orden el parecer de don Vicente.

Momentos después, media docena de caballos, ensillados, enjaezados y puestos a punto

> **Probaban sus herraduras**
> **En las guijas del zaguán.**

o del portal, puesto que allí zaguán no hubiera, y no mucho más tarde, bien envueltos en sus capas de soldado, los Gómez de la Torre, con otros caballeros e hidalgos que tenían igual camino, tomaban el quebradísimo y pedregoso que por el frondoso monte de Quijas sube a San Benito, único que entonces llevaba desde el palacio al Casar de Periedo.



XVI

EL CUARTO DEL SANTO

EL aguacero que ahuyentaba a los convidados de Quijas, era diluvio que de valle en valle abarcando la corriente del Saja desde sus altos orígenes hasta su embocadura, oscurecía y borraba los términos del horizonte, montes y llanuras, árboles y rocas, vegas y cañadas. El agua caía menuda y callada, paciente y perseverante, como preparada y resuelta a grandes y memorables obras, y a no parar mientras no las tuviese acabadas, ni recogerse a los remotos senos donde durante sus treguas y descansos la mantienen, o suspensa en nubes

los tiranos ardores del sol, o cerrada en dura cárcel la tierra. No era el agua alborotada y loca de la tronada o el chubasco, de la cual es látigo el viento que la desasosiega, rige y maneja a su antojo, la sacude y restalla en el aire, la estrella contra suelo y paredes, la arremolina en las cóncavas hoces y agrestes desfiladeros, la castiga como a rebelde criatura que se negó a la obligación o a la obediencia, y la deshila, esparce, derrama y cuelga hecha gotas en hojas y peñascos, donde luego apareciendo el sol las esmalta e ilumina como lágrimas que detuvo y cuajó en rostro que lloraba el súbito paso y mudanza del enojo a la risa, del pesar al regocijo.

No era de esta agua, cuya furia e impaciencia, si furia trae e impaciencia tiene, se calman y desahogan con sonar y correr: era agua sombría, densa, pavorosa, siniestra, cual debió ser la vertida por la cólera de Dios durante los cuarenta días de su justicia, cuando quiso renovar el mundo podrecido y viciado por los pecados de los hombres, y negándoles el vivir, dióles vagar para recordarse y arrepentirse.

Con esta agua caminaban río abajo los que, acompañando a don Diego Pérez de Ongayo, iban desde Puente San Miguel a Cortiguera. Compadecido el señor de Viveda del estado de don Diego, y de la poca salud que mostraba, había resuelto convidarle con su casa para descansar y aun detenerle en ella, si el agua, como era de presumir, arreciaba, o continuaba por lo menos, haciendo más penosa y difícil la llegada a Cortiguera. Hízose así en efecto, y la

cabalgada desmontó al pie de aquel pintoresco balcón de piedra que aún hoy los aldeanos y caseros de la Barca llaman la Matacana, en recuerdo de que fué parte o imitación de lo que abrigaba y defendía en otros tiempos la casa, y parece que, usando de la inexorable justicia y claro sentido comunes al pueblo, feminizaron el nombre para explicar con la alegoría de las piedras la mudanza de los tiempos y amansar de las costumbres. Sentíase don Diego tan quebrantado y para poco, que convino en detener su jornada y pasar el resto del día y la noche entera en la casa de su amigo. Entraron, pues, y subieron a los aposentos altos mientras los hombres de a pie, que harto tenían necesidad de secarse, se amontonaban al humo y al calor de la cocina.

El rostro de primavera de Rosalía recibió a los huéspedes con la acostumbrada serenidad y alegría de su cielo. Ayudó a su madrina en el servicio y atenciones que las novedades requerían, y no recibió mal los montaraces requiebros con que la saludaron algunos de los espolistas y mozos de caballo recién venidos. Mas cuando se hubo presentado el catalán, descompuesto el rostro y no muy compuestas las ropas, y oyeron todos de boca de uno y otro narrador, que se hurtaban el gusto de contar lo sucédido, la relación de las heridas y muertes acaecidas en Puente San Miguel, despertóse la natural ternura de las mujeres, las cuales, acudiendo al herido, insistieron en curarle aplicándole aquel bálsamo de bíblica receta y universal empleo en los campos, que de la naturaleza y patria del que lo aplicó en la

piadosa ocasión y manera que refiere San Lucas, díjose samaritano.

Más eficaz que el bálsamo samaritano sobre su herida, fué eficaz en el alma dura y valiente de Serra el bálsamo de las manos y los ojos de Rosalía. Aunque a decir verdad no es sanar mudar de dolencia, ni nos deja, antes suele agravarse y encrudecerse, mal que muda de asiento y pasa de una a otra parte noble de nuestro cuerpo; y los zumbidos que el catalán sentía en su cerebro, sin llegar a calmarse y enmudecer, vinieron a encontrarse y porfiar con los saltos apresurados que daba su corazón. Sentíase de la herida, pero dábala por bien ganada en servicio de su venganza; y satisfecho su rencor, pues tenía por muerto al Rebezo con no haberle visto después del balazo, y ufano con la protección que había probado de su nuevo señor, de cuya omnipotencia todo podía esperarse, no habiendo justicia en los valles por encima de su fuero y de sus antojos soberbios, deleitábase con el juvenil saber que su viril entusiasmo hallaba en su afición a la montañesilla. Y echaba galanas cuentas para el porvenir, y de gentil manera se engañaba y discurría pensando en tranquilas dichas y doméstico reposo, como pudiera el mozo más mozo, en el calor primero de sus abriles.

Libros hay donde se lee que estos tardíos resplandores y súbitos chispazos del sentimiento son presagio seguro de muerte, lo cual no dejan de ilustrar y afirmar con la usada imagen de la luz que esfuerza su brillo y su claridad cuando llega su hora de agonizar y extinguirse; mas ¡quién asegu-

ra que aciertenl No valen las letras de molde palabra de rey, ni dejan los libros de engañarse y aun de mentir, que al cabo no han de ser todos obra de hombre honrado, cuando basta a su fama y aplauso serlo de hombre de saber y entendimiento.

Ello fué que mientras los señores comían a media tarde y daban orden en que don Diego, adietado por precaución se recogiese y acostase en cautela de los daños que de la humedad y fatiga pudieran sobrevenirle, los criados, libres ya de cuidado, pensadas las bestias, dada somera atención a los arreos y jaeces, a las armas y ropas de sus amos, reuniéronse en la cocina con tantas ganas de cenar como de roer los huesos a quien viniese traído por los azares de la conversación a dar en los afilados dientes de su murmuración.

El señor de Viveda era espléndido: sus criados y sus rebaños solían morir de hartos, pero no de hambrientos; y en sus dominios estaban los huéspedes, así los de sala y alcoba como los de cocina y cuadra, a qué quieres boca.

Por mandato del amo dióse espita a un tonel, del cual bebieron todos. Habíase adelantado la noche, traída por la sombría cerrazón del aguacero, y la cocina, de suyo oscura, estaba alumbrada por un candil colgado de los dientes del llar; poca luz y triste, pero la bastante para verse y sobrada para hablar los que habían avivado su facundia y natural decidor con menudos y redoblados tragos.

La historia hizo luego lugar a la fantasía; las relaciones de la batalla del Puente, abultadas sin conciencia a oídos

de los que habían asistido a ella, y aun en ella participado, fuéronse cambiando en historias de aldea, primero; luego, en cuentos de brujas, fantasmas y aparecidos. ¡Qué de visiones y muertes repentinas, desapariciones de hombres y mujeres, aojamiento de niños, roña de ganados, asolamiento de mieses, ayes nocturnos, gemir de troncos, luces en despoblado, asaltos de cementerios, rastros de azufre y música de huesos! ¡Cómo se prevenían sin saberlo contra el letargo y modorra del vino, con la inquietud y vigilia del miedo!

No eran del agrado de la madrina de Rosalía tales conversaciones, y para librarse de ellas, discurrió dar complacencia a uno de los gustos más calificados que se conocen en criados antiguos de casa montañesa, y sospecho que también de tierra llana; a saber, el de mostrársela a un forastero, encareciéndole su capacidad, fortaleza y hermosura, y, sobre todo, sus grandezas, no tanto las presentes y visibles, cuanto las pasadas y ya un tanto oscurecidas por el paso y acumulación de los tiempos.

Y envió a Rosalía que con sigilo averiguase si los señores eran ya recogidos en sus estancias, y de estarlo irían entrambas y harían ver al catalán lo que pudiesen, la ancha escalera, el salón de los retratos, los escudos viejos, armas y tapices y, al fin, el cuarto del santo, aun cuando tal vez no sería prudente entrar en éste por hallarse inmediato el de don Diego, a quien habíase de mirar, y era explícito mandato del señor, con mayor respeto, cuidado y atención que a él propio. Hízose así; fué Rosalía, y volvió con la no-

ticia de tener expeditas y libres no pocas partes de la casa y tales que hallase interés el catalán en la visita que bien merecían, y encendido un velón en el candil de la cocina, y tomándole cortésmente el catalán en la mano, salieron con él ahijada y madrina. Bien le ocurría a Rosalía, previsora como mujer, y como tal compasiva, que más estaría Serra para tenderse en la cama y descansar, que para otra cosa; pero el fortísimo catalán no entendía cercenar las horas que su suerte le había deparado, y más deseoso cada vez de abrirse paso al corazón de la doncella, escogiera caer a sus pies desfallecido y muerto antes de cejar, dejando sospechar que hubiese en su vida empeño ni afán, aun cuando la propia vida fuera, más poderoso sobre su voluntad y sobre sus acciones. Ama rudamente el rudo y desidiosamente el desidioso; el amor, para los hombres, no es más que la ocasión en que con mayor energía y extensión se manifiestan y prueban sus prendas buenas o malas.

Era el catalán cortísimo en palabras, y negado a discreteos, como es sabido; mas aquello que callaba teníalo como adivinado y comprendido por la montañesa, y con llevar delante de ella el velón que los alumbraba y comérsela con los ojos siempre que podía apartarlos de atender a la conversación de su madrina, figurábase haber apurado los amorosos extremos, y puesto de su parte en favor de su afición tirana cuantos primores y requiebros pueden pedirse al más estirado y expresivo galán. Mas si las que juzgaba demostraciones de su sentir y de su penar le parecían bastantes, parecíanle poquísimas las horas de que dis-

ponía y podía disponer para gozarse en ellas y reiterarlas.

Dejábase, pues, mostrar cuanto mostrarle quisieron; oyó de boca de la madrina de Rosalía la historia de cada aposento, los nacimientos y muertes ocurridos en unos, las fiestas y bodas celebradas en otros, el agasajo y pompa usados en los días solemnes de la casa, los vicios y virtudes, las virtudes sobre todo, de cada uno de los personajes retratados, sus hazañas y conquistas, sus hechos y circunstancias memorables, su santidad, su valor, deteniéndose singular y devotamente en aquel caballero, lustre mayor de la casa, que yendo a estrenar en Africa su generosa divisa POR LA FE MORIRÉ, hízola verdad padeciendo martirio, y siendo entre los de su apellido tenido por santo, aunque la Iglesia no confirmase la canonización seglar. No era por ventura la mujer pobre de memoria ni corta de lengua: vidas y narraciones alcanzaban en su boca tantas digresiones, explicaciones, corolarios, notas y advertencias, que gastaran la paciencia de Serra, si Serra, dejando aparte lo que debía a la casa que le hospedaba y a su elocuente historiadora y apologista, no hubiera desde un principio puesto su atención en cosa que se la entretuviera más agradablemente y lisonjeara mejor que los feudos, expediciones, retos, peligros y caballerías, genealogías y sorpresas de tanto hidalgo, señor y escudero, y los primores del tapiz flamenco y el precio de la luna de Venecia, muy de contar en la tierra pobre de la Montaña, y algo menos en las de Levante, de donde el catalán venía, más ricas por cierto y puestas en amistad y comercio con las partes del mundo

donde florecieron siempre las artes por el mar de la civilización, el Mediterráneo.

Dichosísima era la contadora en poder hablar a su aire y medida sin que nadie la pusiera coto, aun cuando bien hubiera deseado mayores muestras de asombro y complacencia de parte del forastero, que las mudas afirmaciones de cabeza y las monosílabas exclamaciones con que daba curso y lengua a sus sentimientos interiores; pero como todo en la vida tiene fin, llegó el de la muestra y alarde de la casa de Viveda y sus pertenencias, galas y haberes, con llegar al punto dudoso de la entrada en el cuarto del Santo.

El cuarto del Santo era, y es hoy todavía en el solariego edificio, aquel en que tuvo aposento y cama el glorioso Patriarca seráfico, cuando en 1214 peregrinaba de Francia a Compostela haciendo fundaciones y dejaba hecha y establecida la de Santander. Teníase como iglesia donde nadie habitaba, y era consentida la entrada a quien quería orar o meditar en él, siendo de la casa, sin pedir licencia a los señores. Rosalía pensaba que no debían arriesgarse a entrar, que acaso en la mañana siguiente habría comodidad de que lo viera el obsequiado huésped; su madrina no se avenía del todo con las dilaciones, puesto que, según ella, las dilaciones son, por punto general, causa de malograrse lo dilatado y no hacerse jamás; pero cuando Serra se hubo enterado de que el cuarto de la porfía había sido hospedería de San Francisco, mostró tan escasos deseos de visitarlo, y dió en encarecer por tanto extremo la prudencia y

silencio precisos para no desobedecer al amo ni perturbar el descanso de don Diego, que sin mayor porfía quedó resuelta la suspensión del doméstico paseo y vuelta a la cocina.

Habíase en aquel entretanto aumentado la tertulia con un huésped extraño, y merece contarse el cómo, aun cuando pareza digresión ociosa.

Al ausentarse los visitadores del palacio de Viveda, iban siendo en la cocina cautivos del supersticioso terror buena parte de los que escuchaban: hubo quien se estremecía al golpe de la gotera que al otro lado de la pared sonaba; otro sacudía los brazos y meneaba las piernas porque no le ganase los movimientos un mal querer y se los tullese; a otro le comían las manos por santiguarse y no lo osaba por temor de burlas; y por todo el oro que las Indias mandaban, no hubiera alguno mirado a la puerta y menos asomádose a curiosear el ancho cañón de la chimenea, por donde entraban a ratos rociadas de agua que hacían bufar las brasas y ponían en riesgo la vida del candil.

Y no era de extrañar, porque de uno en otro argumento sobrenatural y del otro mundo había venido la conversación a parar en los juancanos (1).

—Yo vos digo que no hay juancanos—decía un gañán—, y en jamás los hubo, ni hombre viviente jurará habellos visto.

—¿Conque no hay juancanos?—dijo otro—; ¿conque no

(1) *Juancano y ojancano*, [ojanco en el Diccionario de la Lengua castellana, personaje de la mitología popular, parecido al cíclope de la mitología griega en su apariencia física, aun cuando no en sus oficios y atributos.

viven o vivieron, que igual es para el caso, en las cuevas de los montes? ¿Conque no está bien claro y explicado en libros? ¿No le hubo, allá yo no sé cuándo, en monte Dobra? Pues ¿por qué tien monte Dobra en el pico aquél a modo de verrugón u apostema que allá arriba tien? Pues apréndelo si no lo sabes, que hora es. Hízoselo aquello al monte un juancano, y este juancano era un gigante, que no tenía, como todos los juancanos, vamos al decir, más de un ojo en la frente. Y tenía su cueva allá en monte Dobra, y tuviéndola, como digo, bajaba cada qué y cuando le hacía a cuento, y llamaba a tu casa, o la mía, y te pedía un hijo o la mujer, o un jato o una vaca, y llevábaselos, y no había decille que no, porque de una arrempujada desgobernaba una torre. Y llevándoselos, dice que metíalos bajo el sobaco sin lijálos ni miaja y trepaba con ello monte arriba por lo más pindio, mitiéndose por donde no podían hombres, y cuando parecía que iba a esborregase (1) con la carga, que todos estábanle mirando a ver qué hacía y dónde paraba, catábanle allá en somo de su cueva. Y en jamás se supo lo que hizo de la mucha gente que se llevó. Pues voy a lo que pasó con él en monte Dobra. Que fué, que viniendo un soldado que había corrido más tierras que ve el sol, y como tuviera allá, no se sabe dónde, a lo que dicen, conversación con un santo o encantador de los buenos, díjole éste que era saludable la cruz contra los juancanos, por ser ellos del

(1) *Esborregarse*, y más culto *desborregarse*, caer y despeñarse resbalando por corrimiento de la tierra bajo los pies.

enemigo y contrarios de Dios, y el soldado que, a mi ver, era hombre de buen discurso, y que a nada tenía miedo, propúsoles el caso a los de por acá, con el remedio que a él le parecía conveniente. El cual fué llegarse con algunos pocos de los más atrevidos y espialle los pasos al juancano, que bien pudieron, porque él, aparte de llevarse la gente, con nadie tenía rencor ni andaba a malas, y ver cuándo entraba en la cueva. Y entrado, pusiéronle una cruz hecha de piedras que por allí apañaron, en conformidad que cogía la entrada y no podía salir sin hollala. Y con esto, cuando el juancano arremetió a salir, topó con la cruz y echóse para adentro. Y diz que probando algunas veces y topándose la cruz otras tantas, luego quedóse escondido y callado tan buen trecho, que temieron todos que era ya muerto, y corrida la voz fuéronse atreviendo y llegándose allá, que parecía ello romería, cuando pareciósles a todos que el monte se movía, y oyeron dentro de la cueva gran ruido y a modo de regoldar de muchos hombres, y era que el juancano, desesperado, y no tuviendo salida, revolcábase y bramaba pegando por todas partes dentro de su cueva por mor de reventalla y escaparse, y jibóse la tierra, y quedó monte Dobra como le vemos ahora. Con lo cual, dióles tal espanto a cuantos allí estaban, que tomaron a correr monte abajo y despeñáronse no pocos. El mal mayor estuvo en que las pisadas de los que corrían, o las manos de los que cayeron, o el diablo, que bien sabe de ocasiones, desgobernaron y traspusieron las piedras, y la cruz dejó de ser ta cruz, y el juancano tuvo la salida libre.

Y diz que no había mediado la noche de aquel día, cuando en la puerta de la casa que el soldado vivía sonaron tres buenos aldabazos.

Tres, o más o menos, pero buenos y lentos aldabazos sonaron en la puerta de la casa de Viveda cuando llegaba aquí el aldeano montañés en su historia del ojanco.

Cuál quedaron los tertulios no es para descrito. Mas repitiéndose los golpes, reanimado el narrador con los ladridos de los perros que a los golpes respondían, atrevióse, no a levantarse y abrir, sino a alcanzar con el pie a un mozuelo que junto de él dormía profundamente, descuidado de ojancos y de historias, y sin darle tiempo a desperezarse, mandóle llegarse a preguntar quién llamaba.

Sosególes a todos la serena y conocida voz del Rebezo, y animóles más su presencia y compañía, pues tenía fama de poco temeroso y desafiador de tinieblas y soledades que a otros ponían razonable miedo.

Cuando aparecieron en la puerta del ahumado recinto Serra y las dos mujeres, vieron al Rebezo que, descalzadas corizas y peales, secaba al fuego sus duros y callosos pies. Estremecióse todo el catalán, y detuvo el paso y arrimóse a la pared como temeroso de caerse, sintiendo su sangre agolparse a la herida, pugnando por salir con dolorosísimos latidos que postraran a quien no tuviera su robustez y su fuerza. Llevóse con todo la mano a la cabeza, y no fué dueño de ahogar un quejido, arrancado por el dolor, la sorpresa y el espanto, que espanto era hallar vivo y en su compañía al Rebezo, a quien juzgaba muerto a sus manos.

—Buenas noches, Rebezo—dijo Rosalía, adelantándose cariñosamente hacia el cazador. Alzó éste la cabeza, alzóse del tojo (1) donde estaba sentado, y respondiendo al franco ademán de Rosalía, vínose a su encuentro.

—¡Lo que hace que no nos vemos, bendito Dios!— dijo la madrina de Rosalía, mediando en la conversación y cruzando las manos—. ¿Qué es de él, por dónde anda?

El encuentro de las mujeres y el Rebezo fué como de gentes que se estiman y no se han visto en mucho tiempo. El cazador adelantóse, como decimos, a responder al afectuoso saludo de Rosalía y su madrina; mas viendo en su compañía al que tenía por homicida del hidalgo de Bi-nueva, detúvose, y lo que no se atrevió o no quiso decir con palabras, díjoselo con los ojos, que, hechos ascuas, cayeron sobre el catalán. Ibansele a éste las manos tras el pensamiento en busca del pedreñal y el cuchillo que había dejado sobre una mesa; pero la turbación que sentía y la guerra que comenzaba a darle su herida, y más que todo los ojos de Rosalía, que le miraron azorados de la mirada del Rebezo y como queriendo aliviarle de aquella ira y aquel fuego, pudieron más que el iracundo pensamiento, y le atajaron.

Uno de los concurrentes, que continuaba la conversación que comenzaron las mujeres, preguntando al cazador la causa de verle tan inesperadamente, la cual no calló, pues

(1) *Tojo*, trozo de tronco ahuecado en que anidan y labran las abejas. Aparte de este uso principal, tiene el de servir de asiento en casas pobres y en algunas dependencias de las casas ricas.

siendo pública desde por la mañana la presencia de don Alvaro en el valle, no había para qué andarse en misterios y tapadijos, dijo:

—¡Mahoma!, mal susto hízonos llevar el Rebezo, llegando cuando nadie contaba con él. Hallábase Marcelo en el más apretado punto de una historia cuando sonaron tres golpes en la puerta. Quedámonos todos, así me salve, sin resuello.

—Quedaríaslo tú, que no tienes más ánimo que una liebre—interrumpió otro de los tertulios—, que aquí, Bastián y yo y otros, mal año al miedo que tuvimos; ¿verdad, Bastián?

—Y ¿por qué no te levantaste a abrir la puerta?, que te quedaste como los demás, con los ojos muy abiertos y la boca, y mirando de aquí para allá, sin moverte más que la Masera de Suances, y si no despierta Marcelo de una coz a Neluco (1) y le manda abrir y va él sin saber a lo que iba, entavía está el Rebezo llamando.

—Y más valiera no haberme abierto—dijo el Rebezo de mal humor—, y hubiérame ido yo con el agua que cae, que se hunde el cielo, a buscar posada en el tronco de un castaño o quedarme la noche al raso, primero que pasar lo que por castigo de mis pecados me hace pasar el Señor.

—¿Qué te pasa, condenado?—dijo Marcelo—; muy de paz entraste y de paz estabas con nosotros ahora. ¡Qué

(1) *Neluco*, diminutivo de Nel, abreviación de Manuel. Usase también decir *Nelín*.

mala sangre hízosete de pronto! ¿Andas torcido con Rosalía, u haste lijado el pie u quemádote el llar?

—Mala sangre no hay poca en el mundo—replicó el Rebezo—, y que medra y se guarda por mor de quien no debía dejar gota de ella. ¡Qué cuenta tienen que dar a Dios algunos señores del empleo de su autoridad y señorío!

—¿Por quién hablas, Rebezo?—continuó el mismo aldeano—; mira si has de ser más claro, porque puede entenderte alguno mal y no salirte bien.

—Ea, ea—dijo Rosalía—, penas a un lado; alegre esa cara, Rebezo, que entre gentes está que bien le quieren si le ven poco de tiempo acá—y trayendo un jarro de sidra le tendió para que corriera de mano en mano y bebieran todos.

Todos hicieron la razón; mas como habían bebido sobradamente, apenas mojados los labios en el jarro, apurríansele (1) de mano a mano con un regüeldo de satisfacción y de hartura, y el consabido paso de la mano de palma o de revés sobre los labios. El Rebezo probó apenas la sidra, pero su competidor en sobriedad, el catalán, con pasmo de los que le conocían, se echó a pechos lo que quedaba del jarro, y aun repitió, porque Rosalía, con pródiga mano, quiso obsequiar a los tertulios. Y era que al catalán comenzaba a faltarle su resolución y seguridad; sentíase movido a renovar su empresa de la mañana, y sentíase a la vez enervado

(1) *Apurrir*, dar, alargar un objeto que está cercano. *Apurre el jarro*, se dice pidiendo de beber en el corro o la tertulia.

y flojo; sentía que el corazón y el brazo no obedecían a su voluntad, y creyéndolos postrados a la fatiga y padecer, discurría avivarlos y recrecerlos con la ayuda y embriaguez de la sidra. Renacía en su alma rencorosa el poderoso anhelo de la venganza; olvidábase de Rosalía y de las dulces inclinaciones y deseos en que soñara momentos había; ensoberbecíale hallarse falto de aquel podor y vigor que nunca le habían sido traidores, y no queriendo pedírselos a Satanás, que pudiera no escucharle, pedíaselos al fermentado zumo donde imaginan los hombres beber resolución y esfuerzo cuando beben la ceguera de su espíritu y la ignorancia de sus propios deseos.

No sirvió, pues, al intento de Rosalía su obsequiosa sidra. No se apartó el Rebezo de su sobriedad, ni se aquietó su gesto, ni fueron sus palabras más claras, risueñas y explícitas.

—¿Dónde vas a dormir esta noche, Rebezo?—dijo en son de zumba uno de los aldeanos—; denle una cama blanda donde sueñe con la princesa encantada de los picos de Andara.

—Ya le bastará el pajar conmigo—dijo uno de los mozos de labor.

—Ahí en la cuadra hay sitio para todos, bendito Dios—dijo el pastor.

—Yo acá me acaldo, y no me mueve el rey—dijo otro, tendiéndose en uno de los anchos poyos fabricados en torno del cuadro del hogar.

—Yo no dormiré o dormiré en el cuarto del Santo—con-

testó el Rebezo—; a ver si allí duermen también mis malos pensamientos.

No sin causa había surgido la conversación precedente, pues la trajo sin duda la necesidad de descanso que todos iban sintiendo. Despidiéronse las mujeres, recomendado el catalán a uno de los criados viejos de la casa, el cual le guió a un cuartejo debajo de la escalera, no espacioso ni claro, pero ventilado y limpio, donde halló lecho al sabor del más fatigado y soñoliento cuerpo.

Así fueron dispersándose cada uno en busca y demanda de su albergue y descanso, fuera del que prometió quedarse en el poyo de la cocina, donde ya roncaba sonoramente.

Quedóse también el Rebezo sumido en sus pensamientos junto a las cenizas del hogar apagado, y luego que se vió solo, puesto que su compañero dormía como tronco, levantóse, fué a la ventana que daba al campo, miró afuera, donde no vió nada por ser la oscuridad completa, y oyendo el ruido del agua, pareció hablar consigo mismo, diciendo:

—Si don Alvaro baja a Quijas esta noche, mal paso va a encontrar; llevársele ha el Saja, si no se le desborrega encima Peña-Mayor.

Y sentóse de nuevo en su tojo, sin arrimarse a pared donde la comodidad le convidase a dormir, que para su leal corazón era mala noche ésta entre las inquietudes de no hallarse a punto de servir a don Alvaro, y las que le daba la vecindad del catalán, a quien tenía por malvado y no de fiar desde su alevosía de la mañana.

No hay mal ajeno de que no se apenen y acongojen los

buenos y mansos de corazón, así del que imaginen como de cualquiera otro que nunca estuvo en su mano impedir o remediar, y tal vez se acusan de dureza de entrañas cuando por acaso olvidan que cada instante del velocísimo tiempo trae una herida, un dolor, una tristeza para un semejante suyo en este o el otro remoto confín de la tierra. Por eso la paz que se advierte en su rostro no se ha de tomar por la que en su interior los asiste y consuela, sino por la que entrevén y divisan más allá de esta vida, donde el ser bueno no exime de llorar y padecer, y al Rebezo le apuraban los peligros que pudieran correr cuantos bajo el techo de Viveda se abrigaban.

Entretanto el catalán no dormía; no se lo consintiera el cuidado de su venganza despierta con la presencia del Rebezo, y menos la fiebre de la herida y del beber, que le desasosegaban y estremecían, cuando una sola de ellas hubiera bastado a traerle desvelado e inquieto. Parecíansele en el cerebro visiones y fantasmas, así de las oídas en los cuentos de la cocina, como de sucesos verdaderos de su vida; queríalas espantar y se agarraban a su memoria, de donde no hallaba medio de sacudirlas y ahuyentarlas; y si por ventura intentaba detener alguna, en cuya contemplación halagüeña se recrease y complaciese, esa se le huía y escapaba, viniendo en una y otra ocasión a sentirse dolorido y cansado de alma y cuerpo. Movíase, paseábase en su angosto encierro, recostábase en el lecho, y alzándose de nuevo, sentábase, tornaba a alzarse y volvía a pasear. Tendía el cuello y arrimaba el oído a la puerta por examinar si

en la casa se notaba movimiento y ruido. Figurábase, allá en las sombras y apariciones de su malherida cabeza, ver al Rebezo que, saliendo de la cocina, subía y se encaminaba al cuarto del Santo, como había ofrecido, y encerrado allí se dormía descuidado e indefenso. Y pintándosele de tal manera, el catalán asió de su puñal, y recordado claramente el camino que llevó hasta la puerta del cuarto, donde, a su parecer, el Rebezo dormía, camino fácil, que no era otro sino subir la breve y ancha escalera, atravesar el desahogado paso del piso alto y entrar en la sala adonde abría la puerta del cuarto del Santo, apagó su lámpara y salióse al portal. Púsose a escuchar, y no oyendo, como antes, nada, fuera del cansado cantar de las goteras, llegóse despacio a la escalera, subióla paso a paso, paróse de nuevo, de nuevo escuchó, y caminando a tientas dió con la puerta de la sala, que no se cerraba nunca; pasóla, y entrando, miró a un lado y vió sobre el suelo la cinta de luz que salía por bajo de la puerta del cuarto del Santo, mostrando que alguien a la otra parte velaba. Sintió a la vez en su rostro el fresco aliento de la noche que entraba por la matacana que un descuido había dejado abierta. Detúvose y aspiróle con ansia; venía la brisa húmeda y suave como invisible mano providencial a atajarle y detenerle en su mala obra, y como si esta idea le enfureciese más, arrojóla de sí, y sacudiendo la cabeza como pudiera sacudirla del agua que llovía, abalanzóse a la puerta cerrada, abrió y entróse dentro.

—¡El Santo del Puig!—gritó, y quedóse que parecía estatua menos viva que la que tenía enfrente. Enfrente y den-

tro de un nicho abierto en el espeso muro, alumbrado por una lámpara colgada del techo, tenía la bendita imagen del Santo peregrino que en aquella estancia habíase recogido y descansado. Fijos los ojos en el cielo, abiertos los brazos, en alto las atarazadas manos, y roto el sayal en aquella parte del costado donde hirió la lanza romana el Santísimo Cuerpo de Cristo, diríase que en aquella hora acababan de confirmarse en el Patriarca, con la impresión de las divinas llagas, la gracia y la elección divina.

Así lo había visto el catalán en el Puig la noche del asalto y quema del convento; así lo vieron él y los suyos. Y sin que la imagen de misericordia y penitencia, de gloria y mansedumbre, fuese eficaz para detener las sacrílegas manos y embotar los homicidas hierros, acaso desde el manchado pavimento del templo, embriagados en el seno de aquellas abominaciones y torpezas, pusieron los airados ojos en la sagrada imagen, y copiando a los gentiles en el Calvario, con blasfemos labios la apostrofaron: «Si eres escogido de Dios, y tienes poder de hacer milagros, baja del altar y creeremos en ti; ¿no ves el martirio de tus hijas, la profanación de tu iglesia? Ven y defiéndelas, baja y castíganos.» Y el Señor, determinado a herir a los que le maltrataban y ofendían en la imagen de su amado siervo, extendió su azote, y en aquel mismo excelso lugar donde la devoción le había puesto, en el rasgado hueco, donde el sol naciente, orlando con su luz primera la pobre jerga, dibujaba en gloriosa apoteosis y como exaltada al cielo la efigie del Patriarca, a uno y otro lado del Santo, como nacidos de la som-

bra de su piedad por un decreto soberano de la Omnipotencia celeste, asomaron los castellanos, descolgáronse por las columnas y labores del altar, bajaron al suelo, dieron sobre los profanadores, los sorprendieron, acuchillaron y aventaron; no dejaron vivo al que les resistió, haciendo tal escarmiento, que no se borrase de la memoria de cuantos asistieron a su rigor o a su ejecución.

Resucitósele al descaminado y calenturiento catalán el recuerdo de la temerosa noche, y así gritó:—¡El Santo del Puig, y con él los castellanos, y con los castellanos el Rebezo ¡maldito sea! a ser matador de mi hermano!—Y despavorido y loco, cubrióse los ojos, quiso huir de la luz, tornó a salir a la sala, donde el aire fresco que antes le rechazó pareció llamarle a la matacana. Rocióle la frente el agua del cielo, y en tal de consolarle, pareció encendérsela más, como aquella agua que cae sobre el hierro hecho ascua. Volvióse, y la luz que salía del cuarto del Santo parecióle tropa misteriosa y fantástica de enemigos que le acosaban y perseguían. Desatósele la razón, perdió el tino, y no supo ya lo que hacía.

Puesto el cuchillo en los dientes, saltó por el balcón, echósele encima ladrando el mastín de guarda, y el catalán, adelantando su mano armada al reparo de la embestida, clavó el cuchillo en la garganta del perro, de la cual, saltando rauda una vena de sangre, bañó el brazo y aun salpicó al rostro y pecho del hombre. El húmedo calor de aquella sangre pareció frenetizar al calenturiento Serra; saltó las bardas, metióse entre los seculares castaños, husmeó a modo

de sabueso el viento, y hacia donde le pareció que venía el viento de la mar salino y amargo, hacia allá enderezó su carrera.

Su carrera no lo era propiamente; a menudo salíanle al encuentro manchas de arbolado, donde había de ir despacio, sorteando los troncos: las cercas le paraban menos; son en la Montaña albarradas de piedra seca, la cual se derrumba fácilmente al más corto empuje de su nerviosa mano, o con poner el pie encima para saltarla; tampoco le detenían arroyos, acrecentados por la lluvia; donde no salvaba de un salto el cauce estrecho metíase por la ensanchada madre, aunque el agua, alta hasta las rodillas, le hiciera vacilar alguna vez con su rápida corriente; pero en saliendo a lugar escampado y abierto, a suelo de sierra sediento siempre, que por copiosas aguas que sobre él vierta el cielo las bebe todas, y apenas da indicio del aguacero con el color oscurecido de su rico mantillo, allí los jarretes del catalán cobraban su vigor y sostenían y empujaban su cuerpo en la desmandada carrera.

Quien por aventura hallara al desdichado donde hubiera luz que alumbrase su encendido rostro, los ojos febriles y desencajados y el erizado cabello, la furia y desorden de toda su persona, el descompasado alentar de su pecho, la entreabierta y fatigosa boca, el temblor y fatiga de sus miembros, la sangre que desleída en el agua le manchaba las ropas y el desnudo pecho, sintiérase dudoso entre atajarle el paso o quitarse de su camino, entre la compasión y el miedo. Ni adónde iba, ni hacía cuenta del tiempo: corría

huyendo, corría escapando, corría sin resbalar ni caer con fortuna que no pudieran darle su destreza ni sus bríos, sostenido por aquellos afectos terribles que, apoderados de su conciencia, habíanla cegado para las realidades de la vida y de la tierra: la ira, el espanto y el remordimiento.

Faltáronle al cabo los alientos, y cuando el alba tarda y confusa comenzaba a clarear y podía traer guía a sus ojos y rumbo a sus pies, cayó desplomado y sin sentido en lo alto de la sierra que domina y guarda el abra de Puerto-Calderón y el molino de Serranera.

En Viveda los ladridos desesperados del mastín y su cesar repentino dieron el arma al Rebezo; levantóse, tomó el candil y dócil a su temerosa sospecha fuése derecho al cuarto del catalán; mas no hallándole y sí su pedreñal y su manta, salió al zaguán, donde halló al perro sangrando y caliente todavía. Desatinóse con esto el cazador, preguntándose si la muerte del perro había sido por defender la entrada o salida en la casa, si era obra del catalán, y si desaparecido éste era más de temer que dentro de casa y a la mano de quien vigilase sus actos y previniese sus propósitos. Y pareciéndole grave el caso y de mucho peso para su conciencia, discurrió descargarse de él llamando a las gentes de la casa, advirtiéndoles lo ocurrido; y acompañándose de ellas aguardar los sucesos y el día, el cual vino sólo trayendo al mundo la tibia luz de un día lluvioso; mas ni aun esa a los que la deseaban clara y viva acerca de la desaparición del catalán y la muerte del mastín.

Y había sido la noche de caminantes extraños y des-

acostumbrados en estos parajes de nuestra historia, porque cuando apenas mediaba, como allá en su palacio de Quijas doña Mencía saliese a la solana diciéndose en su corazón, y llorándolo acaso, que a haberlo ella querido, a aquella hora allí a sus pies rendidísimo y enamorado hubiérase hallado don Alvaro; y en ninguna manera con intento ni esperanza de encontrarle, como quizá imaginen maliciosos, de estos cuyo mal consejo y perniciosa doctrina son causa de que se digan cosas como las que arriba dichas quedan, acerca del sentido verdadero en que hayan de tomarse palabras y juramentos de enamorados; sino acaso para ver, como gentes caseras y ordenadas suelen hacerlo, si el llover calmaba y prometía sereno amanecer el cielo; como saliese, decimos, doña Mencía, sin que se haya averiguado lo que fué primero en ella, si mirar a la tierra o mirar al cielo, vió cuanto verlo consentían las tinieblas un bulto negro arrimado al tronco del tejo, el cual bulto, o por sus ojos o por sus oídos que sin duda tenía y harto perspicaces y despiertos, echó de ver u oir lo que en el balcón andaba y aun averiguár quién fuese, pues saliendo del amparo de la hoja y poniéndose al agua y al pie de la solana, dijo en voz no muy alta y menos segura:

—¡Doña Mencía!

—¡Don Alvaro!—respondiéronle tímidamente de arriba.

—¡Bendígaos el cielo, señora—continuó el enamorado caballero—; bendiga vuestra piedad que os trae a escucharme y a no huir de mí! ¿Me amáis, doña Mencía, o amáis a don Diego? ¿Resolvisteis ser su esposa, o queréis mejor serlo

mía? Vedme que vengo resuelto a que esta hora en que me escucháis sea la postrera en mis amores o la primera en mi ventura. ¿No respondéis?

—¡Ah, don Alvaro! ¡qué temeridad la vuestra en llegaros aquí y con semejante noche!—contestó toda temblorosa y confusa doña Mencía.

—¡Qué habláis de temeridades!—respondió el caballero—. ¡Qué habláis de temeridades a quien no hay aventura ni acción que se lo parezca, si le trae a veros u oíros, a saber de vos si puede esperar o debe morir! Decídmelo, señora, ¿os habló don Diego?

—Nunca hasta ahora.

—¿Ha pedido vuestra mano?

—Pidióla a mi madre.

—¿Y doña Brianda?

—Mi madre sabía que yo no le amaba.

—Y ¿esto oyó don Diego y oyólo sin estallar en cólera y olvidarse de todo humano respeto?

—Oyólo quien trajo su mensaje.

—¿Quién le trajo?

—El abad de Santillana.

—Oídme, doña Mencía—continuó don Alvaro—; fray Rodrigo está en Puente San Miguel.

—¡Dios mío!—interrumpió doña Mencía—; ¿qué pasó en la puente esta mañana? ¿Será verdad que anduvisteis en grave peligro, don Alvaro? ¿Es cierto que el hidalgo de Binueva perdió la vida? ¿Qué santo del cielo trajo a vuestro hermano?

—No hubo para mí peligro—respondió don Alvaro—y el hidalgo vive; en riesgo estuvo, y en cuidado de su vida sus amigos; mas al cabo volvió en sí en el hospital, donde los cirujanos ordenaron no moverle, y mi compasivo hermano le asiste y le consuela; mas oídme lo que más importa, que el tiempo huye y acaso la ocasión apremia. Vino fray Rodrigo mandado por el guardián de San Vicente a una misión que ha de predicar en la Vega, de la que tendrá el fruto que su santidad merece, y a otra que ha de predicar en Cortiguera, donde, o yo me engaño, o no está el suelo para tal semilla. Tiene fray Rodrigo en el guardián de la Barquera ciega confianza, ámale como a padre, fióle su pena, que no acierta a esconder bajo los hábitos, de los bandos que hay entre sus hermanos, y el guardián le ordena acudir a su remedio, cargándole la conciencia con su abandono de don Diego y la defensa mía, previniéndole que ha de probar antes de todo a amansar aquel duro corazón, de quien se dice que la salud no es cabal, como acaso esta mañana vimos. Oídme, en fin, Mencía, y resolved en ello sin olvidar que es insensato quien pudiendo ser dichoso lo dilata y aleja de sí. Mañana, si atendéis al gusto mío; el día que mejor quisiereis, si es otro el vuestro, fray Rodrigo vendrá trayendo a mi señora y vuestra madre doña Brianda, en nombre mío, igual mensaje que en nombre de don Diego trajo el abad. ¿Dirále doña Brianda como a éste dijo, que su hija no ama a quien la solicita?

No respondió doña Mencía: dejábanla apenas los latidos de su corazón oir las voces de su pensamiento. Instó

el soldado, continuó callada la doncella, y comenzó a dar indicios de desesperarse don Alvaro, en tanto que la lluvía continuaba cayendo, alcanzándole no poca parte de ella al galán, por guarecido que estaba del ancho alero, y aun cuando desmintiéndose la profecía del Rebezo, llovía en calma, sin que el agua entrase a bañar la solana y muro del palacio.

Al cabo doña Mencía dijo:

—Ved, don Alvaro, que no podéis permanecer ahí más tiempo. Caballero sois; obrad cual vuestras obligaciones piden, sin olvidar las mías, que son amar en mi madre sus muchas virtudes, su incomparable cariño, y mirar y venerar en ella la memoria de mi amado padre, que esté en el cielo. Dejadme decíroslo, don Alvaro, y no hayáis en ello pena. Yo desobedecí a mi madre y aun duele a su noble corazón la herida de esta desobediencia a que no venía acostumbrada. Miraos en tocar la herida a riesgo de enconarla. ¿Qué más os diré? Antes de consentir con la impaciencia de vuestro amor y pocos años, pedid a Dios consejo, y pedídselo a fray Rodrigo; y mientras resolvéis con su asistencia, guardaos, don Alvaro, guardad vuestra vida, en que están puestas mayores esperanzas acaso de las que imagináis. Adiós, don Alvaro, adiós, y no me olvidéis.

—Fiad en mi pecho que ciegamente os ama—contestó con arrebatado acento don Alvaro—; fiad en mi honra, que no sabrá olvidar lo que a la vuestra debe; mas no pidáis a mi corazón, ¡oh Mencía!, esas tibiezas y reposos con que ama, si ello es amar, el vuestro. No me pidáis el sosiego

que no he de tener mientras no pueda llamaros mía. Decirme que me guarde, es decirme que me guarde para vos, ¿no es cierto? ¿Para quién, ni para qué obra de vida he de guardar la mía sino para vos, y para hacer la vuestra tan dichosa como cabe serlo? Adiós, pues lo queréis, doña Mencía; ¿cómo olvidaros, quien sólo de recordaros vive? Perdonad a esta alma enamorada mía sus impaciencias y sus fuegos; perdonadla que os desobedezca, si acaso os desobedece, cuando desobedeciéndoos imagine mejor amaros y solicitar vuestro bien, que es el bien suyo.

No contestó ya doña Mencía; pero aseguran personas impuestas en los menores secretos y puntualidades de esta historia, que sintió intensísimo gozo oyendo a don Alvaro poner su amor por encima de cuanto en el mundo hallase, sin exceptuar las órdenes y mandatos, no muy rigurosos a la verdad, de la propia doña Mencía. Y aseguran también que apenas terminado el coloquio de ambos amantes, que pasó como un susurro del viento que hubiera andado vagando en torno de una y otra de ambas almas, como suele en torno de ciertas flores, en cuyo aroma le gusta emparse, parecióle sueño a la noble doncella, cuya imaginación, por mucho que en ello porfiaba, no conseguía afirmarse y creer en que ella hubiese tenido resolución para salir a la solana, ni la dicha de oir las enamoradas palabras de don Alvaro.

Lo cierto fué que a solas ya don Alvaro y entregado a su propio y único consejo, no dejó de conocer y sentir que tenía los pies metidos en agua, y que ésta no era agua sose-

gada y mansa, sino agua corriente que iba y venia revolviéndose y rodando como agua salida y derramada de presa rota que la contenía y encauzaba, subiendo cada vez más alta sobre el cuero de sus botas y anegándole los pies. Con lo cual persuadióse de la justicia de las razones de doña Mencía, y de no ser aquel lugar ni hora de estarse, y a tientas y a oscuras y tropezando y cayendo, y más calado que se vió nunca en sus guerras de los Estados Bajos, tomó su camino hacia la Puente de Bárcena. Contra nocturnos pavores y asechanzas llevaba su probado corazón y su buena espada; contra tinieblas y oscuridades, la limpia luz de su contento; contra inclemencias y rigores de los elementos, su juventud robusta y animosa. ¡Qué podían importarle noches, diluvios, distancias ni tropiezos! Cuando llegó a la puente y entró donde el hidalgo yacía a la luz mortecina de una vela amarilla, hallóle guardado por el más antiguo de sus criados, y entrado en el primer sueño reparador de sus heridas. A su cabecera dormía también el franciscano, sentado en una silla, caída la cabeza sobre el pecho y cruzadas las manos como si aun en sueños orase.



XVII

LA RIADA

MADRUGADOR y diligente el señor de Viveda, hallóse a su despertar con las novedades de que le dieron cuenta sus criados y el Rebezo, el cual, apenas le hubo pedido perdón como solía de la licencia grande de hacer noche en la casa, repitiendo la relación hecha de las causas que allí le trajeron, y oyendo de su boca las noticias, en cuya busca venía, despidióse de él. Bien quisiera el de Viveda detenerle por causa del agua; mas conocía su resolución y lealtad, y teniendo en cuenta que a don Rodrigo sería urgente saber de su hermano, dejóle marchar.

Tomó su camino el Rebezo, y a corta distancia de Viveda dejóle, subiéndose al cueto de una loma que el terreno hacía, mientras la calleja se despeñaba y hundía entre robles espesos y más espesas matas de helechos y espinosas árgomas. No bien había dominado el cueto oyó, abajo en la hondura, donde la calleja se precipitaba, voces ásperas, maldiciones y juramentos. Paróse a escuchar, y conoció que las voces eran de hombres empantanados y perdidos en un barranco de estos que las aguas en la Montaña convierten en profunda ciénaga o infranqueable torrente; y movido de humanidad, bajóse trabando con sus duros pies en el argomal para no escurrirse y despeñarse sin fruto, hasta llegar a paraje desde donde vió algunos soldados, que eran los que voceaban y maldecían, mal guiados sin duda, y peor traídos al paso del barranco, los cuales porfiaban empeñados en trepar por la resbalosa arcilla sin lograrlo, tropezando, cayendo, empozándose, y si tendían las manos para asegurarse cogiéndose a lo que los sostuviera y apoyara, apuñaban sin saberlo ramas de árgoma, que se las herían y desgarraban, con lo cual subían de punto su coraje y su maldecir, renegando de la suerte, del cielo y de quien los trajo a tan mal paso. Gritóles el Rebezo desde arriba; díjoles cómo habían de valerse y por dónde debían tomar para salir a piso duro y tierra firme, y bajóse lo que pudo por la estorrentada a ayudar a alguno que más lo necesitaba, hallándose luego los soldados en seguro y en lo alto, bien maltratados, calados y embarrados, como a menudo les trae su oficio a encontrarse. Eran seis, y según dijeron,

llevábalos a guarnecer la torre de Puerto-Calderón orden venida a su capitán, que estaba con la compañía y para completarla en la villa de la Vega; y el que hacía de sargento, hombre de buen porte, y que en el terciar del mosquete mostraba ser veterano y aleccionado por buen maestro, añadió que, siendo nuevos en la tierra, traían un guía, el cual los condujo por el puente de Ganzo a trasponer y bajar la sierra Gallina, y que ya vencida con no poco trabajo por lo áspero e inundado de los malos caminos, en la bajada y como se metieran en lo cerrado del bosque, el guía había desaparecido, dejándolos a la merced de Dios y a su propio tino, el cual los había servido tan poco como se echaba de ver en el trance en que los había hallado el Rebezo.

—Pero ahora no será así—continuó el sargento—, y si tú sabes el camino y la tierra, de la cual sáqueme Dios aunque sea para llevarme a los infiernos, donde no vea yo más agua, y menos la sienta encima de mi pellejo, venirte has con nosotros en lugar del que se afufó, que no lo contara él muy limpio a haber tenido yo una bala dentro del mosquete, como la tengo ahora para atajar al que quisiere huírsenos por pies.

—El camino de aquí a Puerto-Calderón no tiene marro—dijo el cazador—, y con preguntar en los pueblos pueden andarle más derecho que saldrá disparada esa bala del mosquete cuando le calen la mecha. De aquí a Santillana por Camplengo, y de Santillana a Oreña por el monte de los Santos, sin río que vadear ni barca que pasar, con que no

hay agua en el cielo que les corte el paso; o si más corto lo quieren también lo tienen, aunque menos trillado, por Gándara y la venta de Avíos. Yo tengo otro menester y voy donde me aguardan.—Y al decir esto el Rebezo hizo movimiento de caminar apartándose de los soldados; mas trabándole del cinto el sargento:

—Aguardará poco más el que aguarda— dijo—, siendo tal el camino como lo pintas; pero por buenas o por malas vienes con nosotros hasta ponernos en esa maldecida torre que Dios confunda.

Persuadióse el Rebezo de que no valían razones ni resistencias con quien podía más y parecía en voluntad de apurar los medios para lograr la suya, y aunque pesándole en el alma se avino a hacer guía a los soldados. Mas como aquel a quien la impaciencia apretaba y las horas urgían, ganoso de abreviar la aventura que en su camino se le atravesaba, no les ahorró trocha ni atajo. Metíalos sin compasión por dondequiera que su instinto o su práctica le señalaban paso, hasta no saber los soldados, dando al diablo la guía, si fuera mejor meterse descaminados en un marjal hasta las trencas, que arremeter como ahora iban por tales asperezas y espesuras, por donde el Rebezo los llevaba. Atrevíanse apenas a quejarse los bisoños soldados; dejaban en esta ciénaga un zapato, en el otro bardal la manga del tabardo; en parajes, las anchas alas del sombrero eran estorbo a la marcha; quitábanselo, y embarazadas con él las manos, amén de sus armas, no podían guardarse de las altas zarzas y malezas que les bardaban el rostro. Hubiérase

quejado el sargento y pedido al Rebezo mayor mesura y compás en el paso y en los pasos que buscaba; pero habiendo sacado de la conversación que tuvieron haber su guía militado también, preciábase él de muy soldado y duro y valeroso, y no quería parecérselo menos al improvisado compañero.

Llegaron, por fin, a trasponer el alto filo de la ancha herradura de Puerto-Calderón, desde donde divisaron el vasto mar, ceñudo y callado, como vencido del peso del agua que del cielo caía. Sin voz y sin espumas deshacíase la perezosa marejada en la ribera a los pies de la torre, que veían abajo muda también y sombría, envuelta en el húmedo y espeso ambiente, y manchada y obscurecida por la lluvia que corría a su placer por el desierto adarve.

Y registraban sus ojos el brusco desgarrón del suelo, donde más al Oeste parece enterrado el molino de Serranera, cuyas rudas muelas alzaban su monótono son en el mustio silencio del día, y llegaban con él a los oídos de los soldados.

El Rebezo señaló la torre al sargento, mostrándole el camino de bajada, que entonces serpeaba entero y firme por el quebrado escarpe.

—Vaya -dijo el sargento—, aquí no hay sino ponerle a un hombre la cruz encima: ya estamos en la sepultura.

—La sepultura—dijo Rebezo—, nadie sabe dónde se la tiene aviada y lista el Señor que nos crió. Ya me dirá el señor soldado qué cementerio es éste cuando vea salir el sol y le alumbre hasta allá adonde no se alcanza ni de memo-

ria añadiendo leguas a leguas un día entero, y comience a hervir y alborotarse el agua y vengan los bandos de gaviotas a quitarle el pan de la mano; cuando no le tenga en vela el barco que asoma y viene y torna y vira y vuelve a llegar, que no parece sino sabueso que no atina con el rastro, y le busca los vientos a la res, sin que nadie sepa lo que trae dentro, y si es de amigos o contrarios; o mire pasar una escuadra de galeras, y oiga el compás de los remos y las voces de a bordo, que todo esto más es para desear vivir que morirse, como no sea quien tenga el alma de arte que no acierte a pisar donde no le busque la justicia. Y pues ya les traje adonde venían, aunque no de buena gana, como Dios sabe, déjenme llegar a Serranera a dar los buenos días a un hermano que allí tengo, que sin el encuentro de sus mercedes libre estaba hoy de la buena sorpresa. Y parece que le ha puesto aquí la Providencia de los caminantes —continuó el Rebezo, mirándose las corizas y alzando alternativamente el uno y el otro pie para examinarlas—; porque éstas no son ya de provecho, gracias al rodeo que me hicieron traer sus mercedes, y pudiera mi buena suerte hacer que en Serranera me las trocasen por otras mejores.

Con esto se despidieron el cazador y los soldados, los cuales tomaron la bajada a la torre, tomando el cazador la del molino.

Hecho a sorpresas estaba el Rebezo y enseñado a guardar y esconder sus afectos dentro del pecho, sin que los vendieran la voz o el gesto; si no era que habiéndose ha-

llado desde muy temprano solo y necesitadísimo de sí mismo en los acasos y suertes de la vida, hubiese curtido el alma como la piel del rostro, y no la mellasen ni conmoviesen sucesos por extraños, graves y asombrosos que a otro hombre pudieran parecerle. Con todo, no dejó de asomarle a los ojos cierta extrañeza cuando, entrando en el molino y dicho «¡Ave María purísima!», hallóse con el catalán tendido en el miserable lecho del molinero, asistido por la familia de éste; encendidas por la fiebre la mirada y la tez, convulso, revolviéndose entre las pobres ropas que le cubrían, sordo a las compasivas voces con que le aconsejaban la quietud y sosiego. Apenas el catalán hubo visto al Rebezo, tornóse su inquietud frenesí; comenzó a temblar, sentóse en la cama, y dejando ver su sangriento y mojado vestido, comenzó a decir en desaforadas voces:

—¡El santo del Puig te trae! El santo del Puig te metió con los tuyos en aquella iglesia donde bebisteis sangre catalana, y el santo del Puig te guardó anoche, Rebezo. ¡Ira de Cristo! ¡Condenación de mi sangre! ¡Mataste a mi hermano y vienes a matarme a mí! Vine buscándote sin tener paz ni descanso hasta encontrarte; leía tu nombre en todas las piedras. En las montañas de Burgos le encontrarás, me dijeron. ¿Quién me lo dijo? ¡Dónde está mi cuchillo! ¡Dónde mi pedreñal! ¡Ah, traidores; me encerrasteis aquí para que me cogiese a su gusto, sin armas, este homicida cruel de hombres valerosos!

Las piadosas gentes del molino pretendían sujetar los desesperados esfuerzos del catalán en vano; desasióse de

sus brazos, y continuaba clamando: -¡Cobardes! Por la Señora de Monserrat, ¿quién te guardó de mi bala? ¿Quién te resucitó de mi cuchillo? ¿No palpé yo anoche tu sangre caliente en la hoja? ¿No me saltó a la cara, no me manchó la ropa? ¿No es esta tu sangre? ¿Estás vivo de veras, Rebezo? ¡Rebezo! ¡Maldito nombre! ¡Tantos años detrás de ti sin dar contigo! ¡Adónde estás, Cataluña, madre mía! Te dejé por seguir a este perro sin Dios, y no volveré a verte. ¡Un cuchillo, por Cristo, un cuchillo! ¿No eres tú el Rebezo? No: el Rebezo murió; tú eres su alma; ¿qué quieres, que te perdone? ¡No te perdono, huye, no te perdono. Huye; no te acerques, no me toques, no quieras llevarme contigo: nunca, nunca! ¡Yo me salvaré de ti! ¡A Cataluña, a Cataluña!

Y saltando con poderoso esfuerzo, corrió a la puerta echando de sí a los que le resistían y sujetaban, y salió del molino con velocísima carrera. Siguióle el Rebezo asombrado y compadecido: las palabras y el gesto del catalán decíanle harto claramente el extravío de su razón. Siguióle, y le hablaba deseoso de apaciguar, si era posible, su exaltación furiosa. El delirio de Serra, llevando el pensamiento del cazador a sus campañas de Cataluña, explicábale el misterio de su nombre escrito en la piedra por el centinela muerto; el balazo de la mañana no apuntado al hidalgo a quien dió, sino al Rebezo mismo; las iracundas miradas y extraño porte de Serra en Viveda, y su fuga, sin decirle cosa clara de su estancia en Serranera.

El catalán corría, trepando las rocas, dirigiéndose al saliente y hacia aquel cayo de Puerto-Calderón, que dijimos

llamarse las Barcas. Tropezó y cayó algunas veces, levantóse otras tantas, miraba si era perseguido y apresuraba el paso. El ágil Rebezo le seguía ya muy de cerca, diciendo:— Párate, que vas al agua; párate, que te pierdes.—Pero estas voces parecían espuelas a la carrera y saltos del catalán. Llegó a la última roca enhiesta sobre el mar, aguzada por las lluvias y rompientes, donde no hay pie que agarre, ni planta que sepa hallar asiento. Quiso detenerse, mas no bastándole sus fuerzas, vaciló sobre los pies y cayó al mar.

No pudo decir el Rebezo, que a punto de asirle estaba, si se precipitó en las aguas voluntariamente o faltó tierra a su pie en las roídas rocas. Vióle surgir, sacar la cabeza, mover los brazos desatinadamente, poner los ojos en él con expresión de angustia horrenda, y le oyó clamar con voces que el agua interrumpía:—¡Socorro!—El Rebezo bajó por las piedras cuanto pudo, descolgóse la ballesta y la tendió al que se ahogaba. El cual agarróse tan desesperadamente al estribo del arma, que por probadas fuerzas que el Rebezo tenía no alcanzaron a sostener peso tan grave. Asióse con una de sus manos al peñasco, mas la que le quedaba empuñando la coz de la ballesta escurrióse, soltó su presa, y el catalán y la ballesta se hundieron en los abismos.

Acudieron los soldados de Puerto-Calderón, y con el Rebezo y las gentes del molino permanecieron atentos a ver si el mar arrojaba el cuerpo de Serra; pero el mar, callado y sereno, nada dijo ni mostró de lo que había hecho del ahogado. Entonces contó el molinero al Rebezo cómo, subien-

do el hijo suyo a la sierra a pastar las cabras que tenían, halló al catalán tendido, calado por la lluvia, y al parecer sin sentido; que, avisados, acudieron todos y lograron reanimarle y traerle al molino, donde a duras penas y sin consentir en despojarse de sus ropas mojadas y llenas de sangre que traía puestas, habíanle acostado y procurado, sin conseguirlo, aliviarle y hacerle tornar de su acuerdo, del cual bien pareció desde que le hallaron estar desamparado y falto.

—Ya saldrá a la noche—dijo el sargento—a llamar a la puerta de la torre y desvelar a los medrosos. Pues si tiene tan cierta la gloria como el mosquetazo que le espera, excusado será gastar en sufragios por su ánima. Mira tú, montañés—continuó encarándose en el Rebezo—, y dime ahora si tiene o no tiene este condenado lugar color de cementerio.

Halló, con efecto, el Rebezo en Serranera corizas mejores que las suyas; calzóselas, y se puso de nuevo en camino. Acompañóle un trecho el molinero por el borde del arroyuelo que, ayudado de la mar, da vida y movimiento al molino. Venía el arroyuelo turbio, gruñón y ensoberbecido, dando embestidas a las caídas del tajo por donde corre, como con pujos de salvarlas y esparcirse fuera de ellas.

—Vale Dios que baja la marea dijo el molinero—; que a la subida no sé cómo andaremos.

—Bueno vendrá el Saja—respondió el Rebezo, respondiendo con su voz a los pensamientos que le traían inquieto y ansioso.

En el camino que lleva le acompañamos dos noches ha, mas con ser entonces noche en el cielo, no lo era tanto como ahora en el espíritu del cazador. Ni caminaba con aquella firmeza en el pisar, aquella seguridad en el rumbo que entonces nos le ófrecían como acabado modelo del montañés, andador vigoroso, audaz e infatigable. Estorbábanle ahora las manos ociosas, acostumbradas a la ocupación de la ballesta, y acaso echaba de menos el peso de su arma sobre el hombro, con el cual daba certeza y aplomo a su andar, como se la da el lastre al andar del barco. La gafa en el cinto y las saetas parecíanle tan demás, que estuvo por arrojarlas al barranco de Serranera, a no detenerle cierto cariño que se las hizo guardar como reliquias de lo perdido. Acaso tenía el Rebezo aquella superstición de los niños y de las mujeres que les hace conservar con mayor celo y cariño el pedazo de un juguete, o un cacharro descabalado y roto, como si por atracción misteriosa hubiera de volver lo perdido y acabado a lo que aun se conserva y existe. Cuando llegó a unos retoños de acebo, no lejos de las piedras donde encontraron en la jornada anterior el caballo del hidalgo de Binueva, sacó el Rebezo un cuchillo, cortó el que le pareció más recto y flexible de los renuevos, y con la ocupación de deshojarle y pelarle historiando labores y figuras en la corteza entretuvo parte del camino.

En la Virgen de Guía, el cauce que cerca la ermita y da tan agreste frescura y armoniosa vida al pintoresco sitio, bramaba y se revolvía con harto más caudal, más ira y más empuje que el arroyo de Serranera, y renovándole sus pen-

samientos la vista del agua rojiza, enconada y revuelta, hízole de nuevo hablar en voz alta repitiendo:

—¡Bueno vendrá el Saja!

Y así diciendo, parecía querer espantar una idea sombría y triste que le acosara el ánimo, como si del Saja temiese alguna desventura, o golpe, o maldad en daño de lo que amaba.

Por esto no debe andarse dos veces un camino. Si se anduvo en paz o con gloria, en compañía de dulces esperanzas o risueños pensamientos, témase con justicia que el segundo paso será entre temores o peligros, o desconsolada indiferencia, o acerbos martirios, acrecidos con el recuerdo del antiguo bien y la comparación entre los dos estados del alma sostenida con la vista y encuentro de uno y otro sitio, de uno y otro objeto. Y si se anduvo acompañado de angustias o tristezas, conviene huir de él, y tener por cierto que en sus vueltas y angosturas, en sus quiebras y asperezas quedaron no pocas de aquellas tristezas y angustias, a esperar a quien viniera, a aguardarle si volviera a pasar por mucho que no haya sentido alivio con su falta el que las llevaba, ni menguado su peso. Aquí como en tantos otros casos de su vida, fáltale al hombre energía para resistir y negarse al halago y memoria de los pasados contentos; vuelve en su busca con tanto mayor afán y codicia cuanto mayor necesidad y apetito de ellos siente, y no hallándolos se aflige, aburre y desespera. De estos hombres desatentados y ambiciosos que pretendieron andar repetidas veces aquellos fáciles y risueños caminos de la vida

que se andan una vez sola, se engendran tantos desengañados sin engaño, rendidos sin trabajar, quejosos sin razón y lastimados soberbios, en cuya boca es el cuento y relación de su experiencia escándalo y mal consejo, en tal de ser enseñanza y saludable aviso.

El Rebezo no buscaba ni prefería caminos en la Montaña por risueños y floridos, buscábalos que le llevasen pronto al término de su jornada, y en la de ahora tenía más de una vez que desviarse y torcerse, por cerrarle el paso las aguas y haber de buscarlas vado o puente. No se le hacía de nuevas el caso, ni le impacientaba, a pesar de sus vivos deseos de llegar a Quijas, porque eran contradicción y obstáculo estos que encontraba de que tenía añeja práctica y costumbre. Y he aquí donde no ha variado el ser ni forma de las cosas montañesas desde los días que relata esta historia hasta los nuestros. He aquí donde mudadas la legislación, gobierno, justicia, apellidos, nombres, oficios y no pocos de sus traeres y usos, consérvase y dura el súbito amontonarse y romper de las nubes, el tenaz y espeso llover, el desencauzarse las aguas y derramarse con terrible furia, desolación y estrago por la comarca.

Quien no lo ha visto, mal puede imaginar cómo el agua a tales horas rebosa, cunde y se enseñorea del anegado paisaje. A porfía con el cielo que se desgaja, ábrese la tierra, y por dondequiera mana y deja correr venas de agua, que mudan en hervorosa fuente la agotada charca, en tendido lago la llana pradera, en torrente el camino, en río el cauce, en sonante cascada el agrio y seco despeñadero.

Brota el agua de las piedras, serpea por los troncos, cala los vallados, mina las cercas, roe las paredes, ciega los imbornales, descuaja los postes, salva las puertas, sube a las casas, desaloja a las gentes, espanta a los ganados, despuebla las vegas, las invade y domina, hácelas suyas, sin dejarlas más huésped con vida que aquellos a quienes dió Naturaleza vigorosas alas para sostenerse y volar encima de su rugiente y asoladora masa.

Cuando el Rebezo llegó a los altos campos de San Martín, encima de Puente San Miguel, desde donde la vista domina la cuenca del Saja entre la Angustina y Ganzo, pudo dar precisión y cabal certidumbre a su exclamación de la mañana, diciendo:

—¡Bueno viene el Saja!

¡Bueno venía en efecto!

Habíase hundido y borrado su cauce o más bien había el río héchose cauce de la vasta llanura sumergida, en que parecían recogidas y derramadas las lentas lluvias caídas del ya enjuto y agotado cielo. No llovía, pero sobre la anegada tierra las aguas hervían y sonaban con rumor al parecer creciente. Oíaselas mugir, llenando el ancho valle con su voz única preñada de amenazas, ahogados los clamores de socorro en su pavoroso estruendo. No valía más en su mortal estrépito el ¡ay! de los despavoridos y moribundos, que valieran en su caudal las lágrimas de los desolados y empobrecidos. ¡Cuánto no gemirían en aquella hora infausta los que veían perecer en las aguas a los amados de su corazón! ¡Cómo no clamarían al cielo los que

miraban llegar la inundación creciente, cercarlos, estrecharlos en su postrero asilo, mojarles los pies, y subir implacable, violenta, hasta vencer sus fuerzas enflaquecidas, y arrastrarlos consigo, si antes, desmayado el espíritu, no se dejaban caer, cerrados los ojos, en la corriente!

¡Cuáles llantos no habría en los tristes que salvaban la vida para hallarse con la miseria, el hambre y el desamparo!

Sin embargo, ese gemido de tantos desventurados, ese sollozar y desesperarse, invocar a Dios y despedirse de la vida, y agonizar y perecer de un pueblo entero, anegábase y desaparecía en esotra voz profunda, intensa, vasta, lúgubre y siniestra, que en lo siniestro y lúgubre a nada se parecía si no era al cielo, siendo a los oídos humanos lo que a los humanos ojos eran las nubes cárdenas, espesas y ceñudas que le ocupaban y entenebrecían, mortal sentencia, sorda e implacable justicia.

No hay humano acento poderoso a dominar aquel acento de querella y de amenaza: el choque de las gigantes piedras rodadas por el ensanchado lecho, el voltear y herir en rocas y edificios del náufrago maderaje, arrancado al descuajado plantío o a la derruída vivienda; el estruendo de tantos despojos, cuerpos de hombres y bestias que el agua se lleva como botín de guerra, barcas volcadas y rotas, último asilo robado a la esperanza, supremo testimonio de la fatal victoria, y el golpear y sacudirse de las olas inmensas que pasan sin tregua de reposo ni silencio.

El agua, que es gracia, convertida en furia; el agua, que

es vida, trocada en muerte; el agua, que fecunda y resucita, ocupada en asolar y destruir; el agua, que es limpieza, hecha corrupción; el agua, que es contemplativo arrullo, vuelta amenazador espanto del alma; el agua, delgadez, transparencia y aroma, mudada en cieno, fetidez y horrura.

Espesada, enrojecida y turbia derramábase extendida sobre la antigua vega, ondeando y meciéndose donde ya victoriosa y anegando cuanto pudo resistirla, tronco o pared, criatura viva o fábrica muerta, nada se la oponía; arremolinábase rebramando encolerizada en torno del árbol más hondamente asido a la tierra, del muro de mejor trabada argamasa qne todavía alzaban ramas o piedras sobre su agitada faz, mirando impávidos pasar su impetuosa corriente, henchida de golpes y amenazas.

Los ojos del Rebezo acudieron al palacio de Quijas. Sobre las almenas del torreón descubrieron gentes, y gentes en la tajada cumbre de Peña Mayor. El Saja alcanzaba las ventanas bajas del palacio, por donde coligió el cazador que el río rodeaba y ceñía la fábrica entera, vedando la salida a los que cerraba dentro, refugiados adonde más en salvo se creían por la altura del sitio y fortaleza de la fábrica; visto lo cual, sin detenerse, apresuró el paso bajando hacia el puente. El puente de San Miguel, como si lo amparase el santo patrono de los nueve valles, resistía poderoso y firme el tremendo embate de las aguas que bajaban bramando y subían a punto de cegar las anchas luces de sus espaciosos ojos. Los obligados a pasarlo pasábanlo a todo el correr de sus piernas, temerosos de verle derrumbarse y perecer con

él, y oídos hubo tan afinados por el miedo, y ojos a quienes el pavor adelgazó la vista, hasta afirmar los unos que oyeron crujir y sonar en sus encajes los trabados sillarejos, y que vieron los otros estremecerse y temblar sus firmes parapetos y sólidos estribos. Temblaron acaso, y acaso se estremecieron, que no se veda al valiente sentir las cercanías de la segura muerte que impávido desafía, mas no se dejaron quebrantar ni mover. Resistieron sin cejar, aguantáronse sin ceder, opusiéronse victoriosos a su poderoso enemigo; pasó la avenida, y el puente miró las aguas vencidas menguar en su lecho, recobrar su curso manso y pacífico, como las mira hoy tras de repetidos azares, crecidas y batallas, único acaso en la Montaña que no fué alguna vez vencido y arrollado por el encolerizado río cuyas hondas márgenes abraza y junta.

Pasólo el Rebezo sin temor ni zozobra de la propia vida, porque iba generosamente ocupado en el cuidado de otras vidas ajenas. Pasólo y tomó desde la orilla derecha la subida de Peña Mayor, puesto que el hondo camino entre la Peña y el palacio era señorío y presa de las desbordadas aguas. Llegó a la cumbre, y hallóse a los de Ongayo entre las gentes que desde San Martín había visto, azorada muchedumbre de aldeanos de los barrios y caseríos vecinos.

Habíale en poco precedido Pedrucho, traído por su curiosidad y ocio de vagabundo, llegando cuando todo era confusión y aturdimiento, y estéril razonar y desesperarse entre los que desde Peña Mayor buscaban y querían socorrer a los de la torre, sin que la caridad ardiente de fray Rodri-

go ni la experiencia militar de don Alvaro atinasen con algún breve camino y eficaz remedio. Y sucedió, como suceder suele, que el de menos valer y más triste opinión entre los circunstantes, aquel de quien todos decían mal y nadie para lo bueno se cuidaba, fué el de mayor provecho, pues acordándose Pedrucho de algunos trances apurados de su vida marinera, y de salvamentos y socorros a que había asistido, dijo a don Alvaro:

—¿De cierto no da su merced con la manera de hacer llegar a los que están en la torre bastimentos, armas o lo que hubiesen menester, y aun de llegarse él mismo, y si tiene, como pienso, firme el cerebro y animoso el corazón y recios puños, traellos de uno en uno donde pisen tierra firme y no teman el derrumbarse de la torre?

Miró el caballero con sorprendidos ojos al truhán, el cual continuó su plática.

—¿No oyó su merced en su vida lo que es un vaivén y un andarivel? Pues aquí pueden valernos esos artificios marineros, y establecerlos he yo con su licencia, a cuyo fin no hay más sino traer de aquellas gúmenas que trabajan en la obra de la iglesia con otras relingas y guitas que no faltarán, y, por último, un torzal ligero de muchas varas y poco peso, y disparado el cabo de este torzal y asiendo y halando de él los de la torre llevarse han la guita y tras la guita la relinga y tras la relinga el cable macho de la capitana de las Cuatro Villas que fuere menester.

No dejaron concluir a Pedrucho los que le escuchaban. Asiéndose ciegamente de aquella esperanza que les ofrecía,

y sin más aclararla ni esperar a robustecerla, partieron muchos hacia la iglesia, de donde luego volvieron trayendo cuanto bastaba, y aun sobrado más, al acertado plan de Pedrucho. En esto y en ponerle por obra entendían cuando llegó el Rebezo.

—En buena hora llegas, Rebezo; trae tu ballesta—dijo Pedrucho.

—Mi ballesta está en lo más hondo del mar de Puerto Calderón—contestó con tristeza el cazador.

—Pues en tu ballesta está la vida de las señoras de Quijas—dijo don Alvaro—. ¿No hay quien tenga una ballesta?—gritó con alterada voz.

—En Binueva ha de haberlas—dijo el Rebezo—; corre—añadió dirigiéndose a uno de los criados del hidalgo, a quien conoció en la muchedumbre—; trae la mejor de las ballestas de tu señor; aunque no—continuó, meneando la cabeza—; ¡qué saben éstos de ballestas, y si la nuez corre bien en su canal, y si están en punto las quijeras! Yo iré—y tomó la más corta vereda.

En la azotea del torreón, entre lágrimas y oraciones, pasaba el día y los momentos, y pasaban las esperanzas de auxilio, mientras no volvía el Rebezo. Más con el ademán que con las voces, que apenas se oían con el estruendo de las aguas, y no alcanzaban a las señoras de Quijas y su angustiada servidumbre, confortábalos fray Rodrigo, mientras don Alvaro, con desesperado gesto, parecía sondear la profundidad de la alborotada corriente que en torno al palacio hervía, creciendo, ondeando, hiriendo

en sus fuertes muros como resuelta a hacerlos vacilar y entrarlos.

Tornó en breve el Rebezo, y con presteza aderezó el arma que traía, poniéndose en comodidad de usarla, atando a la engorra de una jara el cabo del torzal.

Chascó la ballesta y despidió con ímpetu la jara, la cual fué vista pararse a medio vuelo y caer al agua; el torzal que llevaba consigo, trabando en las ramas, la detuvo.

—¡Qué manos de renegado habrán sido las que te forjaron manca y coja, rueca de bruja!—dijo el Rebezo, mirando desesperadamente a su ballesta.

Y luego, cobrando la saeta a favor del torzal, continuó:

—Mal haya quien no puso todos sus sentidos en sus manos, y si no le parecían bastantes no pidió los de quien pudiera dárselos más despiertos y vivos. Aquí, Pedrucho, arría el cordel, y cuenta con que si la jara vuelve a mi mano sin llegar a la torre, va derecha a tu pecho.

Pedrucho, con no vista destreza y maña, llamó a sí la cuerdecilla, y trepando sobre una de las lisas lastras que allí se parecían, la enrolló sobre sí, y pisando el cabo, dijo al Rebezo:

—Tira.

Montó el Rebezo su ballesta de nuevo, encaróla a la torre y disparó. Salió rehilando la vara, llegó cerca de la pared, y sin tocarla, cayó como había caído antes. Al mismo tiempo el ángulo del palacio donde campeaba el enlutado escudo, rajóse de arriba abajo, desmoronáronse sus piedras, derribóse el tejado, y entre nubes de polvo que luego apa-

gó el agua, parecieron abiertas las entrañas del edificio, sus muebles y aposentos, por donde comenzó a derramarse la detenida lluvia desde la deshecha techumbre.

Creció el terror en todos, creídos que a la ruina del palacio seguiría en breve la del torreón en que se asilaban sus habitadores; oyóse un clamor despavorido, y pudiendo más en don Alvaro su desesperado enojo que su prudencia, arrancó al Rebezo el arma de las manos y preparóse a usarla, diciendo:

—Maldita tu destreza, Rebezo, si no ha de servirme en la hora y necesidad más apurada y estrecha de mi vida.

Y queriendo acortar el espacio que le separaba de la torre, con intento de asegurar el tiro, arrimóse al filo de la peña desoyendo la voz del Rebezo y otras que le advertían lo peligroso de su acción, lo arriesgado de correrse con las aguas aquella parte del piso en que asentaba los pies y dar con él en el fondo del precipicio.

Así sucedió: alzaba con brío la ballesta a los ojos don Alvaro para enviar el torzal a la torre, cuando desborregándose, como decía el Rebezo, el terreno en que pisaba, minado y solevantado por las aguas, cayó al Saja.

Oyóse más doloroso y agudo nuevo clamor de cuantos asistían a la cruel tragedia, que amenazaba ser más triste con el mortal desmayo que tomó a doña Mencía y los desesperados ayes de doña Brianda. En vanó buscó el Rebezo camino de bajar hasta la haz de la corriente, descolgándose por la maleza de roca en tronco; era difícil empresa y aun imposible. Cuando llegó a paraje, a media altura de la

roca, de donde no halló modo de pasar, ya la corriente había envuelto, arrastrado y muerto a don Alvaro, llevándoselo en su desesperada avenida.

Venciendo el dolor agudo de su alma por atender a la de su hermano, fray Rodrigo, tendiendo su convulsa mano sobre el río, absolvía desde la cumbre al mísero ahogado, bendiciendo su movible sepulcro, y como si la cólera de las aguas hubiérase satisfecho y calmado con el sacrificio y muerte del generoso mozo, y ruina de las abatidas paredes del palacio de Quijas, vióse comenzar a bajar el desmesurado nivel de la riada, dejando la soberbia señal de su pujanza y alteza en el obscuro tinte de las piedras, en los penachos de maleza suspendida a maravillosa altura en troncos, ramas y edificios.





XVIII

IN DOMINO CONFIDO

No hay cosa que no halle su sazón y tiempo, dice el Eclesiastés, y bástanle a cada día su afán y su cuidado; pero no alcanza el entendimiento humano por qué en la vida del hombre corren largos intervalos, vacíos al parecer de interés y de sucesos, y luego en una hora se precipitan y acumulan sorpresas, dolores, afanes y urgencias que aturden y rinden la razón sin consentirla desahogo para prepararse a conllevar y resistir el bien o el mal que consigo traen.

Día lleno, y triste en su plenitud y doloroso había sido el

de la riada para fray Rodrigo y el Rebezo, y tanto y más iba a serlo el siguiente para el triste y enfermo don Diego Pérez de Ongayo.

No consentía al señor de Cortiguera su genio desabrido y dificultoso ser largo tiempo huésped en casa ajena, y a pesar del mal tiempo, y a pesar de los encarecidos ruegos del señor de Viveda, habíase encaminado a su torre de mañana, ya sin el catalán, en cuya suerte con inquietud pensaba desde que supo su desaparición misteriosa.

Entró en Cortiguera tan de priesa y a las calladas, despedidos antes de llegar los criados que en su compañía mandó el señor de Viveda, que solamente el mozo que acudió a tenerle el estribo se enteró de su llegada, y el viejo Damián, que hacendeaba en la casa, vióse sorprendido con la llegada de su señor. Y sabido era que en Cortiguera, cuando el señor faltaba, todo parecía ensancharse, esponjar y sonreir, desquitándose del temeroso silencio y recelosa quietud en que su presencia lo tenía. ¡Privilegio de quien es con los suyos tirano y duro! Acostóse, pues, y pasó el día sin ver a nadie, y la noche peleando en vano con aquel mortal cansancio que le rendía; faltábale aire a su pecho, y el desigual compás con que su corazón se movía agobiábale y le estremecía.

Amaneció claro: una zagala que pasaba arrimóse a la puerta, y en santa paz comenzó a canturrear un romance viejo de la Montaña, como pudiera pararse a gorjear después de la tormenta en los dinteles de un edificio desierto una golondrina pasajera. El romance decía:

Camina la Virgen pura
de Egito para Belén;
en la mitad del camino
el Niño tenía sed.
Allá arriba, en aquel alto,
hay un viejo naranjel;
un viejo le está guardando;
¡qué diera ciego por ver!
—Ciego mío, ciego mío,
¡si una naranja me dier,
para la sed de este niño
un poquito entretener!
—Ay, señora; sí, señora,
tome ya las que quisier.—
La Virgen, como era Virgen,
no cogía más de tres:
el Niño, como era niño,
todas las quiere coger.
Apenas se va la Virgen,
el ciego comienza a ver.
¡Quién ha sido esta señora
que me fizo tal merced!
—Ha sido la Virgen pura,
que va de Egito a Belén.

No perdía el caballero letra del romance de la zagala, porque no se pierde nunca un acento de aquellos que en algún modo nos reprenden o lastiman y que no quisiéramos oir, titubeando entre el deseo de hacer callar y despedir a la cantadora, y una fuerza misteriosa que le obligaba a escuchar hasta el fin, llegado el cual mandó a Damián que espantase a la inocente avecilla y que en todo el recinto de la torre no se oyese ruido ni voz, puesto que el señor hallábase enfermo y necesitaba descanso. Y descansar pretendía en efecto; mas no se lo consentía el romance cuyas

cláusulas le zumbaban en los oídos y aun más adentro, repitiéndose dentro de su corazón.

La lección de caridad en el evangélico apólogo contenida venía a ser castigo de su alma, como lo había sido de su cuerpo el desmayo que le tomó a presencia de don Alvaro, su hermano y su enemigo. Y hablarle de caridad y mansedumbre y resignación, aun cuando a la par se le hablase del premio inmediato material y visible que esas virtudes logran del cielo, en la hora en que sus rencores andaban más vivos y deseosos de satisfacción; traer a contemplación de quien con ser rico, temido y poderoso, se mira infeliz y vive en perpetua querella del cielo y de la suerte, la imagen de otro hombre, pobre y desvalido, cegada la vista, y contento y pronto al bien y a dar lo que tiene, gozoso en ayudar y favorecer a quien necesita de él sin mirar ni saber su calidad y nombre ni soñar en pago ni recompensa, era herirle y recordarle que jamás abrió su mano antes de pensar en lo que el favor le traía y granjeaba, en lo que obligaba para con él al favorecido. Y como nunca el pecado ni el amor de sí mismo matan en el alma el instinto y noticia de lo justo y bueno, a su pesar reconocía que la caridad y la justicia no estaban de su parte, y al reconocerlo desesperábase y se consumía.

No eran para él aquellas horas horas de calma ni de indulgencia. La vista de don Alvaro decíale claro a lo que el soldado venía, y preguntándose como Gómez de la Torre en Quijas: ¿qué busca Alvaro donde no tiene hogar, patria ni familia, ni oficio en que se emplee, ni hacienda que le

llame, ni cuidado que le solicite?, habíale su celosa suspicacia respondido de suerte que, dejándose rodear y mecer por los malos pensamientos, consintiese en uno que al oído le decía: ¡Oh, si el catalán refrenara un momento su coraje y hubiese guardado su bala para la hora en que Alvaro, enviado por los infiernos, pareció arrogante y soberbio a desafiarme y a los que conmigo hicieron bando!

En esta hora entró Damián, y dijo:

—Señor, ¿sabe su merced lo que ha sido del catalán?

—No, Damián: ¿qué ha sido? ¿Ha parecido al cabo? ¿Está abajo? Dile que suba — contestó con febril acento don Diego.

—Señor, el catalán se ha ahogado en Puerto-Calderón—y contó la relación del suceso que vimos en el capítulo precedente, la extraña presencia del Rebezo y sus esfuerzos para salvar a Serra, caído al agua.

En ánimos débiles y sospechosos el tránsito es breve de la sospecha al testimonio, del testimonio a la calumnia y a obras de inicua venganza.

—¿Allí estaba el Rebezo?—exclamó don Diego—. ¿El leal criado, el perro de los Caínes de Cortiguera? Obra de ellos es la muerte de Serra, Damián. ¡Salvarle, no lo creas! ¡Cuento forjado! Él pintará a su sabor la historia. No tuvo otros testigos que su hermano el molinero de Serranera, y no han de venderle; pero ha olvidado él, han olvidado los que le mueven y azuzan contra mí como alano carnicero adónde penetran los ojos de mi justicia, adónde alcanza mi brazo. Por vida de mi padre, has de morir, Rebezo, y morir como matas-

te; sumergiste en el mar a Serra, y en la presa de Serranera he de verte yo empozado, donde no te oiga el cielo si al cielo clamas. Damián, prevén recado de escribir, que vas a poner, sin más tardanza, el papel que yo te dicte.

No se atrevió Damián a contradecir a su amo; obedecióle sumiso y, puesto a la mesa, escribió lo siguiente:

«Al ilustre señor don Sebastián Hurtado de Corcuera, gobernador de las armas reales en las Cuatro Villas de la costa del mar de Castilla y principado de Asturias, etc., etc.

»El soldado Serra que me enviasteis ha sido muerto, y de su muerte acusan graves indicios a cierto cazador de estas montañas, apellidado el Rebezo, el cual tiene en las gentes de ellas grande amparo y arrimo. Os lo advierto para que con la conveniente diligencia ordenéis las pesquisas necesarias a la persecución y arresto del delincuente, a fin de que no quede sin castigo, ni sin desagravio los fueros y preeminencias del estado militar, en lo cual, si no se previene lo necesario, podrán ir las cosas en esta tierra a término donde tengan difícil y doloroso remedio. Si yo logro haberle a las manos, haré en él la justicia merecida, como a quien toca más de cerca su desafuero. Guarde Dios los días de vuestra merced como se lo ruego.»

Y llevando a don Diego el papel y la pluma, signó éste con trémula mano y borrosa letra, poniendo su nombre y apellidos, y abajo la fecha: «En la torre de Cortiguera, a los ventisiete días de Septiembre de este año de mil seiscientos y cinquenta y seis años.»

—Al de mejores pies entre mis criados, que lo lleve a

Santander, y si no estuviese allí don Sebastián, siga hasta dar con él en Laredo o donde lo hallase.

Pero el envío del pliego cerrado y sellado en forma, como sabía hacerlo Damián, que era acabadísimo secretario y pendolista de su señor, suspendióse por la llegada del señor de Viveda, que se presentó en la estancia sin que nadie le anunciase ni previniese.

Apenas le vió don Diego, rebosóle en los labios aquello que le llenaba el corazón.

—¿Sabéis lo que fué del catalán, de mi valeroso Serra? ¿Sabéis que le tragaron ayer las olas en Puerto-Calderón, y que de su muerte no están acaso del todo limpias las manos de aquel vuestro amigo, malvado salteador del afecto de los mejores caballeros de la Montaña, el Rebezo, que paga siendo en todo contra mí el pan que comió en Cortiguera? ¡Oh! En buen hora se lo quité yo de los dientes; mas hoy, aun cuando se esconda allá en los ventisqueros donde nació, ha de alcanzarle mi justicia hasta dejarla satisfecha de la parte que tuvo en el homicidio de Serra.

—Otras muertes acaecieron ayer más que la del catalán—dijo con grave acento el señor de Viveda—, y más dolorosas para esta casa de Cortiguera, por mucho que en ella se dé, como darse debe, a la desgracia de un fiel servidor. No es día este de hablar de justicias y venganzas, sino de dejárselas al cielo y recordarle cuán necesitados estamos todos de su misericordia. Y menos lo será de acusar de homicida sin prueba bastante, señor don Diego, a quien fué siempre honrado y generoso, sin que de ello

haya quien no esté pronto a dar testimonio en los nueve valles, donde es conocido.

Sentóse luego en la silla que arrimó Damián, y sin hacer caso del claro enojo que su réplica había puesto en el semblante del enfermo caballero, le dijo:

—¿Qué nuevas tenéis de vuestro hermano don Alvaro?

Paróse don Diego fijo en los ojos del de Viveda, mas no atreviéndose a faltarle al respeto, respondió:

—Ningunas. Le vi como le visteis vos parecer en lo de Puente San Miguel. Ni antes ni después tuve nuevas de él, ni había para qué las tuviese.

—Pues las que corren de su salud no son buenas—repuso el de Viveda.

Calló don Diego, y su amigo, después de aguardar una pausa, continuó:

—Y aun son tan malas, que sin un milagro del cielo, y sabe Dios cuánto duelo me causa decíroslo, pronto habrá que preparar una estameña para las armas de los Pérez de Ongayo.

—¿Qué queréis decirme?—replicó don Diego incorporándose en su cama—. ¿Está malherido don Alvaro? ¿Ha muerto? ¿Hubo nueva pendencia y cuchilladas en el puente? ¿Halló el castigo allí adonde le llevaron su prepotencia y osadía? Habladme claro: que soy hombre, y bien lo sabéis, a quien no espantan azares.

—No hubo más pendencia—repuso el de Viveda—, ni don Alvaro murió en ella, puesto que ha muerto, don Diego. Y ha muerto a manos del Señor, que en las suyas tiene nues-

tras vidas, no en obras de ira, de armas ni de sangre, sino en obras de misericordia y caridad cristiana, donde la gloria habrá sido inmediato galardón de su noble arrojo y propósitos honrados.

Y el señor de Viveda, con notable puntualidad y afectuosas palabras, refirió el suceso de la inundación, la caída del palacio de Quijas, los mortales riesgos de sus habitantes, los varios e inútiles intentos de ayudarlos, y el desdichado fin del valeroso don Alvaro.

Caíanle a Damián las lágrimas de los ojos tan copiosas, que resbalaban en su rostro y rodaban hasta el suelo; mas no se atrevía a pronunciar palabra que desahogara su pecho, y cuando conoció no caberle dentro de él la pena y que iba a romper en altos sollozos, hizo movimiento de salir de la estancia.

—Quédate, Damián—le dijo su amo, cuyos ojos secos no se alzaron del suelo, y cuyas manos convulsas arrollaban y encogían la frazada de su cama.

—Sabéis, don Diego—continuó el de Viveda—, que no hay pena vuestra que no lo sea mía, y en prueba del antiguo afecto y no interrumpida amistad que une nuestras casas, tomé sobre mí el doloroso encargo de participaros vuestra desgracia. ¿En qué me habéis menester? ¿Os sirvo de algo? En todo soy vuestro y me haréis merced valiéndoos de mí como bien os viniese.

—Os agradezco, señor, el buen afecto—contestó don Diego con apagada voz y enjuto semblante—. Os lo agradezco, y sabéis que en ocasión parecida, que Dios aleje de

vos, podéis contar conmigo. Una merced os voy a rogar, que suplico no toméis a mal, ni entendáis de distinta manera que os la pido. Son las penas en mí como mi propia condición, retraídas y silenciosas. Holgárame de estar solo con la mía.

—Obrad a vuestro gusto y costumbre, don Diego—dijo levantándose el de Viveda—. Inútil será que yo os recuerde que si os sintieseis, que bien pudiera ser, necesitado de consuelo, hermano tenéis que hizo voto de consolar al triste y remediar al afligido en las necesidades de su corazón. Quedad con Dios, y Él os asista y acompañe.

Diéronse la mano ambos caballeros, y salió el de Viveda, asistido del lloroso Damián, a quien y a otros criados de la casa agrupados en el zaguán, hubo de relatar de nuevo y con estrecha puntualidad la historia de don Alvaro, al cabo de la cual les dijo que don Rodrigo aguardaba en Viveda órdenes de don Diego, si las daba que quería verle.

Deseaba estar solo don Diego, acaso porque no le parecía bien que le saliesen al rostro y fuesen vistos sus escondidos pensamientos. ¿Cómo pudiera afligirle la muerte de quien era obstáculo para sus dichas y sus más tenaces deseos? La voz de la sangre, cuando no la han dado vida y calor el trato, el conocimiento y la costumbre, es voz tan delgada y sutil, que pocos la oyeran si no les obligasen a ello los usos sociales, los respetos y el buen parecer, disciplina saludable con que la creciente cultura de los pueblos suple y quiere remediar la relajación y enfriamiento de otras disciplinas que ella misma hizo aflojar y descaecer de

su vigor y energía originales. Don Diego tuvo consigo cortísimo tiempo a don Alvaro para cobrarle cariño, y no era el corazón del señor de Cortiguera propicia y sazonada tierra donde germinase y floreciese la tierna semilla que deja la contemplación de la adolescencia suelta, generosa, descuidada, en pleno ardor y sinceridad de sus deseos, de sus arrojos y de sus palabras; semilla de que nace pronto y crece la efusión y el indulgente querer a quien tan dichoso ve de la vida únicamente lo que en la vida sonríe, encanta, apasiona y enardece. Habíale sobre esto sido ocasión su hermano, aunque involuntaria, de sentir la envidia, vicio menguado que mortifica y avergüenza sobremanera al mismo envidioso, impotente para arrojarla de sí: nada sabía de aquel corazón, nada de aquella inteligencia; ignoraba si en ellos se escondía un mundo o un vacío, tesoros o miserias; inclinaciones, gustos y energías capaces de traer nuevos timbres y grandezas a su apellido, que le obligasen a aborrecerle más, o perversos y miserables instintos que le redujesen a condición tan infeliz como la suya propia, librándole de su oposición y competencia. ¿Cómo había de amarle? Además, ¿no le allanaba su desaparición el camino a la posesión de doña Mencía? Y aun cuando a la hora en que así meditaba ya debiera estar declarada y resuelta la voluntad de la doncella y su madre con el abad de Santillana, si ésta no se había mostrado cual él lo anhelaba, ¿no cabía, mudadas las circunstancias, mudarse los pareceres? ¿No era bastante hábil y discreto embajador el abad, para hacer llevar a su negocio el paso que mejor cuadrase al

buen éxito, detenerle donde le acomodase, y aun hacerle volver atrás y cobrar camino distinto según y como más favorable y seguro le pareciese?

Mientras así le hablaba esa voz interior que todos conocemos, conciencia, deseo, pasión o locura, que todos estos nombres le cuadran y sucesiva o alternadamente los merece en la duración de un solo y dilatado soliloquio, y aun si las cosas se apuran, en la de uno brevísimo e instantáneo, paseaba don Diego su mirada inquieta y enojada por las paredes y el techo de su estancia, viniendo a dar cuando menos lo pensaba en el retrato de su padre. Bajólos en seguida, y arrebujándose en las ropas, volvió las espaldas al lienzo. El noble rostro del caballero que, desatendiendo las tradiciones de su apellido y penetrando sagazmente el espíritu de los nuevos tiempos en tal de hacerse temer, había puesto sus conatos y puéstolos con dichoso resultado en hacerse amar, aquella fisonomía dulce y firme a la par, reposada y serena, abierta y clara, donde se leían el deseo de ser útil y la satisfacción del deber cumplido, muda y silenciosa, pero elocuente y viva, reprendía a don Diego su sequedad de entrañas, su entereza salvaje, el no tener una lágrima para el engendrado de sus propios padres, para el arrullado en su propia cuna, para el que había nacido delante de Dios con iguales derechos que él al cariño y cuidado de los que le criaron, a la sombra de su techo, a la seguridad y abrigo de su hogar, y que había muerto como desconocido y extraño en aquella tierra donde dormían, desde que había memoria de hombres, los hue-

sos de sus abuelos y predecesores; donde su apellido había sido en tantas ocasiones escudo de la patria y honor del valle nativo; donde tantos de él se amparaban y servían; donde tantos le debían el cuotidiano pan y la vivienda; donde al hacer el recuento de los que valían, citábasele siempre de los primeros con respeto, con amor, con lágrimas acaso en los ojos, con ternura de cierto en el corazón.

No era aquél un Pérez de Ongayo? ¿No pertenecían a la gloria común del linaje sus virtudes y sus hazañas? ¿No estaba en camino de hacerse ilustre y glorioso en la peligrosa y noble profesión de las armas? ¿No perdía con él la raza el único de sus miembros y descendientes que por tan insigne camino donde siempre los de su nombre habían ganado honra y fama, pudiera renovar el lustre antiguo, aumentar el caudal y hacer mayores fuera de las montañas a los que por su valor y su nacimiento éranlo desde inmemoriales días dentro de ellas? Y si es cierto que las almas de los muertos desde la otra vida siguen y acompañan los pasos en la tierra de aquellos por quienes fué cargo suyo velar, ¿no tendría su padre, no habrían tenido sus abuelos puestos los ojos en don Alvaro, fiando en él la perpetuidad de su nombre y de su raza, amenazadas por la tonsura de don Rodrigo, por la vida obscura, penosa y esquiva de don Diego? ¿No habrían de dolerse de su lastimoso fin? ¿Por qué no participaba en su duelo? ¿Por qué no sentía con ellos compasiva lástima del postrero de su raza y aun de su raza misma? ¿Por qué rehusaba su parte en el dolor común apartándose de él como renegado, felón y desconocido?

Habíase hecho omnipotente, soberana en el ánimo de don Diego esta cruel idea, de que don Alvaro se le adelantase y sobrepusiera ocupando su lugar, siendo el primero en sus estados y apellido, y cabeza de su raza, y nada valían en contra de ella religión, sangre, obligaciones ni conciencia. Teníalo a usurpación y despojo, y tanto había en las tormentas interiores de su alma destrejado con las mares de su celoso pensamiento, que aun ahora, muerto don Alvaro y convertida en imposible sueño su temerosa desconfianza, todavía su recuerdo solo cerrábale el corazón a compasiones y ternuras, todavía le agitaba y conmovía, como agitan y conmueven las calmadas aguas los últimos alientos de la tempestad disipada. Son los celos pasión que no atajan las barreras del tiempo ni de la muerte. No se contentaba don Diego con haberlos tenido del porvenir, teníalos ahora de un muerto, y dábales por cimiento acontecimientos a los cuales no alcanzaban a dar realidad y vida el fuego mismo y la fiebre de su imaginación irritada y turbulenta.

Damián pareció en la puerta del aposento, sin atreverse a entrar, juzgando a su señor dormido; mas fué notado por los despiertos sentidos de don Diego, que se volvió, diciendo:

—¿Quién está ahí?

—Carta del señor abad de Santillana para su merced—respondió Damián, adelantándose y alargando un pliego.

—¿Habré de leérsela a su merced, si le cansa la lectura?—continuó humildemente el mayordomo.

—No, déjame solo—respondióle con sequedad don Diego, incorporándose de nuevo y rompiendo apresuradamente el sobre. Mas al incorporarse sintió apretarle el corazón aquel dolor vagabundo que le rondaba aquella parte de su cuerpo y dejóse caer de nuevo sobre la almohada. El criado se acercó, y dijo tímidamente:

—Si su merced está malo, convendría traer al médico. ¿Quiere su merced que se avise a Santillana, a Cartes, a la Vega?

—No, Damián—dijo más templadamente don Diego—. Esas maldecidas gentes me desazonaron y han traído a estar como no estuve jamás; pero yo venceré estas miserias de la carne como otras veces las he vencido.

—Señor—continuó enternecido el mayordomo—, no es dudoso que su merced se alivie pronto, pero muchas veces el consejo y la opinión del doctor ayudan y adelantan el alivio. Hoy tiene, además, su merced una pena que todos tenemos en esta casa, y aun fuera de ella, que no habrá quien no la sienta, y milagro será que no hable en ello la carta del reverendo abad; pena mayor y más poderosa para enfermarle y afligirle que todos los males del cuerpo, y esa pena, con licencia de su merced, necesita de medicina. ¿No sería bien enviar por cualquiera o alguno de los amigos que su merced tiene que vinieran y le acompañaran, y distrajesen con sus pláticas y sus discretos razonamientos? Sabe su merced que en la torre puede ser recibido y hospedado, como quien es, el mejor de ellos.

—Damián—contestó con dureza don Diego—, el mejor

cuidado y medicina conmigo es el no enojarme. Hállote muy nuevo en mis hábitos y en mis gustos, que pudieras tener mejor sabidos. Déjame a mis soledades, y excusa consejos que hoy te perdono, porque creo en el buen fin que llevan; pero sabes que no son de mi gusto. Anda y déjame en paz.

Despedido el buen servidor, en quien no podía ser duradero el desacostumbrado esfuerzo hecho para hablar en tan resueltos términos a su señor, éste leyó como pudo, no sin fatiga que la lectura acrecía, lo que sigue:

«Señor don Diego Pérez de Ongayo: Cumplo lo ofrecido, y aun cuando bien conozco no ser de fiar al papel negocios que piden ser tratados de silla a silla, hágolo por excusar dilaciones a que me obligaría la imposibilidad en que estoy, superior a mi deseo, de pasar con mi persona a Cortiguera. La contestación de las señoras de Quijas, si en nada puede lastimar al pretendiente, a cuyos merecimientos y prendas hácese en todas partes la debida justicia, no ha sido en verdad la que con razonable derecho esperábamos, en cuya confianza sabe V. m. que me atreví a alentar sus honrados propósitos tomando a mi cargo las diligencias y procuración para llevarlos a cabo. Halla doña Brianda a su hija harto moza para mujer de bendición; y excúsase de no darla estado todavía con el dolor de haber de desprenderse de ella, en el cual no quiere consentir. Confiesa ser ceguera y obstinación de madre; mas no sabe vestirse de resolución contra flaquezas de su ternura, mala condición en quien a cargo tiene, no su suerte propia, sino la de otros. Hícela presente lo que V. m. sabe de cuál sería su lugar en

la casa de su hija; díjome que la mujer buena era de su marido y de nadie otro, y que el lazo del sacramento tenía otro poder y otra fuerza que los de la misma sangre, en lo cual va derecha y no tiene que replicarla. V. m. sabe ser la mujer criatura de sentimiento, y con no tener mejores armas que lágrimas, suspiros y voces afectuosas, vence con ellas y hácese inexpugnable a la razón, recto sentido y al buen discurso, victorias peligrosas, no habiendo otras ciertas, seguras y duraderas que las que tuvieron sus armas y su ocasión en la verdad, la razón y la justicia. Mas por ser la mujer apasionada y sensible, está sujeta a contradicciones y mudanzas; tal vez aborrece hoy lo que ayer idolatraba, en sus mayores resoluciones tiene una hora impensada de desfallecer y de enmendarse, y esto ha de suceder mejor cuando las causas de resolverse fueron de aquellas en que obra el tiempo su acción segura. Suele verse en ellas desdeñar una lo que muchas envidian, y acontéceles acaso arrepentirse cuando no es hora ya de arrepentimiento ni remedio. Hablo con quien mayor experiencia que la mía tiene en estos y otros casos de la vida, y no puede engañarse en el precio justo de las resoluciones y pareceres humanos, quien no pondrá mano en negocio encomendado al entendimiento y sano juicio, en que no tenga de antemano asegurada la ganancia, y con quien no habrá explicaciones a que no se haya adelantado su perspicaz espíritu.—Servidor de V. m. y su menor capellán, el Abad de Santillana.—En esta casa abacial a veintiséis de Septiembre de mil seiscientos y cinquenta y seis.»

Y leído, pareció pasar un frío de cuartana por el cuerpo del señor de Cortiguera, estremeciéndole todo; estiró los brazos, puso en blanco los ojos, asomóle blanca espuma a los labios y cayó desmayado sobre su cama.

En tanto, a pie y a caballo, llegaban a las puertas de Cortiguera los que, sabedores de la muerte de don Alvaro, venían a condolerse de ella con su hermano, y manifestarle su amistad, su deudo o su gratitud, participando en su natural desconsuelo. Es talismán la muerte que aviva los afectos adormecidos, hace olvidar quejas y resentimientos y acerca y junta corazones que pasiones de la vida apartaron y dividieron. Piensan algunos que esto sea temor, sentimiento del propio peligro, unirse contra el enemigo incontrastable y fatal de mano de Dios, buscándole resistencias que prueban contra insidias y golpes de mano de hombre; pero acaso es más bien compasión, dolor, eco del ajeno pesar que vibra en las invisibles cuerdas que atan y ligan todos los humanos corazones.

Y a todos despedía Damián con la orden de que no tenía su señor en voluntad ver a nadie, conversar con nadie, prefiriendo quedarse solo con su pena y haberse valerosamente a solas con ella.

Mas pasaron las horas, y vino la mortal inquietud a apoderarse del ánimo del leal mayordomo. ¿Cuánto había que su señor no había tenido para restaurar las fuerzas del espíritu, palabra ni conversación amiga, ni para restaurar las del cuerpo, alimento, poción o bebida? Una y otra vez llegó a las puertas del aposento, y escuchó, sin oir nada ni

resolverse a abrirlas; al cabo, pareciéndole sobrado el tiempo transcurrido, llevado de su lealtad, resolvióse a entrar, y halló a su amo como lo hemos visto, exánime, presa de un parasismo y desmayo más largos, más profundos, más peligrosos que el que le tomó en la Puente de San Miguel el día de las juntas.

Espantóse Damián, abrió la ventana, gritó por ella, salió del aposento despavorido clamando auxilio; acudieron los criados: todos preguntaban, ninguno respondía; azorábanse muchos, nadie era dueño de su razón ni de dar un consejo, un mandato que de provecho fuese. Al cabo, y en fuerza de la extrema confusión, serenóse Damián, conociendo que era forzoso resolverse, no habiendo en Cortiguera nadie más que él en la confianza y manejo de las cosas de la casa para disponer lo conveniente y necesario en trance tan grave como el que presumía, y era no menos que la muerte de su señor.

Y atropellando respetos y antiguos temores, como quien contaba que quien hubiera de pedirle estrecha cuenta de sus licencias y reprendérselas y castigárselas no estaba ya entre los vivos, hizo montar a un mozo en el mejor caballo de don Diego y salir con el aviso de lo que sucedía a la casa de Viveda, donde debía hallarse, como el dueño de ella dijo, don Rodrigo. Y salieron otros mensajeros, a quienes se conjuró con cargo de la vida o muerte de su señor para poner espuelas a su diligencia, en busca y demanda del médico más hábil, del más cercano, de cuantos auxilios humanos pueden detener la muerte y hacerla retroceder, si retroce-

der ella sabe, cuando en una criatura ha hecho acto previo de posesión y presencia. Toda era la torre confusión, apresuramientos, desorden, moverse con estrépito y hablarse en voz baja, dejar cada cual su ocupación, entrar unos donde nunca habían osado entrar, ahorrarse otros de lo que siempre fué su obligación y carga suya.

Damián, así que hubo provisto a lo que le pareció más ejecutivo y urgente, volvió al cuarto de su señor. El tiempo transcurrido, el fresco de la tarde que anochecía, habíanle hecho tornar en su acuerdo, pero sin darle las perdidas fuerzas para moverse y hablar. Damián y su mujer, con otros criados que antes no osaran jamás subir hasta el piso alto de la torre, y ya se atrevían a llegar hasta la puerta del cuarto donde el señor dormía, y aun penetraran dentro a consentírselo el mayordomo, asistieron a don Diego con cuanto ocurría a su celoso afecto, sin olvidarse Dorotea de encargar entre los mensajes partidos de la torre de Cortiguera, al que fué al lugar más cercano, a Suances, la compra de una vela y traerla y encendérsela al bendito San Juan Bautista, patrono y tutelar de la parroquial de Cortiguera. Y en estos afanes, cuidados y temores andaban metidos cuando en la puerta del cuarto de don Diego pareció el franciscano fray Rodrigo.

Llegóse al lecho donde su hermano yacía, e hincándose de rodillas, señaló al olvidado crucifijo que pendía frente a los ojos de don Diego, poco acostumbrados a mirarle.

—Diego—dijo el franciscano—, aquel señor murió perdonando; ¿quieres perdonar a tu hermano lo que haya podido

ofenderte, quieres perdonarle haber sido involuntaria causa de tus enojos, y dádote ocasión de que le fueran negadas las puertas de tu casa? ¿Quieres perdonar en mí a aquel que no puede solicitar tu perdón, porque está solicitando el del Señor ya en presencia suya? Pon sobre mi cabeza sus culpas si tuvo alguna contigo; yo debí, puesto que me amó y me oía, yo debí enseñarle la humildad y la mansedumbre, y ser medianero de paz entre tus enojos y sus juveniles impaciencias; no pude o no acerté a persuadirle y calmarle; no puse en ello mi vida entera, mi alma y mi sangre; fuí tibio, y merecí la suerte de los tibios. Si el Señor me castigó quitándome el hermano que tanto amé y tanto me amaba, quitómele en su justicia por haber puesto en él todas mis complacencias. Diego, sea este dolor, que no acierto a ofrecer al Señor sin lágrimas en los ojos, sin rompérseme el corazón, sea este dolor expiación bastante de mi flaqueza; no me castigue más el Señor; perdóname; negarme tu perdón sería negarme el suyo nuestro adorado padre, de quien veo y respeto en ti la autoridad y la prudencia, el saber y los años. Perdóname en memoria del entrañable amor con que nos amó a sus hijos, en memoria de la devoción que tuvo a este Cristo que nos mira y nos escucha. Ese señor fué siempre soberano en la casa de Cortiguera, él sabe las penas de toda nuestra raza, él oyó los secretos de nuestros mayores, la confesión de nuestros padres, vió sus penitencias, atendió a sus oraciones, él guarda presentes aquellas lágrimas, aquellos ruegos, aquellos arrepentimientos para aplicar los méritos de los que fueron mejores que nosotros

a nuestra contrición y hacernos dignos de su misericordia. Perdóname, Diego, por sus santísimos clavos, por su pasión y muerte, en memoria de aquellos a quienes ayudó a morir, de aquellas almas por su presencia confortadas y sostenidas en el amargo trance de la agonía, de tantos ojos que en él se clavaron llorosos y desesperados, y se apartaron de él enjutos y consolados; de tantos corazones que hubieran naufragado y ahogádose en la mar de sus pasiones, a no serles aquella cruz tabla de salvación.

La presencia y discurso del fraile sobrecogieron sin duda a don Diego, ganando la acción a su genio iracundo y altivo. Su ira al robarle el sentido con la lectura de la carta del abad habíase agotado y muerto, como muere el insecto ponzoñoso dejando su aguijón en la herida que abre. Vuelto en sí, tan desfallecido y exánime parecía que apenas daba mayor muestra de vida que el mirar de sus ojos espantados y tristes. Aquel pecado de la carne no podía ser poderoso desde que la carne no le ofrecía cebo, ni armas a su temerosa eficacia; quedábale al iracundo su alma, y al alma temblar, padecer y acogerse a la caridad que tan impensadamente se le ofrecía.

Lloraban todos los presentes, y aquella voz de lágrimas con su caliente son y apasionado y desigual acento, trasfiguraba y vestía de religiosa piedad la estancia. Aquel aposento cuya fría desnudez helaba el alma, habíase mudado y convertido en mansión donde se abrigaban y latían todos los blandos sentimientos del corazón, la piedad, la compasión y la indulgencia.

Las palabras del franciscano parecían haber refrescado as mansas corrientes salvadoras, que brotaron con la sangre del Crucificado en la hora de su martirio, y las llagas de la soberana imagen, tanto tiempo enjutas, vertían como en el día de la redención, sobre las frentes que la rodeaban, aquellas enrojecidas aguas en que se anegó el pecado, y llevan sobrenadando las almas purificadas a la mansión de la eterna paz, el eterno bien y la eterna justicia.

Don Diego alargó su desfallecida mano y la puso sobre el cerquillo del fraile, diciendo:

—No me abandones, Rodrigo.—Tomóle este la mano, y besada fervorosamente, levantóse a tiempo que penetraba en la estancia un médico, el cual pidió luz para examinar al paciente. Y traída, Damián hizo despejar a los criados, quedándose con el enfermo su médico, su hermano y su mayordomo.

Si la mortal palidez del rostro de don Diego, si su apagada y obscura voz, si sus desencajados ojos iluminados por la luz final de la vida, no hubieran sido leal pronóstico para fray Rodrigo, hubiéralo sido el semblante del físico después de minuciosamente interrogados así el enfermo como los que le asistían, y pulsadas las sienes y el corazón, y consultada la lengua, con aquella pausa y atención con que pudiera en sus libros consultar y esclarecer los síntomas, avisos, accidentes, fases y terminación de un mal desconocido y nuevo.

Pidió retirarse a otro paraje a escribir y recetar; acompañóle Damián, y quedaron solos los dos Pérez de Ongayo.

Fray Rodrigo acercó una silla, y sentóse junto al lecho. Don Diego le pidió su cordón, acercósele trabajosamente a los labios y le besó. Rostro a rostro ambos hermanos parecíanse como se habían parecido don Alvaro y el fraile, y parecíanse, sobre todo, en la verdad con que mostraban ver la hora triste que se acercaba.

—No me abandones—tornó a decir don Diego trémulo y puesta en su hermano la mirada pavorosa.

—Cuando no me trajeran mis afectos de hombre a no abandonarte, de los cuales en verdad debíamos desnudarnos nosotros a quienes vistieron este santo hábito—respondióle con tierna voz el fraile—, traerme ha la misma religión que profeso y me manda estar siempre con los que sufren. No te abandonaré, Diego, descansa tu espíritu en esa confianza; abre tu pecho, y desahógale de cuanto le oprima y lastime. ¡Quién te oirá mejor que quien amándote según la naturaleza cumple con la ley de caridad que le ordena amarte en Cristo!

—Yo tuve mis oídos cerrados tanto tiempo a palabras de compasión y de humildad—respondió don Diego con quebrantado acento—, que las tuyas me parecen cosa nueva y jamás oída. Yo tenía olvidado que hubiese sobre la tierra quien amase a sus semejantes por el solo pago de sentir dentro de su corazón el deleite de amar. Háblame, Rodrigo, compadéceme. He vivido tantos años apartado de Dios que cuando tú me le nombras siento vergüenza de acercarme a Él, y temor de que su piedad no me alcance por haber irritado tanto su justicia.

—Ten ánimo, Diego—replicó el fraile—; ten ánimo contra la tentación que te busca por el camino de la desconfianza y de la duda. ¿Tú sabes lo que es la misericordia de Dios? ¿No sabes que es infinita como Él, como él universal y omnipotente? ¡Cuál vida habrá que en su perdón no quepa! ¡Qué mancha que no lave! ¡Qué culpa que no borre! El enemigo que nos llevó a caer, sabe traernos en sazón aquellas flaquezas que fueron obra suya, nos las abulta y engrandece, tales nos las pinta, que parezcan mayores de lo que puede perdonar la cólera de Dios ofendido, y haciéndonos desesperar del perdón, nos asombra y retira de acudir a él. No le sigas, Diego; ninguna hora mejor para buscar a Dios que la hora de la tribulación y del trabajo; nunca le tenemos más cerca, nunca más atento, nunca más preparado a ejercer en nosotros su bondad. La sabiduría infinita lo ha dicho: «Dios no hizo la muerte, no se regocija en la perdición de los vivos», y el mismo Señor, por boca de su profeta Ezequiel, nos lo asegura: «no quiero la muerte del moribundo, vuélvase a mí y viva: ¿por qué ha de morir la casa de Israel?» ¿Por qué ha de morir tu alma, si para darla eterna vida bajó a la tierra el hijo de Dios, y peregrinó en el mundo y comió el pan de los tristes y gustó la amarga sal de las lágrimas? ¿Por qué ha de ser perdida para ti aquella su pasión y dolorosa muerte? Mira, Diego, tan dispuesto está el divino Salvador a perdonarte, que no hay modo con que no te busque, ni voz con que no te llame. Pudo quitarte la vida en hora impensada, y sin embargo te avisa indulgente de que están contadas las nuestras, con

haberte puesto al borde de la muerte y detenerte en él; te trae una mortificación de tu soberbia que ofrecerle, te trae un generoso ejemplo para bendecirle. ¿Qué ha hecho con nuestro don Alvaro?

—Pobre Alvaro—dijo el enfermo con apagada voz y llevándose la mano a los párpados.

—No le compadezcas, Diego: llórale, porque es de llorar, porque son de llorar en él muchas cosas, muchas virtudes robadas a la vida, muchos buenos ejemplos quitados a los hombres, y es de llorar en él para ti el último de nuestra raza y nuestro apellido. Pero no le compadezcas, envidiale como le envidio yo. ¡Oh, qué envidiable muerte la suya, muerte de mártir que da su vida por hacer bien y salvar la de sus semejantes!

—¡Qué vergüenza y qué remordimiento!—dijo don Diego, probando a cubrirse los ojos con las ropas, y no lográndolo volvióse del otro lado.

—La vergüenza y el remordimiento son las llamadas de Dios a tu corazón, bendito sea él—continuó el fraile—. Oyelas y atiéndelas, Diego; deja que en su fuego se purifique tu alma; deja, aunque el dolor te arranque agudos ayes, que el torcedor penetre hasta donde está lo vivo y sano de tu corazón. Allí está la contrición que ha de volverte a Dios; de allí han de salir las lágrimas que serán nuevas aguas de bautismo que te preparen al cielo. Ofrece al Señor tu vida, si su divina sabiduría ha dispuesto conservártela; ofrécele tu muerte para la hora en que te la envíe, sea cuando fuere.

—Este corazón mío, Rodrigo—dijo don Diego—, es miserable cautivo de la soberbia. A no hallarse en la hora de la muerte, acaso no te escuchara, acaso no consintiera en que le hablasen de Dios.

—Ese corazón tuyo se le arrancaremos a la soberbia, no tan dueña de él como te figuras, si tú quieres levantarte contra su tiranía y sacudirla. Tiene la soberbia enemigo más poderoso que ella, con el cual nunca entró en combate sin ser vencida: la humildad. Humíllate, Diego, humíllese tu corazón y verás lo que queda en él de su soberbia. Recoge tu espíritu, llama en tu ayuda las fuerzas de tu memoria, examina tus pecados, haz el recuento de ellos y confíaselos al sacerdote que Dios traerá a tu lado en cuanto tú lo desees. Aliméntase la soberbia y vive de un constante pensar en nuestros semejantes y quererlos ver siempre sumisos y por bajo de nosotros en palabras, obras y pensamientos; quítale su alimento a tu soberbia, olvida a los hombres y morirá. Es grandeza suma la del alma, para caber toda entera en satisfacciones livianas y pasajeras de la vanidad; ves, como piensa un austero escritor cristiano, que no basta la historia del universo para agotar su memoria, ni la ciencia antigua y nueva a hartar su entendimiento, y el dominio del mundo a satisfacer a su voluntad, y ¿quieres que un solo pecado mortal baste contra ella y la abrace y encarcele, la ahogue y consuma sin dejarle el libre obrar de su albedrío soberano que el mismo Dios inclina, pero no fuerza; de aquel albedrío, excelencia suprema del racional, con el cual liberta al alma valerosamente de

sus propios deseos, como liberta al cuerpo de sus miedos y temblores; y a cuerpo y alma los rige y castiga, cuando alma y cuerpo han menester de corrección y de castigo?

Larga fué la plática de ambos hermanos y con dichosa suerte empleado el fervor de fray Rodrigo en preparar el alma de don Diego al trance de muerte y juicio.

No se detiene la historia en contar puntual y detalladamente las largas horas de la penosa agonía del señor de Cortiguera. Milagro sería que cayese el libro en manos de quien no haya pasado por la dolorosa prueba de ver morir, y no haya sentido aquella lástima profunda por el que agoniza; aquella ansia dolorosa y estéril de darle vida; aquel desamparo y frío del corazón tan necesitado sobre la tierra de amor y compañía; aquella tristeza y desasosiego del ánimo cobarde que busca, sin hallarlo, camino de ahorrarse tanto dolor y librarse de tan suprema angustia. Los secos gemidos y hundidos ojos, el mirar o afanoso o extraviado, la yerta palidez y sudor fatigoso, desencajada faz y abierta boca, los estremecimientos y congojas, los inútiles ruegos, los ahogados suspiros, las rotas voces, el cansancio y padecer extremos, grábanse con indeleble huella en la memoria, siendo lección soberana de la vida. Y la grandeza y terror del supremo combate entre el espíritu y la carne, el batallar y padecer del alma, el sufrir y rebelarse del cuerpo y el misterio obscuro de la victoria no deben acaso ser pintados por otras manos que aquellas ungidas, a las cuales dió el Sacramento virtud y eficacia para desatar y absolver en la hora suprema, para no dejar partirse el ánima desata-

da de la tierra, sin limpiarla de miserias y presentarla pura al soberano juicio y divina misericordia.

Las manos de fray Rodrigo cerraron los ojos a don Diego, cuando caía el sol de la serena tarde, y sus oraciones velaron la cristiana paz del muerto la noche adelante y el inmediato día hasta la hora de su sepultura.

La compañía de los criados antiguos y los amigos leales, tan agradecida como cariñosa, no espantaba la soledad en que súbitamente hundido vióse el corazón del franciscano. Olvidado el mundo, obscurecido el cielo, su desalumbrado espíritu no halló dónde posar y detenerse fuera del propio ser. Ultimo de su raza, en aquella torre que la vió prepotente y numerosa, en aquella mansión que ya no era suya, ni podía serlo, porque todo lo suyo a Dios lo había ofrecido y entregado, como si de su vocación se doliera, como si con ella malpagara o despreciase la deuda de vida de su ascendencia, y desatendiera las obligaciones de su sangre, sintióse súbitamente poseído de entrañable amor a cuanto le rodeaba; vió animarse en el lienzo las paternas facciones, resucitar y tomar cuerpo la memoria de su madre; comenzaron a hablarle por boca de aquellos objetos familiares de su niñez: muebles, armas y libros, los dulces recuerdos infantiles; miróse vuelto a sus verdes años, caballero y señor de Cortiguera, ensoberbecido de su fortuna, lisonjeado por la vida, destinado en ella a glorias, honores y alegrías, principio y germen y cabeza para su apellido de nueva generación y nueva era y nueva historia. Sintió en su pecho desconocido valor, arrogantes deseos de cosas nuevas y

nunca usadas, extraño contento, marciales bríos; cuando corriendo los envanecidos y calenturientos ojos por la estancia, hallóse con el Cristo que, descolgado de su clavo, había sido bajado y puesto a la cabecera de la cama de don Diego para velar su cadáver.

Aquellos fantasmas de su cerebro, vanos como la vanidad en que se habían engendrado, desvaneciéronse con rapidez y brevedad mayores que las de su aparición y nacimiento, dejándole al triste fraile el dolor amargo de haberlas albergado y consentido en ellas.

Corrió a la cruz, alzóla, abrazóse con ella, y postrado en el suelo y llorando, decía:

—Perdóname, Señor; tiéndeme tu mano y no me dejes caer en esa hondura adonde me arrastra mi flaqueza. Perdóname y ámame, ¡oh, Padre y Salvador mío!, que eres para mí todo, y fuera de ti para mí no hay nada; tú, mi esperanza y mi refugio, mi consolación y mi maestro; enséñame, Señor, a amarte sobre todas las cosas, como tú deseas ser amado. Puerto de mis deseos, centro de mis afanes, fin único de mi vida y mi felicidad, ven conmigo para no desampararme nunca; enséñame a humillarme para alzarme hasta tu gloria; enséñame a huir para vencer. Ensordezcan mis oídos a toda voz que no sea la tuya; cieguen mis ojos si han de mirar a otro Señor; séquense mis manos si han de servir a otro dueño, y mis pies si entrasen en caminos que no sean el tuyo.

Y levantándose tras la breve plegaria, fijos los ojos en el crucifijo que llevaba apretado al seno, sin apartarlos ni dis-

traerlos a cosa alguna, salió de la estancia; mas detúvole en la puerta un pensamiento, y dijo:

—Señor, déjame oir clara la voz de tus mandatos. No hay sacrificio que por ti yo no haga. Tus palabras son fe y vida, y el que las obedece alcanzará la vida eterna. Tú me adviertes amoroso mi obligación. ¡Bendito seas! Es verdad, no hay cosa material y perecedera en que yo pueda poner mi afecto; no hay sobre la tierra creada cosa que me pertenezca, ni siquiera esta imagen de tu suplicio tan dolorosa y verdadera; esta imagen en que lloraron y creyeron y adoraron los míos, y en que entregó su alma cristianamente arrepentida mi don Diego. Había yo olvidado que no debo llevarte conmigo. Perdona este olvido a mi flaqueza. Adiós, Señor; quédate donde es tu voluntad divina: aunque no me acompañes, yo sé que he de encontrarte siempre, y si alguna vez te obscurecieras a mis ojos, yo te buscaré donde estás, no en simulacros mudos de los hombres, entre los hombres mismos que padecen y lloran.

Y besando amorosamente las cinco llagas del Cristo, colgóle en su lugar, y sin más pararse en los aposentos de Cortiguera, salió de la torre.

Quisieron los criados acompañarle; no lo consintió en ninguno más que en el Rebezo, y emprendieron ambos su camino. Antes de pasar el arco de la puerta, volvióse todavía fray Rodrigo a mirar a la torre, y vió a Damián que con otro criado colgaba la fúnebre estameña, bandera de la muerte, sobre el orgulloso escudo de sus mayores. Volvió pies atrás, y dijo:

—No, Damián; no va bien eso: cubre los jeroglíficos de la vanidad, el monumento de las glorias y satisfacciones humanas; no cubras la voz de las ansias y afanes del hombre en la tierra; enluta las armas de don Diego; deja en luz para que quienquiera las oiga aquellas palabras, que si en alguna hora de su vida fueron acento de soberbia, en la de su muerte lo fueron de fe ardiente, incontrastable y salvadora. *In Domino confido,* deja que puedan siempre leer los hombres sobre las piedras esto que debe estar escrito en las almas, como escrito está en el cielo.

Hízose así: la estameña cubrió el escudo, y dejó a la vista las letras esculpidas que le dominan y coronan.

Siguió fray Rodrigo su camino acompañado del Rebezo; mas antes de perder de vista el viejo solar de sus mayores, todavía le dió un postrero asalto la carne, obligándole a volverse y mirar a la torre bañada en el sol del Mediodía.

—Nada me queda ya sobre la tierra, Rebezo; *Deus dedit, Deus abstulit:* Dios que me lo dió me lo quita; pídele, cuando de mí te acuerdes, que esta desnudez y soledad en que deja a mi alma me ayuden a servirle mejor y a seguir mi penoso camino sin torcer el espíritu ni apartar los ojos de aquella su divina cruz que al término nos muestra—dijo el fraile, y echóse a andar sin que el Rebezo, ahogado por su pena, hallase razón que contestarle.

Así se acaban los apellidos, así desaparecen los linajes, así mudan de mano haciendas y solares, torres y palacios, para que puedan entrarse por ellos los curiosos y averiguar las vidas y conciencias de los que siglos hace los habita-

ron, y declararlas y decirlas a quien quisiere oirlo, sin queja ni disgusto de los que ahora los gozan y poseen y no tienen con los antiguos dueños más vínculo acaso que la memoria que el curioso les despierta.

Descansó fray Rodrigo la primera pena de su orfandad en la casa de Viveda, casa de orden de los franciscos, mientras con valerosa entereza iba a la Vega a predicar la misión que el convento de la Barquera le tenía encomendada. Nunca oyeron los asombrados montañeses, que en torno al púlpito se atropaban, palabra más encendida y fervorosa; nunca ejemplos más vivos y eficaces de la vanidad de las cosas terrenas, de la necesidad de las virtudes; nunca exhortaciones más elocuentes al amor al prójimo, a la humildad con Dios, al olvido de las injurias, al castigo de la soberbia, al perdón de los enemigos. Parecíase a aquellos soldados en quienes una herida primera y el mirar correr su sangre despierta el valor, acrece los ánimos y multiplica las hazañas, como si quisieran emplear mejor y encarecer y glorificar aquellos que les parecen sus postreros bríos y las últimas horas de su abreviada vida.

Un mes corrido, a los seis días de Noviembre de aquel año de mil seiscientos y cincuenta y seis, una comunidad de monjas franciscas entraba y se establecía en Santander en su nuevo convento de Santa Cruz de Monte Calvario, fundado extramuros de la villa, fuera de las puertas de San Pedro y San Nicolás, por la piedad y devoción de la señora doña María de Oquendo y Lasarte. Dábales posesión del nuevo claustro el guardián de San Francisco de la misma

villa, asistido de buena parte de su comunidad y de diputados de los conventos de Castro y Laredo y de San Sebastián de Anó, así como de la clerecía colegial, asistiendo al religioso suceso lo más granado y considerable de hidalgos y mercaderes santanderinos, muchos caballeros montañeses que tenían deudo en la comunidad, y la marinería de los barrios de San Pedro de Arriba y San Martín de Abajo, que también solía ver a algunos de los suyos con el sayal seráfico, y fué siempre devotísima de los hijos de Asís, y parte mayor y principal en todos sus cultos, festejos, sufragios, novenas y procesiones.

En aquella puerta, ahora triste como toda puerta tapiada, y en cuya arquitectura no reparan arqueólogos, como si por ella no hubieran entrado y salido penas humanas, votos, penitencias, arrepentimientos, desengaños y tristezas; en aquella puerta hasta el medio de sus jambas hundida en el terraplén de la calle titulada a la memoria del buen obispo Menéndez de Luarca, alzadas las cruces, desplegados los estandartes, encendidas las velas, avivados los incensarios, oyéndose el murmullo del pueblo fuera y la voz juvenil de las novísimas campanas en la torre, se juntaron las comunidades y penetraron en la iglesia, ocupando en ordenadas hileras su ancha nave. Detuviéronse luego, postráronse todos y entonaron solemnemente el himno de la Virgen: *Ave maris stella.*

Entre los arrodillados franciscanos, fray Rodrigo Pérez de Ongayo hacíase notar por el claro y vigoroso acento con que entonaba los versos del gran San Bernardo. Puestos

los ojos en la alta bóveda, como si sus ojos la penetrasen y descubriesen otra visión más excelsa y viva que las imágenes fingidas del relumbrante retablo, hablaba el fraile como con quien le escuchara y atendiera, creciéndole el calor del ruego, como si creciese el ansia de su pena, y su deseo profundo de conmover y persuadir a quien hubiera de remediársela, y llegando con el mayor esfuerzo de su voz y la mayor pasión de su alma a decir: *monstra te esse matrem*, rompiéronle copiosas lágrimas de los párpados, cayendo por su rostro hasta bañarle el hábito; y como si en ellas se exhalase y fundiese el aliento vigoroso que inspiraba su cántico, oyóse desmayar la voz del fraile y apagarse y perderse en la robusta armonía del coro religioso. No le defendía su hábito contra la aguda tristeza de lastimosos dolores, ni remediaba tampoco el convento la amarga soledad de su corazón, necesitado de íntimos y naturales afectos. Aquel himno de sus días serenos, aquella su invocación de la hora en que con mayores esperanzas imaginó ser para los suyos tutela y guía, y valer sobre la tierra contra maldades y flaquezas, despertábale las mayores aflicciones de su vida, enconábale el dolor y le obligaba a buscar medicina y consuelo en aquella voz y aquel recuerdo de celestes amparos que tienen poder más grande, más viva resonancia y más natural y espontáneo grito en los humanos afectos, en la gloriosa y dulce Madre.

Bien sé, lector, que cerrarás mi libro descontento con no saber qué fué de ciertos personajes traídos a tu conocimiento en esta historia, y singularmente de las señoras de Qui-

jas, doña Brianda y doña Mencía, cuando la esperanza única de acompañarlas en buena o mala suerte hízote acaso perseverar hasta el cabo en la lectura. Ten en cuenta ahora, como tenerla debes siempre, la misericordia infinita de Dios, y no olvides que si en alguna hora asiste razón a los mortales para aguardar terrenas dichas, es en aquella en que apuraron resignados un cáliz de amargura.

Sábese que el palacio fué reedificado, y dió años adelante nido a nobles y regaladísimos amores, y que el hidalgo de Binueva enriqueció el caudal de sus historias con la del trágico suceso de don Alvaro y exterminio de la casa de Ongayo, que gustaba de contar a menudo prolijamente detallada.

Cuenta, pues, con que a las penas habidas sucedieron bien logrados contentos, y que tal vez haya quien con mejor entendimiento y más curiosa pluma te los refiera, poniendo segunda y preferida parte a esta trabajosa y trabajada historia mía.

FIN



NOTAS (1)

A—Pág. 21.

REBEZO

Más comúnmente dicho rebeco en los riscos de Liébana y peñas de Europa. Robezo en los diccionarios de la lengua castellana, que le dan sinónimos varios; bicerra, rupicabra, gamuza, cabra montés, etc., etc. Entre naturalistas *antílope rupicapra.* Rumiante con cuernos huecos, anillados, escabrosos, ganchudos, echados atrás, pelo cervuno, carnicoles recogidos, negros y lustrosos, prodigiosa vista e increíble ligereza. Agilísimo y sobre modo espantadizo, cuando se ve sorprendido o acosado precipítase ciego por lugares donde no pocas veces se despeña y muere. Antiguos tratadistas de montería ponderan su limpieza y pulcritud extremas, atribuyendo a estos gustos el que muestra por desiertas y encumbradas regiones donde no puedan otros animales hollarle la tierra y enturbiarle las aguas. Su

(1) Las notas que siguen son indicaciones someras y breves, destinadas a satisfacer una curiosidad primera del lector, mas no pretenden en modo alguno apurar ni aun esclarecer siquiera a los ojos de los eruditos montañeses ninguno de los asuntos que tocan.

esquivez, apartamiento y hoscas costumbres hiciéronle en todos tiempos asunto de común interés y populares fábulas. Así le cita la Biblia en más de un pasaje, con su nombre latino *Ibice* (1), como término de ponderación de cosas remotas, desconocidas y difíciles (2). Plinio, en su historia natural (3), recoge y admite el cuento vulgar que pinta al rebeco arrojándose de un peñasco a otro como disparado por máquina de guerra, y cayendo sobre sus cuernos que le defienden el golpe. El comentarista Bochart, citado por el benedictino Calmet en su diccionario de la Biblia al artículo IBEX, lo repite como recibido de los árabes, y ha sido común creencia, aún no del todo acaso desvanecida, que en sus entrañas criaba la piedra bezar, antídoto de venenos y medicina de enfermedades diversas.

Los lexicógrafos (4) quieren traer el nombre latino *Ibex* de la voz *Becco*, que, según ellos, y fundándose en monumentos epigráficos citados por Amoretti y Grutero, significa macho cabrío. A la discreción y experiencia de nuestros etimologistas queda establecer la relación que pueda haber, si hay alguna, entre la voz de origen y la montañesa, rebeco.

B—Pág. 50.

COMUNIDADES EN LA MONTAÑA

Las comunidades alcanzaron a la Montaña como a las restantes comarcas del reino. Húbolas en la parte oriental, donde los valles de Soba y Ruesga del señorío de la casa de los Velascos, condestables de Castilla, hubieron de seguir el alzamiento de las merindades del propio señorío en 1520, contra don Iñigo Fernández de Velasco, segundo duque de Frías, tercer condestable de Castilla, cuarto conde de Haro, camarero mayor del emperador Carlos V, y uno

(1) Ambrosio de Morales.—Descripción de España.
(2) Job-xxxix-1, I Regum xxiv-3.
(3) Lib. viii-§ lxxix.
(4) Forcellini, Ducange.

de los gobernadores del reino en su ausencia, el cual, negociando a intervalos y a intervalos usando de fuerza, mantenía a Burgos en obediencia. Las tropas enviadas por el don Iñigo, al mando de su sobrino, y deán de Burgos, don Rui Suárez de Velasco y de don Diego Sarmiento, conde de Salinas, según refiere Pero Mejía, historiador de aquellas inquietudes, obligaron a los revoltosos a levantar el cerco que tenían puesto a Medina de Pomar, pasaron los puertos y llegaron a las marinas cantábricas. Alonso López de Haro cita en su Nobiliario genealógico (1) al capitán de ellas Sancho Martínez de Leiva, el cual casó con hija de los Guevaras, de la villa de Escalante.

Sin que documentos históricos lo expresen, puédese con visos de acierto imaginar a cuál opinión se arrimarían las villas de la costa, navieras, armadoras y comerciantes, siendo uno de los motivos de queja alegados en excusa de su levantamiento por los comuneros reunidos en Villabrágima, la inobservancia de la pragmática real de 3 de Septiembre de 1500, que establecía lo que ahora se dice derecho de bandera, previniendo y mandando que en puertos del reino no pudieran cargarse mercaderías a bordo de buques extranjeros, habiéndolos nacionales.

El citado historiador Mejía afirma que Asturias se mantuvo leal a la corona. Pudo entender por Asturias, como solíase hacer entonces, así las de Santillana como las de Oviedo, pero mezclándose en este territorio derechos y pretensiones realengos y señoriales como es notorio, y recordando cuantos señores y pueblos en aquella ocasión apellidaron a la vez «rey y comunidad» en odio a los magnates de la Santa Junta de Avila, explícase de suyo cuál pudo ser la parte de los Pérez de Ongayo en las civiles discordias de primeros del siglo XVI y su desacuerdo con vecinos y comarcanos, la imperial recompensa y la vanidad que de ella hacían los sucesivos poseedores de la casa.

Además, el cronista Sandoval, que en su relación de las Comunidades sigue la de Mejía, añadiéndole no escasos detalles y documentos de interés, dice: «Desta manera andaban la turbación y guerra en la miserable Castilla, en el reyno de Toledo, en la Provincia de Alava y *montañas de*

---

(1) Tomo II, pág. 896.

Burgos, en el reyno de Valencia, quitándose las vidas, las honras y las haciendas unos a otros» (1), siendo sabido que con el nombre de montañas de Burgos eran conocidas las que hoy se titulan de Santander.

El menos versado en papeles particulares de la Montaña, ha visto en ellos más de una vez mencionadas la ruina y asolamiento de solares y casas fuertes de señores rebeldes en virtud de mandato regio, atribuído ya a los Reyes Católicos en su obra de acabar con los bandos y parcialidades de la tierra, ya al Emperador luego que hubo vencido y acabado el levantamiento de los populares en los principios de su reinado. Por eso en 1534, testigos montañeses en el famoso Pleito de los Valles, decían: «No hay en ella (la Montaña) fortalezas *sino derribadas*, y algunas torres donde viven algunos caballeros hijodalgos.» Y esto ha de entenderse de los que habitaban en fábricas adecuadas para la rebelión y la resistencia, puesto que los mismos papeles dicen que los solares en pie de caballeros hijodalgos a la propia fecha citada, pasaban de un millar en estos nueve valles de Asturias de Santillana.

C—Pág. 101.

PUERTO

Es dificultad grande, que se acerca a lo imposible en muchos casos, la de averiguar y establecer fijamente el tiempo, causa y ocasión de mudar nombre aquellos lugares y poblaciones que los tuvieron diferentes en el transcurso de su historia. Ninguno de los historiadores que escribieron de Santoña, con haberlos entre ellos sapientísimos y maestros en todo género de erudición y crítica, ha puesto en claro hasta ahora cómo y por qué aquella villa que, teniendo por origen un monasterio dedicado a la Virgen, se llamó durante siglos Santa María del Puerto, y luego entre los naturales, por abreviar, Puerto solamente, como en el texto se

(1) Chrónica del Emperador Carlos V, lib. IX, § XV.

dice, perdió este dictado que parecía antonomástico, trocándole por el que ahora lleva, y acerca de cuya etimología y significado corren opiniones varias, y ninguna decisiva y de todo punto convincente.

El suceso a que alude el abad de Santillana en su discurso no es otro que la entrada y desembarco de los franceses, por Agosto de 1639, al mando del arzobispo de Burdeos, Escoubleau de Sourdis, en una y otra orilla del Ason, donde se apoderaron de las villas de Santoña y Laredo, la cual pusieron inhumanamente a saco y fuego. Ya en aquellos días sonaba Santoña en tal de Puerto. El prelado francés, en las Memorias que compuso de sus guerras y expediciones, al hablar de esta que nos ocupa, afrancesa los nombres castellanos de los lugares y escribe Saintoigne. Y en otra Memoria española de los mismos sucesos, dispuesta al parecer por testigo de vista, y repetidas veces impresa, háblase indistintamente de Santoña y del puerto de Santoña, y mencionándose también una peña Santonia, dícese a la letra: «A la falda de este monte eminentísimo (la peña Santonia), está sita la villa que, tomando de él nombre, se llama puerto de Santoña.» Y más adelante: «El capitán don Juan de Marchena, que se hallaba en la villa de puerto de Santoña»; donde se ve que, como acontece de ordinario en estos trueques y mudanzas de apellido, hubo una época de licencia y confusión en que cada uno nombró al lugar según mejor cuadraba a su antojo del momento. Años después, sin embargo, en los de 1645, decíase todavía Puerto en los valles de Asturias de Santillana, como reza un documento que íntegro se copia a la nota J que viene luego.

D—Pág. 143.

LA LÁMPARA DE JERUSALÉN

La poética leyenda montañesa recordada por el Rebezo es noticia de un doctísimo padre Jesuita, por respetos a cuya humildad ejemplar no se honra este libro con estampar aquí su nombre al reconocer la deuda. Los eruditos

versados en el estudio e inteligencia del simbolismo cristiano y legendarios de la Edad Media sabrán indagar su origen y exponer su significado. Acaso no sea único argumento en la Montaña a investigaciones de sana y bien intencionada crítica. De todas suertes parece creación de tiempos de fe robusta y ruda, como aquellos siglos medios, fecundos en tradiciones piadosas, invención a veces de escriturarios apócrifos, que no fueron siempre desdeñadas por doctores de la Iglesia y expositores ortodoxos. Así, no es de extrañar fuera conocida y conservada en Piasca, antiquísimo monasterio de benedictinos, priorato del famosísimo de Sahagún, en cuya historia habla menudamente del monasterio libanense su autor el padre Escalona.

E—Pág. 193.

HIDALGOS MONTAÑESES

Existe retrato del hidalgo montañés al mediar el siglo XVII, tiempo de nuestra historia. Pintóle artista de buen pincel, y que pudo, como ningún otro, acercarse al original, estudiarle y conocerle, puesto que era hijo de su misma patria. Don Antonio Hurtado de Mendoza, caballero montañés, de tanto valer en la corte de España, que mereció ser apellidado *el discreto de palacio*, aplaudido por Cervantes en 1614 en su VIAJE AL PARNASO, autor, con su grandísimo amigo y compatricio el insigne don Francisco de Quevedo, de la comedia famosa *Quien más miente medra más*, pone en boca de la dama Isabel, en la escena primera del primer acto de su obra *Cada loco con su tema* o *El montañés indiano* la relación siguiente:

Pero ¿qué talle o qué gusto
tendrá un mocetón muy recio,
entre lunajado y necio,
entre pesado y robusto,
vestido de paño azul,
que el negro, aunque menos vale,
no más de las Pascuas sale
de la cárcel del baúl;

que con su halcón y su perro
vive en el monte, y no en casa,
y a la noche vuelve y pasa
todo el libro del becerro,
creyendo de sí después
que aun es más claro que Apolo,
dando a Dios gracias de solo
que le hizo montañés;
y en la iglesia muy profundo,
y en las bodas placentero,
querer sentarse el primero
y no beber el segundo;
muy presto en que su montaña
vale mas que mil e[illegible]os,
y pensando que es de moros
todo lo demas de España?

El hidalgo de Binueva, como se ve en el texto, había leído más libros que el Becerro; esas lecturas acaso le libraron de parecer ajustadísimo modelo del crudo borrón del poeta.

Acerca del origen y nacimiento montañeses de don Antonio Hurtado de Mendoza, puestos en duda por muchos, existen testimonios de innegable valía. Primeramente el del insigne bibliógrafo y crítico don Nicolás Antonio en su BIBLIOTECA HISPANA NOVA, donde dice nacido el poeta en noble lugar de las montañas de Burgos *(nobili loco in montanis Burgensibus natus)*. Después el de Frey Lope Félix de Vega Carpio, que en su Laurel de Apolo, silva tercera, escribe:

Mas ya la gran montaña en quien guardada
la fe, la sangre y la lealtad estuvo,
que limpia y no manchada,
más pura que su nieve la mantuvo
(primera patria mía)
a don Antonio de Mendoza envía.

De cuál fuese esta primera patria de Lope no cabe dudar, siendo por él mismo confesada en estos pasajes de su epístola titulada Belardo a Amarilis:

Tiene su silla en la bordada alfombra
de Castilla el valor de la Montaña
que el *valle de Carriedo* España nombra
....
Allí tuve principio. ....
....
Vino mi padre del solar de *Vega*.

No habiendo montañés que ignore cuál sea el lugar de Vega en el valle de Carriedo.

Conocida la patria de Lope, y establecido ser una con la de Mendoza, parece probado ser este montañés y acaso carredano como Lope, a pesar de lo forastero de su apellido en aquella tierra. Además, y este es el tercer testimonio que aquí se trae, el mismo Mendoza declara su naturaleza en un romance conceptuoso y obscuro, pero claro en lo que al presente propósito atañe, donde hablando de su persona, dice:

> De la vieja Morería
> quien parece que nació
> dentro y primer montañés
> repentísimo Señor.

El eruditísimo señor don Cayetano Alberto de la Barrera y Leirado cita estos datos en su CATÁLOGO BIBLIOGRÁFICO Y BIOGRÁFICO del antiguo teatro español, mas no les halló el concierto o no le parecieron suficientes y supone a Mendoza asturiano.

De una acotación de otra comedia del mismo Hurtado de Mendoza, *Los empeños del mentir*, está tomada la noticia del uso de llevar los jinetes apeados las espuelas al cinto, como las trae al desembarcar Alvaro de Ongayo.

F—Pág. 220.

BÁRCENA DE LA PUENTE

El nombre de lugar Bárcena, comunísimo en la Montaña, parece apelativo, derivado sin duda de algún accidente de apariencia o substancia del terreno. Apenas hay valle en la comarca donde no se le encuentre: o acompañado de un superlativo excelente, Bárcena la Mayor, o de un genitivo de pertenencia que le exceptúa y determina: Bárcena de Cicero, Bárcena de Toranzo, Bárcena de Carriedo, Bárcena de Pie de Concha, presentándose pluralizado en Buelna: las Bárcenas; hecho diminutivo en Cabuérniga y Carriedo y Camar-

go: Barcenilla ó Barcenillas, y en Cabuérniga además con la castiza forma montañesa de Barcenuca; aumentativo con idea de colectividad y extensión en Reocin: Barcenaciones, y, por último, adjetivado, apellidando en Toranzo un lugar Corro-bárceno, y entre la Rabia y Comillas, un Rubárcena. No parece significar forma del suelo, porque hallamos bárcenas en llano y en monte, en tierra fragosa y tierra abierta, apostadas a boca de una hoz, o establecidas a descubierto en lo mejor de un valle. Pudiera referirse al color del terruño, puesto que en castellano bárceno y bárcena sea epíteto que «se aplica a lo que es de color blanco y pardo y algunas veces rojo», según rezan diccionarios, si bien entendiendo hablar del pelo de algunos animales, lo cual no sería razón bastante que impidiera extenderse el sentido de la voz a otros objetos; mas aparte de ser vaga la definición en demasía, ¿quién puede hoy imaginar cuál color tendrían cuando fueron apellidadas tierras de tantas suertes trabajadas, movidas, volcadas, revueltas y trastrocadas por tantas maneras diversas de labores y abonos, sementeras y plantíos varios, diluvios y avenidas de aguas, canteras y desmontes? Si bárceno significase sencillamente abermejado o rojizo, hay en la Montaña pedazos de tierra enrojecida y abermejada por el hierro copiosamente derramado en sus entrañas que pudieron llamarse propiamente bárcenas. Quédese el problema a mayores luces y mejor entendimiento.

Acerca de la mudanza y sustitución del nombre de Bárcena de la Puente por el de Puente San Miguel, cuadran aquí las observaciones hechas a propósito de los de Puerto y Santoña.

Como en el texto se dice, en una misma fecha, 1645, dos documentos de autoridad parecida emplean uno y otro nombre, el padrón de moneda forera (1) reza hecho en Bárcena de la Puente y las actas de aquel año suenan extendidas en Puente San Miguel. Esta discordia dura hasta mediar el siglo XVIII, sin que sepa esta nota decir cuándo principia. La denominación del territorio varía igualmente. En actas de juntas del año de 1654 se dice: «Esta muy noble

(1) Era la estadística de contribuyentes, y el tanto de moneda forera importaba *ocho* maravedises de la moneda corriente en días de nuestra historia.

y muy leal provincia de los nueve valles de Asturias de Santillana»; en 1750, «Real provincia de estos nueve valles de Asturias de Santillana, en el Bastón de las cuatro villas de la costa del mar, montañas y arzobispado de Burgos»; y en 1793, «Provincia de Cantabria» (1).

G—Pág. 221.

ERMITA Y HOSPITAL DE SAN MIGUEL

Leídos con mayor atención de la que les da el texto los libros de cuentas a que se refiere, no dejan duda de que el hospital anejo a la ermita de San Miguel, en el lugar llamado de la puente del Santo Arcángel, era hospedería de peregrinos o caminantes pobres. Dichos libros se contienen en uno, tamaño en folio, encuadernado en pergamino, en cuya tapa se lee: *Libro de la ermita del Señor San Miguel, mandado traer por el señor Obispo de Panaden, del consejo de Su Majestad, como visitador de este arzobispado. Año de 1677 años, siendo mayordomo Matheo Blanco Velarde, quien le compró y dió primeras cuentas en él.*

No ofrecen dichos papeles vestigio del origen de la fundación, cuyas noticias han de hallarse en el archivo de la abadía de Santillana, de cuyo patronato eran hospital y ermita. De la antigüedad notoria de ésta da testimonio su cabecera mirando al Norte, y que en su traza, perfil y corte del sillarejo, de que está fabricada, recuerda otras construcciones románicas de la misma Montaña, a par que su puerta muestra un ejemplar de los primeros tiempos de la ojiva (2). La antigüedad de la hospedería pudiera algún atrevido llevarla (a poco que viniera en su ayuda un testimonio de valer) a aquellos siglos remotos, durante los cuales fué este territorio camino de los peregrinos de la

(1) Archivo de los nueve valles.
(2) Últimos del siglo XII.

Europa cristiana al sepulcro del apóstol Santiago en Compostela (1).

Por lo demás, y según de los inventarios y cuentas se desprende, era el hospital pobre y corta la asistencia que en él podía darse. Las rentas consistían en las de tres casas con sus prados y poyos contiguos, cuyas casas, por ciertos indicios de situación que de las cuentas resultan, han de ser las miserables y vetustas que hoy subsisten fronteras de la ermita al otro lado del camino, algunos censos sobre particulares cuyo origen no se define, y las limosnas, a cargo de las cuales estaba el alumbrado de la lámpara del Santo. En 1697 compró el hospital cuatro carros de tierra en «la mier de Somoza», y una rozada en «la mier de Castío», cuyos bienes fueron enajenados en 1738 ó 1739 para ver de ayudar con su importe a la reedificación de la ermita, emprendida por cuenta del pueblo, y que se decía tener de costo más de diez y seis mil reales.

Las cuentas dadas a 13 de Febrero de 1679 por el mayordomo Mateo Blanco Velarde, ante los apoderados del patrono abad de Santillana, licenciado don Tomás Gómez del Corro, tesorero y provisor de dicho abad, y don Diego de Barreda Bracho y Zeballos, prior en dicha iglesia, comprenden, refiriéndose a libros anteriores, un espacio de trece años y tres meses, desde 15 de Noviembre de 1665 en que habían sido dadas las últimas, y arrojan un total de

---

(1) Parece rastro de tiempos en que estas regiones fueron tránsito frecuentadísimo por extranjeros, el concepto tradicional que conservan los montañeses de la orden célebre de caballería del Temple, a la cual atribuyen la fundación y establecimiento de todas las iglesias y santuarios mas viejos de su territorio, suponiéndola ocupada en el ejercicio de su misión primitiva de Palestina, que acaso no practicó jamás en las regiones de Occidente, a saber, acompañar y defender a los caminantes. Visitando años hace la antigua y desierta iglesia de Yermo, hoy restaurada a culto por la piedad de un valiente caballero y noble s[illegible]ado, feligrés de su parroquia, acercóseme un cortés vecino a explicarme el mérito e historia del monumento, la cual resumió con decir que había sido cuartel de caballeros-guías-templarios; y los vecinos más doctos de Puente San Miguel aseguran que en las praderas dichas de San Martín, jurisdicción de su lugar, tuvieron los templarios otro establecimiento religioso. Las Asturias de Santillana dejaron de ser camino de Compostela a fines del noveno siglo, así que los condes de Castilla limpiaron de moros los confines de sus estados, abriendo el paso desde la frontera navarra y riojana por Briviesca y Amaya, cruzando tierras de Burgos y Carrión, a León y Astorga. Así lo dice el arzobispo don Rodrigo en su historia de España, atribuyendo aquellas glorias a Diego Porcellos. Lib. VI, cap. XXV.

ingresos por los efectos antedichos de 74.136 maravedises, donde podrán los curiosos apurar y saber aproximadamente el pormenor anuo del caudal de aquellas fundaciones.

Los poyos que se citan, y eran dos en el soportal de las casas afectas a la ermita, producían algún interés de arrendarse sin duda a alguna industria pasajera o mercancía ambulante; pero en 1758 el párroco de Puente San Miguel, mandado por auto de visita pastoral del Ilmo. de Santander certificar en lo relativo a rentas, utensilios y efectos del hospital y ermita, hace constar que dichos poyos no producían otra renta que la de las casas a que estaban unidos y limosnas que solían dar algunos mercaderes de paños y bayetas del país, por poner su tienda un solo día del año, que era el veintinueve de Septiembre, fiesta del Arcángel San Miguel. Por cierto que la misa del Santo en tal día decíase en un tablado, fuera sin duda de la ermita, pues constan las cuentas de la compostura y armazón de dicho tablado.

Hacíase el nombramiento de mayordomo por los apoderados del patrono inmediatamente después de recibidas las cuentas, y eligiendo en terna que presentaban a su mandato dos regidores del lugar.

Los metropolitanos de Burgos revocaron alguna vez los acuerdos tomados por la abadía de Santillana o sus apoderados, pretendiéndose con derecho a aquella jurisdicción, autos y visita, no sin protesta de Santillana, y lo ejercitaron por sí como el Ilmo. señor arzobispo don Manuel Francisco de Navarrete o por sus visitadores, hasta erigirse la nueva diócesis de Santander, a cuyo primer prelado, Ilustrísimo señor don Francisco Javier de Arriaza, hallamos, como dicho queda, examinando personalmente los libros y ordenando medidas varias conducentes «a restablecer la hospitalidad antigua», que sin duda ya no se practicaba. Y con efecto, desde las cuentas de 1739, cesa de mencionarse en estos libros el hospital, como abolido su piadoso instituto.

La más reciente alteración y obra habida en la ermita de San Miguel tiene la fecha de 1859. Construído el camino llamado de la Costa, que desde su empalme en Puente San Miguel con el de Torrelavega a Asturias, va por Santillana y Comillas a San Vicente de la Barquera, su rasante alta cegaba la puerta y entrada de la ermita, haciéndose preciso

variar ésta. Remedióse cambiando un huertecillo que la ermita tenía al Norte entre su cabecera, el cauce del Saja y el primer arco del puente por un terreno a Mediodía donde hoy están la entrada y puerta. Cuyo documento de trueque y cesión mutua consta en el libro a que nos venimos refiriendo.

La devoción al Santo Arcángel en los valles es antiquísima y tiene oficial consagración.

Las Ordenanzas de los valles en su primer artículo disponen: «Que reciban y elixan desde ahora para siempre jamás por protector, Abogado y Patrono de esta Provincia, al glorioso Príncipe San Miguel arcángel, a cuya honra se ha de celebrar una Misa cantada en cada un año el día que se destinare para la aprobación de las quentas del Diputado general, por cuya limosna se han de pagar al Sacerdote que la celebrare en la ermita de su advocación de dicho lugar diez reales vellón.»

H—Pág. 229.

TAGRE

El célebre cronista del rey Justiciero, canciller Pero López de Ayala, dice en el capítulo VI de su LIBRO DE LAS AVES DE CAZA, tratando del halcón dicho borní: «Falcones borníes crían en muchas partidas... otros crían en Castilla, en Alava, et en Guipúzcoa, et en Vizcaya, et en Mena, et en Losa, en *Asturias de Sanctillana,* et Asturias de Oviedo... Et en Asturias de Sanctillana hay una muda que llaman *tagre,* et han plumas entre los dedos, et destos desta muda de tagre vi al rey Don Pedro un torçuelo que fuera de Garcilaso de la Vega, que dizian *Pristalejo,* et era buen altanero en manera que sin compañía matava dos pares de ánades mayores tan bien como un neblí.»

En estudios, o de oídas, o merced a su propia observación, había aprendido el caballero del Alfoz de Lloredo cuán comunísimos sean en lengua romance la mudanza y trueco recíproco de la *r* y la *l,* y utilizaba este uso vicioso en favor

de sus gustos que anteponían al apellido de solar el granjeado por hechos o cualidades personales de un fundador de linaje.

Aun vuelan por los prados, donde fué la patria de Pristalejo, los bornies de su raza luciendo el pintado plumaje, blanco pecho, calzados pies y tarsos amarillos; pero sin atreverse a tanto como aquel su histórico antecesor, olvidados de empresas de altanería y contentando las uñas con tal cual descuidado pajarillo y las rastreras sabandijas que hierven en los henares. Es opinión de mi excelente amigo Jiménez de la Espada, docto naturalista y doctísimo bibliógrafo, que en tiempo de la cetrería se decía «torçuelos» a los halcones machos y «primas» a las hembras en todas sus diversas especies y la funda en haber leído en libros de la materia, haberse soltado para propagar la especie en este o el otro lugar tantos torçuelos y tantas primas. A esta juiciosa observación, añade esta otra, la de llamarse «tierçelet», en francés, al halcón, por ser en aves de caza el macho un tercio del tamaño de la hembra.

Los cetreros llamaban al halcón borní «halcón de hidalgo pobre», «ave de escudero». Bien se ve que era halcón montañés.

I—Pág. 240.

JUNTAS DE LOS VALLES

Este orden de presidencia y asiento en las juntas generales de los valles es rigorosamente histórico. - La 11.ª ordenanza de las reformadas en 1760 dice a la letra: «Que en la Presidencia de asientos *no se haga novedad de la práctica y costumbre que ha habido has'a ahora*, en la que sólo la tiene el alcalde mayor como presidente de la junta, y el diputado general, por serlo del todo de la provincia, a la mano derecha de dicho alcalde mayor, y a su izquierda el diputado o alcalde del valle de Reocín, en cuyo territorio y jurisdicción se celebran las juntas. Y este mismo asiento y lugar variará en el caso de celebrarse en territorio de otro cualquiera de dichos valles las juntas de provincia según accidente, y en-

tonces le ocupará el alcalde o diputado de aquel territorio, y los restantes vocales, en representación de sus respectivos valles, ocuparán sus asientos indiferentemente como siempre se ha practicado, mediante ser iguales en voz y voto, dexando a la discreción la urbanidad para practicarla según sus caracteres, dignidad y edad.»

Son igualmente históricos los nombres de los justicias, procuradores de los valles y escribano que en la junta figuran.

Las ordenanzas más antiguas de que tiene este libro noticia son las confirmadas en 1645 a 17 de Febrero por el rey don Felipe IV. Sobre esta confirmación recayó la reforma hecha en 1760 a principios del reinado de Carlos III, citándose en algunas, como en la undécima copiada, lo que de las antiguas se conservaba.

La 8.ª de dichas ordenanzas previene: «Que a las juntas generales de provincia sólo concurran los dichos nueve diputados particulares, cada uno de su valle, y no se permita concurrir ni introducirse en ellas caballeros particulares ni otras personas de la provincia y fuera de ella, a excepción de quando ocurra asunto muy arduo y de decisión muy dificultosa, que en tal caso le será lícito al diputado particular de cada valle traer un acompañado a elección y nombramiento de su Ayuntamiento, con testimonio que lo acredite. Pero el estimar la gravedad de los casos ha de corresponder a toda la junta y se ha de estar a lo que determinase la mayor parte de sus individuos.» El texto supone que esta ordenanza era de las de 1645.

J—Pág. 243.

DOCUMENTOS OFICIALES

Los leídos por el escribano Pasqua están copiados de sus originales en el archivo de los nueve valles de Asturias de Santillana, donde son fechos ambos en Febrero de mil seiscientos cincuenta y seis años, y dirigido el primero por el

rey al señor don Juan de Urbina y Eguiluz, corregidor real y capitán a guerra en las cuatro villas de la costa del mar de Castilla, y el segundo por el mismo corregidor y capitán a guerra a los nueve valles. Ha sido preciso acomodar la fecha a los días en que la historia pasa, y sustituir al señor Urbina y Eguiluz el señor Hurtado de Corcuera, que tenía entonces el mando superior militar de la costa.

Del mismo archivo está tomado el mandamiento o convocatoria a los valles.

Del mal uso hecho por los alcaldes mayores de su autoridad para convocar a junta general de los nueve valles, nació la necesidad de poner en claro y dejar establecidos los casos en que procedía dicha convocatoria. Hízose así en 1645, y por ser documento curioso en lo concerniente a la prestación militar de los montañeses, se pone a continuación el encabezamiento y primeros artículos de dicha resolución, que aparece ordenada y firmada por un letrado, el doctor don Lorenzo Montero de la Concha (1): «Ajustándose para que en lo venidero haya claridad (no la usaba grande en su estilo el doctor, como va a ver el que leyere) y que en confuso el que por tiempo ejerciese el tal oficio y oficios, no convoque menos que en casos concernientes a la buena expedición y gobierno de dichos valles, relevando casos que suelen redundar en lances tales, considerando que el estatuto mira al principal provecho y favor de dichos valles, y su bien público y conservación perpetua, y que no es justo que de él se tome ocasión para obrar con daños, se dan por casos comunes negocios y materias de todos los dichos valles, a que se dirige dicho estatuto, los siguientes:

1.° Que ofreciéndose convocación de los hijos y naturales, caballeros nobles, hijosdalgo y demás de dichos valles para que asistan a militar en la villa de Santander y otras partes, llegando orden semejante se puede convocar a junta general, y consultar y conferir lo que fuere conveniente para que se atienda al servicio de su majestad y se guarde la costumbre inmemorial que se ha tenido en casos tales, y no se molesten los naturales en contravención de la dicha costumbre y leyes reales.

(1) Archivo de los nueve valles: cuaderno núm. 62.

2.° Que ofreciéndose el que se llamasen los capitanes a guerra a la villa de Santander para que asistan con armas y munición a la defensa de la costa, no siendo en los casos que lleva dicha costumbre y lo dispuesto por leyes, se convoque para consultar en junta general lo que fuere más conveniente, y que no deje ni sobre cosa que no sea concerniente a dicha costumbre que *es llegar a los valles a puestos acostumbrados sin entrar en la villa,* salvo negocio de urgente necesidad, y cuando el enemigo quisiese hacer invasión: y entonces pasados tres días S. M. haya de dar el sueldo concerniente a cada un soldado, puesto que los naturales de dichos valles por este ejercicio no llevan ración ni quitación ni otros gajes, antes a sus expensas sustentan garitas, armas, pólvora y demás munición, sin participar de los 6.000 ducados, que están dedicados para presidios, aunque contribuyen en la paga de millones, sin que por lo de soldados se les guarde privilegio alguno.

3.° Cuando por los capitanes a guerra, generales y otras personas, a cuyo cargo estuviese el gobierno y defensa de estas costas, hubiese llamamientos generales de toda la gente de los valles desde catorce años hasta sesenta, se pueda llamar a Junta general para que se confiera el que los valles y sus tierras y jurisdicciones queden guarnecidos con número bastante de gente para que si el enemigo quisiese hacer invasión no los halle desguarnecidos como pudo suceder cuando se quemó Puerto (1), y en esta consideración hacer que los llamamientos precisos sean con ajustamiento y moderación.

4.° Cuando se tratase de sacar gente de los valles para la milicia por cualquiera persona que para ello mostrase recaudos bastantes, se puede llamar a junta para conferir cómo los naturales de dichos valles, desde la edad de catorce años hasta la de sesenta, están listados por soldados de esta costa, y que a expensas de los valles y sus vecinos en todos casos que se ofrecen, tienen dichas armas y munición y pagan garitas, sin que por eso gocen de gajes cosa alguna».

---

(1) V. nota C. El articulado mezcla cosas diferentes atribuyendo a Santoña el incendio de Laredo, que en igual día fué tomada y saqueada por los mismos enemigos.

K—Pág. 244.

PRISIÓN DE CORCUERA

Don Sebastián Hurtado de Corcuera, cuya memoria y gobierno de las cuatro villas de la costa recuerda en Santander una piedra sobre la puerta de la fortaleza de San Felipe, tuvo entre otros mandos el de las islas Filipinas, del cual tomó posesión a veinticinco de Junio de 1635, conservándole hasta el once de Agosto de 1644, en que fué sustituído por don Diego Faxardo.

Hizo en aquel archipiélago con arrojo y con gloria las campañas de Mindanao y Joló, sujetando la sangrienta rebelión de los Sangleyes (1), o sea de los chinos establecidos en diversas islas y parajes, cuyo número excedía de treinta mil, los cuales con la tala de las propiedades de los españoles arruinaron las islas, poniendo en grave apuro a la capital Manila. Mas no supo, o acaso no era ello posible entonces, abstenerse en las diferencias y rivalidades que dividían a las comunidades y corporaciones religiosas, y en competencias de autoridad con el septuagenario arzobispo don Fernando Guerrero, contestando a una excomunión con un destierro y mostrándose suelto de lengua y atrevido con la iglesia y sus más altas jerarquías, dió ocasión a sus émulos para vengarse en él, acriminándole de manera en el ánimo de su sucesor, que le puso en prisiones con gran estrechez y rigor, de las cuales no salió hasta pasados cinco años, al cabo de los cuales, vista su residencia en el consejo de Indias, le mandó sacar Su Majestad y le premió con el gobierno de Canarias, «recompensa poco equivalente», dice el historiador Zúñiga, «a sus servicios de Flandes, Panamá y Filipinas; y a los cinco años de prisión, después de ellos, si no hubiera tenido el reato de los insultos que

(1) *Sangley*, del chino *hiang-lay*, mercader viajero, según el agustiniano Fr. Joaquín Martínez de Zúñiga en su historia de las islas Filipinas, recogida y compendiada de otras más extensas y minuciosas.

hizo al arzobispo y a la inmunidad eclesiástica, delitos que rara vez deja de castigar Dios en esta vida.»

Entre los papeles inéditos de jesuítas, conservados en la Real Academia de la Historia, hay muy curiosos pormenores del mando de Corcuera en Filipinas, de sus expediciones militares, de las fiestas y honores con que fué recibido a su vuelta triunfal, en las cuales tomó señaladísima parte la Compañía por medio de sus predicadores, cronistas y poetas.

El historiador Martínez de Zúñiga supone a Corcuera montañés «de las montañas de Burgos»; pero es conocida su verdadera patria en la provincia de Álava. Resulta de los encontrados pareceres de amigos y contrarios, haber sido buen soldado, hombre de entereza y resolución, acaso a las veces duro por celo excesivo de la autoridad que representaba y ejercía.

L—Pág. 252.

VERSOS EN LAS CASAS CONSISTORIALES DE TOLEDO

Los versos a que alude el orador, puestos sobre la pared del primer descanso de la escalera principal del ayuntamiento de la ciudad imperial, en paraje donde no puede quien sube ahorrarse de leerlos, dicen de esta manera:

Nobles, discretos varones,
que gobernáis a Toledo,
en aquestos escalones
desechad las aprensiones,
codicias, amor y miedo.

Por los comunes provechos
dejad los particulares,
pues vos fizo Dios pilares
de tan riquísimos techos,
estad firmes y derechos.

Parecen voz de la ciudad que amonesta a sus procuradores, recordándoles su obligación diariamente en la hora en que entran a cumplir con ella, levantando su honrada carga.